

Diferencias sociales en la construcción de la identidad femenina contemporánea: la relación maternidad/trabajo para madres de niños infantes.

Yanina Frezzotti.

Cita:

Yanina Frezzotti (2013). *Diferencias sociales en la construcción de la identidad femenina contemporánea: la relación maternidad/trabajo para madres de niños infantes* (Tesis de Maestría). UNIVERSIDAD NACIONAL DE QUILMES (UNQ).

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/yanina.frezzotti/18>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/pW2K/kpV>



Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons.
Para ver una copia de esta licencia, visite
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es>.

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.



Diferencias sociales en la construcción de la identidad femenina contemporánea

La relación maternidad/trabajo para madres de niños infantes

Yanina Frezzotti

15/09/2012

Diferencias sociales en la construcción de la identidad femenina contemporánea:

La relación maternidad/trabajo para madres de niños infantes.

RESUMEN

En la actualidad, la conjunción maternidad/trabajo suele ser una relación conflictiva para muchas mujeres. Si bien por una lado la maternidad continúa siendo uno de los grandes ejes sobre el que se articula la identidad femenina, por el otro, las mujeres hoy ocupan y desean ocupar diversos roles que no siempre se presentan como compatibles. Asimismo, los sentidos que las distintas mujeres le dan a la maternidad por un lado, y al desarrollo profesional/laboral, por otro, no son los mismos. Las causas y necesidades (objetivas y subjetivas) que impulsan a cada mujer a salir o quedarse en el ámbito doméstico están condicionadas por factores diversos. Entre ellos, este estudio se centra en analizar cómo las diferencias económicas y culturales afectan las diversas concepciones que las mujeres se forman sobre la maternidad y el trabajo como dimensiones de su subjetividad y de su vida cotidiana. En un contexto en el que se habla de la crisis de la identidad femenina y de las contradicciones de la maternidad, esta investigación da cuenta de los contenidos de este conflicto, en base al discurso de las propias mujeres. Así, mediante entrevistas efectuadas a madres de niños infantes en la ciudad de Junín (B), se observa cómo las nociones de maternidad, trabajo y la relación entre ambas, intervienen en la construcción de la identidad femenina en los distintos sectores sociales.

AGRADECIMIENTOS

La entrega de un trabajo de tesis es el punto final de un proceso que, como en este caso, suele esconder una larga historia. Esa historia está plagada de anécdotas, de crisis, de emociones diversas y de personajes inolvidables. Los protagonistas que hicieron posible este trabajo fueron, en orden cronológico:

- Mi amiga y comadre María Celeste Ratto, que insistió hasta meterme en la cabeza la idea de hacer una maestría primero y la idea de una tesis después y no me soltó la mano en ningún momento de esta aventura.

- Mi familia que me apoyó de manera incondicional: especialmente los abuelos que cuidaban a los nenes para que pudiera viajar y mi marido Andrés, el cable a tierra y el sentido último de mi día a día.

- Los directivos, profesores, compañeros y administrativos de la UNQUI que hicieron posible mi paso por la Maestría en Ciencias Sociales. Difícilmente puedan tener una idea de lo que han modificado mi percepción de la realidad y de mí misma.

- Los directivos de los jardines de infantes de Junín que me abrieron las puertas de las instituciones y, especialmente, las madres entrevistadas que me abrieron las puertas de sus casas y sus historias.

- Mis padres, mis hermanos y mis amigas de la peña, que supieron alentarme en los momentos más densos. Igual que Celeste González y Laura Alanís, quienes me brindaron su ayuda tantas veces.

- Mi directora María Victoria Castilla, que se mantuvo firme a mi lado a pesar de mis vaivenes, siempre con la palabra justa, con la idea acertada en el momento preciso, comprendiendo sin justificar, exigiendo sin apocar, animando sin presionar, hasta demostrarme que siempre se puede dar un poco más de sí mismo.

A todos ellos les agradezco enormemente que hayan creído en mí y les dedico este trabajo.

Y. F.

ÍNDICE

RESUMEN.....	1
AGRADECIMIENTOS.....	2
ÍNDICE.....	3
1. INTRODUCCIÓN.....	5
1.2. OBJETIVOS.....	6
1.3. METODOLOGÍA.....	7
<i>Perfil de las entrevistadas.....</i>	9
2. MARCO TEÓRICO Y REVISIÓN DE LA LITERATURA.....	10
2.1. IDENTIDAD.....	10
2.2. DIFERENCIAS SOCIALES.....	12
2.3. LOS SIGNIFICADOS DE LA MATERNIDAD.....	15
2.3.1. Genealogía del concepto de maternidad.....	16
<i>La moderna maternidad.....</i>	17
<i>Consecuencias de este ideal.....</i>	18
<i>La maternidad postmoderna.....</i>	19
2.3.2. La mujer y su desarrollo personal.....	21
<i>El rol paterno.....</i>	26
2.4. LOS SIGNIFICADOS DEL TRABAJO.....	27
2.5. RECAPITULANDO.....	29
3. CONTEXTO Y DATOS CUALITATIVOS.....	31
3.1. INTRODUCCIÓN.....	31
3.2. ANÁLISIS POR GRUPO SOCIAL.....	36
<i>Cobertura sanitaria y personas por habitación.....</i>	36
<i>Edad de las madres.....</i>	37
<i>Cantidad de hijos y edades promedios.....</i>	38
<i>Situación conyugal.....</i>	40
<i>Estudios cursados.....</i>	41
<i>Ocupaciones y profesiones maternas.....</i>	42
<i>Horas trabajadas.....</i>	45
<i>Profesiones y ocupaciones paternas.....</i>	46
<i>Principales aportes económicos al hogar.....</i>	46
<i>Cuidado infantil.....</i>	47
3.3. ANÁLISIS SEGÚN EL NIVEL EDUCATIVO DE LAS MADRES.....	49
<i>Edad de las madres.....</i>	50
<i>Cantidad de hijos y edades promedios.....</i>	51

<i>Ocupaciones y profesiones maternas.....</i>	<i>52</i>
<i>Situación conyugal.....</i>	<i>53</i>
<i>Caracterización de los padres.....</i>	<i>54</i>
<i>Profesiones y ocupaciones paternas.....</i>	<i>55</i>
<i>Principales aportes económicos al hogar.....</i>	<i>55</i>
<i>Cuidado infantil.....</i>	<i>58</i>
3.4. RECAPITULANDO.....	59
4. RELACIÓN MATERNIDAD/TRABAJO EN DISCURSOS Y PRÁCTICAS.....	62
4.1. PRESENTACIONES.....	62
4.2. PRIMERA ETAPA.....	63
<i>Formación de pareja.....</i>	<i>63</i>
<i>Embarazo.....</i>	<i>68</i>
4.3. SEGUNDA ETAPA.....	74
<i>Nacimiento.....</i>	<i>74</i>
<i>Lactancia.....</i>	<i>78</i>
<i>Licencias y reincorporaciones.....</i>	<i>82</i>
<i>Organización familiar y cuidado infantil.....</i>	<i>88</i>
4.4. RECAPITULANDO.....	95
5. OPINIONES, EXPERIENCIAS Y EXPECTATIVAS MATERNAS.....	96
5.1. VÍNCULOS DE MADRE.....	96
<i>Características de la relación con los hijos.....</i>	<i>96</i>
<i>El ejemplos de sus propias madres y otras personas influyentes.....</i>	<i>105</i>
5.2. RELACIONES DE GÉNERO.....	107
<i>Paternidad.....</i>	<i>107</i>
<i>Tareas domésticas.....</i>	<i>113</i>
<i>Pareja.....</i>	<i>116</i>
5.3. ACTIVIDADES Y EXPECTATIVAS FEMENINAS.....	121
5.4. OPINIONES SOBRE LA RELACIÓN MATERNIDAD/TRABAJO.....	127
5.5. RECAPITULANDO.....	131
6. CONCLUSIONES.....	132
<i>El trabajo.....</i>	<i>133</i>
<i>Los hijos.....</i>	<i>134</i>
<i>Relación maternidad/trabajo.....</i>	<i>135</i>
<i>Líneas a profundizar en futuros estudios.....</i>	<i>136</i>
BIBLOGRAFÍA.....	137

1. INTRODUCCIÓN

El siglo XX ha sido considerado el siglo de la revolución femenina por el papel protagónico que la mujer ha tenido en las transformaciones estructurales de la sociedad. El ingreso de la mujer a la esfera pública luego del logro de la igualdad jurídica y de la expansión de la educación y la salud y el descenso de la fertilidad –debido a los métodos anticonceptivos modernos y al cambio en el estilo de vida–, fueron algunos de los factores que propiciaron una alteración profunda tanto en las representaciones sociales como en la identidad femenina misma.

La mujer, que se había definido fundamentalmente en base a su maternidad, hoy pasa a ocupar roles diversos y a veces contrapuestos (Ehrenberg, 2000; Wainerman, 2005; Molina, 2006, entre otros). Pero es probable que estas contradicciones no se vivan de igual manera para todas las mujeres. Por ejemplo, varias investigaciones concluyen que la relación entre trabajo remunerado y comportamiento reproductivo está mediada por los significados que la mujer atribuye a la maternidad (Valdés 1989, 1998, 1999, Fuller 1993, Gysling y Benavente 1996, Fuller y Viveros 2001). En este sentido, factores sociales, económicos, familiares, contextuales, culturales y personales, pueden condicionar las miradas (Fuller, 2002; Leal/Fachel, 1998; Valdés, 1999; Marcús, 2006; López y Margulis, 1995; López, 2005; entre otros).

Además, la propuesta de que la maternidad es un concepto que se ha construido socialmente, a lo largo de la historia de la cultura occidental (Badinter, 1980, 1981; Kniebehler, 2000), supone que la maternidad sigue el mismo camino de las representaciones sociales del mundo y de la cultura que los individuos elaboran a partir de una praxis cotidiana. De manera que las acciones habituales de los individuos, adquieren un significado gracias a la interacción social de la cual forman parte. Con esto, las definiciones de maternidad varían no sólo históricamente sino también socialmente, según las vivencias del sector que se estudie. Por dicho motivo, este estudio se focaliza en el estudio de las diferencias socioculturales para analizar su implicancia en las concepciones sobre la maternidad.

Si bien la temática de la maternidad ha ocupado un rol importante en los estudios sociales de las últimas décadas, estos trabajos se han centrado principalmente en estudiar la falta de medidas políticas, sociales y culturales que permitan una mejor “conciliación” de la vida laboral y familiar. También se ha avanzado en el reconocimiento de que los cambios sociales ocurridos en el último siglo han dado lugar a una nueva concepción sobre la maternidad y sobre el trabajo femenino. Pero poco se ha estudiado sobre las diferencias y la heterogeneidad que caracteriza a estas nociones. Es decir, al día de hoy no se cuenta con evidencia que permita problematizar las diferencias y/o similitudes entre las concepciones según la pertenencia a diversos grupos sociales. Esta tesis pretende colaborar en cubrir dicho vacío.

Para lograr tal objetivo, primeramente se realizó un estudio cualitativo exploratorio que buscó una aproximación macro-social a la situación y a las actividades de las mujeres, para después profundizar los resultados con entrevistas semi-estructuradas, efectuadas a madres de niños infantes en Junín (B). Se tomó el caso de una ciudad del interior con el fin de poder contar con investigaciones que reflejen

sentidos maternos más allá de la Ciudad de Buenos Aires, área que hasta el momento concentra gran parte de los estudios empíricos. Así, el estudio de esta ciudad promedio generará aportes que permitirán descentralizar las investigaciones realizadas hasta ahora, poner a prueba los resultados obtenidos en el distrito porteño y comenzar a analizar las características y las especificidades de este proceso en las urbes de interior del país.

Junín es una ciudad de 88.664 habitantes, cabecera del Partido homónimo, ubicada en el noroeste de la provincia de Buenos Aires, a 260 kilómetros de la Capital, en la confluencia de las Rutas Nacionales N° 7 y N° 188 y la Ruta Provincial N° 65. Es considerado un municipio de tamaño mediano, con más del 98% de la población alfabetizada y con un promedio de hijos por mujer de 1,8 (INDEC; Censo 2001). Junín posee todos los medios característicos de una ciudad moderna, una estructura dinámica y una actividad comercial en constante expansión, pero también se pueden observar las particularidades de una ciudad del interior. En líneas generales, es una población homogénea y conservadora en cuanto a su composición sociocultural, con una prevaeciente clase media e ingresos provenientes mayoritariamente de las actividades agrícolas de la zona (Resumen comparativo Censo 2001. Realizado por Gobierno Local Junín). Siendo así, se trata de una ciudad que recoge las características promedio de los ciudadanos argentinos y que, por dicho motivo, puede considerarse una muestra representativa y su estudio puede echar luz sobre el fenómeno analizado, además de permitir ilustrar y problematizar cómo funciona la teoría existente en un nuevo contexto.

1.2. OBJETIVOS

Esta investigación tiene como propósito generar aportes que permitan teorizar cómo los conceptos de maternidad, trabajo y la relación entre ambos, afectan la construcción de la identidad femenina en los distintos sectores sociales, analizando los contenidos que mujeres de condiciones socio-económicas y culturales diversas dan a la maternidad y el trabajo como dimensiones de su subjetividad y de su vida cotidiana. Siendo así, el objetivo general es visualizar las características más frecuentemente otorgadas a la relación entre maternidad y trabajo en la actualidad, teniendo en cuenta las significaciones que le asignan madres jóvenes¹ con diferente nivel socioeconómico de Junín (B). Es decir que se busca estudiar cómo se articulan los significados que cada mujer le atribuye a la maternidad por un lado, al trabajo por otro y a la interrelación entre ambos para poder evaluar cómo afectan la construcción de su propia identidad.

Los objetivos específicos de la investigación son, en el análisis cuantitativo:

- Contextualizar la situación de las madres de Junín conociendo datos estadísticos acerca de sus edades, su situación conyugal, su nivel educativo, su ocupación y su composición familiar.
- Agrupar a las mujeres de acuerdo a su nivel socioeconómico y cultural.
- Relacionar su nivel socioeconómico y cultural con su ocupación y composición familiar.

En el análisis cualitativo:

- Estudiar los contenidos que las madres otorgan a la maternidad.

¹ Madres contemporáneas con al menos un hijo en la primera infancia.

- Indagar el significado y las expectativas femeninas con respecto al trabajo.
- Identificar las diferencias y/o similitudes entre las concepciones según los grupos sociales analizados².
- Evaluar qué factores influyen en la construcción de la relación maternidad/trabajo.

Si bien estas entrevistas permiten relevar la auto-percepción que las mujeres tienen sobre su identidad y no las condiciones objetivas sobre las que se apoya, son estas percepciones las que facilitarán las conclusiones sobre las condiciones “objetivas” de la relación entre maternidad y trabajo modernas.

1.3. METODOLOGÍA

El diseño de este estudio es exploratorio, en tanto busca ilustrar el funcionamiento de diversos conceptos en casos concretos, tratando de problematizar las categorías usadas hasta el momento y generar, en sus conclusiones, ideas que puedan ser construidas como hipótesis de futuros trabajos.

Los conceptos principales que serán analizados son: identidad; diferencias sociales, maternidad y trabajo. La hipótesis exploratoria que guía la presente investigación es que las diferencias sociales generan distintas concepciones sobre la maternidad y su relación con el trabajo, que impactan en la identidad femenina actual.

La realización de esta investigación se basó fundamentalmente en la triangulación de técnicas de corte cuantitativo y cualitativo: una primera etapa de corte cuantitativo (mediante la realización de una encuesta) y otra segunda etapa de corte cualitativo (mediante las entrevistas en profundidad).

Los indicadores utilizados para reconstruir cada concepto o variable fueron:

<i>DIFERENCIAS SOCIALES</i>	Nivel educativo, cobertura sanitaria, propiedad de la vivienda, cantidad de personas por habitación.
<i>MATERNIDAD</i>	Cantidad de hijos, edad del primer embarazo, cuidado de los hijos, situación conyugal.
<i>TRABAJO</i>	Profesión, ocupación, cantidad de horas trabajadas, principal aporte del hogar, situación laboral del padre.

Esta investigación fue desarrollada en la ciudad de Junín (B) con mujeres cuyos hijos concurren al jardín de infantes. Se eligió a madres de niños en la primera infancia como unidad de análisis, porque 1) es fundamental para este trabajo contemplar la visión de la nueva generación de madres y 2) también es elemental que se trate de niños pequeños, cuya dependencia de un adulto es mayor, lo que puede incidir en las actividades femeninas como madre y/o trabajadora (Wainerman, 2005).

Las madres fueron contactadas mediante las instituciones escolares donde concurren sus hijos. Dichas instituciones se seleccionaron teniendo en cuenta su zona de influencia, correspondientes a barrios con diferentes características socioeconómicas. Así, se eligieron un total de seis jardines de infantes:

² Para una mejor comprensión de la selección y división de los grupos, ver Metodología.

- Dos instituciones privadas correspondientes a zonas residenciales³.
- Dos instituciones públicas ubicadas en la zona céntrica donde acuden familias heterogéneas, en su mayoría, de estratos medios⁴.
- Dos instituciones públicas ubicadas en zonas periféricas de la ciudad donde viven, principalmente, familias de escasos recursos⁵.

Tomando a estos jardines, se trabajó en dos etapas diferentes con 100 (cien) mujeres, madres de niños y niñas de entre 3 y 4 años de ambos turnos (mañana y tarde). Durante el último semestre del año 2010 se realizó la primera etapa del trabajo de campo, que consistió en un análisis cuantitativo donde se encuestó al total de madres. El cuestionario correspondiente a esta primera etapa, buscó recolectar datos personales como: edad, estado civil, cantidad de hijos y edades; profesión, nivel educativo y actividades laborales del hombre y la mujer y datos que evidencien el nivel socioeconómico de la familia como cantidad de personas por habitación en el hogar o cobertura sanitaria.

En cuanto a las técnicas de análisis: se realizó análisis estadísticos de los datos obtenidos en la encuesta. Se utilizó estadística descriptiva e inferencial a través del cálculo de frecuencias, porcentajes y promedios, análisis bivariado a partir del cruce de variables y estimación de perfiles de entrevistados a partir de las variables claves. Los resultados contribuyeron para establecer relaciones entre la ocupación materna y la cantidad de hijos, el trabajo del padre, el nivel cultural y la profesión. Además, favorecieron la posterior selección de las mujeres que fueron muestra de los diferentes grupos para la realización de nueve entrevistas en profundidad.

Luego de la etapa de análisis macro-social, se recurrió al análisis micro-social para conocer y profundizar en los significados y las percepciones que las propias mujeres tienen de su maternidad y de su participación en actividades laborales. Para esto, se apeló a las entrevistas como una manera de adentrarnos en el discurso de las mismas madres. Los estudios sobre género o conjunto de fenómenos sociales, culturales y psicológicos que se asocian a las diferencias de sexo, otorgan un lugar preponderante al lenguaje porque, tal como señalan Caldas Coulthard y Rojo (1997): *“es en las prácticas discursivas donde construimos distintas representaciones de los acontecimientos, de las sociedades, de los grupos y de nosotros mismos, constituyéndonos así en sujetos y estableciendo nuestras identidades”*⁶.

Durante esta segunda etapa, realizada en el último semestre del año 2011, se entrevistó a tres madres de cada grupo para examinar acerca de las experiencias, opiniones y sentimientos de las mujeres en relación a:

- La formación de la pareja, el embarazo, el nacimiento, el postparto, la lactancia, la organización familiar, las responsabilidades del rol materno;
- La experiencia con respecto al trabajo/estudio u otras actividades extra domésticas, trayectoria

³ Para los fines analíticos, se agruparon en el GRUPO 1.

⁴ Para los fines analíticos, se agruparon en el GRUPO 2.

⁵ Para los fines analíticos, se agruparon en el GRUPO 3.

⁶ CALDAS COULTHARD/ ROJO. 1997. “Las revistas femeninas y la construcción de la feminidad”. Revista Iberoamericana Discurso y Sociedad: volumen 1 Número 1, volumen 3: pp.3-9. Gedisa Editorial, Barcelona.

laboral, licencias, renunciadas y expectativas.

- La familia: los roles femeninos y masculinos, la paternidad, el hogar y la pareja;
- Otros influyentes: las abuelas, la niñera, las instituciones, los profesionales.

Perfil de las entrevistadas

Las madres del grupo 1 se caracterizan por tener estudios universitarios completos y en la mayoría de los casos, cuentan incluso con postgrados. Sus edades van de los 31 a los 36 años y tienen entre dos y tres hijos (de 7 a 2 años). Todas están en pareja, dos de ellas casadas y una conviviendo. Aunque los noviazgos comenzaron durante las épocas de estudiantes, en todos los casos esperaron a estar recibidos (ambos miembros de la pareja) para convivir y luego planificar la concepción del primer hijo. Dos de estas mujeres trabajan desarrollando sus profesiones y la tercera interrumpió su proceso laboral al tener a su primera hija con el objetivo de retomarlo cuando las niñas concurren al jardín de infantes.

Las mujeres del grupo 2 se caracterizan por tener estudios secundarios, una de ellas cuenta con título terciario mientras las otras abandonaron una carrera universitaria a poco tiempo de comenzar. Sus edades van de los 34 a los 43 años y tienen entre uno y dos hijos, con edades que van de los 2 a los 15 años. En dos de los casos, el primer embarazo fue planificado luego de una larga relación de noviazgo, mientras que en el tercero, el embarazo se dio sorpresivamente a poco de comenzar una relación con un hombre divorciado. Sólo una de estas mujeres pasó por el registro civil, mientras las otras se encuentran en concubinato con el padre de sus hijos. Estas tres mujeres trabajan de empleadas hace más de nueve años en el mismo lugar: una como administrativa, otra como peluquera y la tercera como docente. Con excepción de una (que trabaja en la peluquería de su madre con horario cortado), las demás mujeres tienen trabajos con horarios corridos, convenientes para ellas, y manifiestan no recibir presiones de jefes ni compañeros.

Las mujeres del grupo 3 se caracterizan por tener estudios primarios completos y, en dos casos, secundario incompleto. Sus edades van de los 22 a los 36 años y tienen entre dos y tres hijos, con edades que van de los 2 a los 19 años. En todos los casos del grupo 3, el primer embarazo no fue planificado y se dio tempranamente, en la etapa de noviazgos, cuando ellas tenían alrededor de 17 años. Las dos mujeres más grandes (36 años), contrajeron matrimonio con el padre de su primer hijo, con el que aún conviven y han tenido más hijos posteriormente. En cambio, la tercera (de 22 años) nunca llegó a formar pareja con el padre de su primer hijo pero tuvo dos parejas posteriores con las que tuvo dos hijos más. Las tres mujeres entrevistadas trabajan de empleadas domésticas; de manera intermitente dependiendo de sus embarazos y de la situación laboral de sus maridos.

2. MARCO TEÓRICO Y REVISIÓN DE LA LITERATURA

2.1. IDENTIDAD

La definición de identidad (personal y social, como dos caras de una misma moneda) no puede ser más que una idea ambigua, como todos aquellos conceptos que intentan definir fenómenos complejos y cambiantes. Por consiguiente, es inevitable que, desde el momento en que se tiene inconvenientes en concretar la identidad (porque se forma, se deforma y se transforma de manera continua), tengamos también problemas para precisar su concepto. Porque por un lado está lo que creemos que somos y por otro lado está lo que los demás creen que somos. En medio de estas ideas, lo que “realmente” somos (componente que parece el más importante y objetivo), es en realidad una quimera desde el momento en que, al carecer justamente de la subjetividad de los otros componentes, solamente podrá mostrarse a través de ellos.

Siguiendo a la antropóloga Nicole Sindzingre⁷, podemos decir que: *“La identidad es un sistema de representaciones, de sentimientos y de estrategias, organizado para la defensa conservadora de su objeto (el ‘ser uno mismo’), pero también para su control, su movilización proyectiva y su movilidad idealizante (el ‘llegar a ser uno mismo’). La identidad es un sistema estructurado, diferenciado, a la vez anclado en una temporalidad pasada (las raíces, la permanencia), en una coordinación de las conductas actuales y en una perspectiva legitimada (proyecto, ideales, valores)”*. Asimismo, según el psicólogo Pierre Tap⁸, *“mi identidad es, pues, lo que me hace semejante a mí mismo y diferente de los demás; es aquello por lo que me siento existir tanto en mis personajes (propiedades, funciones y papeles sociales) como en mis actos de persona (significación, valores, orientaciones)”*.

William James fue el filósofo y psicólogo estadounidense que desarrolló la filosofía del pragmatismo y sentó las bases del concepto moderno de identidad. Según su teoría, las interrelaciones formaban parte de las cosas en sí mismas, como bien se puede comprobar en el caso del importante papel que juega la definición de los otros en la propia definición de identidad personal. Hacia finales del siglo XIX, en el Compendio de Psicología⁹, William James (1947) afirmaba que la vida se ubica en un escenario. Esta metáfora del teatro es sumamente esclarecedora para comprender la construcción de nuestra historia de vida, donde desarrollamos un determinado libreto como los principales protagonistas, en compañía de otros actores más o menos importantes que comparten la escena. En la obra, el papel que se representa es de nosotros mismos y, como cualquier actor que se precie, lo verdaderamente difícil es crear el personaje, investigar sobre él, ensayar una y otra vez, al punto que actor y personaje se unifiquen en un solo ser. Dicho de otra manera, con esta teatralización se busca, justamente, “ser alguien”. Practicamos una y otra vez hasta ajustar nuestro papel, en un esfuerzo por comprobar si nuestra actuación será aceptada en el mundo real, en el mundo de los otros (como quien prepara una y otra vez una determinada receta con el objetivo que lo consideren buen

⁷ Citada por WOLTON, Dominique en *Pensar la Comunicación*, Prometeo Libros Editorial, 2007.

⁸ Citado por GIMÉNEZ. *Materiales para una teoría de las identidades sociales*. Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM.

⁹ WILLIAM, J. 1947. *Compendio de psicología*. Emecé Editores.

cocinero). En este sentido, siguiendo a Jorge Larraín (2001)¹⁰, se puede decir que la identidad es un proceso social de construcción donde se destacan tres elementos:

1) La cultura: los individuos se definen a sí mismos, o se identifican con ciertas cualidades que son categorías sociales compartidas.

2) El aspecto material: que en William James (1947) incluía el cuerpo y otras posesiones que daban al sujeto auto-reconocimiento. Al producir, poseer, adquirir o modelar cosas materiales, los seres humanos proyectan su sí mismo, con lo cual también los objetos pueden influenciar la personalidad humana. Es a través de este aspecto material que la identidad puede relacionarse con el consumo y con las industrias tradicionales y culturales.

3) Los otros: son aquellos cuyas opiniones acerca de nosotros internalizamos; pero también son aquellos con respecto a los cuales el sí mismo se diferencia, y adquiere su carácter distintivo y específico. El sujeto internaliza las expectativas o actitudes de los otros, y estas expectativas se transforman en sus propias expectativas. *“Sólo las evaluaciones de aquellos otros que son de algún modo significativos para el sujeto cuentan verdaderamente para la construcción y mantención de su autoimagen. Los padres son, al comienzo, los otros más significativos, pero más tarde, una gran variedad de ‘otros’ empiezan a operar (amigos, parientes, pares, profesores, etc.)”*¹¹.

Asimismo, George Mead (1999)¹², un pragmatista en el terreno filosófico, destacaba que en la relación con cada uno de los “otros” se forma en una persona una variedad de sí mismos elementales, pero que si se consideran los otros significativos en conjunto, se puede ver que se organizan en un “otro generalizado”, compuesto por la integración de las evaluaciones y expectativas de los otros significativos de una persona. George Mead también sostuvo que la persona surge en un contexto social, es una construcción social y una estructura social, en un necesario vínculo de lo individual en lo colectivo y viceversa.

Siguiendo estos planteos, Peter Berger y Thomas Luckmann (1986)¹³ entienden que la identidad constituye un elemento clave de la realidad subjetiva y, en cuanto tal, se haya en relación dialéctica con la sociedad. La identidad como subproducto de la realidad se forma a través de tres momentos dialécticos: externalización, objetivación e internalización¹⁴. En los procesos de formación del sujeto es de suma importancia la educación, que tiene a la socialización como principal función. Mientras la familia es el ámbito donde se desarrolla la socialización primaria, en la escuela comienzan a darse los procesos de socialización secundaria, en lo que también intervienen las demás instituciones sociales. De esta manera, y al compartir determinado universo simbólico, el sujeto adquiere una identidad que legitima, a la vez que lo incluye, en el mundo social. Con la socialización secundaria, el sujeto pasa a internalizar los elementos más complejos de la realidad social y así, la internalización y objetivación

¹⁰ LARRAÍN, J. 2001. *Identidad Chilena*. Ed. Lom. Santiago de Chile.

¹¹ Ídem.

¹² MEAD, G.H. *“Espíritu, persona y sociedad: desde el punto de vista del conductivismo social”*. Barcelona, Paidós Ibérica, 1999.

¹³ BERGER/ LUCKMANN. 1986. *La construcción social de la realidad*. Buenos Aires: Amorrortu.

¹⁴ DE LOS REYES, M.C. 2002. *Identidad y exclusión de la vejez en la sociedad globalizada*, Universidad Nacional de Mar del Plata. Documento de biblioteca. On line.

de este mundo pasan a ser fundamentales para la continuidad del sistema social (Berger y Luckmann, 1979). Es decir que, para Luckmann, la identidad de cada uno se construye en tensión con la presión social: *“La identidad es un fenómeno que surge de la dialéctica entre la naturaleza del individuo y el mundo socialmente construido (...) Desde el momento en que nace, el individuo se ve coaccionado por lo que lo rodea. El niño aprende a captarse desde afuera, es decir desde los otros”*¹⁵.

También Erikson (1968)¹⁶ afirma que en el proceso de identificación *“el individuo se juzga a sí mismo a la luz de lo que percibe como la manera en que los otros lo juzgan a él”*¹⁷. El medio social, no sólo nos rodea, sino que también está dentro de nosotros. De esta forma, las identidades vienen de afuera en la medida que son la manera de cómo los otros nos reconocen, pero vienen de adentro en la medida que nuestro auto-reconocimiento es una función del reconocimiento de los otros que hemos internalizado. Siendo así, como sostiene Camilleri (1999)¹⁸, es lógico que los contextos de transición o de cambio, las situaciones amenazantes, los nuevos referentes y los intercambios con el medio que realiza el sujeto y sus necesidades de adaptación, lleven a las personas a reacomodar aspectos de su identidad, tratando siempre de mantener una cierta coherencia y valorización de sí.

De esta manera, el sentido de uno mismo coincide con la coherencia interna de esta historia única de la cual uno es el personaje principal que interpreta cada día y que tiene que ir cambiando y modulándose de acuerdo a los acontecimientos que van ocurriendo en su propia vida y poniéndose uno u otro traje según el escenario que le toque transitar. Desde esta perspectiva, lo que somos en realidad sólo es una fantasía (se podría decir, incluso, una construcción conceptual, ideal), que subyace a aquello que los demás y nosotros mismos creemos que somos. Sólo analizando estos componentes podremos abordar, parcialmente, aquella instancia primera.

Entonces, la identidad personal será tomada como algo que *se manifiesta mediante relatos propios y ajenos; que se va construyendo y modificando durante toda la vida; principalmente en una relación dialéctica con nuestras circunstancias: nuestro contexto de tiempo y lugar; nuestras experiencias, nuestra relación con los demás y, por qué no, nuestras reflexiones y conclusiones de todo el proceso*¹⁹.

2.2. DIFERENCIAS SOCIALES

En el presente trabajo, lo que se denomina *clase, sector o estrato social* corresponde exclusivamente a una clasificación con fines analíticos. En este sentido, acordamos con Bourdieu²⁰ al afirmar que, lo que se explica a partir de números, límites y miembros, es una clase construida científicamente con el objetivo de exponer y prever las propiedades y las prácticas de aquello que se clasifica, pero que no es ni puede ser tratada como una clase real.

Ahora, si bien no se espera encontrar en la sociedad un grupo cerrado de personas que cumpla con

¹⁵ Diario Clarín: “CULTURA: Thomas Luckmann, un sociólogo central para las ideas del siglo XX, habló en Buenos Aires”. INFORME: Igal Kejsefman.

¹⁶ ERIKSON, E (1968). *“Identidad, juventud y crisis”*. Buenos Aires: Editorial Piados.

¹⁷ Citado por LARRAÍN, J. 2001. *Identidad Chilena*. Ed. Lom. Santiago de Chile.

¹⁸ CAMILLERI (1999), *“Estrategias identitarias”*, Paris, Puf, (3ª edición).

¹⁹ Definición propia.

²⁰ Analizado por MARTÍNEZ, A. 2006. En *Reflexiones en torno al concepto de clase social. Pierre Bourdieu y el espacio social pluridimensional*. Astrolobio. Universidad Nacional de Córdoba.

características inamovibles propias a una determinada clase, si partimos de suponer que efectivamente existen diferencias sociales que se expresan en los *habitus*²¹ y en los discursos y que pretendemos analizar para arribar a una mejor comprensión de las representaciones y la identidad femenina actual. Por lo tanto, aunque más no sea por cuestiones metodológicas, necesitamos de una clasificación del espacio social.

No obstante, consideramos, siguiendo a Bourdieu²², que la clase social no puede definirse solamente desde las relaciones de producción económica, sino por la estructura de las relaciones entre todas las propiedades pertinentes, que confiere su propio valor a cada una de ellas y a los efectos que ejerce sobre las prácticas. En la construcción y la reproducción de la idea de clase social tiene una responsabilidad fundamental la lucha de producción cultural que se ocupa de imponer una única y legítima visión del mundo, la visión que determina las divisiones del mundo social. Lo cual implica romper con un análisis lineal sobre la construcción de clases, para comenzar a reconstruir las redes de relaciones que se encuentran en cada uno de los factores que las determinan. El conocimiento de la posición ocupada en determinado espacio implica una condición (propiedades intrínsecas) y una posición (aspecto relacional) de los agentes²³.

En tanto los *habitus* representan la historia hecha cuerpo, es posible identificar características comunes en agentes expuestos a similares condiciones de vida. Las prácticas que se generan a partir de los *habitus* son comprensibles y están asociadas a condiciones objetivas. Hablar de un *habitus* de clase -posición ocupada sincrónica y diacrónicamente en el espacio social- implica hablar de un *habitus* común a todos los individuos que internalizan las mismas condiciones objetivas. Un determinado contexto social da lugar a cierto tipo de posibilidades objetivas que son interiorizadas por una categoría de agentes y generan un sistema de disposiciones en ellos.

Cuando nos referimos a los discursos y reconocemos su potencialidad -en tanto constructores de lo social y de las identidades individuales - no podemos ignorar la relevancia del concepto de representación. Las representaciones mentales son, según Bourdieu, actos de percepción y apreciación, de conocimiento y reconocimiento en que los agentes invierten sus intereses y presupuestos.

Se podría decir que el *habitus* forma parte de la identidad en la medida en que se trata de un sistema de disposiciones duraderas, que funcionan como esquemas de clasificación para orientar las valoraciones, percepciones y acciones de los sujetos. Implica el proceso mediante el cual los sujetos interiorizan lo social, a la vez que funciona como principio generador y estructurador de prácticas culturales y representaciones. Así, *habitus* es lo que nos permite establecer una conexión entre las estructuras internas de la subjetividad y las estructuras sociales externas, comprendiendo que estas estructuras son dos estados de una misma realidad y que representan la historia colectiva que se deposita e inscribe a la vez en los cuerpos y en las cosas.

²¹ En el sentido que le da Pierre Bourdieu.

²² MARTÍNEZ, A.T. 2007. *Pierre Bourdieu, razones y lecciones de una práctica sociológica*. Buenos Aires. Manantial.

²³ Las prácticas sociales son analizadas en términos de estrategias del agente social -sin ser necesariamente consciente de ello- en defensa de sus intereses: mantener o mejorar su posición, conservando o aumentando su capital. Bourdieu distingue cuatro especies de capital: económico, cultural, social y simbólico.

Concebido por Bourdieu como el principio generador de las prácticas sociales, el *habitus* permite superar el problema del sujeto individual al constituirse como lugar de incorporación de lo social en el sujeto. Las relaciones entre los sujetos históricos situados en el espacio social, por un lado, y las estructuras que los han formado como tales, por el otro, se objetivan en las prácticas culturales, la cultura en movimiento, que implica la puesta en escena de los *habitus*, la cultura in-corporada. En este último sentido, el *habitus* es un conocimiento hecho cuerpo, adherido a los esquemas mentales más profundos, a los dispositivos de la pre-reflexión, del “inconsciente social”, con los que las personas guían la mayor parte de sus prácticas sin necesidad de racionalizarlas, pero adecuadas a un fin racional.

Bourdieu no apelaba a la introspección del individuo para abordar estas cuestiones fundamentales sobre la identidad, sino que auscultaba “*el exterior, detalladamente, lo visible y lo escondido a la vez, del funcionamiento social*”²⁴, dando una función fundamental a las estructuras simbólicas (educación, cultura, literatura, arte, medios de comunicación, política...). Con esto, se ejemplifica la íntima relación entre nuestra definición de identidad personal y la idea de *habitus* bourdieuano. Dos conceptos que deberían entenderse en continua correlación. De hecho, el concepto de *habitus* puede ser eficaz para comprender los principios constructivos de la identidad. La ventaja del espacio conceptual que nos ofrece Bourdieu recae en que todo concepto puede ser objetivado, hecho observable en la práctica. El *habitus* se relaciona con la identidad en tanto que se refiere a los sistemas incorporados, que pueden ser entendidos como propensiones clasificatorias y valorativas, socialmente adquiridas, acerca de lo que es uno mismo y de lo que son los otros. Esta definición acerca el concepto de *habitus* al de representación social. Tal y como afirma Giménez (1996)²⁵, “*la identidad puede ser analizada en términos de lo que la escuela europea de psicología social denomina representaciones sociales: en efecto, la identidad tiene que ver con la organización, por parte del sujeto, de las representaciones que tiene de sí mismo y de los grupos a los cuales pertenece, así como también de los ‘otros’ y de sus respectivos grupos*”.

Como principio generador de las prácticas de los sujetos sociales, el *habitus*, igual que la identidad, se adquiere fundamentalmente en la llamada socialización primaria, mediante la familiarización con unas prácticas y unos espacios que son producidos siguiendo los mismos esquemas generativos, esto es, representaciones sociales similares, y en los que se hallan inscritas las divisiones y categorizaciones del mundo social.

Sin embargo, pese a la incorporación y durabilidad del *habitus*, éste no se puede entender sin hacer referencia a su flexibilidad, su carácter modificable y adaptable, características que se han señalado como propias de la identidad, entendida también como relacional, construida y cambiante, y de las representaciones sociales, como recreaciones mediadas por las experiencias de los sujetos. En este sentido, el *habitus*, así como las identidades y las representaciones sociales, pese a estar constituido por elementos que determinan la acción, es también flexible, y por lo tanto modificable y susceptible

²⁴ Citado por RIZO, M. 2006. *Conceptos para pensar lo urbano: el abordaje de la ciudad desde la identidad, el habitus y las representaciones sociales*. En Bifurcaciones. Cultura y Educación. Número 006.

²⁵ GIMÉNEZ, G. 1996. “*La identidad social o el retorno del sujeto en sociología*”. Identidad III. Coloquio Paul Kirchhoff. México: UNAM, 11-24.

de ser redefinido (Rizo, 2006).

Siendo la actuación del pasado en el presente, el *habitus* –como la identidad– nos hace, de forma consciente o inconsciente, vernos como seres particulares, distintos y diferenciados de otros. Ambos conceptos comparten también la idea de la interiorización o incorporación. En definitiva, *habitus* e identidad constituyen la dimensión subjetiva de la cultura, lo que permite a los sujetos definir qué son y qué no son. En ambos casos, y pese a la flexibilidad, se trata de elementos perdurables en el tiempo y en el espacio. La identidad implica la percepción de ser idéntico a sí mismo a través del tiempo, del espacio y de la diversidad de las situaciones. Es en la interacción social donde los sujetos construyen su identidad, esto es, manifiestan sus *habitus* o cultura incorporada a través de prácticas –formas de comportamiento y actuación– concretas. Y es en la interacción social, también, donde los actores construyen y comparten las representaciones sociales acerca de sí mismos, de los otros y del entorno que los rodea (Rizo, 2006).

Giménez (1999) sintetiza esta propuesta de diálogo conceptual al situar la problemática de la identidad en la intersección de una teoría de la cultura y de una teoría de los actores sociales. Dicho de otra forma, el autor concibe la identidad como elemento de la cultura internalizada, el *habitus*, y a la vez la comprende como el conjunto –o resultado– de representaciones sociales que los sujetos construyen individual o colectivamente acerca del mundo. De esta manera, tanto el *habitus* como la identidad, a partir de la construcción de representaciones, pueden ser considerados como el lado subjetivo de la cultura, en términos de generación de distinciones.

Considerando las discusiones conceptuales expuestas, en esta investigación se buscará visualizar los *habitus* de clase y las representaciones sociales en torno a la maternidad y al trabajo para analizar de qué manera, el lado subjetivo de la cultura moldea las identidades femeninas.

2.3. LOS SIGNIFICADOS DE LA MATERNIDAD

En el siguiente trabajo se entiende al género como una construcción cultural de la diferencia sexual basada en la naturalización de la división y función biológicas de los sexos masculino y femenino (Lamas, 1996²⁶). Siendo así, el género se refiere a todos los deberes, obligaciones y conductas que una determinada cultura considera como apropiados para hombres y mujeres, lo cual impacta directamente en las ideas en torno a la maternidad. Pero la maternidad también es un concepto construido socialmente y, como tal, varía según los tiempos y las necesidades.

Los conceptos son herramientas que se utilizan para explicar la realidad y es por eso que cada palabra surge en un contexto social dado, con el objetivo de satisfacer una determinada necesidad. Luego, ante los cambios sociales, los antiguos términos entran en contradicción y necesitan una resignificación para ser útiles. Con esto, cada vocablo se va construyendo y adquiriendo diversas significaciones a lo largo del tiempo. Es por eso que se torna necesario discutir los sentidos comunes, tratando de indagar sus causas y cuestionando la vigencia de sus significados en nuestro contexto.

²⁶ LAMAS, M. 1996. “La perspectiva de género”. En revista *La tarea*. No. 8. Documento digital. <http://www.latarea.com.mx/articu/articu8/lamas8.htm>

Además, los conceptos más significativos, encierran en sí mismos determinados valores y determinada manera de ver y sentir. Así, por ejemplo, Ávila González (2005)²⁷ postula que la maternidad se relaciona con valores como "el amor materno" o el "instinto maternal", que en realidad no son sentimientos naturales sino que, por el contrario, corresponden a imposiciones culturales, sociales, religiosas e incluso económicas²⁷.

De hecho los trabajos etnográficos muestran que la maternidad varía enormemente según el tiempo y la cultura. De este modo, la enorme valoración de la figura materna que caracteriza a las sociedades modernas en general, y las latinoamericanas en particular, se puede considerar un producto histórico.

Además, la propuesta de que la maternidad es un concepto que se ha construido socialmente, a lo largo de la historia de la cultura occidental, supone que la maternidad sigue el mismo camino de las representaciones sociales de mundo y de cultura que los individuos elaboran a partir de una praxis cotidiana. De manera que las acciones cotidianas de los individuos, adquieren un significado gracias a la interacción social de la cual forman parte.

2.3.1. Genealogía del concepto de maternidad

Siguiendo el análisis de Molina (2006) se evidencia que, antes de la Revolución Francesa, la maternidad no es entendida como un compromiso con las necesidades de afecto en el niño, sino como función procreadora. Entonces, la crianza infantil, a diferencia de dar a luz, no confiere ni honor ni jerarquía. Por este motivo, el cuidado es entregado a terceros, que generalmente son mujeres porque ocupan un lugar inferior en la división de tareas. Los niños son vistos como animalescos, peligrosos y capaces de lastimar, lo que justifica el castigo físico como disciplina. Además, durante su primera infancia, los hijos son poco valiosos, incluso se los considera una carga. Sin embargo, el trato que se les brinda, difiere según su utilidad económica futura: como trabajador o posible aporte a través de alianzas matrimoniales. Los padres invierten tanto tiempo y recursos en los niños como el que esperan de vuelta. De esta manera, es a los seis años cuando los hijos adquieren valor social como adultos, ya que aportan a la economía del hogar y deben actuar de acuerdo al rango social de sus padres en la sociedad adulta (Molina, 2006²⁸).

Elizabeth Badinter²⁹ (1980) revisó las prácticas de crianza en las ciudades francesas y europeas durante los siglos XVI al XVIII, periodo en el cual se extendió la costumbre de enviar a los recién nacidos al campo para ser criados por nodrizas. Las madres se separaban de sus hijos a los pocos días de nacidos y volvían a retomarlos cuando tenían cinco o más años. Ello se debería a que las tareas maternas se contradecían con los deberes sociales de la aristócrata, los conyugales de la burguesa (que debía compartir las tareas del esposo) y los laborales de la criada y la obrera (que no podían criar hijos y atender a su trabajo al mismo tiempo). Sin embargo, era de conocimiento público que más de la mitad de los niños entregados a amas de leche fallecían debido a las pobres condiciones de vida del

²⁷ ÁVILA GONZÁLEZ. 2005. *Mujeres frente a los espejos de la maternidad: las que eligen no ser madres*. Desacatos, enero-abril, número 017. Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social. Distrito Federal, México. pp. 107-126

²⁸ MOLINA M.E. 2006. *Transformaciones Histórico Culturales del Concepto de Maternidad y sus Repercusiones en la Identidad de la Mujer*. Pontificia Universidad Católica de Chile. Psykhe, Vol.15, N° 2.

²⁹ BADINTER, E. 1980. *¿Existe el amor maternal?*, Paidós Pomaire, Barcelona.

campo y a la negligencia de las madres de alquiler. Dato que demuestra la inexistencia del supuesto "*instinto maternal*".

La moderna maternidad

Entre los siglos XVII y XVIII se produce un cambio en ciertos grupos de la burguesía y aristocracia, que empiezan a considerar al niño como inocente y necesitado de protección. Rousseau contribuye a inspirar el movimiento romántico que señala a la maternidad como un objetivo central en la vida de las mujeres, apoyando teorías biológicas de la maternidad como *instintiva*. El nuevo concepto de "*inocencia*" infantil permite cambiar hábitos (ropas especiales, juguetes, negativa a azotarlos, lactancia materna, abandono de las fajas).

Así las mujeres fueron abandonando la práctica de entregar a los hijos a nodrizas debido a las fuertes presiones que los teóricos y reformadores de la modernidad ejercieron sobre ellas. Por entonces la naturaleza femenina se redefine y la nueva representación de la mujer normal implica todas las características de la buena madre dedicada a su hogar y a criar hijos en un ambiente de amor y libertad. Sin embargo ello implicaba una total devoción y dedicación a los hijos y, por lo tanto que abandonara las actividades productivas, políticas y sociales que hasta entonces formaron parte de los deberes femeninos.

Los cambios de la Revolución Industrial marcan las diferencias entre el ámbito privado del hogar (lugar cálido, solícito, comunitario) y el público del trabajo fuera de éste (frío, competitivo e individualista). El trabajo a sueldo va reemplazando a la agricultura como forma de vida y los hombres se asocian a la vida pública, mientras que las mujeres permanecen en el dominio privado del hogar. Para los pobres, inmigrantes y gente de la clase obrera, sin embargo, hay poca separación entre mundo público y privado, los hijos siguen siendo trabajadores y las madres no tienen mucho tiempo para ser cariñosas guardianas. Estas mujeres no desarrollan una conciencia particular de sí mismas como madres y siguen viéndose como torpes o desviadas (Badinter, 1981; Carter, 1999; Kniebehr, 2000³⁰).

En el siglo XX, en Estados Unidos, hay una nueva visión de "esposa dueña de casa" (housewife) donde existe una valoración simultánea del hogar y la maternidad. Las mujeres defienden su valor como encargadas de la crianza de los futuros ciudadanos de la república y demandan educación para ser formadas en la razón. Surge el culto a lo doméstico donde las mujeres aparecen protegidas en este contexto privado bajo creencias de la maternidad como moral: la madre tiene la tarea de ofrecer apoyo moral y emocional a sus esposos e hijos colaborando a la formación de una sociedad más virtuosa. Desde esta perspectiva, la maternidad es vista como una posición social por la contribución al bienestar social (Hays, 1998³¹).

En consonancia con estos cambios, las nuevas doctrinas psicológicas -como la freudiana- ponen especial énfasis en la importancia de la figura materna para la configuración de una psique sana. De la madre dependerá que el hijo sea un buen cristiano, un buen ciudadano y un hombre normal. La maternidad, así redefinida, se vuelve un papel gratificante, un ideal, una noble función. Además,

³⁰ KNIEBEHLER, I. 2000. *Historia de las madres y de la maternidad en occidente*. Claves dominio. Buenos Aires.

³¹ HAYS, Sh. 1998. *Las contradicciones culturales de la maternidad*. Barcelona: Paidós.

vuelve a dominar el discurso de los niños inocentes y el amor materno como factor central de una crianza centrada en el niño, por lo que el entrenamiento no debe ser demasiado estricto.

Consecuencias de este ideal

Como se dijo, las concepciones más significativas, encierran en sí mismas determinados valores y determinada manera de ver y sentir. Es decir que, la maternidad así concebida, involucró ciertas consecuencias: 1) La crianza pasó a ser una tarea para quien mejor la cumple, que es la madre individual, lo que se asume en la ideología de la *maternidad exclusiva*. La presencia constante de la madre es irremplazable para proporcionar una experiencia temprana constructiva, siendo el padre no directamente importante. Esto lleva otra creencia, la *maternidad intensiva*, como compromiso que requiere dedicación total, gran inversión de energía y recursos, conocimiento, capacidad de amor, vigilancia de su propio comportamiento y subordinación de los propios deseos (Hays, 1998; Molina, 2006). 2) Otra consecuencia de esta visión es que se establecen criterios de "buena" y "mala" madre, dando inicio a la "maternidad como patología". Se genera la ideología de la madre omnipotente. Esta es la madre idealizada, que puede lograr resultados perfectos para el desarrollo del hijo y la proveedora del cuidado de la familia, de todo lo bueno y deseable para el niño. Por el contrario, los resultados negativos en el desarrollo del niño, los desórdenes psicológicos individuales y los males sociales son debidos a las malas prácticas maternas y ella es culpable por ello (Hays, 1998; Rapoport, Strelitz & Kew, 1977). Las teorías psicoanalíticas, del desarrollo de Piaget y de apego son una expresión de esta cultura.

En la cultura de la madre idealizada, las creencias llevan implícita la identificación entre mujer y madre. La maternidad es el objetivo central en la vida de las mujeres y la naturaleza femenina es condición de la maternidad. Además, se supone que la maternidad cumple una función de satisfacción de deseos inconscientes y recompensa para la propia madre, existiendo una complementariedad de las necesidades de madre e hijo. Otra consecuencia de la maternidad omnipotente es la madre asexuada ya que la sexualidad femenina fuera de los circuitos de la reproducción, parece así amenazante. Según Flax (1997³²) esto responde al terror frente al poder de la madre sobre la posibilidad de procrear.

Más tarde, con la aparición y el uso de anticonceptivos eficaces, la iniciación sexual y la reproducción se disociaron, quebrando la estrecha asociación entre maternidad y adultez social. De este modo, la posibilidad de seguir estudios superiores o de trabajar empiezan a ser considerados como rituales de pasaje al mismo título que la iniciación sexual y la maternidad (Arias y Aramburú 2000, Fuller 2001). Por lo tanto, puede decirse que, en adelante, muchas mujeres accederán al status de adulto social a través de la inserción en la esfera pública. Esta es una novedad ya que tradicionalmente la maternidad era la experiencia que marcaba este pasaje.

Así, hasta mediados del siglo XX en el mundo occidental fue hegemónico el modelo doméstico que promovía la división de las esferas privadas o doméstica y pública o exterior, donde la mujer quedaba encargada del hogar, el marido y los hijos y el hombre era el responsable del sustento económico y de

³² FLAX, J. 1997. *Forgotten forms of close combat, mothers and daughters revisited*. En M. Gergen & S. Davis (Eds.), *Toward a new psychology of gender* (pp. 311-324). New York: Routledge.

imponer la autoridad (Entre otros: Stone, 1990; Rothman, 1984; Paeman, 1995; Maynes, 2003; Gay, 1988; Tyler May, 1988; Cosse, 2008). Sin embargo, a partir de los años '60, comenzó una revolución cultural de valores que afectó fundamentalmente la vida personal, familiar y social (Entre otros: Marwick, 1998; Hobsbawn, 1995; Castells 1999). Así, se multiplicaron los índices de cohabitación, de divorcio, las relaciones sexuales prematrimoniales, la natalidad extramatrimonial, el ingreso de las mujeres al mercado laboral y a niveles cada vez más elevados de educación, a la vez que disminuía la importancia y el número de matrimonios (Entre otros: Engelen; Sarraceno y Naldini, 2001; Varenne, 1988). Estos cambios afectaron la construcción de la identidad materna y femenina.

En la Argentina, los cambios siguieron una dirección similar y, si bien fue un proceso no lineal, lleno de tensiones y contradicciones (entre otros: Felitti, 2007; Terán, 1993; Manzano, 2005), se advierte su importancia al analizar distintas generaciones. De esta manera, Cosse³³ muestra que el modelo de la “joven liberada” (que busca la satisfacción sexual, la independencia económica y la realización personal fuera del ámbito doméstico) fue primeramente importado de los países desarrollados por una elite de vanguardia pero luego se radicalizó y se expandió hasta formar parte del sentido común de toda la nueva generación.

Los análisis coinciden en destacar que las transformaciones comenzaron paulatinamente hacia los '50, tuvieron su punto de inflexión entre finales de los '60 y principios de los '70 y se consolidaron en pautas de comportamiento claramente visibles durante las décadas posteriores (Entre otros: Lefaucheur, 1996³⁴; Wainerman y Heredia, 1998; Wainerman, 2005; Coontz, 2006³⁵; Cosse, en prensa³⁶). Así, el trabajo femenino de las mujeres casadas fue cada vez más usual. También lo fue, como consecuencia, las nuevas pretensiones y conflictos en torno a la distribución de las tareas domésticas. Asimismo, se modificaron las ideas acerca de la masculinidad, reformulándose para responder a los nuevos prototipos viriles y a los cambios en las expectativas femeninas (Cosse, 2008; Feijoo y Nari, 1996³⁷). En lo familiar, las tendencias muestran que no ha surgido un nuevo tipo de familia; sino que prima la diversidad y la sucesión de modelos a lo largo del ciclo vital (Castells 1999).

La maternidad posmoderna

Hacia finales del siglo XX, la autoridad tradicional queda en tela de juicio y surgen ya no normas o patrones específicos de crianza sino múltiples posibilidades frente a las cuales elegir (Ehrenberg, 2000³⁸; Gergen, 1991³⁹). Se origina por ejemplo, una contradicción entre crianza intensiva del niño y

³³ COSSE, I. 2007. “Los nuevos prototipos femeninos en los años 60 y 70: de la mujer doméstica a la joven ‘liberada’”, en Historia, Género y Política en los 70, en Andujar, D’Antonio, Grammatico, Gil Lozano, Rosa y Pita. Buenos Aires, Editorial Luxemburg.

³⁴ LEFAUCHEUR, N. 1996. “Maternidad, familia, Estado”, en: Historia de las mujeres en occidente. George Duby - Madrid.

³⁵ COONTZ, S. 2006. *Historia del matrimonio. Cómo el amor conquistó el matrimonio*. “Capítulo 15. Vientos de cambio: el matrimonio en las décadas de 1960 y 1970”. Editorial Gedisa. Barcelona.

³⁶ COSSE, I. 2008. *Familia, pareja y sexualidad en Buenos Aires (1950–1975). Patrones, convenciones y modelos en una época de cambio cultural*, Tesis de doctorado, Universidad de San Andrés, Buenos Aires, inédito.

³⁷ FEIJOÓ / NARI. 1996. “Women in Argentina during the 1960s”, in Latin American Perspectives, vol. 23, num. 1, Winter, pp. 7-27.

³⁸ EHRENBURG, A. 2000. *La fatiga de ser uno mismo. Depresión y sociedad*. Buenos Aires, Nueva Visión.

la búsqueda de ganancias individuales mediante relaciones impersonales y competitivas. Desde este punto de vista la maternidad empieza a ser contraria a realización personal. Se disminuye el número de hijos y la opción laboral y actividades fuera del hogar aumentan como tema de la mujer y las madres. La postergación de la maternidad empieza a ser aceptada lo que se evidencia en una ampliación de la brecha generacional (Burin, 1998⁴⁰).

La crianza propiamente empieza a considerarse como una tarea colectiva. Se plantean nuevas formas de definir los roles parentales y de género en la familia (Burin, 1998; Hays, 1998⁴¹). Un ejemplo es la explosión de instituciones de colaboración en distintos planos de la crianza.

Esta complejización de las concepciones en torno a la maternidad y la apertura de posibilidades para la mujer, empieza a considerar a la función materna como menos positiva y menos atractiva que en otras épocas. No sólo no queda claramente establecido como un rol que valoriza a la mujer, sino que además los propios hijos empiezan a ser considerados como interfiriendo en las motivaciones de realización profesional y deseos de tener una acción en la sociedad (Molina, 2006).

Según Gergen (1991) la definición del sí mismo experimenta una serie de transformaciones hacia una visión múltiple, donde los límites del yo y el concepto de persona individual pierden coherencia. Lo que surge es el yo relacional, inmerso en el espacio de relación con otros. Este fenómeno, en una época de proliferación de relaciones sociales superficiales y transitorias, lleva como consecuencia psicológica la saturación social, donde se multiplican los patrones de comparación disponibles en la cultura afectándose las vidas individuales.

Esta multiplicidad de investiduras de su yo, que Gergen denomina multifrenia, junto con ofrecer múltiples posibilidades, genera sentimientos de deber permanente, dudas sobre sí mismo y sensación de insuficiencia, requiriendo a su vez de nuevas capacidades, para enfrentar la contradicción, como tolerancia a la ambigüedad identitaria, auto cuestionamiento y aceptación de las múltiples racionalidades posibles (Gergen, 1991).

Ehrenberg (2000) coincide en proponer que la generación de sentimientos de insuficiencia sería una consecuencia psicológica de la posmodernidad. Sin embargo considera que se genera por una prioridad de la iniciativa y acción individual. Para Ehrenberg la propia identidad se encuentra amenazada por un cambio de paradigma desde un lenguaje normativo a otro de posibilidad. El individuo se ha emancipado aparentemente de las limitaciones impuestas por las normas culturales, pero se encuentra atrapado en el enfrentamiento entre lo posible y lo imposible.

La persona enfrentaría la exigencia de hacerse responsable de una vida de discernimiento, iniciativa y acción autónoma experimentando vivencias de inseguridad en torno a la identidad. Este análisis parece coherente para abordar la imagen actual de la madre en un contexto de aumento de posibilidades y exigencias en torno al rol, mientras disminuyen las pautas.

Según Ehrenberg (2000) una consecuencia de estos fenómenos en las madres es la depresión, que

³⁹ GERGEN, K. 2001. *El YO saturado, los dilemas de la identidad en la vida contemporánea*. Nueva York: Basic Books. 1991, 2 °. Ed. 2001.

⁴⁰ BURIN/ MELER. 1998. *Género y Familia. Poder, amor y sexualidad en la construcción de la subjetividad*. Buenos Aires, Paidós.

⁴¹ HAYS, Sh. 1998. *Las contradicciones culturales de la maternidad*. Barcelona: Paidós.

se presenta ya no como una patología, sino como una respuesta de personas comunes y corrientes a los sentimientos de insuficiencia frente a responsabilidades que no se cree poder sobrellevar. Por una parte están todos los derechos que se perciben como adquiridos en una era que se plantea como llena de posibilidades y de conquistas para la mujer y por otra se carga con las exigencias de los valores modernos de maternidad.

Este mismo autor plantea que existe una nueva estructura social caracterizada por el debilitamiento de los lazos sociales, donde se pierde el límite entre lo público y lo privado: la acción pública se realiza en el contexto del mundo individual mientras que ciertas instituciones públicas (como las guarderías encargadas de la crianza infantil) se introducen en la vida individual y familiar y construyen nuevas formas de acción social destinadas a abordar necesidades que aparecen no cubiertas suficientemente por los roles tradicionales.

La mujer postmoderna se desempeña en el espacio privado y público, en climas de competencia e individualismo, donde encuentra los antivalores de los cuales el ambiente privado de la era romántica la pretendía defender. En este escenario, tomando las ideas de Ehrenberg, ella quedaría desprotegida como individuo en el espacio público y, de acuerdo a lo planteado por Gergen, quedaría vulnerable a las interacciones intensas e inestables, expuesta a solipsismo psicológico y confusión en torno a la identidad.

La crisis de identidad femenina puede apuntar a que rasgos tradicionalmente atribuidos únicamente a la mujer pierden esa cualidad. Estos cambios reflejan la influencia de procesos culturales, que se juegan en el intercambio social, quedando de manifiesto que lo que se considera como válido en un momento determinado proviene de tradiciones, que tienen contextos temporales y espaciales particulares. Pareciera que, al no poder conjugar la idea de mujer y madre como antes (cuando eran tomadas prácticamente como sinónimos), hoy asistimos a una división en la que ambos conceptos toman significaciones incluso contrarias. La madre del discurso social parece continuar fuertemente asociada a concepciones heredadas de la era moderna normativa, con ideas de maternidad omnipotente e intensiva, como las más preponderantes. Mientras que la mujer es la que aparece abriéndose paso hacia nuevos "valores" de autorrealización y autosatisfacción, donde la función materna parece tener poco espacio, quedando esta última en una posición opuesta a la imagen de mujer, generando contradicción en torno a la propia identidad y posibles trastornos en el desempeño individual general y de la función de procreación, nutrición, crianza y educación (Molina, 2006).

Ahora bien, esta crisis en la identidad femenina contemporánea, ¿se da en todos los sectores sociales o se corresponden con valores dominantes en las clases medias? ¿Hasta qué punto los sectores más necesitados se sienten afectados por un posible conflicto entre maternidad y trabajo? ¿Este conflicto tiene características propias o contrapuestas?

2.3.2. La mujer y su desarrollo personal

Hasta aquí hemos desarrollado una aproximación muy general a los distintos significados que la maternidad ha venido tomando a través del tiempo. Sin embargo, esta caracterización del concepto deja afuera las diferencias sociales que cada grupo le da según sus particulares circunstancias.

En Europa, por ejemplo, donde los niveles socioeconómicos difieren de los latinoamericanos, el modelo de mujer moderna, preocupada por su desarrollo personal, está tan instalado, que impacta directamente en la demografía. Por ejemplo, en España, donde este tema está muy en boga por la gran preocupación que despierta el bajo índice de natalidad (y su consecuencia inmediata: el envejecimiento de la población), Álvarez Llorente analiza las decisiones de fecundidad y participación laboral de la mujer. Las estimaciones obtenidas reflejan la incompatibilidad que la actividad laboral y el cuidado de los hijos supone para la madre. Además, encuentra que el efecto de las variables explicativas incluidas en el análisis sobre la decisión de fecundidad, depende de la situación laboral de la mujer así como del número de hijos que ya tiene (Álvarez Llorente, 2002⁴²).

Contrariamente, México se halla en plena transición demográfica: ha retrasado la edad de la primera unión conyugal y abreviado el tiempo de formación de la descendencia; también se ha prolongado la etapa de escolarización de los hijos y el tiempo de convivencia con la pareja después de la jubilación. Sin embargo, la decisión de no tener hijos, es ampliamente cuestionada. Al respecto, la antropóloga social Ávila González analiza a las mujeres que han “elegido” voluntariamente no ser madres, a fin de conocer los procesos que las llevaron a tomar esta elección, así como las experiencias y presiones sociales a las que han estado sujetas por no cumplir con el destino materno asignado. Destaca la necesidad de contextualizar el momento histórico bajo el cual fue posible que las mujeres pudieran tener acceso a este derecho reproductivo y plantea, asimismo, que la maternidad es un tema complejo, que no puede ser reducido solamente a lo cultural o, en su defecto, a lo biológico, sino que se entreteje con el nivel del inconsciente y por tanto del deseo (Ávila González, 2005⁴³).

En Brasil, Andrea Delfino estudia a mujeres que ocupan cargos de dirección de empresas. A partir de la reconstrucción de sus trayectorias socio-profesionales muestra la forma en que ellas gerencian esta situación compleja e históricamente única, a la vez que construyen sus estrategias identitarias y las bases de una ecología social que les permite el ejercicio de sus funciones. Las entrevistas realizadas apuntan hacia el reconocimiento de un mayor peso de las estrategias individuales, del vínculo de trabajo como elemento fundamental en la construcción de las trayectorias sociales y del “ajuste” como práctica conciliatoria que permite una mejor articulación de la carrera con la vida afectivo-familiar; elementos que permiten pensar a las mujeres ejecutivas como creadoras de nuevas trayectorias profesionales (Delfino, 2005⁴⁴).

En Venezuela, un estudio de la relación entre las responsabilidades en el hogar y la salud percibida por un grupo de profesoras universitarias, evidencia los efectos negativos que el trabajo del hogar puede tener. En cuanto a la distribución de responsabilidades, se observó que existe una mayor participación de las mujeres en la planificación y gerencia de las tareas y que reciben ayuda de su

⁴² ÁLVAREZ LLORENTE. 2002. *Decisiones de fecundidad y participación laboral de la mujer en España*. Investigaciones Económicas, enero, vol. 26, número 1. Fundación Empresa Pública. Madrid, España. pp. 187-218

⁴³ ÁVILA GONZÁLEZ. 2005. *Mujeres frente a los espejos de la maternidad: las que eligen no ser madres*. Desacatos, enero-abril, número 017. Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social. Distrito Federal, México. pp. 107-126.

⁴⁴ DELFINO, Andrea. 2005. *Mujer y ejecutiva: trayectorias de género en Brasil*. Espacio Abierto, abril-junio, año/vol. 14, número 002. Asociación Venezolana de Sociología. Maracaibo, Venezuela. pp. 199-214

pareja en el mantenimiento de la casa. Aquellas mujeres que informan una mayor carga en las tareas del hogar presentan ansiedad, depresión y baja autoestima (Blanco/ Feldman, 2000⁴⁵).

En contraposición, la realidad de otros sectores sociales, difiere ampliamente. En México, Fortoul Ollivier⁴⁶ describe la vida cotidiana de la mujer en zona marginal, analizando sus relaciones familiares, la toma de decisiones y el uso del tiempo libre. Con esto comprueba que todavía existen mecanismos de sumisión y de la negación de la propia persona que están perfectamente engranados en la vida familiar (Fortoul Ollivier, 2001).

En la Argentina, en un estudio cuantitativo reciente, Catalina Wainerman (2007) encuentra que el aumento de la participación femenina en el ámbito laboral, es una revolución que se encuentra en todos los sectores sociales en mayor o menor medida. La consecuencia inmediata es que las mujeres han pasado a asumir dos roles, ya que no deslindaron responsabilidades en el ámbito doméstico. Si bien los hombres comienzan a “colaborar” con aquellas mujeres que trabajan, la realidad muestra que los hijos y el hogar continúan siendo vistos como parte del espacio “naturalmente femenino”⁴⁷.

Asimismo, una investigación realizada en zonas de escasos recursos de Luján y Avellaneda, coincide en destacar que la tendencia actual es hacia la permanencia de la mujer en el mercado laboral, condicionada a su vez por la cercanía al lugar de trabajo, la situación familiar y el nivel educativo (Griselli/Lorea, 1997⁴⁸).

En estudios efectuados entre mujeres de los sectores medios de Perú, Norma Fuller⁴⁹ encontró que la maternidad continúa siendo la vía más efectiva para que las mujeres tengan acceso al status de adultas y al prestigio social. Este es el ámbito en el que ellas ejercen mayor poder y pueden negociar sus intereses frente a sus parejas e hijos. Sin embargo, el trabajo ha cobrado una enorme importancia en su percepción de sí mismas y, aún aquellas que son amas de casa con dedicación exclusiva consideran que el ideal femenino actual es el de la “mujer de carrera”.

Esta tendencia se ha solidificado hasta el punto en que muchas jóvenes profesionales están invirtiendo más tiempo y energía en sus proyectos laborales que en la búsqueda de pareja. De este modo, ha aparecido el tipo de la joven dispuesta a desplazarse a otras ciudades o países por temporadas relativamente largas con el único propósito de avanzar en su carrera aun cuando ello suponga poner en riesgo sus posibilidades de establecer una familia (Fuller, 1993, 2004).

⁴⁵ BLANCO / FELDMAN. 2000. *Responsabilidades en el hogar y salud de la mujer trabajadora*. Salud Pública de México, mayo-junio, vol. 42, número 3. Instituto Nacional de Salud Pública. Cuernavaca, México. pp.217-225

⁴⁶ FORTOUL OLLIVIER. 2001. La condición de la mujer en zonas marginadas: su vida cotidiana en el seno familiar. Revista del Centro de Investigación. Universidad La Salle, enero-junio, año/vol. 04, número 016. Universidad La Salle. Distrito Federal, México. pp. 61-68

⁴⁷ WAINERMAN, C. *Conyugalidad y paternidad ¿Una revolución estancada?* En publicación: *Género, familias y trabajo: rupturas y continuidades. Desafíos para la investigación política*. Gutiérrez, María Alicia. CLACSO, Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales, Buenos Aires. 2007.

⁴⁸ GRISELLI /LOREA. 1997. *Reestructuración Económica y Empleo Femenino de Dos Poblaciones Pobres: Maciel (Avellaneda) y Barrio San Fermín (Luján)*. Instituto Gino Germani. Universidad de Buenos Aires. “Prepared for delivery at the 1997 meeting of the Latin American Studies Association, Continental Plaza Hotel, Guadalajara, México, April 17-19, 1997”.

⁴⁹ FULLER, Norma. 1993 *Dilemas de la Femenidad, Mujeres de clase media en el Perú*, Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, Lima

No obstante, esta trayectoria no es lineal porque cuando las mujeres ya han tenido hijos su perspectiva y oportunidades de acción se transforman enormemente. Así por ejemplo, en diversas investigaciones (Valdés 1989, Valdés et al 1998⁵⁰, 1999, Fuller 1993, Gysling y Benavente 1996, Fuller y Viveros 2001⁵¹) concluyen que la relación entre trabajo remunerado y comportamiento reproductivo está mediada por los significados que la mujer atribuya a la maternidad, y por su situación conyugal. En este aspecto es posible encontrar una gama bastante variada que incluye:

- aquellas que consideran que tener una carrera es fundamental e intentan compartir algunas tareas con el esposo aunque asumen la mayor parte del trabajo doméstico;
- las que trabajan para completar el presupuesto familiar y viven su maternidad de manera conflictiva;
- las que consideran que el trabajo es una actividad secundaria y lo asumen siempre y cuando no sea un obstáculo para la realización de su papel de madres y,
- finalmente, las que consideran casi imposible conciliar alguna actividad extra-doméstica con el cuidado de los hijos.

En el caso de las mujeres jóvenes y adolescentes, estas transformaciones parecen más marcadas. Estos cambios están redefiniendo la noción de adolescencia y juventud femeninas. El hecho de que la iniciación sexual y la reproducción se hayan disociado gracias al uso de anticonceptivos eficaces, desde los '70 se ha ido quebrando la estrecha asociación entre maternidad y adultez social. Mientras que en décadas pasadas la menarca simbolizaba el ingreso a la vida adulta porque la joven ya era capaz de ser madre y estaba lista para fundar una familia, en la actualidad simboliza el inicio de un periodo de moratoria social durante el cual las jóvenes estudian, inician su carrera laboral y viven nuevas experiencias entre las que se incluyen los encuentros eróticos (Arias y Aramburú 2000⁵², Fuller 2001).

Sin embargo, este proceso no es uniforme porque las diferencias en niveles de ingreso, educación, participación política, relaciones familiares y de pareja a menudo profundizan las brechas entre los sectores sociales y las regiones. Por ejemplo, entre las jóvenes de menores recursos, las bajas expectativas de insertarse en el mercado laboral o de obtener trabajos prestigiosos, pueden conducir las a optar por la maternidad precoz como una de las pocas vías abiertas para obtener reconocimiento social. De este modo, mientras que en los sectores medios y altos las mudanzas registradas en la identidad femenina están conduciendo a una creciente individuación y diversidad, en los sectores populares es posible que la maternidad continúe siendo un horizonte importante.

Por ejemplo, en un estudio sobre poblaciones de bajos recursos realizado en Rio Grande do Sul,

⁵⁰ VALDÉS/ GYSLING /BENAVENTE. 1998 «*Las relaciones entre los géneros en la sexualidad y la reproducción: una mirada desde las mujeres. Informe final*». FLACSO-Chile. Santiago de Chile

⁵¹FULLER/VIVEROS. 2001 *Paternidades en América Latina, un estudio comparativo entre Lima y Bogotá*, Informe de Investigación Programa de Derechos Reproductivos Fundación Carlos Chagas, PRODIR

⁵² ARAMBURÚ / ARIAS QUINCOT. 2001. Dimensiones culturales del embarazo en la adolescencia. Pontificia Universidad Católica de Perú.

Leal y Fachel (1998⁵³) encontraron que el embarazo adolescente no se percibe como un problema ya que se trata de una estrategia de la mujer adolescente para constituir una unión conyugal.

En sentido inverso, un estudio sobre relaciones de pareja en Santiago de Chile muestra que el tiempo de cortejo prolongado es un privilegio de las clases acomodadas y se relaciona con la posibilidad de extender el período adolescente, de disponer de espacio en el ámbito familiar, de recibir apoyo de los padres y de seguir estudios después de terminada la escuela. Entretanto, las mujeres de los sectores populares se zambullen sin período previo al mundo adulto por la vía del embarazo precoz (Valdés et Al 1999:84).

Por su parte, en un artículo sobre el sentido que las mujeres argentinas de sectores populares le otorgan a la maternidad, Marcús⁵⁴ sostiene que, debido a la gran heterogeneidad que se vislumbra al interior del sector, la percepción y representación de la maternidad varía según la generación, el lugar de origen y el espacio de socialización durante los últimos años. Entonces, hablando de “maternidades”, hace una comparación de los sentidos otorgados por madres adolescentes, que viven en zonas marginales del conurbano sin posibilidades de traspasar las fronteras culturales del propio grupo, y madres jóvenes y adultas, provenientes de zonas semi-rurales del interior del país, que actualmente residen en hoteles de la urbe porteña, hábitat que les permite interactuar con “otros culturales”. En esta comparación encuentra que, mientras las primeras tienen una concepción más tradicional de la maternidad, las segundas han ido incorporando valores modernos, propios de sectores medios urbanos (Marcús, 2006).

Pero, en general, la evidencia disponible sobre el significado de los hijos en la Argentina muestra que las mujeres de la nueva generación de los estratos socioeconómicos medios asignan una importancia equivalente a la formación familiar y a los proyectos de realización en el área del trabajo. Estas jóvenes dedican muchos años a la formación educacional y retrasan la edad en la que se incorporan a la actividad económica, en la que forman parejas estables e inician la maternidad (López, 2005).

En contraste, las mujeres de los estratos bajos manifiestan su deseo de maternidad desde muy jóvenes, dejando en segundo plano otras aspiraciones personales. Tener hijos significa ganar espacio social, aumentar la estima, el respeto y el prestigio dentro de su familia y su comunidad. Una madre con una prole numerosa goza de aprobación social y cuando los hijos crecen aumenta el poder relativo de las mujeres dentro y fuera de la familia: no es igual ser soltera o mujer sin hijos que madre de hijos adultos, que la protegerán y le asegurarán un futuro menos incierto. En la población más pobre se identifica a menudo la entrada a la pubertad como sinónimo de incorporación a la edad adulta, estado que se adquiere de manera definitiva con la maternidad. Por ello, en un medio social con consumo de bienes escasos, seguridad económica limitada y bajo desarrollo profesional e intelectual, los hijos

⁵³ LEAL / FACHEL M.G. 1998. *Aborto, tensión y negociación entre lo femenino y lo masculino*, En: Lerner, Susana (editora) Varones Sexualidad y Reproducción, el Colegio de México, Sociedad Mexicana de Demografía, México D.F

⁵⁴ MARCÚS J. 2006. *Ser madre en los sectores populares: una aproximación al sentido que las mujeres le otorgan a la maternidad*. Revista Argentina de Sociología, noviembre-diciembre, año/vol. 4, número 007. Consejo de Profesionales en Sociología. Buenos Aires, Argentina. pp. 100-119

representan el acceso a una situación de mayor reconocimiento y prestigio social (López y Margulis, 1995⁵⁵).

Sin los beneficios de una escolaridad que las capacite para el excluyente mercado de trabajo, con prácticas sexuales precoces y escasos conocimientos sobre el funcionamiento de su cuerpo, acceso limitado a servicios de salud que favorezcan una práctica exitosa de la anticoncepción y un entorno sociocultural que facilita las uniones conyugales y valoriza la maternidad temprana como una manera de adquirir el estatus de adulta, la fecundidad adolescente adquiere un sentido diferente al descrito para las mujeres de sectores medios (López, 2005).

El rol paterno

Por su amplitud y complejidad, los fenómenos de la paternidad y la conyugalidad no serán directamente abordados en este trabajo. Sin embargo, nos referiremos a ellos transversalmente, toda vez que sea necesario. En este sentido, consideramos que los sentidos acerca de la maternidad están tan íntimamente relacionados con el rol paterno que muchas veces accederemos a ellos indagando sobre estos.

Múltiples estudios muestran que la división de género en las actividades relacionadas a la crianza es aún muy marcada. Independiente de edad, clase o grupo social a que pertenecen las madres, existe la percepción de que ellas son las que deben cargar con la mayor parte de las obligaciones de la crianza. Algunas de las madres creen que esa es la única opción posible, por una percepción de incapacidad o incompetencia hacia los padres (y los hombres en general) para tales tareas, pero la mayor parte simplemente no pueden contar con sus parejas por la indisponibilidad de estos (Pizzinato/Calesso-Moreira⁵⁶). En este sentido, la preocupación de las madres en cómo hacer y qué hacer en relación al cambio en la identidad que la maternidad supone, es un conflicto que evidencia un importante espectro de género, ya que aparentemente no afecta sus parejas. Al parecer, la paternidad en la visión de las madres no supone las elecciones y consecuentes renunciaciones que implica la maternidad. El bebé sigue siendo, para ellas, una “cosa de mujeres” (Pizzinato/Calesso-Moreira).

Datos bastante semejantes fueron encontrados en un estudio realizado por Levandowski y Piccinini (2009)⁵⁷ sobre las expectativas de hombres adolescentes y adultos sobre la paternidad. Según los autores, los participantes de los dos grupos presentaron cierta duda sobre su capacidad en desarrollar la paternidad e imaginarse como padres, demostrando estar un poco distantes del cumplimiento pleno de las funciones parentales. Tales resultados señalan un sentimiento de confusión por parte de los padres, que en los días de hoy aún parecen no tener muy claro su papel, ya que por un lado se les exige mayor participación en las funciones parentales, pero por otro, se sienten presionados por las demandas tradicionales de género, que les derivan otras funciones. Lewis y Dresen (1999) señalan la existencia

⁵⁵ LÓPEZ/ MARGULIS. 1995. “*Aproximación sociocultural al estudio de la salud reproductiva: mujeres y servicios de salud*”. Informe final de investigación. Facultad de Ciencias Sociales. Universidad de Buenos Aires. Inédito.

⁵⁶ PIZZINATO/ CALESSO-MOREIRA. 2007. *Identidad, maternidad y feminidad: retos de la contemporaneidad*. Universidad Autónoma de Barcelona (UAB) Revista Psico. v. 38, n. 3, pp. 224-232, set./dez.

⁵⁷ LEVANDOWSKI/PICPININI/ LOPES. 2009. *Individualidad y conyugalidad en la relación de parejas adolescentes*. Psicol. estud, vol.14, n.4, pp. 679-687. ISSN 1413-7372.

de una estructura social que aún fomenta la división tradicional de los papeles de padres y madres: los hombres son responsables por el trabajo y las mujeres por el cuidado de los niños. La figura del “padre proveedor” aún está bastante marcada en nuestra sociedad, pero también hay que señalar que en determinados contextos sociales ya se perciben elementos de significación que indican cambios en la dinámica del proceso parental (Trindade y Menandro, 2002⁵⁸).

El “territorio” familiar masculino, aun es percibido de acuerdo con una perspectiva más bien tradicional, dónde los hombres se ocupan del mantenimiento del hogar y solamente intervienen en la crianza en situaciones demasiado críticas. Si ellas se ven un tanto perdidas cuanto a que nuevos roles adoptar en su vida (y en cómo conciliar carrera y vida familiar), perciben a los hombres como igualmente descolocados, pero hincados en la perspectiva tradicional. Aunque se sepa que los circunscriptores de la vida contemporánea incitan al cambio, el no saber la dirección a que dirigirse, hace que los hombres se mantengan en el modelo tradicional (Pizzinato/Calesso-Moreira).

2.4. LOS SIGNIFICADOS DEL TRABAJO FEMENINO

En el marco de éste análisis se entenderá por trabajo el concepto propuesto por Oliveira (1994):

“Se puede categorizar el trabajo de la mujer en trabajo doméstico, que comprende las actividades requeridas para el mantenimiento cotidiano de las familia y la crianza de los niños, éste no es remunerado y llevado a cabo por las mujeres, y trabajo extradoméstico, conjunto de actividades que permiten la obtención de recursos monetarios mediante la participación en la producción, comercialización de bienes y servicios para el mercado. Este puede llevarse a cabo en el hogar, trabajo a domicilio, o fuera de la casa”⁵⁹.

Desde este concepto la relación de trabajo pasa a estar condicionada a relaciones de mercado. De allí que queda invisibilizado el trabajo intra-doméstico, generalmente producido por mujeres.

Asimismo, la participación laboral de la mujer sigue evidenciando una segregación vertical y otra horizontal. La segregación vertical o “techo de cristal” (Burin, 1996) establece límites invisibles a las posibilidades de ascenso laboral de las mujeres: si bien acceden a diversos puestos de trabajo, llegan menos a los lugares de decisión, que siguen siendo patrimonio de los varones⁶⁰. Según cifras de la OIT, las mujeres sólo desempeñan del 1 al 3% de los máximos cargos ejecutivos en las mayores empresas del mundo. A su vez, la inclusión de las mujeres en el trabajo formal ha provocado la segmentación horizontal, que las ubica en empleos que se suponen típicamente femeninos –servicios, docencia, cuidado de personas, trabajos administrativos- al tiempo que encuentran obstáculos para asumir ocupaciones que socialmente siguen siendo consideradas masculinas, ligadas a la producción, la ciencia y los avances de la tecnología. Esto se ve agravado por el hecho de que estas ramas de actividad son más proclives a la precarización, por lo que la gran mayoría de las mujeres se encuentran en situaciones de informalidad y precariedad laboral, como se pudo comprobar también mediante las encuestas realizadas.

Como analiza Lobato (2007), el trabajo asalariado fue pensado como una actividad predominantemente masculina. Si las mujeres ejercían tareas asalariadas, ello se debía a una situación

⁵⁸ TRINDADE/MENANDRO. 2002. *Padres adolescentes: vivencias y significaciones*. Estudios en Psicología.

⁵⁹ GARCIA/ DE OLIVEIRA. 1994. *Trabajo Femenino y Vida Familiar en México*. Colegio de México.

⁶⁰ BURIN, M. 1996. *Una hipótesis de género: el techo de cristal en la carrera laboral. Género, psicoanálisis y subjetividad*. Paidós. ISBN 950-12-4192-0.

excepcional atribuida a la necesidad económica que se originaba en los ingresos insuficientes, la muerte o el abandono del proveedor. Esta noción de excepcionalidad fue reforzada por la de complementariedad, que se expresó en una brecha salarial que colocaba los salarios femeninos en un lugar por debajo de los masculinos⁶¹.

En la Argentina, los indicadores muestran que la participación económica femenina aumentó desde los '50 y más aceleradamente a partir de los '60, impulsada por diversos factores como la expansión de la educación femenina, la postergación del matrimonio y la reducción del tamaño de la familia. A la vez, la estructura del empleo sufría, desde mediados de siglo, un desplazamiento del sector primario al secundario y al terciario después. Según Wainerman (2005), con un país empobrecido y un estado achicado que provee menos servicios sociales, las mujeres tuvieron mayores posibilidades que los hombres, aunque en puestos más precarios. Además, según su análisis, desde la década del '80, la crisis económica sugiere que *“las mujeres salieron a trabajar para reemplazar los aportes del presupuesto familiar de los varones jefes de hogar y para apuntalar los ingresos familiares deteriorados, tratando de mantener el nivel de consumo y evitar el desclasamiento (...) No puede interpretarse simple y exclusivamente como indicador de modernización, desarrollo o crecimiento, como se entendía en los '70, cuando la participación laboral se cifraba en las esperanzas del cambio de la condición de las mujeres”*⁶².

Por otra parte, hay que destacar que las variables estructurales (crisis económica, nivel de escolaridad, responsabilidades familiares) condicionan de diferente forma la participación económica de las mujeres de diferentes sectores sociales, al igual que sucede con sus maternidades. García y de Oliveira (1994) distinguen entre la dimensión simbólica de la maternidad (concepciones y significados que se otorga al ser madre) y la experiencia cotidiana que enfrentan para combinar ésta con el trabajo y en el cual se encuentran variaciones en ambas dimensiones entre las mujeres de diferentes sectores sociales y grados de compromiso con su actividad económica. Para las mujeres de sectores populares, la maternidad aparece como la principal fuente de realización y legitimidad, independientemente de su compromiso con el trabajo; sin embargo, éste sí es importante a la hora de definir formas y estrategias para combinar maternidad y trabajo. En contraste, las mujeres de los sectores medios presentan diferencias en su posición frente a la maternidad asociadas con los diferentes grados de compromiso asumido con el trabajo. Para las mujeres que asumen el trabajo como carrera, la maternidad se concibe con más ambivalencias, pues se considera una fuente de realización, pero no la única; aunque no consideran incompatibles el trabajo y la maternidad, son las únicas que pueden percibir que la maternidad pospone o dificulta los proyectos personales. En cambio, para las mujeres que conciben su trabajo como actividad complementaria o necesaria para mantener el status, la maternidad es prioritaria en sus vidas y buscan más bien adaptar los ritmos y condiciones de éste a las exigencias del cuidado de los hijos (García y de Oliveira, 1994).

Así, el significado del trabajo, al igual que sucede con el de los hijos, se encuentra influenciado por

⁶¹ LOBATO, M. 2007. *Historia de las trabajadoras en la Argentina (1869-1960)*, Buenos Aires, Edhasa.

⁶² WAINERMAN, C. *La vida cotidiana en las nuevas familias: ¿una revolución estancada?* Buenos Aires. Lumiere, 2005. Páginas 54 y 55.

valores, percepciones y *habitus* de clase. De esta manera, Wainerman (2005) encuentra que las mujeres de hogares de nivel bajo preferirían que fueran los hombres quienes trabajan porque asocian las labores extra-domésticas con ámbitos de cansancio y sacrificio. Para ellas el trabajo femenino es sólo una contribución en caso de necesidad económica que se hace por el bien de la familia. En cambio, entre las mujeres de hogares de nivel medio predomina la idea de que el trabajo es un espacio de realización personal, cultivo de amistades y conquista de autonomía, un componente de la adultez y de una pareja donde las responsabilidades se comparten. Además, las mujeres con mayor educación, pueden aspirar a trabajos más atractivos y con mayor estabilidad, con beneficios sociales como la licencia por maternidad y con posibilidades de ascensos. Así, mientras en los hogares de nivel bajo, el trabajo femenino se relaciona con las necesidades colectivas y los vínculos familiares, en los hogares de nivel medio se articula con un creciente individualismo (Wainerman, 2005).

2.5. RECAPITULADO

Este trabajo busca profundizar en las diferencias sociales existentes en los sentidos de la relación maternidad/trabajo, expresados en la identidad de la nueva generación de madres del interior. Para esto, la identidad se tomará como aquello que se *manifiesta mediante relatos propios y ajenos; que se va construyendo y modificando en una relación dialéctica con las circunstancias: el contexto, las experiencias, la relación con los demás y, las reflexiones y conclusiones de todo el proceso*⁶³.

A su vez, se considera que efectivamente existen diferencias sociales que se expresan en los *habitus*⁶⁴ y en los discursos y que pretendemos analizar para arribar a una mejor comprensión de las representaciones y la identidad femenina actual. Creemos que, en tanto los *habitus* representan la historia hecha cuerpo, es posible identificar características comunes en agentes expuestos a similares condiciones de vida, es decir, un *habitus* de clase afín en quienes internalizan las mismas condiciones objetivas.

De todas maneras, para no encasillar a las mujeres analizadas dentro de una determinada *clase*, en este trabajo no se recurre ni a una definición ni a una categorización cerrada del espacio social, por lo que se toman como sinónimos conceptos tales como *clase*, *sectores*, *niveles*, *estratos* o *grupos* sociales. En este sentido, acordamos con Bourdieu⁶⁵ al afirmar que, lo que se explica a partir de números, límites y miembros, es sólo una clase construida científicamente con fines pura y exclusivamente analíticos, pero que no es ni puede ser tratada como una clase real.

Por otro lado, el concepto de maternidad, también se tomará como una construcción cambiante y condicionada por el contexto sociopolítico, económico, cultural y personal. Como concepto significativo, la maternidad encierra ciertos valores y maneras de sentir y pensar que van a influir en las identidades femeninas. Por eso la necesidad de realizar un ejercicio hermenéutico continuo, que contemple las necesidades y los intereses que se escoden detrás de cada sentido.

⁶³ Definición propia.

⁶⁴ En el sentido que le da Pierre Bourdieu y que se explica en 2.2.

⁶⁵ Analizado por MARTÍNEZ, A. 2006. en *Reflexiones en torno al concepto de clase social. Pierre Bourdieu y el espacio social pluridimensional*. Astrolobio. Universidad Nacional de Córdoba.

A su vez, el trabajo también ha ido cambiando en su composición y distribución a medida que los roles de género se fueron modificando. Sin embargo, más allá de esto, lo que se pretende demostrar con esta investigación es que las diferencias sociales en las condiciones objetivas de vida, van a influir en los significados de la maternidad y su relación con el trabajo.

Si bien la propuesta de los estudios citados coincide con la temática y visión de este trabajo y serán considerados para reforzar los hallazgos, esta investigación pretende ver cuánto de estas cuestiones se encuentran reflejadas en los discursos y las prácticas de las mujeres del interior. Así, por ejemplo, el análisis de Wainerman (2005, 2007), donde se analizó una amplia muestra de mujeres porteñas en sus opiniones, experiencias y roles de género, sirve como punto de partida para adentrarnos en los significados que las mujeres le dan al trabajo y a los hijos según los distintos sectores sociales. Pero el énfasis de Wainerman está puesto en la perspectiva de género, ya que su problemática es la participación de las mujeres en el trabajo productivo y reproductivo en relación a los hombres. En cambio, aquí el énfasis estará puesto en los sentidos otorgados a la relación maternidad/trabajo y, aunque se tendrá en cuenta el papel del padre, la relación principal se establecerá entre los discursos y prácticas de las mujeres provenientes de realidades socioculturales distintas, pero todas del interior.

3. CONTEXTO Y DATOS CUANTITATIVOS

Como se adelantó, en el presente trabajo, lo que se denomina *clase, sector o estrato social* corresponde exclusivamente a una clasificación con fines analíticos, una clase construida científicamente con el objetivo de exponer y prever las propiedades y las prácticas de aquello que se clasifica, pero no es ni puede ser tratada como una clase real. Ahora bien, aunque no se espera encontrar en la sociedad un grupo cerrado de personas que cumpla con características inamovibles propias a una determinada clase, sí partimos de suponer que efectivamente existen diferencias sociales que se expresan en los *habitus* y en los discursos. Son justamente estas diferencias las que pretendemos analizar para arribar a una mejor comprensión de la relación entre maternidad y trabajo. Por lo tanto, aunque más no sea por cuestiones metodológicas, necesitamos acudir a una clasificación del espacio social. Para esto, lo primero que se hizo fue buscar jardines de infantes correspondientes a barrios con características socioculturales y económicas disímiles.

En comparación con otras latitudes, Junín no se caracteriza por tener una gran heterogeneidad social. Por el contrario, mientras en las grandes ciudades abundan los contrastes entre las villas de emergencia y los barrios cerrados, Junín ha tenido a lo largo del tiempo una preponderante clase media, dedicada mayormente al comercio y al empleo público. Aun así, la crisis económica de los '90, con su elevado índice de desocupación, provocó el empobrecimiento de amplias franjas de población. En contraposición, durante los últimos años, un sector relacionado con las actividades agrícolas se ha visto considerablemente favorecido. Ambas situaciones se ven reflejada, entre otras cosas, por las diferencias edilicias que se hacen cada vez más notorias. De esta manera, al tratar de encontrar jardines de infantes que evidenciaran las discrepancias, fácilmente se pudo seleccionar seis instituciones correspondientes a barrios con diferentes características socioeconómicas:

- Dos jardines privados correspondientes a zonas residenciales. Para los fines analíticos a partir de ahora serán denominados GRUPO 1.
- Dos jardines públicos ubicados en la zona céntrica donde acuden familias heterogéneas, en su mayoría, de estratos medios. Para los fines analíticos a partir de ahora serán denominados GRUPO 2.
- Dos jardines públicos ubicados en zonas periféricas de la ciudad donde viven, en su mayoría, familias de escasos recursos. Para los fines analíticos a partir de ahora serán denominados GRUPO 3.

Tomando a estas instituciones, se entrevistaron a 100 (cien) mujeres, madres de niños y niñas de entre 3 y 4 años.

3.1. INTRODUCCIÓN

Los análisis coinciden en destacar la asimilación por parte de los sectores medios urbanos latino-americanos de una serie de fenómenos denominados por los demógrafos europeos de “segunda transición demográfica” (Kaa, 1987⁶⁶). Ese término, va a ser utilizado para describir el nuevo desequilibrio demográfico caracterizado por: (a) la declinación del casamiento como institución; (b) la caída de la tasa de fecundidad por debajo del nivel de reproducción de una generación; y (c) el

⁶⁶ KAA, V.D.J. 1987. “Europe’s Second Transition”. Population Bulletin 42 (1). New York: United Nations.

surgimiento de un nuevo acuerdo familiar, caracterizado por el aumento de familias monoparentales. Para Michel Bozon (1995), este análisis debe ser necesariamente ampliado con un cuarto elemento: las transformaciones en las relaciones de género, sustentadas en una mayor autonomía femenina, en base a tres elementos: el aumento del nivel de instrucción femenina que llega a superar los niveles masculinos; la participación más elevada y más permanente de las mujeres en el mercado de trabajo; y la difusión casi generalizada de los métodos anticonceptivos eficaces, que permiten el dominio de su fecundidad y, junto con eso, del control de su biografía⁶⁷. De esta manera, en las últimas décadas se ha observado una sostenida disminución de las diferencias de la fecundidad en casi la totalidad de las jurisdicciones argentinas, a pesar de lo cual aún pueden delinearse esquemáticamente dos modelos de reproducción humana: el primero, de fecundidad temprana y mayor que la del promedio nacional, más frecuente en los estratos socioeconómicos bajos y, el segundo, característico de la población más favorecida, menos prolífico y con reproducción más tardía (López, 2006⁶⁸; Torrado, 1993⁶⁹).

Por otra parte, la tenencia de hijos va a ser una variable con gran impacto en la participación laboral femenina, mostrando que la inactividad aumenta sensiblemente desde las que no tienen hijos hasta las que tienen tres o más. Inversamente, los estudios realizados en Buenos Aires, evidencian que el porcentaje de las mujeres que trabajan, disminuye a medida que aumenta el número de hijos, lo que pone de manifiesto la vinculación negativa entre trabajo y número de hijos. Al analizar la cantidad de horas trabajadas se observa un comportamiento similar: las mujeres que trabajan más horas son las que tienen menos hijos (López y otros, 2009)⁷⁰.

Dentro del grupo de madres entrevistadas, cuyas edades van de los 19 a los 45 años, encontramos que la mitad no trabaja, mientras la otra mitad lo hace alrededor de 27 horas semanales. Entre las actividades que desarrollan se mencionaron: ama de casa (45%), empleadas domésticas (17%), administrativas (16%), profesionales (11%) y otras actividades como comerciantes, peluqueras o estudiantes (9%). El hecho de que el porcentaje de amas de casa (45%) no coincida con el de las madres que no trabajan (50%), se debe a que hay un 5% de mujeres que, aunque en la actualidad no se desempeñan laboralmente, son profesionales o estudiantes que no se reconocen a sí mismas como *amas de casa* sino que mencionan su profesión o estudio entre sus actividades. Este hecho resulta interesante en tanto permite ejemplificar el desprestigio que la figura del *ama de casa* ha sufrido en los últimos años, asociándose a la monotonía y la rutina del hogar⁷¹.

En cuanto al nivel educativo alcanzado, entre las entrevistadas hay: 28% con secundario, 21% con primario, 16% con universitario y 9% con terciario, destacándose un alto porcentaje (26%) de mujeres

⁶⁷ BOZON, M. 1995 “Amor, Sexualidade e Relações Sociais de Sexo na França Contemporânea”. Estudios Feministas, año 3, n. 1. IFCS/UFRJ.

⁶⁸ LÓPEZ, E. 2006. “La fecundidad adolescente en la Argentina: desigualdades y desafíos”, en UBA Encrucijadas, Revista de la Universidad de Buenos Aires 39, pag. 24-31.

⁶⁹ TORRADO, S. 1993. *Procreación en la Argentina: hechos e ideas*. Buenos Aires, Centro de Estudios de la Mujer.

⁷⁰ LÓPEZ/ FINDLING/ LEHNER/ PONCE/ VENTURIELLO/ MARIO/ CHAMPALBERT. 2009. “Mujeres multifacéticas: conexiones entre maternidad, familia y trabajo”. Instituto de Investigaciones Gino Germani, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires. X Jornadas Argentinas de Estudios de Población.

⁷¹ Este fenómeno se analiza en el siguiente capítulo.

que directamente no respondieron acerca de sus estudios cursados⁷² y que probablemente se trate de mujeres con escasa alfabetización. A su vez, si se analiza la situación conyugal, encontramos que existe la misma cantidad de mujeres casadas (38%) que en concubinato (38%), además de un importante porcentaje (17%) que se encuentra sin pareja: 10% separada, 5% soltera, 2% viuda.

Desde los '80, junto al mayor porcentaje de trabajo femenino, la familia también sufriría transformaciones. En el marco de la mayor esperanza de vida, mayor educación, postergación de las uniones y disminución del número de hijos, se dio un cambio de valores, sobre todo en la clase media. Según Wainerman (2005), la valorización del individuo y la realización personal sobre la comunidad y la flexibilización de las relaciones laborales y familiares dieron lugar a mayores rupturas conyugales, hogares “ensamblados” o “reconstruidos”, uniones consensuales, hijos extramatrimoniales, hogares monoparentales y mujeres jefas de hogar⁷³. Mientras las anteriores transformaciones en la familia⁷⁴ parecieron corresponder a nuevas realidades sociales y económicas, ahora parecen surgir de “*de una creciente libertad para decidir voluntariamente cómo se quiere vivir, en un contexto de creciente igualdad entre mujeres y varones, nuevas tecnologías reproductiva y aceptación de la sexualidad fuera del matrimonio, de la menor adhesión a redes de apoyo basadas en el parentesco y en la comunidad...*” (Wainerman y Geldstein, 1994⁷⁵). Según el análisis de Delfino (2005), en el marco de esta perspectiva, el nuevo desequilibrio sería producto de una reivindicación de derechos individuales, contraponiéndose al altruismo de los actores que caracterizó la primera transición demográfica, en la cual fueron imperantes los intereses concernientes a la familia y a la descendencia (Delfino, 2005⁷⁶). Aún así y pese a las transformaciones, el modelo de familia nuclear completa continua siendo hegemónico.

CUADRO 1: RESUMEN 100 MUJERES MADRES ENTREVISTADAS

Edad	Ocupación	Nivel educativo	Sit. conyugal
Promedio: 31,5 años	45% amas de casa	28%: secundario	38% convive
Rango: de 19 a 45 años	17% domésticas	21%: primario	38% casada
	16% administrativas	16%: universitario	10% separada
TRABAJO	11% profesionales	9%: terciario	5% soltera
50%: no	7% independientes	26%: n/r	2% viuda
48%: 27 hs. semanales	2% estudiantes		7% n/r
2%: n/r	2% n/r		

Si se analiza el perfil de los padres⁷⁷, vemos que la edad promedio es de 34 años, dos años y medio

⁷² 9% del GRUPO 2 y 17% del GRUPO 3

⁷³ WAINERMAN, C. *La vida cotidiana en las nuevas familias: ¿una revolución estancada?* Buenos Aires. Lumiere, 2005. PREFACIO.

⁷⁴ Como durante la Revolución Industrial, cuando se rompió la unidad entre la residencia familiar y la laboral.

⁷⁵ WAINERMAN / GELDSTEIN. 1994. “Viviendo en familia: ayer y hoy”, en Wainerman (comp.), *Vivir en familia*. Buenos Aires. UNICEF-Losada.

⁷⁶ DELFINO, A. 2005. *Mujer y ejecutiva: trayectorias de género en Brasil*. Espacio Abierto, abril-junio, año/vol. 14, número 002. Asociación Venezolana de Sociología. Maracaibo, Venezuela. pp. 199-214

⁷⁷ Siempre en base a los datos suministrados por las mujeres.

por encima de la edad promedio de las madres. De hecho, el rango etario es mucho más amplio: desde 18 hasta 60 años. Entre ellos hay 26% que alcanzó estudios secundarios, 22% que llegó a finalizar la escuela primaria, 12% que cuenta con estudios universitarios y 6% con terciario (además de un 34% que no respondió). Como muestran otros estudios, acá se evidencia que los hombres, en general, alcanzan un nivel educativo igual o menor que las mujeres (Chubarovsky, 2002⁷⁸).

En casi todas las regiones del mundo, las mujeres son minoría en todos los niveles educativos; la excepción se observa en los países desarrollados, donde una proporción mayor de mujeres están escolarizadas en los niveles secundario y universitario (Unesco, 1996). Como analiza Chubarovsky (2002), nuestro país sigue esta última tendencia ya que las mujeres gozan de paridad de oportunidades en todos los niveles educativos, pero a partir de los 17 años –que correspondería a los ciclos secundario y terciario/universitario– las mujeres están más escolarizadas que los varones (INDEC, 2000). En este sentido, el proceso de feminización de la matrícula universitaria es significativo y, según Alfei (1992⁷⁹), va en aumento década tras década: en 1950 era un 18%; en 1960: 32%, en 1970: 43%, en 1980: 49% y en 1991: 52% (INDEC, 1999).

Sin embargo, persisten iniquidades relativas al género que se expresan en la no correspondencia entre los logros educativos alcanzados y la calidad de su inserción en el mercado de trabajo, tanto en relación a su calificación ocupacional y nivel de salarios como en el acceso a puestos de conducción y a sectores de actividad tradicionalmente masculinos (Chubarovsky, 2002⁸⁰).

Así, entre las actividades que desempeñan los hombres, hay un 34% de empleados, 27% de trabajadores informales o sin calificación (cartoneros, peones, changarines y jornaleros, entre otros), 26% de autónomos calificados (profesionales, empresarios) y 5% de desempleados. Los que trabajan, lo hacen un promedio de 47 horas semanales, es decir, 20 horas más que las mujeres.

CUADRO 2: RESUMEN 100 PADRES (respondido por las madres)

EDAD	PROFESIÓN/OCUPACIÓN	NIVEL EDUCATIVO
Promedio: 34 años.	34% empleado calificado/formal	26% secundario
Rango: de 18 a 60 años	27% empleado o autónomo informal	22% primario
	15% autónomo calificado	12% universitario
	11% profesionales	6% terciario
TRABAJA	4% desocupado	34% n/r
79%: 47 hs. semanales	1% estudiante	
5%: no	1% fallecido	
16%: n/r	7% n/r	

⁷⁸ CHUBAROVSKY/DIEZ DE ULZURRUN/RODRÍGUEZ. 2002. *Nivel educativo alcanzado y modo de inserción diferencial de mujeres y varones en el mercado laboral*. Revista Científica de UCES. Vol. VI N° 1 Páginas 28 a 48.

⁷⁹ ALFEI, B. 1992. “Las carreras profesionales: hombres y mujeres en el mercado de trabajo”, en Propuesta Educativa. Flacso, año 4, N° 7, Octubre 1992.

⁸⁰ CHUBAROVSKY/DIEZ DE ULZURRUN/RODRÍGUEZ. 2002. *Nivel educativo alcanzado y modo de inserción diferencial de mujeres y varones en el mercado laboral*. Revista Científica de UCES. Vol. VI N° 1 Páginas 28 a 48.

En cuanto a los ingresos que reciben las familias, en el 65% de los hogares, el principal aporte proviene del hombre; mientras que en el 10% de los hogares las mujeres aportan en igual proporción que el cónyuge. Existe también un 13% de hogares donde es mayor el aporte femenino, correspondiente en su mayoría a casos de mujeres que se encuentran solas (separadas, viudas) o con hombres afectados por el desempleo. Además hay un pequeño porcentaje (3%) cuyo principal ingreso proviene de la ayuda de otros familiares como abuelos o tíos del niño.

Según datos del Instituto Nacional de Estadísticas y Censos de Argentina, en 1970, el 17,6% de los hogares argentinos tenía jefatura femenina, valor que aumentó a 34% en 2010⁸¹. Pero es de destacar que, según la Encuesta Permanente de Hogares, la gran mayoría de las jefaturas femeninas corresponden a hogares monoparentales y, a su vez, la gran mayoría de los hogares monoparentales de la Argentina tienen por jefe a una mujer (EPH, 2006).

Con respecto a la cantidad de hijos, se encuentra que la mayoría de las familias tienen 2 hijos (33%), seguidas de cerca por las que tienen uno solo (32%) y más lejos por las que tienen 3 (21%). Con 4 hijos está el 8% de las mujeres encuestadas, con 5 hijos el 3%, con 6 el 1% y con 7 el 2%⁸².

En cuanto a quién o quiénes se encargan del cuidado de los niños, encontramos que en casi la mitad de los casos, el cuidado corresponde exclusivamente a la madre, mientras que un 22% se reparte la labor entre los dos progenitores. Además, hay un 14% de parejas que reciben la ayuda de niñeras u otros familiares entre los que se destacan las abuelas maternas, las tías y los hermanos mayores. Sólo un 3% de los casos presenta la figura del padre como el principal responsable del cuidado infantil y se da en aquellos hogares donde el hombre está desocupado o trabaja menos horas y con menor ingreso que la mujer, datos que evidencian que la mujer sigue siendo la principal responsable de los hijos.

Sin embargo, Meil Landwerlin (1997) advierte que la implicación masculina en la atención y el cuidado de los hijos está condicionada, sobre todo, por el tipo de actividades de las que se trata, además de la sobrecarga relativa de la familia (relacionada con la edad de los hijos y las disponibilidades horarias de ambos padres) y del estatus social, fundamentalmente educativo, de los padres. De esta manera, en sus estudios sobre familias urbanas españolas, el autor encuentra que la participación del hombre en las tareas matinales está determinada por el estatus laboral de la mujer, mientras que las demás tareas, ya sean cotidianas o más o menos esporádicas, están más condicionadas por la sobrecarga relativa de las familias y el nivel educativo de los padres⁸³.

Este primer apartado del capítulo, corresponde al análisis del total de entrevistas, pero difícilmente estos porcentajes pueden darnos una visión acabada de lo que les ocurre a las mujeres en su vida cotidiana, ya que estas realidades se encuentran atravesadas por las circunstancias que vive cada una. Para profundizar en las diferencias que existen entre ellas, primero se dividió a las mujeres según el

⁸¹ INDEC. 2011. Gacetilla de prensa: *El Indec difunde nuevos datos definitivos del Censo de Población, Hogares y Viviendas 2010*. <http://www.indec.com.ar/indec.gov.ar.htm>

⁸² No se encontraron casos con más de 7 hijos ni parejas sin hijos ya que la presencia de hijos era la característica principal con que se seleccionó a las mujeres encuestadas.

⁸³ MEIL LANDWERLIN, G. 1997. *La participación masculina en el cuidado de los hijos en la nueva familia urbana española*. Universidad Autónoma de Madrid. Madrid. España.

grupo socioeconómico de pertenencia y luego se realizó una comparación en base al nivel educativo, para más tarde, en los capítulos siguientes, ahondar en los discursos y las prácticas maternas que se ocultan detrás de las estadísticas.

3.2. ANÁLISIS POR GRUPO SOCIAL

Si desglosamos los porcentajes y nos trasladamos al interior de los grupos analizados, se encuentran grandes disparidades, muchas de las cuales guardan relación con el sector socioeconómico al que pertenece cada mujer. Entre los indicadores que se utilizaron para caracterizar socioeconómicamente a las familias, se encuentran la cobertura sanitaria y la cantidad de personas por dormitorio en los hogares, además del barrio donde se inserta la institución educativa.

Cobertura sanitaria⁸⁴ y personas por habitación

Una de las preguntas de las entrevistas interrogaba acerca de la tenencia o no de obra social, con el objetivo principal de reflejar las diferencias socioeconómicas. Analizando las respuestas, se puede ver que, en el GRUPO 1, casi todas las familias disponen de cobertura sanitaria. El 6,6% que carece de obra social, corresponde a padres que mencionaron el estudio (terciario y universitario) como su actividad actual principal.

En el GRUPO 2, la cobertura sanitaria se extiende al 67,4% de las familias, dejando a un tercio de familias sin cobertura. Este sector está conformado por madres jefas de hogar y padres que trabajan como empleados o autónomos sin calificación.

En el GRUPO 3, en cambio, sólo un cuarto de los hogares tiene cobertura. El porcentaje de familias sin cobertura (74,2%) supera ampliamente a las que habían mencionado tareas sin calificación entre sus actividades. Sin embargo hay que tener en cuenta que en este grupo existe un importante porcentaje que no respondió acerca de sus actividades y que puede corresponderse con trabajos precarios y flexibles, difíciles de especificar. Además, como se analizó anteriormente, en el GRUPO 3 cobra mucha importancia relativa el trabajo de la mujer (ya que constituye el principal aporte en un cuarto de los hogares), siendo mayoritariamente un trabajo de empleada doméstica, por hora y sin aportes.

CUADRO 3: Cobertura sanitaria

OBRA SOCIAL	TIENE	NO TIENE
GRUPO 1	93,4%	6,6%
GRUPO 2	67,4%	32,6%
GRUPO 3	25,8%	74,2%

Además, para tener otro indicador de las características socioeconómicas de las familias, se consultó cuántas personas vivían en cada hogar y cuántos dormitorios tenía la casa. Así se puede observar que más del 90% de las familias del GRUPO 1 tiene uno o dos habitantes por dormitorio y ninguna llega a superar las tres personas por habitación. En cambio, en el GRUPO 2, más de un cuarto

⁸⁴ Incluye prepagas u obra social de manera indiferenciada.

de familias tienen entre dos y tres personas por dormitorio y un 4% llega a los cuatro habitantes por habitación. Para el GRUPO 3, dos tercios de familias tienen hasta tres personas por habitación y el resto supera esa cantidad, alcanzando hasta cinco habitantes en cada dormitorio, hacinamiento que refleja con claridad las diferencias socioeconómicas que afectan a estas familias.

CUADRO 4: Porcentaje de personas por dormitorio

Personas por dormitorio	GRUPO 1	GRUPO 2	GRUPO 3
HASTA 2	93,3%	69,5%	34,4%
HASTA 3	6,6%	26,5%	34,4%
HASTA 4		4%	18,7%
HASTA 5			12,5%

Edad de las madres

Con respecto a las edades de las encuestadas, se ve que va disminuyendo al cambiar de sector social. De esta manera, mientras que en los jardines del GRUPO 1 la edad promedio de las mujeres encuestadas es de 34 años y medio, con parejas de 37 años promedio, en el GRUPO 2 es de 31 años y medio con parejas de 35 años y en el GRUPO 3 la edad promedio desciende a 27 años y medio para las madres y 31 años promedio para los padres. Además, en los jardines de GRUPO 1 se encuentra un 33% de madres mayores de 40 años, caso que se da en apenas el 8,15% de las madres del GRUPO 2 y en ningún caso en el GRUPO 3.

CUADRO 5: Edad promedio de padres de niños/as en jardín de infantes

EDAD	GRUPO 1	GRUPO 2	GRUPO 3
Madre	34,5	31,5	27,5
Padre	37	35	31

Esto se debe, por supuesto, a las discrepancias de edades en que las mujeres engendran sus hijos. Comparando las edades de las madres con la de los hijos, se puede ver que en el GRUPO 1, la edad promedio en que las mujeres tuvieron su primer hijo es de 29 años y medio. La realidad en los jardines de GRUPO 2 es diferente ya que, en promedio, las mujeres tuvieron su primer hijo a los 24 años y medio, es decir, 5 años antes. Y en los jardines de GRUPO 3, los 19 años y medio es la edad promedio en que las mujeres tuvieron su primer hijo, esto es: 5 años antes que las madres del GRUPO 2 y 10 años antes que las madres del GRUPO 1.

CUADRO 6: Edad promedio en que las mujeres tuvieron su primer hijo

1er hijo	GRUPO 1	GRUPO 2	GRUPO 3
EDAD	29,5	24,5	19,5

De hecho, si se analiza más profundamente, se advierte que la mayoría de las mujeres del GRUPO 1 fue madre después de los 30 años (53%) y no hubo ninguna que haya tenido hijos antes de los 20. En cambio, en el GRUPO 2, la mayoría fue madre entre los 20 y los 30 años pero también hay un 28%

que tuvo su primer hijo después de los 30 y un cuarto que lo hizo antes de los 20 años. En contraposición, en el GRUPO 3, la mayoría (60%) fue madre entre los 16 y los 19 años y el 40% restante tuvo su primer hijo entre los 20 y los 29⁸⁵.

CUADRO 7: Edad en que las mujeres tuvieron su primer hijo

1er HIJO	GRUPO 1	GRUPO 2	GRUPO 3
Antes de los 20	0%	25%	60%
Entre los 20 y 30 años	47%	47%	40%
Después de los 30	53%	28%	0%

Como destaca López (2005), sin los beneficios de una escolaridad que las capacite para el excluyente mercado de trabajo, con prácticas sexuales precoces y escasos conocimientos sobre el funcionamiento de su cuerpo, acceso limitado a servicios de salud que favorezcan una práctica exitosa de la anticoncepción y un entorno sociocultural que facilita las uniones conyugales y valoriza la maternidad temprana como una manera de adquirir el estatus de adulta, la fecundidad adolescente adquiere un sentido diferente al descrito para las mujeres de sectores medios (López, 2005⁸⁶). Mientras la nueva generación de los estratos socioeconómicos medios asignan una importancia equivalente a la formación familiar y a los proyectos de realización en el área del trabajo, dedican muchos años a la formación educacional y retrasan la edad en la que se incorporan a la actividad económica, en la que forman parejas estables e inician la maternidad, en la población más pobre se identifica a menudo la entrada a la pubertad como sinónimo de incorporación a la edad adulta, estado que se adquiere de manera definitiva con la maternidad. Por ello, en un medio social con consumo de bienes escasos, seguridad económica limitada y bajo desarrollo profesional e intelectual, los hijos representan el acceso a una situación de mayor reconocimiento y prestigio social (López y Margulis, 1995⁸⁷).

Cantidad de hijos y edades promedio

Si se analiza la cantidad de hijos de las mujeres entrevistadas, se observa que no hay grandes diferencias entre los grupos 1 y 2 (un promedio de 2 hijos), pero sí con el GRUPO 3 (un promedio de 3 hijos).

CUADRO 8: Cantidad promedio de hijos

GRUPO 1	GRUPO 2	GRUPO 3
1,8	1,90	2,9

Otra cuestión que se observa es que para el GRUPO 1, la cantidad de hijos varía de 1 a 3, mientras en el GRUPO 2 llega a los 5 hijos (con proporciones importantes hasta el tercero) y en el GRUPO 3 las cantidades llegan hasta 7 hijos (con proporciones importantes hasta el cuarto).

⁸⁵ Ninguna mujer de este sector fue madre después de los 29 años.

⁸⁶ LÓPEZ, E. 2005. *La fecundidad adolescente en la Argentina: desigualdades y desafíos*. Encrucijadas. Instituto de Investigaciones Gino Germani, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires.

⁸⁷ LÓPEZ/MARGULIS. 1995. *"Aproximación sociocultural al estudio de la salud reproductiva: mujeres y servicios de salud"*. Informe final de investigación. Facultad de Ciencias Sociales. Universidad de Buenos Aires. Inédito.

CUADRO 9: Cantidad de hijos en porcentajes

HIJOS	GRUPO 1	GRUPO 2	GRUPO 3
1	40%	41%	16,6%
2	40%	32,5%	30,5%
3	20%	22,5%	19,4%
4		2%	19,4%
5		2%	5,5%
6			2,6%
7			5,5%

A su vez, si se analizan las edades promedios de estos hijos, se observa que va acrecentándose al cambiar de grupo. De esta manera, mientras los hijos del GRUPO 1 tienen una edad promedio de 3 años y medio, los hijos del GRUPO 2 tienen en promedio 5 años y medio y los del GRUPO 3 una edad promedio de 6 años y medio.

CUADRO 10: Edad promedio de los hijos

GRUPO 1	GRUPO 2	GRUPO 3
3,6	5,5	6,5

Estas diferencias de edad se deben a que existe gran disparidad en los años que las mujeres le dedican a la *maternidad intensiva*. En el GRUPO 1, la diferencia de edades entre los hijos es de 4 años promedio. De hecho, el 40% tiene un solo hijo y, en el 60% que tiene más hijos, se observa que la diferencia de edad entre el más chico y el más grande es de pocos años⁸⁸. Para estas mujeres, los años dedicados al embarazo y primera crianza son escasos y se encuentran concentrados. En cambio, en los demás grupos, la diferencia de edad entre el primer y el último hijo, es bastante mayor (7 años promedio). En el GRUPO 2 se observa un importante porcentaje de familias con una diferencia de entre 10 y 14 años entre el primer y el último hijo. Y, en el GRUPO 3, aparece un 10% con diferencias mayores a 14 años entre los hijos primero y último⁸⁹.

Según Wainerman (2005), como las mujeres de hogares de nivel bajo tienden a tener más cantidad de hijos, suelen referirse a la maternidad como una ocupación de tiempo completo que se extiende a lo largo de su existencia femenina. Esto tal vez explique por qué la edad de los hijos no es un argumento que justifique la dedicación exclusiva de la madre, como pasa en las mujeres de hogares de nivel medio, para las cuales, las demandas de la crianza están concentradas en un periodo más corto de tiempo. Para ellas, el cuidado de los hijos se presenta como una tarea indelegable única y principalmente a la etapa en que son pequeños (la lactancia o a lo sumo hasta el momento en que se incorporan al jardín de infantes). De este modo, la posibilidad de controlar o sincronizar el nacimiento

⁸⁸La diferencia de edades entre el hijo más chico y el más grande es de 3 o 4 años para la mayoría (55,5%) y para el resto (44,5%) de 5 o 6 años

⁸⁹ Por supuesto que todos estos datos corresponden a mujeres que, en su mayoría, todavía no han finalizado su etapa reproductiva.

de sus hijos permitirá encontrar un punto de equilibrio entre la maternidad y la participación económica (Wainerman, 2005).

CUADRO 11: Diferencia de edad entre el hijo más grande y el más chico

Años	GRUPO 1	GRUPO 2	GRUPO 3
MENOS DE 5	55,5%	34,5%	41,5%
ENTRE 5 Y 9	44,5%	27,5%	27,5%
ENTRE 10 Y 14		34,5%	20,5%
MÁS DE 14		3,5%	10,5%

Situación conyugal

Si bien la mayoría de las mujeres en todos los grupos se encuentra en pareja –ya sea casada o en concubinato–, se ve que este porcentaje va disminuyendo al pasar del GRUPO 1 al 2, y del 2 al 3. Tal es así que, mientras en el GRUPO 1 el porcentaje de madres que se encuentra en pareja alcanza el 92%, en el GRUPO 2 baja a 82% y en el GRUPO 3 desciende más abruptamente al 59%. Esto significa que en el GRUPO 3, casi la mitad de las mujeres (41%) se encuentra sola, ya sea por separación, soltería o viudez. En cuanto a las mujeres que están en pareja, se observa que en el GRUPO 1 la mayoría está casada mientras en los demás grupos, la mayoría se encuentra en concubinato. La diferencia es que, mientras para las mujeres del GRUPO 1 el vivir en concubinato es un rasgo de modernidad, para las del GRUPO 3 es una característica tradicional. Como explica Torrado (2003), las uniones consensuales, que eran típicas de los sectores bajos, hoy son un síntoma de “modernidad” para los sectores medios y altos⁹⁰. Así, se puede decir que, con la consensualidad, las clases medias se apropiaron de una experiencia antes exclusiva de las clases bajas, aunque a diferencia de aquellas, lo hicieron en nombre de las libertades individuales (Torrado, 2003). La investigación de Torrado (2003) sostiene que la consensualidad representaba el 7% del total de las uniones en 1960 y el 18% en 1991. Pero que los números no confundan: no hay crisis de pareja, interpreta la autora, sino del matrimonio como institución.

Entre las madres que se encuentran sin pareja, en el GRUPO 1 el total de los casos se debe exclusivamente a separaciones. En el GRUPO 2, de las madres que se encuentran solas, existe igual proporción de separadas que de solteras, y hay un pequeño porcentaje de viudas. En el GRUPO 3, en cambio, casi las dos terceras partes de las mujeres solas corresponde a separadas, mientras el resto se divide en partes iguales entre solteras y viudas. Además, en este grupo hay un importante 19% de mujeres que no respondieron, es decir, que no quisieron o no pudieron definir su situación conyugal.

Cuadro 12: Situación conyugal

S. CONYUGAL	GRUPO 1	GRUPO 2	GRUPO 3
Casada	66,6%	39%	25%
Convive	26,6%	43%	36%

⁹⁰ TORRADO, S. 2003. *Historia de la familia en la Argentina moderna (1870-2000)*, Buenos Aires, Ediciones de la Flor.

La relación maternidad/trabajo para madres de niños infantes

Separada	6,6%	8%	14%
Soltera		8%	3%
Viuda		2%	3%
No responde			19%

Según datos de la Encuesta Permanente de Hogares (EPH) sobre la conformación familiar en Buenos Aires: hacia el año 1980, el 90% del total de hogares estaba ocupado por familias. De estos, los hogares nucleares representaban el 75%, las familias extendidas el 23% y las compuestas el 1,4%. En cambio, hacia 2001, los hogares unipersonales crecieron del 10 al 16% y los hogares monoparentales crecieron 50%, a la vez que disminuyeron las familias extendidas y las compuestas, lo que evidencia una tendencia a la “nuclearización”, valoración de la familia de procreación por sobre la de origen, goce de la intimidad en ámbito privado y restringido e independencia respecto de los mayores (Wainerman, 2005).

Estudios cursados

En cuanto al máximo nivel educativo alcanzado por las madres, se observa que los estudios superiores (universitarios y terciarios) son privativos de los sectores medios y altos mientras el abandono de los estudios en el nivel primario se da sólo en los sectores medios y bajos. De esta manera, en el GRUPO 1, no hay ninguna mujer sin estudios secundarios completos y, de ellas, sólo un tercio no siguió cursando estudios superiores. Del 66,6% que continuó estudiando, la mayoría (40%) finalizó estudios universitarios.

En cambio, en el GRUPO 2, el espectro de estudios se diversifica abarcando desde el primario hasta el universitario y conteniendo a la mayoría de las mujeres dentro del nivel secundario (37%). Con estudios superiores se encuentra el 30,5% de las mujeres del GRUPO 2 y hay un 14% de mujeres que no superaron el nivel primario, acompañado por un 18% que no respondieron y que probablemente coincidan con mujeres de escasos niveles de alfabetización.

Para el GRUPO 3, las opciones vuelven a reducirse pero esta vez hacia abajo, descartando los niveles superiores de educación y concentrándose en primarios y secundarios. Para mayor exactitud, sólo un 14% de mujeres de GRUPO 3 alcanzaron completar su educación secundaria y la mayoría de las madres de este grupo tienen estudios básicos (38%) o no responden (un poderoso 47%).

CUADRO 13: Estudios cursados por las madres

NIVEL	GRUPO 1	GRUPO 2	GRUPO 3
Universitario	40%	20,5%	
Terciario	26,6%	10%	
Secundario	33,3%	37%	14%
Primario		14%	39%
No responde		18%	47%

CUADRO 14: Estudios cursados por los padres (respondido por las madres)

NIVEL	GRUPO 1	GRUPO 2	GRUPO 3
Universitario	33,3%	14%	
Terciario	6,6%	8%	
Secundario	53,3%	37%	
Primario	6,6%	24,5%	28%
No responde		16,5%	72% ⁹¹

Ahora bien, si se analizan los estudios cursados por los padres, se observa que los hombres en todos los casos alcanzan niveles educativos inferiores al de sus parejas, tanto en cantidad como en calidad, y en todos los grupos entrevistados. Aun así, las discrepancias que se comprueban entre los grupos son similares a la de las mujeres, es decir que, en niveles educativos, las diferencias se pueden explicar más por clase o sector social que por género.

De esta manera, la posibilidad de acceder a niveles superiores de educación corresponde exclusivamente a los sectores altos y medios también para los hombres. Pero, a diferencia de lo que sucedía con las mujeres del GRUPO 1, entre los hombres de este grupo sí se observa la presencia de un 6,6% que abandonó sus estudios en el nivel primario. Otras diferencias educativas entre las madres y los padres del GRUPO 1 son: hay 6,7% más universitarias que universitarios y 20% más de mujeres que de hombres con terciario completo. En contraposición, son mayoría los hombres que alcanzaron sólo hasta estudios secundarios (20% más que las mujeres).

En el GRUPO 2, en cambio, el porcentaje de mujeres y hombres con estudios secundarios es el mismo. Las diferencias radican en que son un 8,5% más las mujeres que han accedido a la educación superior y, en contraposición, existe un 10,5% más de hombres que terminaron su educación en el nivel básico.

Para el GRUPO 3, vemos que no existen ni hombres ni mujeres con niveles de educación superior, pero sí hay un 14% de mujeres que accedieron a la escuela secundaria frente a ningún hombre que lo haya hecho y un 11% más de mujeres que tuvieron educación primaria⁹².

Todos los estudios actuales muestran que se expandió la proporción de parejas en las que la mujer aventaja educativamente al cónyuge, sobre todo en las familias de doble proveedor, lo cual se corresponde con el hecho de que el mercado selecciona a las más educadas. Al mismo tiempo, al ser cada vez más educadas, es probable que al formar pareja, lo hagan con hombres que no alcanzan su nivel educativo (Wainerman, 2005).

Ocupaciones y profesiones maternas

En cuanto a las actividades que desarrollan las madres, se comprueba que también existe una gran heterogeneidad. El porcentaje de mujeres que trabaja se concentra mayoritariamente en el GRUPO 2

⁹¹ Este es un porcentaje sorprendente. Si bien es probable que las madres desconozcan en muchos casos el nivel educativo de sus parejas, también es probable que este nivel educativo sea el más bajo, sobre todo en un grupo donde hay un elevado índice de educación primaria incompleta y casos de analfabetización no aceptados públicamente.

⁹² Para profundizar en la relación entre maternidad y educación y analizar cuántas de las mujeres debieron abandonar sus estudios al quedar embarazadas, ver 3.1. “Análisis según el nivel educativo de las madres”.

descendiendo paulatinamente hacia los sectores altos y más abruptamente hacia los sectores bajos.

CUADRO 15: Porcentaje de trabajo femenino

Madres	TRABAJA	NO TRABAJA
GRUPO 1	40%	60%
GRUPO 2	67,4%	32,6%
GRUPO 3	26,4%	73,6%

De esta manera, mientras que en los sectores medios trabaja más del 67% de las mujeres, en el GRUPO 1 lo hace sólo el 40% y en el GRUPO 3 trabaja una escasa cuarta parte de las mujeres entrevistadas. Siendo así, entre las profesiones u ocupaciones mencionadas, la de ama de casa es predominante tanto en el GRUPO 1 como en el GRUPO 3.

Entre las mujeres de GRUPO 1, se ha mencionado que trabaja sólo el 40% mientras el otro 60% se encuentra sin desarrollar actividades extra-domésticas en la actualidad. Este porcentaje es muy interesante porque, frente a un 66% que tiene estudios superiores, sólo un 40% trabaja, lo que evidencia que hay más de un cuarto que, a pesar de haber invertido muchos años en su formación, actualmente no se encuentra ejerciendo una actividad remunerada. Esto puede deberse a múltiples factores como deseos individuales, dificultad para conseguir el trabajo que pretenden, sentimientos contradictorios con la familia, entre otros⁹³. En este sentido, de la Cruz (2006) advierte que *“los problemas que enfrentan las mujeres en cuanto al mercado laboral están cada vez menos referidos a la educación formal; responden a la segmentación sexual del trabajo, a la falta de capacitación profesional acorde con los nuevos paradigmas de producción, y a la permanencia de patrones culturales que siguen considerando el trabajo femenino como complementario del masculino”*⁹⁴.

En cuanto a las profesiones que refieren las mujeres del GRUPO 1, hay un 40% de amas de casa, un 33% de profesionales, un 13% de empleadas administrativas y el 13% restante se divide entre estudiantes y comerciantes.

CUADRO 16: Profesión u ocupación de las madres

OCUPACIONES	GRUPO 1	GRUPO 2	GRUPO 3
Amas de casa	40%	28,5%	69,5%
Administrativa	13,3%	28,5%	
Profesionales	33,3%	12,2%	
Domésticas		18,3%	25%
Independiente	6,7%	10%	
Estudiante	6,7%	3%	
No responde			5,5%

⁹³ Esta problemática será profundizada en el siguiente capítulo mediante las entrevistas en profundidad.

⁹⁴ DE LA CRUZ, S. 2006. Análisis de la relación: la mujer en la educación y el trabajo. Fundamentos en Humanidades, año/vol. VII, número 014. Universidad Nacional de San Luis. San Luis, Argentina. pp. 271-292.

Entre las profesiones u ocupaciones de las madres del GRUPO 2 se comprueba que el porcentaje de amas de casa desciende al 28,6%, número compartido por la cantidad de empleadas administrativas. Además hay un 18% de empleadas domésticas, un 12% de profesionales, un 10% de trabajadoras autónomas (como peluqueras o comerciantes) y un 3% de estudiantes. En cambio, en el GRUPO 3, las actividades mencionadas son escasas: el total de mujeres se dividen entre amas de casa (73,7%) y empleadas domésticas (26,3%).

Como destacan Pautassi y Rico (2011)⁹⁵, pertenecer a los quintiles más bajos o a hogares en situación de pobreza, tener poca escolaridad y estar a cargo de niños y niñas en la primera infancia, son factores que a las mujeres les dificultan el acceso al trabajo remunerado de calidad (CEPAL, 2009)⁹⁶, sobre todo teniendo en cuenta que la normativa sobre cuidado infantil tiene carácter focalizado, dado que las regulaciones laborales excluyen de beneficios a quienes no son asalariados formales, afectando negativamente a trabajadores informales, autónomos, por tiempo parcial y rurales. Por otra parte, la normativa tiene fuertes sesgos de género, ya que se restringe a la protección de la madre trabajadora en el período de gestación, alumbramiento, posparto y lactancia, sin contemplar la crianza y minimizando la responsabilidad de los padres (Pautassi y Rico, 2011)⁹⁷.

Así, mientras se analizaba que, del total de mujeres encuestadas, la mitad no trabaja, la realidad de los hombres es bien diferente ya que trabajan casi todos los padres (94%) de todos los grupos, y los que no trabajan actualmente, se encuentran buscando trabajo. Esto tiene relación con la identidad masculina que sigue asociando fuertemente la figura del hombre al ámbito laboral. En este sentido, Lewis y Dresen (1999) señalan la existencia de una estructura social que aún fomenta la división tradicional de los papeles de padres y madres: los hombres son responsables por el trabajo y las mujeres por el cuidado de los niños. La figura del “padre proveedor” aún está bastante marcada en nuestra sociedad, como muestran estas estadísticas y como se analizará con el discurso de las mujeres entrevistadas en el próximo capítulo.

Bourdieu (1996) destaca que, cuando se instituye, el sistema mítico-ritual funciona como una representación autorrealizadora de la que los hombres son también prisioneros en la medida en que “el hombre es un ser que implica un deber ser”. Es decir, este hombre ocupa una posición de poderes y privilegios, pero también de deberes y obligaciones. La construcción de la masculinidad (sentido del honor, virilidad), que hace al hombre verdaderamente hombre es, según el autor, el móvil de todas las acciones que se deben realizar para ser digno de la idea recibida del hombre: “...es lo que hace que los hombres (por oposición a las mujeres) sean socialmente instituidos de tal manera que se dejen involucrar, como niños, en todos los juegos que les son socialmente asignados”⁹⁸.

⁹⁵ PAUTASSI/ RICO. 2011. “Licencias para el cuidado infantil. Derecho de hijos, padres y madres”. *Desafíos*, boletín de la infancia y adolescencia sobre el avance de los Objetivos de Desarrollo del Milenio. CEPAL-UNISEF. Número 12. ISSN 1816-7535

⁹⁶ CEPAL (Comisión Económica para América Latina y el Caribe). 2009. Panorama Social de América Latina (LC/G.2423-P), Santiago de Chile, noviembre.

⁹⁷ PAUTASSI/ RICO. 2011. “Licencias para el cuidado infantil. Derecho de hijos, padres y madres”. *Desafíos*, boletín de la infancia y adolescencia sobre el avance de los Objetivos de Desarrollo del Milenio. CEPAL-UNISEF. Número 12. ISSN 1816-7535

⁹⁸ BOURDIEU, P. 1996. “La dominación masculina”, en *La Ventana*. N° 3. Universidad de Guadalajara, México.

Horas trabajadas

Durante décadas, la mayoría de las mujeres que salían a trabajar lo hacían por pocas horas, sobre todo si eran casadas o tenían hijos. A partir de los '90, un 50% más de mujeres pasaron a trabajar tiempo completo mientras que se cuadruplicó el número de varones que trabajaron medio tiempo. Sin embargo, según el análisis de Wainerman (2005), todavía el número de las que trabaja a tiempo completo aumenta en la medida en que aumenta la edad de los hijos, mostrando que el trabajo doméstico influye.

Ahora bien, si se comparan las horas semanales que trabajan los padres y las madres de cada grupo entrevistado, se observa que las mujeres que más horas trabajan son las del GRUPO 1 y las que menos horas trabajan son las del GRUPO 3. En cambio, los hombres que trabajan más horas semanales en promedio son los del GRUPO 2. Es interesante observar que, mientras en el GRUPO 1 se encuentra un gran porcentaje de mujeres que no trabajan (casi el doble que en el GRUPO 2), el 40% de mujeres de este grupo que sí trabajan, lo hace muchas más horas promedio que las mujeres de los otros grupos, lo cual podría considerarse uno de los factores por el que algunas profesionales optan por dejar de trabajar, sobre todo cuando tienen hijos chicos⁹⁹.

Si se dejan a un lado las diferencias entre grupos y se analizan las profesiones, se comprueba que las mujeres que más horas semanales trabajan son las profesionales (odontólogas, médicas), seguidas por las empleadas en relación de dependencia.

Además, aunque los hombres trabajan más horas en todos los grupos analizados, en el GRUPO 1 se da una disparidad menor con respecto a las mujeres que en los otros grupos: mientras en el GRUPO 1 los hombres trabajan en promedio un 25% más que las mujeres, en los demás grupos esta diferencia es casi del 50%, es decir que los hombres trabajan casi el doble de horas que las mujeres en los GRUPOS 2 y 3. De todas formas, a juzgar por los comentarios analizados en el siguiente capítulo, es de suponer que estas diferencias se deban más al tipo de profesiones ejercidas que al predominio de ideas equitativas entre los géneros. Las profesionales del GRUPO 1 que trabajan, tienden a asumir un compromiso con su profesión difícil de deslindar. Aun así, se consideran más importantes para los hijos que sus pares hombres y están dispuestas a reducir su horario mientras los hijos son pequeños¹⁰⁰.

Por otro lado, si se suma la cantidad de horas que trabajan los hombres y las mujeres de cada grupo, se observa que las familias del GRUPO 1 son las que más horas semanales trabajan, valores que disminuyen hacia el GRUPO 2 y más abruptamente hacia el GRUPO 3. De hecho, la diferencia entre los dos primeros grupos es de 4 horas semanales, mientras que con el GRUPO 3 hay una diferencia de casi 20 horas semanales. De todas maneras, este contraste puede ser relativizado si se tiene en cuenta que en el GRUPO 3 hubo un gran porcentaje de respuestas en blanco (19,5%) y que los trabajos mencionados son en su mayoría precarios, informales, con horarios flexibles e irregulares, lo que determina que no se pueda estimar la cantidad de horas trabajadas con exactitud, sobre todo considerando que fue respondido por las mujeres y no por los principales implicados.

⁹⁹ Como se analizará en el próximo capítulo.

¹⁰⁰ Como se analizará en el siguiente capítulo.

CUADRO 17: Horas promedio trabajadas por semana de hombres y mujeres

	GRUPO 1	GRUPO 2	GRUPO 3
MADRES	36 hs. semanales	28 hs. semanales	21 hs. Semanales
PADRES	47 hs. semanales	51 hs. semanales	43 hs. Semanales
Diferencia	11 hs. semanales	23 hs. semanales	22 hs. Semanales
Sumatoria	83 hs. semanales	79 hs. semanales	64 hs. Semanales

Profesiones y ocupaciones paternas

Si se analizan las profesiones u ocupaciones de los padres, se advierte que en el GRUPO 1, la mayoría son autónomos (33% profesionales y 33% dueños de empresas y/o comercios), seguidos por un 27% de empleados calificados, mayormente administrativos. En el GRUPO 2, la mitad de los hombres son empleados calificados y el resto se divide en: 21% de empleados sin calificación o informales (peones rurales o de obras, cadetes y choferes, entre otros), 19% autónomos (mayormente comerciantes) y 12,5% de profesionales; más un 2% que se encuentra desempleado en la actualidad.

En cambio, en el GRUPO 3, la mitad de los hombres son empleados o autónomos informales sin calificación (peones, jornaleros, changarines, cartoneros) y la otra mitad se divide en: 22% de empleados administrativos, 3% de autónomos calificados (tornero, carpintero), 8,5% de desempleados y un importante 19,5% de no respuestas, es decir, de mujeres que no quisieron o no pudieron definir la ocupación del padre de su hijo.

En conclusión: en el GRUPO 1 sobresalen los autónomos calificados, en el GRUPO 2 los empleados calificados y en el GRUPO 3 los empleados o autónomos informales.

CUADRO 18: Profesiones u ocupaciones paternas (respondido por las madres)

PROFESIONES U OCUPACIONES	GRUPO 1	GRUPO 2	GRUPO 3
Profesionales	33%	12,5%	
Autónomos calificados ¹⁰¹	33%	19%	3%
Empleados formales ¹⁰²	27%	45,5%	22%
Empleados o autónomos informales		21%	47%
Estudiantes	7%		
Desempleados		2%	8,5%
No responde			19,5%

Principales aportes económicos al hogar

Si se considera la procedencia del principal aporte de los hogares, se encuentra que en todos los grupos el padre sigue siendo el principal proveedor de la familia. Sin embargo, sorprende comprobar que en el GRUPO 1, que podría considerarse el más modernizado por su nivel educativo superior con respecto a los otros, la proporción del padre como el principal proveedor es superior a los otros grupos:

¹⁰¹ No profesionales.

¹⁰² No profesionales.

en el 80% de los hogares del GRUPO 1 es el padre quien aporta el principal ingreso, contra 73% en el GRUPO 2 y 69% en el GRUPO 3. Esto a su vez se relaciona con que el GRUPO 1 cuenta con una gran proporción de mujeres que no trabajan actualmente.

Las otra diferencia significativa es el importante papel proporcional que tiene el ingreso de las madres en el GRUPO 3, abarcando casi el doble que las madres que aportan el principal ingreso en el GRUPO 2; a pesar de que éstas, a su vez, son más del doble que en el GRUPO 1. Este dato se corresponde con las estadísticas de la ciudad de Buenos Aires, que muestran que el número de jefas de hogar creció desde la crisis de los '80, con mayor aceleración entre 1992-1993. Según Wainerman (2005), las más afectadas fueron las de edades extremas (menores de 29 y mayores de 45), las de menor nivel educativo y las de menor nivel socioeconómico¹⁰³. Esos mismos estudios, evidencian que, si bien la pauta de dos proveedores es más frecuente en los hogares de nivel socioeconómico alto, en los sectores carenciados se dan más casos de mujeres con mayor educación que sus parejas, con ocupaciones de más tiempo e incluso de mayores ingresos, lo que se corresponde con los porcentajes encontrados en Junín.

Por otro lado, tanto en el GRUPO 1 como en el 2, hay un porcentaje de hogares cuyos padres tienen ingresos similares (13,3 y 12,5% respectivamente), frente a un escaso 4% en el GRUPO 3. La ayuda de otros familiares (generalmente abuelo materno y sobre todo presente en el caso de madres solteras o padres desempleados), está ausente en el GRUPO 1 y presente en la misma cantidad de hogares en el GRUPO 2 y 3.

CUADRO 19: Procedencia del mayor aporte del hogar

APORTES	GRUPO 1	GRUPO 2	GRUPO 3
PADRE	80%	73%	69%
AMBOS	13,3%	10,5%	4%
MADRE	6,6%	12,5%	23%
OTROS		4%	4%

Cuidado infantil

Si se analiza quiénes son los encargados del cuidado infantil, se advierte que esta responsabilidad sigue siendo mayoritariamente femenina en todos los grupos sociales. Aunque el mayor porcentaje de madres (60%) se encuentra en el GRUPO 3, también este grupo tiene el mayor porcentaje de padres encargados del cuidado (aun así un escaso 6%) frente a ningún caso mencionado en el GRUPO 1.

La ayuda de niñeras u otros familiares, presente tanto en el GRUPO 1 como en el GRUPO 2 en más de un tercio de los casos, apenas es mencionada en el GRUPO 3 (y aun así tiene más porcentaje que el cuidado del padre).

CUADRO 20: Cuidado infantil

CUIDADO INFANTIL	GRUPO 1	GRUPO 2	GRUPO 3
Madre	40%	41,6%	60,6%

¹⁰³ WAINERMAN, C. 2005. *La vida cotidiana en las nuevas familias: ¿una revolución estancada?* Buenos Aires. Lumiere.

La relación maternidad/trabajo para madres de niños infantes

Padre		2%	6,4%
Ambos	26,5%	21%	24,3%
Otros	33,5%	35,4%	9%

En cuanto a los “otros” que colaboran con los padres en el cuidado infantil, se destacan: en el GRUPO 1 las niñeras (con el 60%); en el GRUPO 2 los abuelos y, dentro de ellos, las abuelas maternas (5 de cada 6); y en el GRUPO 3 aparecen los hermanos mayores compartiendo el cuidado de los pequeños en proporciones iguales con niñeras, abuelos y tías. Esta ayuda brindada por los hermanos mayores es posible por las diferencias de edad que muchas veces existen entre los primeros y los últimos hijos. Además, también puede mencionarse una concepción diferente en cuanto a modelos de crianza. Tal como explica Wainerman (2005), las mujeres de hogares de nivel bajo tienden a tener más cantidad de hijos, lo que genera mayores demandas domésticas pero a la vez son más los hijos de mayor edad. En estos hogares, los hijos mayores contribuyen en las tareas y aparecen como asistentes de los padres en una relación mucho más horizontal (Wainerman, 2005). Además, esta situación tiene que ver con la tercerización del cuidado infantil que no pueden hacer los sectores bajos. Como bien destaca Castilla (2009), dada la merma del estado en la provisión de bienestar, el cuidado infantil ha quedado a merced de las fuerzas del mercado y/o se ha transformado en una responsabilidad individual: *“Las mujeres de nivel socioeconómico medio, pueden hacer uso de las posibilidades que brinda el mercado en relación al cuidado y atención de los niños pequeños, debido a que cuentan con los recursos necesarios y suficientes para ello. Mientras que el bienestar de los hijos que viven en condiciones de pobreza, se ha centrado en la iniciativa privada de sus madres o de quienes se encuentren realizando el ejercicio de la maternidad”*¹⁰⁴.

De esta manera, la búsqueda de fórmulas que permitan garantizar el cuidado de niños y niñas, así como a hombres y mujeres modelar conjuntamente su desarrollo laboral y familiar se convierte, para la gran mayoría de los hogares, en una estrategia de índole privada en que las redes familiares cumplen un papel crucial para otorgar una respuesta a la necesidad de cuidado (Pautassi y Zibecchi, 2010)¹⁰⁵. Además, el bajo porcentaje de mujeres cuyo trabajo es regulado por una legislación que deja afuera a las trabajadoras informales y a las madres adolescentes estudiantes, y el menor derecho a cuidar que tienen los hombres, enfrenta a las familias a grandes dificultades (Pautassi y Rico, 2011)¹⁰⁶.

CUADRO 21: “OTROS”¹⁰⁷ implicados en el cuidado infantil

OTROS	GRUPO 1	GRUPO 2	GRUPO 3
-------	---------	---------	---------

¹⁰⁴ CASTILLA M.V. 2009. Mujeres madres: continuidades y cambios en los sentidos y experiencias de la maternidad en Argentina. Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social. México.

¹⁰⁵ PAUTASSI/ ZIBECCHI. 2010. “La provisión de cuidado y la superación de la pobreza infantil. Programas de Transferencias Condicionadas en Argentina y el papel de las organizaciones sociales y comunitarias, serie Políticas sociales, N° 159 (LC/L.3198-P), Santiago de Chile, Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), febrero. Publicación de las Naciones Unidas, N° de venta: S.10.II.G.10.

¹⁰⁶ PAUTASSI/ RICO. 2011. “Licencias para el cuidado infantil. Derecho de hijos, padres y madres”. *Desafíos*, boletín de la infancia y adolescencia sobre el avance de los Objetivos de Desarrollo del Milenio. CEPAL-UNISEF. Número 12. ISSN 1816-7535

¹⁰⁷ Aparte de los padres.

Niñera	60%	28,00%	25%
Abuelos	20%	55,50%	25%
Tías	20%	5,50%	25%
Hermano/s		11%	25%

3.3. ANÁLISIS SEGÚN EL NIVEL EDUCATIVO DE LAS MADRES

Los indicadores socioculturales muestran que las mujeres que han alcanzado mayores niveles de educación tienen una propensión mayor a participar de la actividad económica. Este hecho se explica en términos de valores y aspiraciones de vida que van junto a la tendencia a postergar la edad de formación de una familia, a dilatar el ingreso a la maternidad y a tener un corto número de hijos (Wainerman, 2005); hechos que disminuyen la carga doméstica que retraen a las mujeres a adicionar una segunda jornada de trabajo remunerado a su trabajo doméstico.

Si se divide a las 100 mujeres entrevistadas según el máximo nivel educativo que han alcanzado¹⁰⁸, se puede observar que un cuarto de ellas tiene educación superior (terciario, universitario o postgrado). Entre ellas, un 60% alcanzó estudios universitarios mientras el 36% cursó estudios terciarios y apenas un 4% accedió a niveles post-universitarios.

A su vez, otro cuarto del total de mujeres entrevistadas afirmó contar con estudios secundarios completos. La otra mitad (47% exactamente) se divide en proporciones similares entre aquellas que sólo tienen estudios primarios y las que no respondieron a la pregunta.

CUADRO 22: Madres sin estudios medios o superiores

Primario incompleto	4,50%
Primario completo	25,50%
Secundario incompleto	15%
No responde	55%

Analizando el resto de los indicadores¹⁰⁹, podría suponerse que el índice de no respuestas corresponde a mujeres que no supieron o no pudieron hacer afirmaciones acerca de su nivel educativo porque tienen, justamente, un bajo o nulo nivel de alfabetización. No obstante, para realizar el análisis de las madres sin estudios medios o superiores sobre bases más firmes, se optó por tomar el 45% que sí respondió afirmando tener estudios secundarios incompletos, primarios completos o primarios incompletos. Entre estas mujeres, se puede observar que casi el 90% completó sus estudios primarios e incluso un tercio accedió al nivel medio (aunque sin completarlo). Pero también hay casi un 10% de madres que ni siquiera llegaron a completar el nivel básico de educación.

Edad de las madres (según su nivel educativo)

¹⁰⁸ Al responder acerca de su nivel educativo, algunas mujeres se refirieron a estudios que se encuentran actualmente en curso como si estuvieran finalizados. En esos casos se asentó lo que las entrevistadas afirmaban, correspondiera o no a la absoluta realidad.

¹⁰⁹ Quienes no responden acerca de su nivel educativo corresponde en un 95% a mujeres del GRUPO 3, empleadas domésticas o amas de casa, cuyas parejas carecen de estudios y se dedican a empleos de baja calificación.

Si se analiza la edad del 25% con educación superior, se observa que las entrevistadas tienen un promedio de 33 años y medio y que tuvieron su primer hijo aproximadamente a los 29 años de edad. De hecho, más de la mitad de ellas fue madre después de los 30 años (52%), mientras que un 44% tuvo su primer hijo entre los 20 y los 30. De todas formas, la mayoría de las mujeres entrevistadas con nivel educativo superior fue madre entre los 30 y los 34 años.

CUADRO 23: Edades en que tuvieron su primer hijo las mujeres, según nivel educativo

Años	E. superior	E. media	E. básica
de 15 a 19	4%	12%	60%
de 20 a 24	24%	52%	28,5%
de 25 a 29	20%	16%	11,5%
de 30 a 34	32%	12%	
de 35 a 39	20%	8%	

Ahora bien, si se analiza la edad de las mujeres con estudios medios, se observa que las entrevistadas tienen un promedio de 33 años y que tuvieron su primer hijo, aproximadamente, a los 24 años (5 años antes que las mujeres con estudios superiores). De hecho, poco más de la mitad de estas mujeres (52%) fueron madres por primera vez entre los 20 y los 24 años. La otra mitad se divide entre quienes fueron madre entre los 25 y los 29, un 12% que tuvo su primer hijo antes de los 19, otro 12% que lo tuvo entre los 30 y los 34 años y un 8% que fue madre después de los 35.

Si se comparan estas edades con las de las mujeres con estudios básicos, se observa que estas madres tienen un promedio de 29 años y que tuvieron su primer hijo aproximadamente a los 19 años de edad (6 años antes que las mujeres con estudios medios). De hecho, el 60% fue madre antes de los 20 años de edad y no hubo ninguna que haya tenido hijos después de los 29 años.

Como se ha mostrado en numerosos trabajos, el nivel de instrucción de las mujeres está inversamente relacionado con sus niveles de fecundidad: cuando el nivel educacional es bajo, las mujeres tienen más hijos (López y otros, 2009)¹¹⁰. Los diferentes estudios sobre deserción escolar coinciden en que las adolescentes que son madres mientras estudian, completan pocos años de estudio, tienen dificultades para terminar la enseñanza media y menos oportunidades de continuar estudios superiores que las jóvenes que se embarazan después de los 20 años. En rigor, mientras menor sea la madre al momento de embarazarse, menos posibilidades de continuar los estudios tiene, del mismo modo, mientras más años de escolaridad tenga la joven, menos posibilidades de embarazo no planificado tiene. La relación entre permanencia escolar, el tiempo en que ocurre el embarazo y la deserción escolar es compleja y está asociada a una multicausalidad, entre las que los autores destacan: las nuevas responsabilidades una vez nacido el niño(a), falta de programas sociales de mantención en la educación formal y/o a dificultades en las competencias escolares, por lo que cuidar al hijo puede

¹¹⁰ LÓPEZ/ FINDLING/ LEHNER/ PONCE/ VENTURIELLO/ MARIO/ CHAMPALBERT. 2009. "Mujeres multifacéticas: conexiones entre maternidad, familia y trabajo". Instituto de Investigaciones Gino Germani, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires. X Jornadas Argentinas de Estudios de Población.

ser una salida a una situación que se hubiese producido aún sin embarazo (Witto, 2006)¹¹¹.

Cantidad de hijos y edades promedio (según su nivel educativo)

Con respecto a la cantidad actual de hijos, se observa que poco más de la mitad de las mujeres con estudios superiores tiene un solo hijo¹¹². En cambio, para las mujeres con estudios medios, el promedio es de 2 hijos: el 72% tiene entre 1 y 2 hijos y el resto se divide entre quienes tienen 3 (20%) y las que tienen 4 (8%). En contraposición, las mujeres con estudios básicos tienen 3,3 hijos en promedio. Más del 60% de ellas tiene 2 o 3 hijos y también hay un porcentaje significativo con 4 hijos (15%). En cambio, la posibilidad de tener un solo hijo es igual a tener 5 o 6 (4,5%).

CUADRO 24: Cantidad de hijos que tienen las mujeres según nivel educativo

Cantidad	Superior	Medio	Básico
1 HIJO	52%	36%	4,5%
2 HIJOS	32%	36%	38%
3 HIJOS	16%	20%	24%
4 HIJOS		8%	15%
5 HIJOS			9,5%
6 HIJOS			4,5%
7 HIJOS			4,5%

Las edades de los hijos de las mujeres con educación superior varían de 17 años a recién nacidos pero el promedio es de 3 años y medio. A su vez, la diferencia entre el hijo mayor y el menor, también varía entre 1 y 14 años, dando como promedio una diferencia de 4 años y medio entre hermanos. De hecho, en casi en el 60% de los casos hay una diferencia menor a 5 años entre el hijo más grande y el más chico, lo cual comprime el tiempo que dura la infancia del total de hijos.

Si se analizan las edades de los hijos de las mujeres con educación media, se observa que varía de 22 años (el hijo más grande) hasta 1 año (el hijo más pequeño), pero el promedio de edad de los hijos es de casi 6 años, dos años y medio más que las del primer grupo. A su vez, la diferencia entre el hijo mayor y el menor, también varía entre 1 y 19 años, dando como promedio una diferencia de casi 9 años entre hermanos. De hecho, la diferencia de menos de 5 años entre hermanos (que en el grupo anterior se daba en el 60% de los casos), en las mujeres con educación media se reduce al 19% y, en contraposición, la mitad de las familias tiene una diferencia de entre 10 y 19 años entre los hijos más grandes y más chicos.

Por su parte, las edades de los hijos de las mujeres con educación básica varían de 21 años a recién nacidos, con una edad promedio de 6 años, similar a lo que ocurría en las familias con madres de estudios medios. A su vez, la diferencia entre el hijo mayor y el menor, varía entre 1 y 17 años, dando como promedio una diferencia de 8 años entre los hermanos más grande y más chico. De hecho, en la mitad de los casos hay una diferencia mayor a 10 años, tal como ocurría en el grupo anterior.

¹¹¹ DARINKA WITTO GRBIC. 2006. *Embarazo adolescente y deserción escolar*. Servicio Nacional de la Mujer. Chile. Publicado en: <http://mujerymaternidad.cl/sitio/?p=3588>

¹¹² El 32% tiene dos y el 16% tiene tres hijos, lo que da un promedio de 1,6 hijos por mujer.

Estas diferencias de edades entre los hijos tienen que ver con las diferentes concepciones de niñez y maternidad que sobresalen en cada sector. Como explica Wainerman (2005), las mujeres de hogares de nivel bajo tienden a tener más cantidad de hijos por lo que suelen referirse a la maternidad como una ocupación de tiempo completo que se extiende a lo largo de su existencia, lo que tal vez explique por qué la edad de los hijos no es un argumento que justifique la dedicación exclusiva de la madre. En cambio, para las mujeres de hogares de nivel medio, las mayores demandas de la crianza están concentradas en la primera infancia: *“El particular crecimiento de los hijos, más articulado a la familia en el caso de las clases bajas, más autónomo e individualizante en las clases medias, terminará de sellar en sus progenitoras definiciones diversas de maternidad”*¹¹³.

Ocupaciones y profesiones maternas (según su nivel educativo)

Entre las mujeres de mayor nivel educativo hay un 72% que trabaja y lo hace, en promedio, 31 horas y media por semana. Por su parte, del grupo de mujeres con estudios medios trabaja un 56%, pero lo hace el mismo tiempo que las primeras. En cambio, entre las mujeres de menor nivel educativo, son un 58% las que no trabajan y el 42% que trabaja lo hace, en promedio, 22 horas semanales –es decir,- casi 10 horas menos que las de mayor nivel educativo. Este dato se corresponden con los estudios que evidencian que, en las mujeres, el acceso al mercado del trabajo requiere en general, un nivel de educación superior al hombre, observándose una mayor tasa de actividad entre las mujeres más educadas respecto de las menos educadas (CNM, 2003¹¹⁴). Como explica Wainerman (1979): *“...cuanto mayor el nivel educacional alcanzado, cualquiera sea el grupo de edad considerado, mayor es la propensión a participar de la fuerza de trabajo”*¹¹⁵.

El porcentaje de mujeres con educación superior que no se encuentran trabajando en la actualidad es del 28%. Cuando se les consulta acerca de sus profesiones u ocupaciones, un 16% se declara ama de casa mientras el resto de mujeres que no trabaja prefiere mencionar su profesión. De esta manera, entre las ocupaciones de las mujeres de mayor nivel educativo hay un 44% de profesionales, 32% de empleadas, 16% de amas de casa y un 8% que se divide entre comerciantes y estudiantes.

Si bien todas estas mujeres han alcanzado títulos superiores (terciario y/o universitario), sólo el 44% menciona su profesión como ocupación principal. Si se desglosa este porcentaje, se observa que hay un 24% que se divide en partes iguales entre médicas, contadoras y abogadas (es decir, profesiones liberales, tradicionalmente dominadas por la matrícula masculina) y un 20% que se divide entre psicólogas, psicopedagogas, trabajadoras sociales, periodistas y odontólogas. Ahora bien, si se desglosa el 32% de mujeres con títulos superiores que dicen ser empleadas, se comprueba que entre ellas hay un 20% de empleadas administrativas, un 8% de docentes y un 4% de empleadas domésticas en relación de dependencia¹¹⁶.

Según los datos del censo de 1970, en la Argentina, la tasa de actividad económica de las mujeres

¹¹³ WAINERMAN, C. *La vida cotidiana en las nuevas familias: ¿una revolución estancada?* Buenos Aires. Lumiere, 2005. Página 237.

¹¹⁴ Consejo Nacional de la Mujer (2002-2003). Informe: Mujer, trabajo y empleo.

¹¹⁵ WAINERMAN, C. 1979. “Educación, familia y participación femenina en la Argentina” en Desarrollo Económico XVIII, Bs. As. IDES.

¹¹⁶ Se trata de mujeres que afirman contar con estudios terciarios, aunque no se especifica si fueron concluidos.

casadas y unidas de entre 30 y 35 años de edad y educación universitaria y superior, sin hijos, alcanzaba a 84%, mientras la de quienes tenían dos o más hijos se reducía a 59%” (Wainerman, 2005), porcentaje similar al que se observa en Junín.

CUADRO 25: Ocupaciones y profesiones de mujeres según nivel educativo

OCUPACIONES	E.SUPERIOR	E.MEDIA	E.BÁSICA
Amas de casa	16% ¹¹⁷	44%	53%
Empleadas formales	32%	32%	5%
Profesionales	44%		
Domésticas informales		8%	37%
Comerciantes	4%	16%	
Estudiante	4%		5%

En cambio, entre las ocupaciones de las mujeres con educación media, la de ama de casa es la predominante (44%). Entre las que trabajan, la mayoría lo hace como empleada administrativa (32%, valor equivalente a las mujeres del grupo anterior) y el resto se divide entre comerciantes y peluqueras (16%) y empleadas domésticas (8%).

Entre las mujeres con educación básica también se destaca el 53% de amas de casa, sumado a un 5% de estudiantes que tampoco se encuentra trabajando. De las madres de este grupo que actualmente tiene empleo, el 88% trabaja en el servicio doméstico mientras que el 12% lo hace como empleada administrativa.

Situación conyugal (según su nivel educativo)

Más de la mitad de las madres entrevistadas con educación superior se encuentra casada (56%) y otro importante porcentaje está en concubinato (32%). El restante 12% está sin pareja (8% soltera y 4% separada). Entre las mujeres con educación media, los porcentajes son similares: 52% de casadas, 32% en concubinato, 8% solteras y otro 8% separadas (el doble que en el grupo anterior y la única diferencia significativa). En cambio, entre las mujeres con educación básica, se observa que los porcentajes se invierten: la mitad está en concubinato y un cuarto más casada. El cuarto restante se encuentra actualmente sin pareja (separada o viuda), constituyendo un importante 25% de mujeres solas.

CUADRO 26: Situación conyugal según nivel educativo de las mujeres

Estado civil	E. Superior	E. Media	E. Básica
casada	56%	52%	25%
convive	32%	32%	50%
soltera	8%	8%	
separada	4%	8%	15%
viuda			10%

¹¹⁷ Aunque existe un 28% de mujeres con educación superior que no trabaja, hay un 12% que menciona sus estudios o profesión como su actividad principal.

Caracterización de los padres (según el nivel educativo de las madres)

Con respecto a los hombres que tienen al menos un hijo con mujeres de nivel educativo superior, se observa que la edad promedio es de 36 y medio, es decir, 3 años mayores que ellas. La totalidad de estos padres trabajan y lo hacen, en promedio, 50 horas semanales. En cuanto a su educación, se observa que estos hombres tienen un menor nivel educativo que las mujeres. De ellos, el 40% no superó el secundario e incluso hay un 4% que llegó a cursar sólo estudios primarios. Con nivel universitario hay un 40% (20% menos que las mujeres), un 12% con terciario (24% menos que ellas) y un 4% con postgrado.

Por su parte, los hombres en pareja con mujeres de nivel educativo medio, tienen una edad promedio de 36 años, es decir, 3 años mayores que ellas, similar a lo que ocurría con las familias de educación superior. Casi la totalidad de estos padres trabajan y lo hacen, en promedio, 47 horas semanales (3 menos que los primeros). En cuanto a su educación, se observa que también estos hombres tienen un menor nivel educativo que las mujeres ya que, al menos el 36% de ellos, no llegó a finalizar los estudios secundarios¹¹⁸. No obstante, hay un pequeño porcentaje de hombres (8%) que alcanzó estudios universitarios y terciarios, superando incluso a sus mujeres.

En cambio, los hombres que tienen hijos con las mujeres de nivel educativo básico, tienen una edad promedio de 33 años (4 más que ellas, pero 3 años menos que los hombres de los grupos anteriores). De ellos trabaja el 89% y lo hace, en promedio, 47 horas semanales, igual que los anteriores. En cuanto a su educación, se observa que dos tercios concluyeron exitosamente sus estudios básicos. De ellos, casi el 20% accedió a la escuela secundaria pero sólo el 4,5% obtuvo el título correspondiente. Además, se destaca un importante 33,5% de mujeres con educación básica que no quisieron o no pudieron precisar el nivel educativo del padre, con lo cual se estima que el porcentaje de hombres con educación básica podría ser mayor, considerando que los niveles educativos inferiores son los más difíciles de admitir¹¹⁹.

CUADRO 27: Estudios cursados por los padres (según nivel educativo de las madres)

NIVEL	E. superior	E. Media	E.Básica
Postgrado	4%		
Universitario	40%	4%	
Terciario	12%	4%	
Secundario	40%	44%	4,5%
S. incompleto		12%	14%
Primario	4%	24%	43%
P. incompleto			5%
No responde		12%	33,5%

¹¹⁸ Además de un 12% de mujeres no respondieron acerca del nivel educativo de sus parejas.

¹¹⁹ Otro motivo por el que las mujeres pudieron no haber respondido acerca del nivel educativo de los padres es por la presencia de múltiples parejas que dificulta poder precisar un dato de estas características.

Ocupaciones y profesiones paternas

Entre las ocupaciones de los hombres que tienen al menos un hijo con mujeres de nivel educativo superior, se destaca la de profesionales: 36%. Entre ellos hay un 24% que se divide entre médicos, contadores e ingenieros agrónomos y un 12% que se divide entre abogados, químicos y licenciados. Los empleados alcanzan una proporción cercana (32%) y se dividen en: docentes, administrativos, policías y choferes, entre otros. Le siguen los autónomos (28%¹²⁰) y un pequeño porcentaje de estudiantes (4%) que, aunque trabajen, mencionan el estudio como su principal ocupación actual.

CUADRO 28: Ocupaciones y profesiones de los hombres (según nivel educativo de las mujeres)

PROFESIONES U OCUPACIONES	E. superior	E. media	E. básica
Profesionales	36%	8%	
Autónomos calificados	28%	20%	
Empleados formales	32%	48%	28%
Empleados o autónomos informales		16%	61%
Estudiantes	4%		
Desempleados		8%	11%

Entre las ocupaciones de los hombres que tienen al menos un hijo con mujeres de nivel educativo medio, se destacan los empleos formales (casi la mitad de los casos), seguido por los comerciantes (20%) y los empleos sin calificación (16%). Además hay un 16% dividido en partes iguales entre los profesionales (8%) y los desempleados (8%).

En cambio, entre los hombres en pareja con mujeres con estudios básicos, se destacan los empleados o autónomos sin calificación (61%). Son dos tercios de hombres con empleos precarios como cartoneros, changarines o jornaleros. Además hay un 11% de desempleados y sólo un 28% con empleos formales (administrativos, choferes, torneros, entre otros).

Principales aportes económicos al hogar (según nivel educativo de las madres)

El modelo de proveedor único fue culturalmente valorado durante décadas, aunque sólo podían realizarlo los sectores de mayor capacidad económica. Según los datos de la Encuesta Permanente de Hogares, en la ciudad de Buenos Aires, entre 1980 y 2000, el modelo perdió popularidad a la vez que creció la desocupación. En hogares con niños pequeños, la presencia de dos proveedores creció 67%, mientras que en hogares con niños mayores a 12 años, creció 119%. A la vez, los hogares con jefas crecieron 15 veces.

Desde el punto de vista de la oferta, a las mujeres con más capacitación les resulta más gravoso no salir a trabajar por la inversión que han hecho en educación. Además, desde la demanda, el mercado recluta a las más educadas. Por esto la situación de dos proveedores se da mayormente en los hogares de mujeres con más educación. Aun así, las estadísticas en ciudades como Buenos Aires, muestran que los hogares con mujeres menos educadas también acrecentaron la presencia de dos proveedores, sobre

¹²⁰ Compuesto por: 12% de comerciantes, 8% de empresarios, 4% de transportistas otro 4% de productores agropecuarios.

todo en el periodo de crisis (Wainerman, 2005). Y por otro lado, esta investigación, realizada en el interior de la provincia, muestra que también son muchas las profesionales que no están insertas en el mercado laboral remunerado.

Si se compara el nivel de ingreso de los hombres con el de las mujeres entrevistadas de mayor educación se advierte que, aunque ellos no tengan el mismo nivel educativo que ellas, han alcanzado posiciones relativamente mejores en sus puestos de trabajo, destacándose que hay entre ellos escasos empleos flexibles o de baja calificación. De hecho, el 88% de las familias tienen obra social y, en la mayoría de los casos que carecen de cobertura sanitaria, se trata de mujeres sin pareja actual. De igual manera se comprueba que, aunque se trata de todas mujeres con educación superior, sólo el 8% de ellas aporta el principal ingreso del hogar y este porcentaje se da sólo en casos de mujeres solas (solteras o separadas). El resto de las familias comparte igual nivel de ingreso entre madre y padre en el 20% de casos y todavía hay un importante 72% de hogares que tiene el ingreso masculino como el principal, aun cuando las mujeres de la casa tengan más educación. Esto es muy interesante porque evidencia que el nivel educativo de la madre, incluso cuando es alto y mayor que el de los padres, no es determinante de la jefatura de hogar. Es decir, la educación ayuda pero no determina el ingreso de dinero. Como se analizará luego durante las entrevistas en profundidad, esto se debe, entre otras cosas, a que muchas madres eligen trabajos de medio tiempo o con horarios flexibles o no trabajan porque no consiguen trabajos que les permitan compatibilizar su vida familiar y laboral.

CUADRO 29: Origen del mayor aporte según nivel educativo de las madres

Mayor aporte	E. Superior	E. Media	E. Básica
Padre	72%	68%	57%
Ambos	20%	8%	4,7%
Madre	8%	12%	24%
Otros		4%	4,7%
No responde		8%	9,5%

En cambio, si se analiza el caso de las familias de mujeres con educación media, se observa que el 80% cuenta con cobertura sanitaria y que la cantidad de padres que aportan el principal ingreso en el hogar es de 68% (4 puntos menos que en el grupo anterior). También es menor la cantidad de hogares con ingresos compartidos en partes iguales por padre y madre (8% contra 20% en las familias de educación superior). En cambio, en las familias que tienen madres con educación media es mayor el porcentaje de mujeres que aportan el mayor ingreso (12% contra 8% en el grupo anterior) y corresponde a mujeres en pareja (a diferencia con lo que sucede en otros grupos). Por el contrario, el 4% de familias cuyo principal sustento surge de los abuelos, sí corresponde a madres solteras.

Por su parte, en los hogares con educación básica es elevado el porcentaje de trabajo informal tanto en hombres como en mujeres. Siendo así, sólo el 15% de estas familias cuentan con cobertura sanitaria. De todas formas, los hombres de este sector que tienen empleo formal son muchos más que las mujeres que lo han obtenido (28% contra 5%). De hecho, el 95% de las mujeres con educación básica

que trabajan lo hacen como empleadas domésticas por hora (sin relación de dependencia).

No obstante, si se compara el nivel de ingreso de los hombres con el de las mujeres de educación básica se advierte que, aunque ellos continúan siendo –como en los otros grupos– los principales proveedores en la mayoría de los hogares, aquí hay un significativo cuarto de mujeres que aportan el mayor ingreso, porcentaje cuatro veces mayor que en las familias con estudios superiores. Estas mujeres, como en el otro grupo, son en su totalidad madres solas (viudas o separadas), situación que difiere con el caso de los hogares con educación media.

Por otra parte, entre las familias con educación básica, hay un escaso porcentaje (4,7%) de ingresos compartidos en partes iguales por los cónyuges –situación que ascendía al 20% de las familias con estudios superiores– y hay también un 4,7% que recibe asistencia social o ayuda de otros familiares.

Todos estos datos coinciden con los estudios que demuestran que las mujeres siguen encontrando limitaciones para acceder a puestos de trabajo, formarse, ascender y ganar la misma remuneración que los varones por igual tarea. El *Informe sobre Paridad en el Trabajo* (2002) del Instituto Social y Político de la Mujer¹²¹, afirma que si bien las mujeres con empleo demuestran un mayor nivel educativo que los hombres¹²², en promedio, las mujeres reciben el 71% del salario del varón. Pero estas diferencias tienden a disminuir cuando se considera la distribución del ingreso horario ya que las mujeres son mayoría en subocupación. Además, la brecha salarial aumenta a medida que aumenta la edad: las mujeres de 60 años y más ganan el 48% del salario masculino del mismo grupo. El mayor ingreso se da entre 40 y 49 años, igual que los hombres. En cuanto al estado conyugal, ganan más las mujeres divorciadas y separadas y menos las casadas (aquí influye la distribución horaria). Las jefas de hogar ganan 75% del sueldo promedio de los jefes.

Por otra parte, las mujeres son las que mejor resisten los bajos salarios, la carencia de prestaciones y la inestabilidad laboral que resulta atractiva para la industria, lo que las convierte en mano de obra predilecta para la explotación (Welti, 1999¹²³). Y como si esto fuera poco, como destaca Sandoval Ávila (2002), los hogares nucleares con hijos pequeños son los que más necesitan del ingreso femenino y en los cuales las mujeres menos pueden trabajar: “*La combinación del trabajo doméstico con las actividades para el mercado ha traído como consecuencia para ellas cambios desfavorables en su vida cotidiana no sólo en el nivel individual, sino también de sus familias y grupo social más amplio*”¹²⁴.

Cuidado infantil (según nivel educativo de la madre)

Ahora bien, si se pregunta a las mujeres con educación superior quién se encarga del cuidado de los

¹²¹ *Informe sobre Paridad en el Trabajo*. 2002. Contrainforme "Situación de los derechos humanos de las mujeres argentinas: asignaturas pendientes del estado" elaborado por ADEUEM, CELS, CLADEM, FEIM, Feministas en Acción, ISPM y Mujeres en Acción. Instituto Social y Político de la Mujer. http://www.ispm.org.ar/brecha_laboral.html

¹²² El 20% de ellas tiene nivel de instrucción superior comparado con el 11% de los hombres y es relativamente mayor la presencia de mujeres en el nivel de secundario completo hasta universitario completo.

¹²³ WELTI/ RODRÍGUEZ. 1999. “La investigación en México sobre la participación de la mujer en la actividad económica en áreas urbanas y los efectos en su condición social”, en *Las mujeres en la pobreza*. Grupo Interdisciplinario sobre Mujer, Trabajo y Pobreza. México: El Colegio de México (segunda reimpresión).

¹²⁴ SANDOVAL ÁVILA, A. 2002. *Impacto en la socialización de los hijos de la incorporación de la mujer al trabajo remunerado*. Espiral, enero-abril, vol. 8, número 23. Universidad de Guadalajara. Guadalajara, México.

hijos, se observa que la principal diferencia con otros grupos radica en el papel predominante que tiene la niñera (30%). A la ayuda doméstica brindada por una empleada le sigue el cuidado de los hijos compartidos por ambos progenitores (26%) y recién después viene la figura materna como la principal responsable del cuidado infantil (22%), muy por debajo de lo analizado para otros grupos. El cuidado realizado por abuelos (fundamentalmente abuelas maternas) participa en el 18,5% de los casos y el de las tías en un 3,5%. En este grupo de mujeres entrevistadas no se menciona ningún caso donde el padre sea el principal cuidador infantil, lo que se relaciona directamente con la pesada carga horaria que tienen los hombres de este grupo e, indirectamente, con las diferencias que sigue habiendo en los roles de género.

CUADRO 30: Quién se encarga del cuidado infantil

CUIDADOR	E.SUPERIOR	E.MEDIA	E.BÁSICA
niñera	30%	8%	4,4%
ambos	26%	20%	13%
madre	22%	48%	65%
abuelos	18,5%	8%	8,8%
tías	3,5%		4,4%
hermanos		8%	4,4%
padre		8%	

En las familias cuyas madres tienen educación básica, el porcentaje de niñeras es mínimo, compartido en partes iguales con la ayuda brindada por tías y hermanos mayores (4,4% cada uno) y seguida por el cuidado de abuelos que representa el doble (8,8%). En cambio, la figura materna en el cuidado infantil se presenta tres veces más en este grupo que en el de mujeres con educación superior y el cuidado compartido entre madres y padre representa la mitad.

En cuanto a las familias con educación media, la presencia de la niñera es el doble que en las familias con educación básica (8%) pero aun así está muy lejos del 30% que representa para las familias con estudios superiores. El cuidado compartido por madre y padre se da en el 26% de las familias (6 puntos menos que en las de educación superior pero 7 más que en las de educación básica). A su vez, el cuidado infantil por parte de la madre, se encuentra presente en más del doble de las familias con educación media que en las de educación superior (48% contra 22%) pero no alcanza el 65% de las madres con educación básica. Además, en las familias con madre de nivel educativo medio hay un 16% de casos que se divide en partes iguales entre el cuidado infantil de los abuelos y el de los hermanos mayores. La gran diferencia con los otros grupos es la presencia del cuidado paterno en un 8% que está ausente tanto en las familias de educación superior como en las de educación básica. Esta participación puede tener relación con que, por un lado, este grupo tiene mayor porcentaje de trabajo femenino que el GRUPO 3 pero, por otro, tiene menos posibilidades que el GRUPO 1 de tercerizar el cuidado, con lo que la intervención paterna se torna más necesaria.

Al analizar la problemática del cuidado infantil, muchos autores concuerdan en destacar que, en la

Argentina, existe una débil infraestructura que ayude a compatibilizar la doble responsabilidad laboral y familiar (Martínez Franzoni y Camacho, 2007)¹²⁵. En materia de políticas públicas, son escasas y heterogéneas las acciones orientadas a facilitar la conciliación entre el trabajo remunerado y el trabajo de cuidado y de organización del hogar. En general, el sujeto de la conciliación es la mujer sobre quien recae la responsabilidad de armonizar tales esferas de la vida (Faur y Gherardi, 2005)¹²⁶. Aunque está probado que los ciclos productivos afectan la vida privada de los trabajadores y los arreglos familiares condicionan las opciones y oportunidades de empleo, se ha avanzado poco en el diseño e impulso de políticas que provean medios, servicios, tiempo, recursos económicos y humanos para que el cuidado infantil se haga de forma socialmente inclusiva (Pautassi y Rico, 2011)¹²⁷. Como ejemplo, se puede mencionar que en las reglamentaciones laborales la oferta de guarderías debe ser provista por el empleador y, en general, la obligatoriedad es proporcional al número de trabajadoras, con lo cual se ignora la responsabilidad de cuidado del padre trabajador y se estimula a los empleadores a contratar menos mujeres. En este punto, coincidimos con Castilla (2009) cuando afirma que los cambios en la esfera de la maternidad ocurridos en nuestro país, resultan de una modernidad y de un proceso de individualización que no ha terminado de concretarse, ya que, si bien acepta las nuevas formas de organización familiar y doméstica, ubica estas medidas en los estrechos márgenes de la familia y en el marco de persistentes asimetrías de género. Y, sobre todo, que no ha modificado sustancialmente el horizonte normativo de la maternidad¹²⁸.

3.4. RECAPITULANDO

Hasta aquí encontramos que, si se divide a las cien mujeres entrevistadas según el máximo nivel educativo alcanzado, se puede observar que un cuarto de ellas tiene educación superior, otro cuarto estudios secundarios y la otra mitad se divide entre aquellas que sólo tienen estudios primarios y las que prefirieron no responder. En el GRUPO 1, no hay ninguna mujer sin estudios secundarios completos y, de ellas, sólo un tercio no siguió cursando estudios superiores mientras, en el GRUPO 3, sólo un 14% de mujeres llegaron a completar el secundario.

Los hombres en todos los casos alcanzan niveles educativos inferiores al de sus parejas, tanto en cantidad como en calidad, y en todos los grupos entrevistados. Aun así, las discrepancias que se comprueban entre los grupos son similares a la de las mujeres, es decir que, en niveles educativos, las diferencias se pueden explicar más por clase o sector social que por género.

¹²⁵ MARTÍNEZ FRANZONI/CAMACHO. 2007. "Equilibristas o malabaristas... pero ¿con red? La actual infraestructura de cuidados en América Latina", en M. A. Carbonero y S. Levín, *Trabajo, familia y Estado: las transformaciones en las relaciones de género*, Buenos Aires, Homo Sapiens Ediciones.

¹²⁶ FAUR/GHERARDI. 2005. "El derecho al trabajo y la ocupación de las mujeres", en Equipo Latinoamericano de Justicia y Género, *Informe sobre Género y Derechos Humanos. Vigencia y respeto de los derechos de las mujeres en Argentina*, Buenos Aires, Biblos.

¹²⁷ PAUTASSI/ RICO. 2011. "Licencias para el cuidado infantil. Derecho de hijos, padres y madres". *Desafíos*, boletín de la infancia y adolescencia sobre el avance de los Objetivos de Desarrollo del Milenio. CEPAL-UNISEF. Número 12. ISSN 1816-7535

¹²⁸ CASTILLA, M.V. 2009. *Individualización, dilemas de la maternidad y desarrollo laboral: continuidades y cambios*. En: *Intersecciones en Antropología*, vol. 10, núm. 2, 2009, pp. 343-358. Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires. Buenos Aires, Argentina.

La mayoría de las mujeres que cuentan con estudios superiores, tuvieron sus hijos entre los 30 y los 34 años; las que cuentan con estudios medios fueron madres mayormente entre los 20 y los 24 años, y las que tienen estudios básicos tuvieron hijos generalmente entre los 15 y los 19 años; evidenciando que el nivel de instrucción está inversamente relacionado con los niveles de fecundidad. Además, en el GRUPO 1 las mujeres no tienen más de 3 hijos y la diferencia de edad entre el más chico y el más grande es de poco tiempo. En cambio, en el GRUPO 2 tienen hasta 5 hijos y en el GRUPO 3 hasta 7, con diferencias mayores entre el más chico y el más grande, lo que se relaciona con distintos estilos de crianza y diferentes sentidos de la maternidad.

En cuanto al estado civil, en el GRUPO 1 el porcentaje de madres que se encuentra en pareja alcanza el 92%, en el GRUPO 2 baja a 82% y en el GRUPO 3 desciende más abruptamente al 59%. En el GRUPO 1 la mayoría está casada mientras en los demás grupos, la mayoría se encuentra en concubinato. Los porcentajes son similares entre las mujeres de educación superior y las de educación media: poco más de la mitad se encuentran casadas, un tercio en concubinato y el resto sola (separada, soltera o viuda). En cambio, entre las mujeres con estudios básicos, la mitad está en concubinato, un cuarto casada y el otro cuarto, solas.

Con respecto a las actividades femeninas, encontramos que la mitad de las mujeres entrevistadas no trabaja, con lo que el porcentaje de amas de casa es predominante en todos los grupos. Las que más participan del mercado laboral son las del GRUPO 2 (casi 70%), seguidas por 40% del GRUPO 1 y 25% del GRUPO 3. Entre las actividades que desarrollan las que trabajan: en el GRUPO 1 predominan las profesionales, en el GRUPO 2 las empleadas administrativas y en el GRUPO 3, la totalidad de las empleadas son domésticas. Entre las mujeres de mayor nivel educativo hay un 72% que trabaja, frente a un 56% y un 58% que trabajan entre las que tienen educación media y básica respectivamente, lo que muestra que, cuanto mayor el nivel educacional alcanzado, mayor es la propensión a participar de la fuerza de trabajo. A pesar de esto, en el GRUPO 1 hay más de un cuarto de mujeres que, a pesar de haber invertido muchos años en su formación, actualmente no se encuentra ejerciendo una actividad remunerada.

Las mujeres que más horas semanales trabajan son las del GRUPO 1 y las que menos horas trabajan son las del GRUPO 3. Mientras en el GRUPO 1 se encuentra un gran porcentaje de mujeres que no trabajan (casi el doble que en el GRUPO 2), las mujeres de este grupo que sí trabajan, lo hacen muchas más horas promedio que las de los otros grupos. Asimismo, las mujeres con educación superior trabajan una cantidad de horas similar a las que tienen educación media (32 horas semanales) pero 10 horas más que las de educación básica, lo que también muestra que, cuanto mayor el nivel educacional alcanzado, mayor es la propensión a participar de la fuerza de trabajo.

Aunque los hombres trabajan más horas en todos los grupos analizados, en el GRUPO 1 se da una disparidad menor con respecto a las mujeres que en los otros grupos, lo cual podría considerarse indicios de igualdad. En cambio, en los demás grupos, los hombres trabajan casi el doble de horas que sus mujeres.

Del total de familias, el hombre es el principal proveedor en el 65% de los hogares y la mujer en un

13%, correspondiente en su mayoría a mujeres que se encuentran solas. En el 80% de los hogares del GRUPO 1 es el padre quien aporta el principal ingreso, contra 73% en el GRUPO 2 y 69% en el GRUPO 3. Así, es importante el papel proporcional que tiene el ingreso de las madres en el GRUPO 3, abarcando casi el doble que en el GRUPO 2; y casi el cuádruple que en el GRUPO 1. De esta manera, los hogares con ingreso principalmente masculino siguen siendo mayoritarios en todos los grupos, pero lo curioso es que aumentan a medida que aumenta el nivel educativo de la madre: 57% en las mujeres con educación básica, 68% en las familias de educación media y 72% en las familias de mujeres con educación superior, lo que evidencia que el nivel educativo de la madre, incluso cuando es alto y mayor que el de los padres, no es determinante de la jefatura de hogar. Por el contrario, entre las familias con jefatura femenina hay: 24% de mujeres con educación básica, 12% con educación media y sólo el 8% con mayor educación. De estas jefas de hogar, sólo las de educación media corresponden a mujeres en pareja.

Por otra parte, los ingresos compartidos en partes iguales por padre y madre van descendiendo junto con el nivel educativo, lo cual podría evidenciar mayor índice de igualdad cuanto más alto es el nivel educativo. Lo mismo sucede con el cuidado infantil. Las mujeres con educación superior son las que más comparten el cuidado de los hijos en partes iguales con sus maridos, aunque la prominencia la tiene la niñera. En cambio, en los otros grupos sobresale el cuidado de la madre: casi en la mitad de las familias con mujeres de educación media y en dos tercios de las mujeres con educación básica.

En total, en casi la mitad de las familias, el cuidado infantil es responsabilidad exclusivamente de la madre y sólo un 3% de los casos presenta la figura del padre como el principal responsable, dado en aquellos hogares donde el hombre está desocupado o trabaja menos horas y con menor ingreso que la mujer. Aunque el mayor porcentaje de cuidados maternos se encuentra en el GRUPO 3, también este grupo tiene el mayor porcentaje de padres encargados del cuidado (aunque un escaso 6%) frente a ningún caso mencionado en el GRUPO 1. En cuanto a los “otros” que colaboran con los padres en el cuidado infantil, se destacan: en el GRUPO 1 las niñeras (con el 60%); en el GRUPO 2 las abuelas y, en el GRUPO 3, los hermanos mayores.

Todas estas estadísticas contribuyen a comparar la realidad de las mujeres de Junín y a contextualizar las experiencias individuales. No obstante, estos números difícilmente puedan contribuir a esclarecer los sentidos que las mujeres le dan a la relación maternidad y trabajo en su vida cotidiana. Para profundizar en las experiencias y opiniones que se ocultan detrás de los porcentajes, en los capítulos siguientes se recurre a la voz de las propias madres.

4. RELACIÓN MATERNIDAD/TRABAJO EN LOS DISCURSOS Y LAS PRÁCTICAS

Con el objetivo de ahondar en los contenidos que las mujeres otorgan a la maternidad y relacionarlos con los sentidos respecto al trabajo, se llevaron a cabo un total de nueve entrevistas en profundidad, a madres de los distintos grupos sociales. Estos testimonios se desarrollan cronológicamente desde la formación de la pareja hasta las expectativas futuras, pasando por el nacimiento de los hijos, la trayectoria laboral, las relaciones de género y la organización familiar.

4.1. PRESENTACIONES¹²⁹

María (36) es abogada y madre de tres hijos de 7, 4 y 2 años. Vive con su marido, también letrado, en una casa propia ubicada en la zona céntrica de la ciudad. Trabaja desde que se recibió en el estudio jurídico de su padre, junto a su marido y otros abogados. Aunque ambos miembros de la pareja suelen tener un nivel de ingresos similar, actualmente ella está trabajando menos horas. Además, la familia cuenta con la ayuda doméstica de una empleada que se encarga de la limpieza del hogar y del cuidado de los niños. De todas las entrevistadas, María es la que tiene mayor nivel socioeconómico y cultural. De hecho, es la única que proviene de una familia de clase media con padres profesionales de larga trayectoria en la ciudad. La entrevista fue realizada en su vivienda en horas de la tarde, un día de semana, mientras los hijos más chicos dormían la siesta en el piso superior.

Karina (36) es odontóloga y trabaja en el hospital público de Junín y en un consultorio privado. Su marido, médico, ejerce en hospitales de Junín y la zona. Proviene de familias de clase media trabajadora y sueñan con tener su propia casa (actualmente alquilan). Tienen dos hijas de 5 y 2 años. La entrevista fue realizada un día laboral, en el consultorio que Karina ocupa en el hospital, durante la mañana.

Laura (31) es diseñadora gráfica pero no trabaja. Tiene dos hijas de 4 y 6 años y está casada hace 8 años con un ingeniero de su misma edad, gerente en una empresa privada. La entrevista fue realizada durante el horario escolar, en su casa: un departamento propio en un barrio de clase media trabajadora.

Andrea (34) tiene estudios secundarios completos, es empleada administrativa y está en pareja desde hace 5 años con el padre de su único hijo, con quien vive en un amplio departamento en la zona residencial de la ciudad. La entrevista fue realizada en su lugar de trabajo, una oficina en el centro.

Mariela (43) es peluquera y hace 20 años que trabaja en la peluquería de su madre. Su marido es comerciante y están juntos desde los 15 años. Tienen dos hijos varones, de 15 y 4. Mariela está con tratamiento psiquiátrico porque sufre de ataques de pánico, fobia y depresión desde hace 13 años. La familia vive en una casa pequeña cedida por sus padres, en un barrio valorado de la ciudad. Mariela propone realizar la entrevista en la terraza, que utiliza como patio. De todas las mujeres entrevistadas, es la única que presenta una enfermedad psicológica crónica.

Romina (36) es maestra jardinera y trabaja desde hace 9 años en la Escuela de la Dirección de

¹²⁹ Los nombres de las entrevistadas y sus familiares, fueron cambiados para garantizar el anonimato de los testimonios.

Tránsito, donde brinda cursos para niños junto a otra docente que está bajo su coordinación. Su marido es comerciante y tienen dos niñas de 4 y 2 años. Viven en una casa alquilada y tienen el proyecto de construir la propia. La entrevista se efectuó en la oficina de la escuelita donde trabaja.

Estefanía (22) es empleada doméstica y está cursando el secundario. Tiene tres hijos varones (de 4 años, 2 años y 2 meses). Actualmente está en pareja con el papá del menor, que también está terminando el secundario y trabaja de “changanín”. Viven los cinco atrás de la casa de sus suegros, donde tienen una habitación, cocina y baño. La entrevista fue realizada en horario escolar, en una oficina del jardín¹³⁰, mientras el bebé tomaba la teta. Estefanía estaba nerviosa y un poco acomplejada porque le costaba expresarse: *“No sé cómo explicarte, yo soy un poco burra, me cuesta encontrar las palabras”*.

Carolina tiene 36 años y no cuenta con estudios secundarios. Es empleada doméstica y está casada hace casi 20 años. Su marido es peón de albañil y tienen 3 hijos: dos varones (19 y 4 años) y una chica de 16. Viven atrás de la casa de su suegra, donde tienen una habitación para los cinco, cocina y baño. El amueblamiento es precario y el aspecto en general bastante descuidado (paredes rayadas, suciedad). En ese lugar se realizó la entrevista, mientras la hija adolescente chateaba con una amiga, el menor trataba de llamar la atención¹³¹ y su marido dormía la siesta en la otra habitación: *“Cuando está feo no vamos a trabajar porque en la ruta con la moto y con la lluvia no se ve nada”*, justifica Carolina.

Cecilia tiene 36 años y está casada desde los 17. Tiene estudios primarios y fue ama de casa hasta hace poco, cuando empezó a trabajar de empleada doméstica. Tiene dos hijos de 4 y 19 años. Junto a su marido, viven en una casa de barrio social ubicada en una zona periférica de la ciudad, que fue cedida por un amigo y que ellos refaccionaron. Aunque por afuera la vivienda es tan modesta como todas las del barrio, adentro se destacan su calidez, confort y limpieza. La entrevista fue realizada en su domicilio, en horas de la tarde, mientras el hijo más chico dormía la siesta.

4.2. PRIMERA ETAPA

Formación de pareja

En el grupo 1, se observa que todas las mujeres tuvieron varios años de noviazgo antes de convivir y tener hijos. Durante esos años concluyeron sus estudios universitarios y planificaron su familia. María y su marido se conocieron trabajando como abogados en la misma ciudad. Estuvieron dos años y medio de novios y se casaron. Siete meses después, María quedó embarazada, a los 28 años. Por su parte, Karina cuenta que buscaron el hijo después de 14 años de novios y dos de convivencia, cuando ya estaban recibidos y con trabajo. Karina dice que, desde el momento en que se conocieron, ya hablaban de los hijos que querían tener e, incluso, ella misma planeó la carrera que iba a seguir priorizando una profesión que le dejara tiempo para dedicarle a los hijos: *“Él estudiaba medicina y a mí también me gustaba la rama de la salud pero nos planteamos que, si éramos los dos médicos,*

¹³⁰ Facilitada por la dirección de la institución.

¹³¹ Gritó, interrumpió, peleó con la hermana por la computadora, prendió y apagó el televisor, pidió cosas, hizo ruidos, tiró juguetes... En un momento, abrió la heladera, sacó un frasco rosado similar a los antifebriles y tomó del pico. *“Espera que te doy yo”*, le dijo Carolina mientras le servía un poco y aclaraba entre risas: *“No está enfermo, pero es fanático de los medicamentos”*.

íbamos a estar todo el día afuera de casa. Entonces elegimos otra profesión que permitiera mayor flexibilidad para que, por lo menos una parte de la familia (y la madre nos pareció lo más importante), pueda estar más a disposición de la criatura". Es curioso cómo Karina se suma a la idea de que *"la madre es más importante"*. Y es curioso, justamente porque Karina trata de luchar contra esta idea: aboga por la libertad femenina y la igualdad de géneros, pero en el fondo no deja de creer que ella es la principal responsable y encargada del cuidado, atención y contención de los hijos y del hogar. Algo similar a lo que le ocurre a otras mujeres, como Laura.

En Laura también se da una relación estrecha entre sus decisiones familiares y laborales desde el principio de su relación: *"Siempre había soñado con ser madre joven porque me gustó tener padres jóvenes. Y cuando lo conocí a mi marido nos comprometimos enseguida. Lo único que queríamos era recibirnos rápido para casarnos. El problema era la crisis de esos años, así que me conformé con un trabajo administrativo que me diera un sueldo"*. La idea de *"recibirse para casarse"*, que ya apareció en entrevistas anteriores, da cuenta de un modelo que no contempla el convivir y en el que es necesario haber terminado una etapa para poder iniciar la otra. Este modelo, es similar en todas las mujeres de este grupo y también es predominante en el grupo 2, pero no se da en ningún caso del grupo 3, como tampoco ha sido hegemónico en generaciones anteriores. Este es uno de los puntos en donde se observa una diferenciación mayor entre los grupos: mientras las mujeres del grupo 3 siguen siendo madres jóvenes, los demás grupos siguen modelos de maternidad tardía. Margulis¹³² (2001) utiliza el concepto de *moratoria social* para describir la atenuación de las exigencias que la sociedad demanda a los jóvenes de sectores sociales medios y altos mientras completan sus estudios y alcanzan la madurez social y económica, fenómeno que ayuda a explicar el retraso en la edad a la primera unión conyugal y al primer empleo remunerado en los jóvenes de los grupos sociales más favorecidos.

Laura cuenta que sus padres no habían podido acceder a una carrera universitaria por lo que trabajaron con el objetivo de que sus hijos estudiaran. Aunque ella cumplió el mandato familiar pensando que el título le garantizaría el ascenso social, por otro lado también creció con el ejemplo de una maternidad prematura y de la importancia dada a la familia por sobre el desarrollo profesional. De alguna manera, los ejemplos de su entorno social delinearon sus expectativas sobre sí misma y sobre sus posibilidades, lo cual podría explicar uno de los motivos por los cuales Laura aún no se desarrolló profesionalmente. Según Delfino (2005):

*"Si bien el sistema de educación formal desempeña un papel importante, este se transforma en secundario ante la relación que es directamente responsable por la reproducción de las relaciones sociales: la institución de la herencia. La familia de origen posee una intervención central en la configuración de las historias de vida de las mujeres transmitiendo un capital social de base, en el cual la educación y los valores en torno al ascenso social ocupan un lugar decisivo"*¹³³.

Por otra parte, la dificultad de los profesionales para insertarse profesionalmente, también aparece en el testimonio de Karina, quien destaca que *muchas veces tienen que pasar varios años haciendo pasantías no rentadas hasta que se les comienza a reconocer monetariamente su labor*. En general,

¹³² MARGULIS, M. 2001. *"Juventud: una aproximación conceptual"*, en Solum Donas Burak (comp.). Adolescencia y juventud en América Latina, Cartago, Libro Universitario Regional, págs. 41-56.

¹³³ DELFINO, A. 2005. *Mujer y ejecutiva: trayectorias de género en Brasil*. Espacio Abierto, abril-junio, año/vol. 14, número 002. Asociación Venezolana de Sociología. Maracaibo, Venezuela. pp. 199-214

esto no plantea inconveniente en las personas que cuentan con el apoyo financiero de su familia de origen y pretenden destinar unos años a desarrollarse profesionalmente antes de formar su propia familia (como es el caso de María). Pero en las parejas jóvenes que buscan convivir o tener hijos, se incrementan las posibilidades de abandonar la profesión y trabajar de lo que se pueda, sobre todo en épocas de crisis (como le pasó a Laura).

En el grupo 2 también predomina la situación de noviazgos largos y planificación familiar, pero hay una excepción en el caso de Andrea. Después de muchos años de novia con una pareja anterior, Andrea comenzó una relación con un médico 20 años mayor, separado (con dos hijos grandes) y a los 6 meses quedó embarazada. De todas las entrevistas, este es el único caso en que el hombre tiene hijos de un matrimonio anterior y es la primera situación de embarazo inesperado. De hecho, de todas las mujeres entrevistadas, Andrea es la única que no pensaba tener hijos: *“‘Libertad’ es mi lema, por eso no pensaba ni casarme ni tener hijos. A mí nunca me llamó la atención el hecho de ser madre. Yo ayudé a criar a cinco sobrinos, que vivían en mi casa. En ellos depositaba ese rol de madre y me absorbía mucho tiempo. Así que el embarazo surgió de un fallo en las pastillas, no de una necesidad”*. Como se ve, quedar embarazada no estaba ni en sus deseos ni en sus planes. En cambio, en los demás casos, la maternidad parecía un camino indiscutible, aun cuando a veces les constó acostumbrarse al hijo. Es curiosa también esta exaltación que hace Andrea de la “libertad”, contraponiéndola a la de “maternidad”, porque es la primera evidencia de un discurso muy difundido en la actualidad. En sus estudios sobre conyugalidad, Wainerman (2005) encuentra que, en los sectores populares, la familia constituye el ámbito de dignidad y realización, en cambio, en los sectores medios, la realización y la promoción vienen del trabajo, el cual no debe ser sacrificado por las exigencias familiares. Del mismo modo que al imperativo de cuidar su aspecto físico, las mujeres de clase media parecen sometidas a la exigencia de ser autómatas y felices. Pero Wainerman advierte: *“Es probable que la eficacia (y tiranía) de esos nuevos principios morales radique en que se presentan como más ‘libremente’ escogidos”*¹³⁴.

Por su parte, Mariela y su marido estuvieron 9 años de novios antes de casarse y cuatro años más antes de buscar el primer hijo: *“Queríamos disfrutar del matrimonio pero siempre pensamos en tener hijos”*. Aquí aparece una primera idea de preservación de la pareja antes de la llegada de los hijos, etapa que en algunos casos adquiere mucha importancia y en otros se ignora por completo. En el caso de Romina, ella forma parte del grupo de mujeres en concubinato, junto con Karina, Andrea y Estefanía¹³⁵. Romina estuvo 7 años de novia, estudió una carrera terciaria y consiguió trabajo antes de convivir. Después dejó pasar dos años más para buscar un hijo, pero perdió dos embarazos antes de tener a su primera nena.

Por el contrario, en el grupo 3 se da que todas las mujeres entrevistadas quedaron embarazadas de manera sorpresiva de su primer hijo alrededor de los 17 años y es una de las diferencias más notorias que se da en la comparación de estos grupos. Estefanía cuenta que: *“Con el papá del más grande no llegamos a convivir. Apenas nació el nene, de la nada se terminó la relación. Al tiempo conocí al papá*

¹³⁴ WAINERMAN, C. *La vida cotidiana en las nuevas familias: ¿una revolución estancada?* Buenos Aires. Lumiere, 2005. Página 206.

¹³⁵ De los grupos 1,2 y 3 respectivamente.

del segundo (que fue el único embarazo buscado), y con él estuvimos dos años en concubinato. Yo estaba muy enamorada, pero nos separamos porque empezó a hacer diferencias con el mayor. Y ahora estoy con el papá del bebé, que nos conocimos hace casi un año". Sacando el primer caso, que se trató de una pareja adolescente, en los otros noviazgos hubo convivencia y embarazos. Incluso podría pensarse que los hijos son una muestra que las parejas se dan de su compromiso, tal vez el equivalente de lo que antes era el matrimonio. Cuando un noviazgo anda bien, rápidamente se piensa en tener un hijo. Esto puede tener relación con las diferentes concepciones de relaciones, familia y maternidad que forman parte de los *habitus*¹³⁶ de grupo. Si bien, como se analizó anteriormente, en los sectores medios y acomodados existe la posibilidad de extender la etapa de la adolescencia y suelen darse relaciones de noviazgo menos comprometidas mientras se atraviesa la etapa de estudios superiores, en los sectores populares se advierte que la maternidad puede seguir siendo un paso directo hacia la adultez social. En la población más pobre se identifica a menudo la entrada a la pubertad como sinónimo de incorporación a la edad adulta, estado que se adquiere de manera definitiva con la maternidad. Por ello, en un medio social con consumo de bienes escasos, seguridad económica limitada y bajo desarrollo profesional e intelectual, los hijos representan el acceso a una situación de mayor reconocimiento y prestigio social (López y Margulis, 1995)¹³⁷.

A diferencia de Estefanía, las otras dos mujeres del grupo se encuentran casadas desde hace años con el único padre de sus hijos. Pero igual que Estefanía, tuvieron su primer embarazo durante la adolescencia. Como explica López (2005):

*"Sin los beneficios de una escolaridad que las capacite para el excluyente mercado de trabajo, con prácticas sexuales precoces y escasos conocimientos sobre el funcionamiento de su cuerpo, acceso limitado a servicios de salud que favorezcan una práctica exitosa de la anticoncepción y un entorno sociocultural que facilita las uniones conyugales y valoriza la maternidad temprana como una manera de adquirir el estatus de adulta, la fecundidad adolescente adquiere un sentido diferente al descripto para las mujeres de sectores medios"*¹³⁸.

Carolina estaba de novia con Marcelo cuando quedó embarazada, a los 17 años: *"Al principio me sorprendió pero después lo tomamos bien. Éramos chicos pero no nos quedaba otra. Un grito de mi viejo hasta que lo aceptó y nos casamos"*. En ese momento, las costumbres todavía provocaban la furia paterna y la obligación masculina de contraer matrimonio. Algo similar le sucedió a Cecilia:

*"A mi marido lo conocía de chico, del barrio. Nos pusimos de novios y dos años después nos casamos. Yo tenía 17 y él 20. Yo después de la primaria no quise seguir estudiando porque no tenía la capacidad, no me daba la cabeza y preferí dedicarme a cuidar a mis hermanas y hacer las cosas de la casa mientras mis padres trabajaban. Y después de casada seguí haciendo ese trabajo con mis hijos, mi marido y mi casa. En realidad yo salí de la casa de mi papá y mi marido pasó a ser como mi padre"*¹³⁹.

La situación descripta por Cecilia es propia de las posturas más tradicionales. Aunque luego va a ir cambiado su visión de los roles de género, en este primer momento ella adscribe a una concepción bien definida: la mujer, en su casa. Al analizar los legados de los años '50, Wainerman (2005)

¹³⁶ En el sentido que le da Bourdieu. Ver capítulo 2.2.

¹³⁷ LÓPEZ/MARGULIS. 1995. *"Aproximación sociocultural al estudio de la salud reproductiva: mujeres y servicios de salud"*. Informe final de investigación. Facultad de Ciencias Sociales. Universidad de Buenos Aires. Inédito.

¹³⁸ LÓPEZ, E. 2005. *La fecundidad adolescente en la Argentina: desigualdades y desafíos*. Encrucijadas. Instituto de Investigaciones Gino Germani, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires.

¹³⁹ Cuando Cecilia dice que "no le daba la cabeza" o que "su marido pasó a ser como su padre", adopta una postura ingenua e inmadura que parece reafirmar sus palabras. Es como si volviera a ser una niña con sólo recordar ese momento.

concluye que la inteligencia y la autoridad son atributos puramente masculinos mientras la mujer es un ser sumiso que necesita la tutela de su esposo, heredero de deberes y atributos paternos: “*A la naturaleza esencialmente débil, afectiva y sensible de la mujer, le corresponde con exclusividad el rol reproductivo. A la naturaleza esencialmente fuerte, racional y activa del varón, le corresponde con exclusividad el rol productivo*”¹⁴⁰. Los roles más tradicionales –ser madre y ama de casa– son atribuidos a la mujer tanto por los varones como por ellas mismas (Marcús, 2006)¹⁴¹. Como afirma Evangelina Dorola (1989), se ejerce una “*violencia invisible entendida como naturalización de los roles asignados a las mujeres. La misma atraviesa verticalmente la estructura social y permanece reproducida o profundizada*”¹⁴². En el mismo sentido, Bourdieu (1990) afirma que el dominio masculino se manifiesta en costumbres y discursos que están tan arraigados en el inconsciente colectivo que no necesitan justificación: “*Si esta división parece ‘natural’, como se dice a veces para hablar de lo que es normal, al punto de volverse inevitable, se debe a que se presenta, en el estado objetivado, en el mundo social y también en el estado incorporado, en los habitus, como un sistema de categorías de percepción, pensamiento y acción*”¹⁴³. La eficiencia simbólica de este orden se basa en lo que Bourdieu denomina “*amor fati*”, para hacer referencia a la propensión femenina a la autocomplacencia, mediante la cual las víctimas se abandonan al destino que les fue impuesto socialmente. E insiste: “*la violencia simbólica impone una coerción que se instituye por medio del reconocimiento extorsionado que el dominado no puede dejar de prestar al dominante al no disponer, para pensarlo y pensarse, más que de instrumentos de conocimiento que tiene en común con él y que no son otra cosa que la forma incorporada de la relación de dominio*”. La situación de Cecilia al comienzo de su relación, parece ser un ejemplo concreto de la *dominación masculina* denunciada por Bourdieu. Incluso el papel de su marido se corresponde con el sistema mítico-ritual que funciona como una representación autorrealizadora de la que los hombres son también prisioneros en la medida en que “*el hombre es un ser que implica un deber ser*”. Es decir, este hombre ocupa una posición de poderes y privilegios, pero también de deberes y obligaciones.

Los roles de género también se problematizan cuando las entrevistadas se refieren a la principal función de la mujer en la actualidad. En este punto, las posiciones no parecieron estar mayormente influenciadas por los grupos de pertenencia. María coincide con Cecilia¹⁴⁴ en que “*la madre es mujer*” y que las mujeres que deciden no tener hijos *pueden arrepentirse*. Karina y Laura¹⁴⁵ están más preocupadas por la “*presión social*” que puede afectar a las mujeres a dedicarse a una u otra actividad,

¹⁴⁰ WAINERMAN, C. 2005. *La vida cotidiana en las nuevas familias: ¿una revolución estancada?* Buenos Aires. Lumiere. Página 63.

¹⁴¹ MARCÚS, J. 2006. *Ser madre en los sectores populares: una aproximación al sentido que las mujeres le otorgan a la maternidad*. Revista Argentina de Sociología, noviembre-diciembre, año/vol. 4, número 007. Consejo de Profesionales en Sociología. Buenos Aires, Argentina. pp. 100-119

¹⁴² DOROLA, E. 1989. “*La naturalización de los roles y la violencia invisible*”, en: FERNÁNDEZ /GIBERTI (comps.), *La mujer y la violencia invisible*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana.

¹⁴³ BOURDIEU, P. 1990. “*La dominación masculina*”. Actes de la Recherche en Sciences Sociales. Núm. 84, París.

¹⁴⁴ La primera del grupo 1 y la segunda del 3.

¹⁴⁵ Ambas del grupo 1.

aun en contra de sus propios deseos. Mariela y Romina¹⁴⁶, consideran que la maternidad sigue siendo la principal función de la mujer, aunque Romina explica que “*ella es antigua*”, como si esta postura estuviera claramente identificada con valores tradicionales, poco modernos¹⁴⁷. Por su parte, Estefanía y Carolina¹⁴⁸ coinciden en que las mujeres pueden no tener hijos si así lo desean. Estas respuestas, contradicen los estudios que identifican a las mujeres de sectores humildes con las posturas tradicionales y a las mujeres más instruidas con posturas modernas. De todas maneras, es probable que las nociones de maternidad y de *buena maternidad* sean similares en todos los sectores de la sociedad mientras lo que varían son las prácticas en la autonomía de las mujeres.

Embarazo

Con respecto al embarazo, María rememora que: “*Yo soy de emocionarme mucho y con los embarazos es como que eso se potencia, entonces si miraba un noticiero o una película, lloraba como un chanco... Pero aparte de eso yo estaba chocha, feliz de la vida, pura endorfina que te pone bien*”. Evidentemente, María lo vivió con mucha naturalidad y alegría y en ella (a diferencia de otras experiencias) prevalecieron las sensaciones placenteras. Por su parte, Karina recuerda que:

“Fue mucha emoción. Primero sentí el desconocimiento, porque todo el mundo te dice que vas a sentir cosas y yo no tenía ningún síntoma. En el primer embarazo todo lo que sentía era felicidad, un estado totalmente agradable. Lo que me generaba incertidumbre era si me iba a dar cuenta cuando empezara con el trabajo de parto y todos me decían que iba a tener unos dolores insoportables pero no fue mi caso. Igual el segundo fue totalmente diferente: estuve descompuesta durante meses, pensaron que tenía ciertos problemas, me tuve que hacer estudios, me asusté, no lo pude disfrutar”.

El temor que menciona Karina, ocasionado por la posibilidad de inconvenientes durante el embarazo, es un tema que aparece poco en estas entrevistas pero que suele obsesionar a muchas mujeres embarazadas. Con respecto a la descripción de las emociones, Karina coincide con María en destacar las *sensaciones agradables* que el embarazo despierta, pero también menciona la ignorancia sobre lo que va a pasar y lo que los *otros* opinan al respecto, algo que parece influir mucho en las madres primerizas, tal vez por el mismo desconocimiento y necesidad de explicación de una experiencia nueva. Esta etapa del embarazo está influenciada por innumerables *representaciones sociales*¹⁴⁹ que van a configurar el PSE: *pensar, sentir y esperar* (Raggio, 2010¹⁵⁰) de la mujer. Dentro de dichas representaciones, comienzan a aparecer las ideas de *sensaciones placenteras* enfrentadas con *los miedos y las incertidumbres* o la idea de *instinto materno* muchas veces enfrentado con la *ignorancia*, lo cual se va a advertir, por ejemplo, en el caso de Laura. Con respecto a su embarazo, Laura recuerda que: “*Al año de casados empezamos a buscar y quedé en seguida. La primera sensación fue de emoción mezclada con miedo. Se me caían las lágrimas y pensaba ‘¿Y ahora qué hago? ¿Cómo voy a hacer para criar bien un hijo? Había idealizado el embarazo pero cuando llegó no sentía la conexión que esperaba ni la necesidad de hablarle a la panza. Y eso me daba mucha culpa*”. El tema de la

¹⁴⁶ Del grupo 2.

¹⁴⁷ Wainerman (2005), en sus estudios también encuentra que, a diferencia de las mujeres de hogares de nivel bajo, las de hogares de nivel medio que prefieren papeles tradicionales, lo justifican en sus propias características o elecciones personales.

¹⁴⁸ Del grupo 3.

¹⁴⁹ En el sentido que se explicó en CAPÍTULO 2.2.

¹⁵⁰ RAGGIO, A. 2010. *Hermenéutica de la medicina. Socioantropología de la salud*. Ediciones de las Tres Lagunas.

sensación “*de culpa*” va a aparecer muchas veces durante las entrevistas, generalmente acompañado por un gran nivel de auto-exigencia. Otro inconveniente que ella sintió en esta etapa, fue la presión por parte de su entorno laboral: “*Mi jefa siempre decía que no se había tomado toda la licencia porque se volvía loca con el bebé en la casa todo el día. Por momentos yo la veía como una mujer con más experiencia y agradecía sus consejos, pero otras veces lo sentía como una presión para que retomara pronto el trabajo. Encima los últimos meses tuve que hacer reposo y mis compañeros tenían que hacer turno doble para cubrirme*”. Las presiones directas e indirectas ejercidas por los empleadores, aparecen en todas las entrevistas del grupo 1 y en la mayoría del grupo 2, condicionando las sensaciones, las opiniones y las experiencias de la maternidad.

En el grupo 3, en cambio, como se trata de trabajos domésticos e independientes, las mujeres organizan sus horarios de manera flexible, acomodándolos a las necesidades de su familia. El lema con el que se mueven en el ámbito laboral parece ser (como apareció durante las entrevistas): “*primero están mis hijos y al que no le gusta que llame a otra*”. Esta posibilidad de dejar y encontrar rápidamente otro trabajo, radica justamente en la informalidad y la precariedad de las condiciones laborales. Son trabajos que abundan, transitorios, sin beneficios, inestables, por lo que es fácil cambiar uno por otro. Todo lo contrario sucede con los trabajos formales, donde las mujeres saben que la tenencia de hijos es un inconveniente para los patrones porque supondrá reiteradas licencias. En la mayoría de los ámbitos laborales hay estrategias formales e informales, directas o indirectas, que se utilizan para presionar a las mujeres a que abandonen el trabajo o abandonen el deseo de un hijo: desde el despido (muchas veces encubierto bajo el “*me dejaron de llamar*”), hasta los horarios inconvenientes o, en este caso, el no poner un suplente y obligar al resto a trabajar más horas.

Como explican Martínez Franzoni y Camacho (2007), en la Argentina, las políticas conciliatorias vinculadas a la seguridad social se materializan en regulaciones (lactancia) y transferencias en dinero (licencias por maternidad); por lo tanto, son medidas regulatorias y redistributivas. Sus destinatarias son principalmente trabajadoras remuneradas del sector formal, en su mayoría asalariadas. Para este conjunto de la población, estas medidas han alcanzado resultados materiales: permiten la estabilidad laboral, aunque no protegen a las mujeres de las sanciones, muchas veces informales, que obstaculizan el ascenso en sus trayectorias¹⁵¹. Asimismo, Pautassi y Roco (2011) destacan que la ausencia de la interdependencia de los ámbitos productivo y reproductivo en el diseño de las políticas laborales, obstaculiza la realización de las tareas en uno y otro espacio de manera equitativa, ya que no se ha incrementado la oferta de infraestructura pública y servicios de cuidado, son escasos los mecanismos de fiscalización del Estado para el cumplimiento de las obligaciones legales de los empleadores privados y las regulaciones laborales solo cubren a los trabajadores asalariados formales, dejando fuera a los que realizan labores desprotegidas¹⁵².

¹⁵¹ MARTÍNEZ FRANZONI/ CAMACHO. 2007. “Equilibristas o malabaristas... pero ¿con red? La actual infraestructura de cuidados en América Latina”, en M. A. Carbonero y S. Levín, *Trabajo, familia y Estado: las transformaciones en las relaciones de género*, Buenos Aires, Homo Sapiens Ediciones.

¹⁵² PAUTASSI/ RICO. 2011. “Licencias para el cuidado infantil. Derecho de hijos, padres y madres”. *Desafíos*, boletín de la infancia y adolescencia sobre el avance de los Objetivos de Desarrollo del Milenio. CEPAL-UNISEF. Número 12. ISSN 1816-7535

También Karina comenta su propia experiencia cuando trabajaba en la Universidad de La Plata:

“Con mi jefa tenía excelente relación pero sabía que los embarazos generaban conflictos así que esperé hasta el tercer mes para decirle. Lo único que me respondió fue: ‘Así me gusta: planificaste perfecto porque la licencia te agarra en vacaciones y vas a reincorporarte justo cuando empiezan las clases’. Yo no podía entender cómo se le cruzaban esas cosas por la cabeza; pero claro, se trata de una tipa que no tiene ni hijos ni marido ni nada. Igual después terminé renunciado porque era más la complicación de viajar que los beneficios del trabajo”.

Karina sufrió la presión indirecta por parte de los jefes, pero conociendo que podía ser peor porque ya había habido despidos. Por un lado, en este testimonio se enfrentan las concepciones de dos mujeres distintas: una que parece ubicar por encima el desarrollo profesional y que espera que los demás lo hagan también y otra que parece priorizar su bienestar personal y afectivo y tampoco concibe que los demás no lo compartan. Para una *“lo normal, lo natural, lo correcto”* es una opción y para la otra es la contraria, y desde ahí, juzgan las decisiones y acciones. También es interesante la frase algo despectiva que Karina encuentra para justificar el pensamiento de la otra mujer: *“se trata de una tipa que no tiene ni hijos, ni marido, ni nada”*, como si no cumplir los mandatos sociales de formar la propia familia fuera ser una mujer incompleta o vacía. Si bien en los últimos años, la situación de la mujer ha cambiado mucho en cuanto a sus posibilidades, valores y elecciones de vida, este relato muestra que todavía pueden tener una gran vigencia ciertos mandatos tradicionales de lo que una mujer debe ser y hacer. Tal como afirma Ávila González (2005): *“La relación de las mujeres con la maternidad es un proceso tan naturalizado y mitificado que ‘elegir’ no ejercerla, sobre todo de manera voluntaria, se convierte en un factor de tensión, que se expresa en la estigmatización y la presión social”*¹⁵³. Por su parte, en su investigación con mujeres de hogares de nivel medio y bajo, Wainerman (2005) encuentra que las primeras tienen una idea de experiencia laboral similar a la de los hombres, donde el argumento del desarrollo personal no hace más que comprometer a los empleados con los objetivos de la empresa, como lo sugiere también el testimonio de Laura. Wainerman se pregunta si se tratará de pautas normativas que premian a quienes cumplen y castigan a quienes mantienen vínculos tradicionales. Y analizando los testimonios, es posible que las mujeres que intentan desarrollar vínculos tradicionales se encuentren cuestionadas o presionadas por el entorno, sobre todo laboral.

En el caso del embarazo de Andrea, ella cuenta que, como no fue planeado, la pareja lo vivió como un momento de crisis. Andrea recuerda que: *“Cuando me enteré, me puse como loca, pero él se lo tomó peor que yo: la crisis le duró los nueve meses. En cambio, mi reacción de susto fue al principio. Él no se quería dar cuenta de que estaba embarazada pero yo vivía en mi mundo y lo disfruté igual. No me limitaba en nada y trabajé hasta el último día. Volvería a embarazarme sólo para volver a estar en ese estado”*. Esta idea del embarazo como estado ideal, de felicidad y placer coincide con las descriptas en otras entrevistas. En cuanto al papel del hombre, este es el único testimonio donde el padre aparece enajenado del embarazo. Mientras en las otras entrevistas se evidencia una presencia activa del padre, en el caso de Andrea, *“él no se quería dar cuenta”*. Sin embargo, asombra la manera

¹⁵³ ÁVILA GONZÁLEZ. 2005. *Mujeres frente a los espejos de la maternidad: las que eligen no ser madres*. Desacatos, enero-abril, número 017. Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social. Distrito Federal, México. pp. 107-126

en que Andrea lo menciona, como si fuera un factor que no tuvo mucha importancia para ella, a diferencia de la situación que vivió Mariela durante su segundo embarazo.

Mariela dice que, cuando quedó embarazada por primera vez, *“estábamos todos muy contentos porque fue un bebé muy esperado, sobre todo por la familia de mi marido que es único hijo”*¹⁵⁴. En cambio, con respecto a su segundo embarazo, Mariela cuenta que:

“Mi marido no quería tener más hijos, pero yo sí. Le dije que no me iba a cuidar más y él pensó que era un chiste. Cuando quedé embarazada no lo quería, pero igual después me acompañó mucho porque estuve cuatro meses en la cama por pérdidas y al final me lo tuvieron que sacar. Fue horrible. Sentí un gran vacío, una ausencia como la madre que llega a su casa y está sin el hijo. En cambio mi marido hizo de cuenta que lo de la pérdida no había pasado, somos muy distintos. Él no quería que volviera a tener más hijos, decía que no quería que me pasara nada porque yo ya estaba enferma y, si quedaba embarazada nuevamente, tenía que dejar la medicación”.

Mariela y Romina son las únicas dos mujeres entrevistadas que atravesaron la pérdida de embarazos. A pesar de las diferencias en los momentos y en la reacción de sus cónyuges, para las dos mujeres fue una situación de angustia y desesperanza difícil de superar. A hablar de sus pérdidas, Romina recuerda que:

“Estaba de muy poquito pero teníamos mucha ilusión, sobre todo con el primero. Yo no tenía la noción de que lo podía perder. Después pasó bastante tiempo para volver a intentarlo. Tuve que hacer tratamiento psicológico porque no lo podía superar. Me hice estudios para ver si era algo físico, pero no teníamos nada. Igual la mujer se siente más culpable cuando pasa algo así porque físicamente el embarazo depende de uno. Por ahí hay cosas que no podés manejar, pero uno lo toma como que depende de uno”.

Es curioso observar cómo Romina menciona la sensación de culpabilidad femenina que, aunque no pueda hacer nada para evitarlo, la lleva a sentirse responsable única por el embarazo.

Finalmente, Mariela quedó embarazada de su segundo hijo, 11 años después del nacimiento del primero: *“Fue mucho sacrificio porque tuve que dejar la medicación y sufrí varios ataques de pánico. Toda la familia estaba en contra. Yo ahora lo entiendo, pero en ese momento me la pasaba llorando porque me dolía el rechazo de mi marido. Pero nadie puede estar en tu lugar. Yo sufrí mucho pero para mí valió la pena. Con la llegada de León, vino tanta felicidad a mi casa... ¡Yo lo amo, lo amo!”*. Acá aparece la imagen de Mariela luchando contra los miedos propios y de todas las personas a su alrededor, sintiéndose sola y única responsable de una decisión que podía perjudicar su vida y la de su familia; la presencia contradictoria con el marido, incomprensible para Mariela pero justificada al mismo tiempo; y la sensación de que *“valió la pena”*, con la creencia de que el amor puede curar las heridas.

Con respecto al embarazo de su primera hija, Romina cuenta que: *“Al principio tuve que hacer reposo. No era totalmente necesario, pero como tenemos escaleras y el médico vio cómo venía la cosa, lo que me habían afectado las pérdidas y las ganas de tenerlo que tenía, quiso que me cuidara; así que estuve cuatro meses arriba”*. Aquí se vuelve a mencionar la necesidad de tomar todos los recaudos, de cuidarse para tratar de evitar otra pérdida aunque las anteriores hubieran sido inevitables. La aclaración de la misma Romina, evidencia nuevamente su necesidad de justificación. Además, se comprueba el efecto que las experiencias de pérdida ocasionó en el entorno: todos estaban

¹⁵⁴ Aquí, como en el caso de Karina, se advierte la importancia que las mujeres le dan al hecho de que sus maridos no tengan hermanos. Parece ser una característica que repercute en la conformación y dinámica de la toda la familia.

preocupados, hasta el médico. Romina dice:

“Cuando pienso en el reposo me parece imposible que pueda haber pasado y sin embargo, lo hice. Era un lío, se movilizaba toda la familia para ayudar, mi marido estaba más asustado que yo. Estábamos traumatizados, íbamos a cada control con miedo. Pero yo me sentía conforme porque el reposo era estar ayudando a criar al bebé (...) Tener que dejar el trabajo no me afectó, no tuve problemas porque todo funcionaba igual aunque yo no estuviera. Después del reposo seguí haciendo vida normal y trabajé hasta el último día”.

Laura, la otra entrevistada que tuvo que hacer reposo, también contó con el apoyo de toda la familia y afirma que lo sintió menos sacrificado de lo que se suele suponer a la distancia. La principal diferencia entre estas mujeres, radica en que Romina contaba también con el apoyo de su entorno laboral, lo que le permitió concentrarse en la idea de que “*estaba ayudando a criar a su bebé*”, evidenciando nuevamente la gran responsabilidad que involucraba para ella.

Por su parte, Estefanía dice que sus tres embarazos fueron tranquilos y los chicos nacieron todos por cesárea. El único contratiempo se dio con el mayor, que nació de seis meses y medio. Ella recuerda que:

“Ese embarazo lo viví re mal. Un día lo quería, le acomodaba todo y al otro día no quería saber nada. Me ponía mal porque yo ya presentía que con el padre iba a terminar todo mal y me hubiese gustado que el nene naciera en una familia bien. Además tenía miedo: yo era un desastre con mi vida y no me imaginaba con un bebé. Hasta ese momento yo tenía malas juntas y en la escuela me iba mal. En mi casa mis papás se estaban separando y mi mamá se la agarraba conmigo (...) Yo me iba, no aguantaba a nadie, no quería a nadie... Eso me duró hasta que él nació”.

Evidentemente, el embarazo marcó el umbral de la adultez para Estefanía. Mientras su adolescencia fue conflictiva y rebelde, el embarazo fue el momento de cambio, los nueve meses de maduración, con todas sus idas y vueltas, con todos sus sentimientos encontrados, con todos los miedos y las dudas propias de quien se encuentra sorpresivamente en una situación de responsabilidad por otra vida.

Con respecto a sus embarazos, Carolina recuerda que: “*El único embarazo que fue planeado fue el segundo. La última vez que quedé embarazada estaba tomando pastillas, pero algo falló. Igual yo lo tomé bien porque ya estaba casada, era otra cosa*”. Carolina insiste en la diferencia entre el primero y el último embarazo, tanto por la importancia otorgada al estado civil como a la edad. Sin embargo, los conocimientos que brinda la experiencia, son relativizados por ella misma: Carolina cuenta varias situaciones durante el último embarazo en las que no entendió las indicaciones médicas o ignoraba cómo proceder, como cuando le dieron pastillas para provocar contracciones “*que se ponían por abajo pero yo me las tomé*” o cuando rompió bolsa y lo confundió con orina.

Por su parte, Cecilia recuerda:

“Quedé embarazada a los 17 porque no tenía noción de cómo cuidarme. Yo no era de las que soñaban con ser madre. No estaba preparada para tenerlo. En cambio mi marido sí porque él tenía el deseo. Yo estaba enloquecida con el embarazo, a mí me costó tener un hijo tan chica... Si no hubiese sido por el marido que tengo, no sé cómo hubiese hecho. Cuando nació Beto no sabía ni bañarlo, mi marido me lo bañaba... Lo que pasa es que éramos muy jóvenes, vivíamos en lo de mi suegro, no teníamos nada. Recién al año nos mudamos a esta casa que nos dejó un conocido. Pero no era como la ves ahora, era horrorosa. Y de a poquito pudimos ir haciendo las cosas” (con orgullo).

A juzgar por el comentario, es probable que el embarazo haya sido una búsqueda y una decisión tomada unilateralmente por el marido. Cecilia en ese momento no se sentía capaz ni de cuidarse a sí misma ni de cuidar a otros, estaba más bien en la postura de hija de su propio marido y no se

imaginaba como madre. De todas las entrevistadas, Cecilia es la única que se encontró en esta situación. Aun cuando las otras dos mujeres del grupo 3 también se embarazaron jóvenes, Carolina se casó y tomó la responsabilidad conjuntamente con su marido, mientras que, para Estefanía, el embarazo significó el inicio de su adultez.

Con respecto al segundo embarazo, Cecilia cuenta que:

“Después del primero, estuvimos casi 15 años pensando si íbamos a poder criar otro hijo. Yo estaba acostumbrada a darle todo a Beto y no quería tener que negarle cosas para darle al hermano. Mi marido también tenía miedo de no poder criar al segundo como criamos al primero, pero al final pudimos hacerlo. Lo charlamos mucho. Beto opinaba que a mí me hacía falta algo porque él iba a la escuela doble turno y yo estaba todo el día sola. Creía que si tenía otro hijo, lo iba a dejar en paz, porque yo sufrí cualquier cantidad cuando Beto empezó a criarse. Lo sobreprotegía mucho y lo sigo haciendo”.

En este relato se destaca la importancia que esta familia le da al factor económico en su planificación familiar. A diferencia de lo que aparece en los demás testimonios, todas las mujeres del grupo 3 valoran el aspecto laboral y financiero a la hora de pensar en un próximo embarazo. No obstante, lo más común (según las entrevistas realizadas) es que dicha planificación falle. Este no es el caso de Cecilia, que estuvo analizando durante 15 años la posibilidad de tener un segundo hijo. Además, la preocupación familiar era “no poder darle todo”, como si las responsabilidades paternas dependieran de no dejarle faltar nada material. Esta intranquilidad aparece más evidenciada en las mujeres de sectores humildes y puede tener que ver con las penurias económicas que se han atravesado y con el objetivo de que los hijos no tengan que experimentar algo similar. Pero también, sobre todo en el caso de Cecilia, se relaciona con el deseo de ascenso social. La mejoría financiera que la familia viene teniendo en los últimos años, es un hecho que Cecilia reitera con orgullo y que le permite anhelar otras posibilidades para sus hijos. Asimismo, en las declaraciones de Cecilia se muestra la participación decisiva que el hijo mayor tiene en las disposiciones familiares y la necesidad de “librarse” de un cuidado materno excesivo. Por un lado, la madre que se siente inútil cuando el hijo se empieza a independizar; por otro, la idea del hijo para llenar un espacio (“a mí me hacía falta algo”); y por último, el hijo que ya cumplió esa función y reclama su autonomía.

Finalmente, cuando Cecilia quedó embarazada, sufrió una gran crisis: “Me agarró un ataque de depresión porque se suicidó un primo y me costó mucho superarlo. Mi marido trabajaba todo el día, Beto estaba en la escuela, y yo me quedé muy encerrada, no dormía a la noche, peleaba con todos... Mi marido y mi suegro me querían llevar a un psicólogo pero yo no quería ir. Entonces, después que nació Isaías, opté por salir a trabajar, aunque no necesitara la plata”. Mientras existen muchas mujeres que dejan el trabajo al tener hijos, Cecilia, por el contrario, optó por salir a trabajar justo después del segundo nacimiento. Hasta ese momento, Cecilia había creído que su función única era permanecer en su casa junto a su familia y para su familia. Desde chica, toda la educación de sus antepasados y sus propias experiencias, la ubicaban en ese lugar y le daban sentido a su vida desde su papel de madre y esposa. Ese era el ámbito donde ella se consideraba capaz, útil, dueña y señora. Pero a partir de un hecho imprevisto, su malestar la lleva a replantearse toda su realidad. Evidentemente, este tipo de consideraciones ya existían, desde el momento en que se tuvieron en cuenta a la hora de buscar el segundo hijo (“Beto opinaba que a mí me hacía falta algo porque él iba a la escuela doble

turno y yo estaba todo el día sola”), pero es recién a partir de su depresión que Cecilia busca un cambio, una alternativa incluso más radical que tener otro hijo: salir a trabajar. Dentro de sus experiencias, expectativas y opiniones pasadas, la posibilidad de buscar un trabajo no se había presentado nunca y necesitó un replanteamiento muy profundo para considerarla y llevarla a cabo.

4.3. SEGUNDA ETAPA

Nacimiento: experiencias y sensaciones

Con respecto al nacimiento, María recuerda: *“Tuve tres partos divinos, naturales, sin episiotomía, rápidos: dolor, dolor, zas, zas y ya está: tenés un chico a upa”*. Luego, al referirse a la crisis de post-parto, reflexiona: *“Yo no tuve crisis. Bah, no sé a qué se le llama crisis de post-parto, porque en realidad nadie está normal después de tener su primer hijo”*. Es importante la posibilidad que tiene María de encuadrar sus sensaciones dentro de las explicaciones médicas. Es decir, mientras otras mujeres no saben qué sentido darle a los llantos repentinos durante el embarazo o a la angustia después del parto, María puede analizarlos desde factores físicos, restándole importancia o dándole un marco de normalidad a sus reacciones¹⁵⁵.

Con respecto a las sensaciones encontradas después del nacimiento, María recuerda que: *“Lo más impresionante fue cuando mi marido se levantó el lunes, se cambió y se fue a trabajar. ¿Y yo? Todos los días me levantaba y me iba a trabajar y ahora no podía. Me agarró una sensación así, como de vértigo (suspira). Es difícil, cuando una está acostumbrada a irse, a que nadie dependa de vos y de repente no podía porque tenía que darle la teta. O sea: ¡la nena tenía que comer!”* (enfático, como diciendo que era algo *fundamental*). Evidentemente, esta posibilidad no había sido analizada por ella durante el embarazo y la sorprendió negativamente. La dependencia del recién nacido de su madre, es algo que se experimenta con sensaciones diferentes en las entrevistadas: en el grupo 1, María y Laura parecen sufrirlo mientras Karina lo disfruta; en el grupo 2: Andrea trata de evitarlo y, en el grupo 3, Cecilia lo alimenta. Lo que ninguna de las mujeres logra hacer es cuestionar esa dependencia. O mejor dicho, algunas intentan discutirlo desde un discurso que denuncia injusticia (como Karina), pero en la práctica y en el sentimiento, esta dependencia de la madre se sigue considerando lo normal, lo natural. Pueden estar o no de acuerdo, vivirlo de mejor o peor manera, pero son pocas las que sostienen que los hijos no dependen de las madres e, incluso las que llegan a afirmarlo, no logran interiorizarlo y terminan por sentirse cien por ciento responsables de ellos, igual que las demás.

Al recordar el momento de los nacimientos, Karina cuenta que sus embarazos se adelantaron un poco y tuvo dos cesáreas de urgencia: *“Con la primera, el monitoreo arrojó que algo no estaba bien, entonces se armó un revuelo a mi alrededor, todos corrían, pero yo traté de respirar, porque sabía que cuando más nerviosa estuviera, menos oxígeno le llegaba a la pijo, entonces me relajé y dejé todo en manos de los profesionales en los que confiaba...”*. Karina estaba muy acompañada por médicos: su

¹⁵⁵ También es curioso que cuando María habla de algún tema o momento conflictivo, lo hace en segunda persona: en lugar de decir *“yo sentí esto en este momento”*, dice *“vos en ese momento sentís eso”*, como queriendo tomar distancia de la situación o como queriendo buscarle justificación mediante la generalización del tipo *“todas (las mujeres) sentimos eso”*. Esta característica también se observa en otras entrevistas, pero María es la que más utiliza este recurso.

cónyuge, una amiga pediatra, otra amiga psicóloga, además de todos los ginecólogos y obstetras que conoce del mismo hospital. Dice que esto la tranquilizaba pero reconoce que: *“no todas las mujeres tienen la misma posibilidad”*. Al referirse a las primeras sensaciones que le dio la maternidad, Karina reflexiona:

“Yo estaba muy acostumbrada a agarrar bebés, a cambiarles los pañales; entonces no me pasó de sentirme insegura o ignorante al tenerlas a ellas. Igual no podía creer que había salido de adentro mío... Me daban ganas de agarrarla y llorar de emoción. Me pasó con las dos de sentir una conexión instantánea; a pesar de sus personalidades diferentes, con las dos tengo mucho feeling. Nada que ver eso que dicen que las mujeres son más pegotas con los padres, yo desde el primer instante sentí que las conocía, que las entendía. Y eso a mi marido no le pasa”.

Frente a otros testimonios que evidencian desconcierto frente al bebé, Karina se muestra segura, fundamentalmente gracias a sus experiencias con otros niños. Sin embargo, sí experimenta esa sensación de incredulidad y sorpresa que se menciona en otras entrevistas. De todas maneras, el sentimiento principal de conexión instantánea, no se encuentra en el relato de las otras madres. En la mayoría de ellas, la estrechez del vínculo es algo que va desarrollándose con la relación. Por otro lado, es de destacar que aquí Karina menciona por primera vez, un asunto que va a reiterar varias veces durante la entrevista: la diferenciación entre el vínculo materno y el paterno.

Laura, al recordar el nacimiento de su primera hija, rememora:

“El parto fue muy lindo: rápido, acompañada por todos, muy emocionada. Pero después empezaron los miedos y las angustias porque me sentía muy inexperta: no sabía cómo cambiarla, cómo ponerla en la teta. Necesitaba que alguien me explicara, pero ninguna de mis amigas tenía hijos todavía y yo no quería mostrarme inútil enfrente de las abuelas. Mi marido me acompañaba pero yo sentía que él no entendía lo que significaba ser madre. Yo tampoco. Los primeros días me la pasé mirando a la beba y tratando de acostumbrarme a la idea de que fuera mía. El amor era algo que crecía día a día, no fue algo que estuviera de antemano”.

Laura dice que al verla esperaba sentir algo parecido al *instinto materno* pero que no fue así, que si le hubieran cambiado a su beba por otra al nacer, no hubiese notado la diferencia. Y eso no la hacía sentir conforme con ella misma. Por otra parte, aparece su preocupación respecto a la opinión de las abuelas sobre su desempeño materno y se nota cierta actitud orgullosa que impedía considerar sus consejos. Lo que Laura comenta de sus amigas (todas profesionales), también podría confirmar la diferencia de concepciones que estas mujeres tienen frente a la maternidad, explicadas por sus diferencias sociales y *habitus*¹⁵⁶ de origen. Mientras los 30 años es la edad promedio en que las mujeres del grupo 1 tienen su primer hijo, Laura coincide en este aspecto con las mujeres del grupo 2, las que inician su maternidad alrededor de los 25 años. En cambio, la mayoría de sus amigas recibidas: trabajaron, formaron pareja y adquirieron una vivienda antes de pensar en tener sus primeros hijos. Incluso Laura comenta que en su grupo hay mujeres que tienen decidido no ser madres. En este sentido, una encuesta a jóvenes de sectores medios dirigida por el Prof. Mario Margulis muestra que: *“Cuanto más jóvenes, instruidas y activas son las mujeres, asocian en menor grado el logro y la felicidad femeninos con la maternidad. En ellas persiste con vigor el deseo de desarrollarse en el mundo del estudio y del trabajo. La maternidad se posterga hasta alrededor de los treinta años,*

¹⁵⁶ *Habitus* en el sentido que lo desarrolla Bourdieu y que es analizado en capítulo 2.2.

*planificándola en relación con otros aspectos de la vida*¹⁵⁷.

Con respecto al nacimiento de su hijo, Andrea cuenta que: *“Tuve cesárea y fue todo muy tranquilo. Estaba más asustado mi marido que yo. No sufrí ni un dolor, nada”*. Es interesante observar las diversas sensaciones que se desprenden de los testimonios de estas mujeres: tranquilidad, incertidumbre, miedo, emoción, ignorancia, nerviosismo, felicidad, angustia... Parece ser uno de los momentos en los que menos se tienen en cuenta las presiones familiares, las indicaciones profesionales y las representaciones sociales. Como si todas las imposiciones culturales se quedaran afuera de la sala de partos y en el momento de dar a luz, fueran sólo ellas (las mujeres) las protagonistas, con sus emociones más sinceras a flor de piel.

Por su parte, al referirse al nacimiento de sus hijos, Mariela recuerda que los partos fueron tranquilos, pero los inconvenientes vinieron luego del nacimiento del segundo: *“Cuando estaba teniendo el bebé, me pasé de vuelta y necesitaba la medicación. Te sacan el bebé y sentís que tenés que consumir urgente pero, como le tenía que dar el pecho, no podía y me volví loca”*. Es difícil tratar de imaginar la situación de una mujer que, además de todos los miedos y las angustias normales de las madres, sufre una enfermedad que no puede dominar¹⁵⁸. Con respecto al nacimiento de su primera hija, Romina cuenta que:

*“Fue una sensación de miedo terrible, estaba anestesiada y tuvieron que ponerme oxígeno. Decí que estaba con la partera que me contenía y me trataba de tranquilizar. Para mí fue muy importante el papel que jugó, su voz y sus caricias me aliviaban mucho”*¹⁵⁹. *Cuando finalmente nació Valentina, me agarró una angustia y un ataque de llanto que no podía parar; empecé a liberar todo el miedo que había sentido. Y el médico le dijo a la partera: ‘¿Viste por qué te dije que no iba a poder tenerlo por parto natural?’*. Para mí, jugó mucho el peso de todo lo que había pasado antes (...) *Me acuerdo que la cambiaron y la pusieron al lado mío. Fue una sensación muy fuerte porque yo veía que ella me miraba de manera intensa, fue terrible*” (se emociona).

Cuando Romina comprobó que finalmente todo había salido bien, pudo liberar esa carga que venía arrastrando desde la pérdida de su primer embarazo. Al hablar del nacimiento de su segunda hija, Romina cuenta que:

“El embarazo fue tranquilo, sin reposo, pero volví a pasar por la cesárea y todos los miedos previos (...) Isabella estuvo en Neonatología tres días y eso me traumó. Ahora no puedo pasar por Neo porque sigo con angustia. La sensación de saber que estaba ahí adentro, sola... No tener el contacto con ella me desesperaba. Y en los momentos de visita yo era la primera en estar porque sentía que tenía que aprovechar el tiempo al máximo. De alguna manera es lo mismo que me pasa ahora cuando las voy a buscar al jardín. Yo me desespero porque siento que tengo que estar primera, que cuando ellas salgan me tienen que ver enseguida”.

Esta preocupación por llegar temprano a buscar a la nena al jardín, aparece en otras mujeres, como Karina¹⁶⁰. Para Romina, esto se debe a esa primera experiencia en Neonatología que *“la traumó”*. El paso por Neonatología, es una situación difícil para muchas madres (entre las entrevistadas lo vivieron

¹⁵⁷ MARGULIS. 1999. *“La dimensión cultural en la afectividad y la sexualidad de los jóvenes de sectores medios”*. Citado por MARCÚS (2006). *Ser madre en los sectores populares: una aproximación al sentido que las mujeres le otorgan a la maternidad*.

¹⁵⁸ El análisis escapa a las posibilidades de este trabajo, pero nos quedamos con el estudio de la situación que la misma Mariela hace en la actualidad, cuando el tratamiento que sigue le permite efectuar razonamientos, tener recuerdos, sacar conclusiones y vivir una vida normal.

¹⁵⁹ Aunque la mayoría de las mujeres mencionaron como desfavorables sus experiencias en los cursos de parto, la partera aparece como una figura positiva, sobre todo en el momento de dar a luz.

¹⁶⁰ Del grupo 1.

Laura y Cecilia¹⁶¹), y es probable que sea peor para aquellas que idealizaron el momento de encuentro con sus hijos y luego deben aceptar que las cosas no salieran como esperaban.

Al hablar de los pospartos, Mariela menciona que: *“Como al mes tuve una crisis depresiva. Sentía una angustia, algo egoísta porque quería seguir teniéndolo adentro, sentía que me lo habían sacado y que ya no dependía de mí”*. La crisis de postparto, tan común en muchas mujeres, tan inexplicable para algunas (como Mariela) y tan natural para otras (como María), se vive diferente en cada mujer. Mientras la angustia de María pasaba por la imposibilidad de no poder reincorporarse inmediatamente al trabajo y la de Laura se originaba en la sensación de inexperiencia frente a la maternidad, a Mariela le costaba admitir que su hijo no era de su propiedad. Y, como si fuese poco, luego sobrevino el inicio de su enfermedad. Mariela cuenta: *“Blas tenía 3 años cuando me agarró fobia a las enfermedades, pánico a la muerte y depresión. No quería vivir más, no me importaba ni el nene. Cuando yo estaba en crisis él se daba cuenta que algo me pasaba y me decía: ‘Mamá, andá a acostarte’.* Pasó un año hasta que me sentí mejor porque al principio no encontraba al médico correcto. Con tratamiento y todo tuve muchos altibajos. Hay gente que ha podido dejar la medicación pero, hasta ahora, yo no pude”. Es sorprendente la manera en que Mariela puede referirse a su enfermedad tranquilamente, explicando todo sin mayores emociones, como quien ha convivido durante años con una situación difícil que ha sabido entender. Esta mujer, que se sintió culpable por volver a trabajar, no evidencia ningún malestar al afirmar que *no le importaba ni su hijo*. Ella se sabe víctima, presa de una circunstancia que la supera. De hecho, durante su segundo postparto, cuenta que: *“Tuve una crisis terrible, caí en un pozo depresivo, no por no querer tener al nene sino por la falta de medicación. Entonces los médicos me dijeron que deje de darle la teta y retome la medicación. ¡Cómo habrá sido la desesperación que lo de la teta casi no lo sentí!”*. Aquí se lee la importancia dada a la lactancia: frente a los inconvenientes que Mariela estaba viviendo, su preocupación radica en no haberle dado a la teta el valor que tendría para ella comúnmente. Refiriéndose a esa crisis, Mariela recuerda:

“Me molestaba todo. Sentía que nadie me entendía, tenía agotada la cabeza de no dormir y tener pesadillas, lloraba todo el día. Entonces mi marido venía de trabajar y se encargaba de cuidar a los nenes a la noche para que yo pudiera descansar. Cerraba la puerta pero yo igual escuchaba a León, que lloraba. Y al otro día se iba a trabajar sin dormir. En cambio, Blas estaba contento porque dormía con el padre. No sé si no se daba cuenta o no se quería dar cuenta. Recién al mes me empezó a hacer efecto la medicación y pude empezar a hacer vida normal”.

Acá aparece el agradecimiento hacia la postura del marido, junto a la creencia de que no fue un evento dramático en la vida de los niños, a diferencia de lo sentido por el resto de la familia.

En el caso de Estefanía, con respecto al nacimiento de su primer hijo, ella recuerda: *“Me dio una ‘cosa’... no podía creer que fuera mío. Me dio vuelta todo de un día para otro: cuando él nació a mí me cambió, fui mejor persona. Ahí dije: ‘bueno, tengo que terminar el secundario’ y me dieron ganas de estudiar, de trabajar y de hacer las cosas más derechas. Entonces no me arrepiento de nada”*. Es curioso cómo se da en Estefanía esta idea tantas veces mencionada de *“ser madre me cambió la vida”*. Estefanía pasó de ser la hija rebelde a ser la mujer que se tenía que responsabilizar por alguien más. Este paso repentino a la adultez, ella lo vivió como una oportunidad de cambio positivo. A diferencia

¹⁶¹ Del grupo 1 y 3, respectivamente.

de otras entrevistadas, cuyas maternidades precoces provocaron sensaciones de incompetencia, en Estefanía se da lo contrario: ella estaba en una familia conflictiva, con amistades “*peligrosas*”, sin objetivos ni expectativas claros y la maternidad le dio la posibilidad de enfocarse en una nueva familia, la suya. Para Wainerman (2005), ni el trabajo ni la maternidad constituyen lo mismo para las mujeres de hogares de nivel medio y bajo. En primer lugar, la edad para ser madres no es la misma y, en segundo lugar, porque las mujeres de hogares de nivel bajo, se vuelven adultas con la maternidad: “*La llegada del primer bebé parece estar entonces fuertemente ligada con la reafirmación de ellas mismas, con la experiencia de algo que les es propio e indelegable. La maternidad en la vida de una mujer de clase media se inscribe, contrariamente, en un largo proceso de diferenciación del hogar de origen (y por consiguiente de individualización) precedido por los estudios, el trabajo, la salida del domicilio familiar...*”¹⁶², como se puede observar en las entrevistas.

Por su parte, para el momento en que nació su primer hijo, Cecilia dependía totalmente de su marido, quien fue el que le enseñó a cuidar al bebé. Esta situación parece no haber generado conflictos ni competencias entre ellos (a diferencia de otras parejas) sino que, por el contrario, Cecilia le está muy agradecida: “*Yo antes de tenerlo a Beto nunca había alzado un bebé y cuando lo vi, sentí mucha ternura. Pero yo para todo dependía de mi marido; por ejemplo, si había que llevar al nene al médico, él lo llevaba. Él es un excelente padre, muy familiar, muy protector... Muy sobreprotector, conmigo también, aun hoy. Es una persona excelente, yo siempre estuve muy conforme*”. Cecilia claramente identifica la sobreprotección como un atributo positivo de un padre y un marido. Mientras otras mujeres tratan de no perder su “*independencia*” frente al resto de la familia, Cecilia valora y resalta esta cualidad de sus relaciones. Con respecto al segundo nacimiento, Cecilia cuenta que:

“A Isaías lo tuve por parto normal en el hospital pero estuvo una semana en Neonatología por una infección. Después de 15 años, Isaías era algo muy esperado por todos. Lo mejor que me pudo pasar es tener a Isaías en ese momento. No porque fuera tranquilo, al contrario, lloraba toda la noche, íbamos al hospital y nos decían que no tenía nada, que era muy mañero. Pero fue una bendición para todos porque justo falleció mi suegro y toda la familia se volcó al nene: mis cuñados, todos. Entonces es terrible, muy mimado, muy pícaro (...) Mi suegro fue una persona demasiado importante para nosotros. Venía a cada rato, hablábamos mucho... Entonces yo tengo otro rol ahora: tengo que ayudar a mi familia a aceptar su muerte”.

El tema de la muerte parece ser muy doloroso para Cecilia. En este testimonio se evidencia que ella misma, casi 4 años después, todavía no logra sobreponerse. Sin embargo, es muy diferente la actitud que adopta ahora con respecto a la desencadenada con la muerte de su primo. Mientras en aquella ocasión ella sufrió la peor crisis de su vida, ahora trata de adoptar una actitud de superación para ayudar al resto de la familia.

Lactancia

Con respecto a la lactancia, María cuenta que: “*Yo quería amamantar y la leche me bajó bien, lo viví muy natural. Después vas entendiendo que uno a la nohcecita está más cansado, que tenés menos leche, pero siempre insistiendo, porque a la nena le di un año y medio, pero ya con los otros dos no quise tanto y los amamanté hasta los 10 meses. Con la mayor venía corriendo como una loca en el*

¹⁶² WAINERMAN, C. 2005. *La vida cotidiana en las nuevas familias: ¿una revolución estancada?* Buenos Aires. Lumiere. Página 235.

auto porque me parecía que se moría si yo no llegaba, con el segundo y con el tercero ya dejé una mamadera". El amamantamiento es una de las situaciones que involucran más carga emocional y donde se juegan ciertas representaciones sociales¹⁶³ que, según se advierte en las entrevistas, atentan más que benefician el normal desarrollo de la lactancia. Sobre todo para las madres primerizas, la presencia o no de leche, el mejor posicionamiento del bebé, la formación del pezón, los significados del llanto del bebé (*¿será hambre?*), la ignorancia (*¿estará succionando bien?*), el desconcierto (*¿ya se habrá llenado?*), pueden llegar a ser obsesiones que limitan o entorpecen la capacidad misma de amamantar. En el caso de María, por un lado dice que lo vivió "*muy natural*" pero luego aclara que en realidad fue un aprendizaje, un proceso, hasta que pudo dejar de presionarse, "*aunque siempre insistiendo*". Pero hay otras mujeres que pueden llegar a sobredimensionar la importancia de la lactancia hasta el punto de sentir afectada su maternidad. Como ejemplo, Laura comenta: "*El tema del amamantamiento para mí fue terrible, sobre todo con la primera. Me angustiaba mucho porque no me salía leche. ¡En ese momento pensaba que ser buena madre pasaba por darle la teta y yo no podía!*". En este testimonio se observa la importancia que cobra la lactancia, sobre todo para madres primerizas que llegan a equiparlo ni más ni menos con la "*buena maternidad*", presión sumada en este caso a la carga emocional que Laura sentía con respecto a las madres de su familia.

Por su parte, Karina rememora:

"Con las dos tuve lactancia absoluta, no hubo forma de darles ninguna otra cosa y tampoco me interesaba. Y en los momentos en que me venía a trabajar, opté por sacarme leche y dejarles. A mí me encantaba darles la teta, sentía que ellas hacían 'tetoterapia' porque era el momento donde parecían tener una sensación de placer y disfrute absoluta. Entonces no quería prohibirlas de eso. Además yo tenía mucha leche. Las dos tomaron un año y medio de teta. Y les dejé de dar porque todo el mundo me decía que ya eran grandes".

Acá se observa de alguna manera, la importancia de la presión social para llevar a cabo determinadas conductas y abandonar otras, en este caso se trata de restricciones del entorno social frente a la lactancia.

En cuanto a su lactancia, Andrea recuerda que: "*Amamanté durante seis meses, me encantaba, disfruté todo. Cuando lo suspendí fue porque no tenía leche suficiente pero no me afectó, lo viví normalmente. Y él también*". Andrea es una de las entrevistadas que experimenta más tranquilamente el tema de la maternidad. Toma cada etapa como se va dando, sin grandes cuestionamientos ni planteos; disfrutando el embarazo, el parto y la lactancia de manera natural y relajada, a diferencia de otras madres.

Por su parte, Mariela cuenta que: "*Le di la teta dos meses y medio porque después no crecía de peso. Yo había escuchado tantas veces sobre la importancia de la leche materna... pero mi leche no era tan buena. Yo me peleaba con toda la familia porque no le quería dar mamadera y al final le tuve que dar. El nene se infló pero yo me sentía muy mal como madre*". Esta experiencia de Mariela, que arremete contra todos los que le aconsejan la mamadera, insiste en la lactancia y finalmente se siente *mala madre* por no poder amamantar a su hijo, es similar a la que vivió Laura y muchas otras mujeres influidas por el discurso médico y social que pone la teta en el pedestal de la maternidad. A Estefanía le sucedió algo similar: "*Al más grande no lo pude amamantar porque le costaba succionar y*

¹⁶³ Representaciones sociales en el sentido que se analizó en 2.32.

aumentaba muy poco de peso. Me preocupaba porque todos dicen que hay que darle leche materna. Entonces yo, porfiada, me sacaba y le daba mi leche en la mamadera. A los otros dos sí les di la teta y me gustó porque sé que a ellos les hace bien. Al del medio lo amamanté hasta los 2 años y medio y le dejé de dar porque nació el chiquito". Estefanía estaba "preocupada" por lo que "todos dicen", lo cual evidencia la presión social que existe en torno a la lactancia. La situación de amamantar a un bebé despierta en muchas madres (sobre todo las primerizas) sentimientos encontrados entre los cuales se mezclan los consejos de las abuelas, las opiniones de los profesionales y la propia ignorancia ante un hecho que, según el discurso social aceptado, debería ser "natural" y sin embargo pone al descubierto una serie de ineptitudes que hacen sentir a muchas mujeres directamente como "malas madres".

Con respecto a su lactancia, Carolina cuenta que los amamantó durante algunos meses: "*Y después siguieron tranquilamente con mamadera. Lo que pasa es que uno siente que con la leche materna no van a estar del todo alimentados, así que les empieza a dar otras cosas*". Es curioso este comentario ya que contradice la idea sostenida por la mayoría de las entrevistadas de la lactancia como mejor fuente de alimentación y cuidado. De hecho, Carolina fue la única entrevistada que le restó importancia al amamantamiento. Esta idea no es nueva, sino que corresponde más bien a las representaciones predominantes en las generaciones anteriores, cuando se comenzaba a reforzar la leche materna con otros alimentos a los pocos meses.

Por su parte, Cecilia recuerda: "*A Beto no le di el pecho porque no tenía leche y me daba vergüenza. No me hice problema ni sufrí porque era joven y no entendía la importancia de la teta. Pero con Isaías sí porque si no le daba el pecho, no me iban a dejar entrar a verlo cuando estuvo en Neonatología. Una enfermera me dijo: 'Ponételo en la teta para que chupe y estimule la bajada de leche, así te lo dejan tener más tiempo'. Al final me bajó la leche y le di el pecho hasta el año y pico*". En el testimonio de Cecilia, como en el de otras mujeres, aparece la importancia de la lactancia materna, pero en este caso, es una conclusión a la que se arriba con la madurez. Para Cecilia, la teta cobró valor con el segundo hijo, ya que al primero no lo amamantó porque "era joven y no entendía la importancia de la teta". Más tarde, visiblemente influenciada por el discurso médico ("*una enfermera me dijo...*"), Cecilia abandona sus sentimientos de vergüenza (que ella relaciona con la juventud) y amamanta durante más de un año. Por otro lado, en esta anécdota también aparece la experiencia de pasar por Neonatología, situación que también viven otras mujeres (Laura y Romina), pero que no parece haber dejado mayor impresión en Cecilia, más que la relacionada con la posibilidad de acercamiento que le daba la lactancia.

Cuando se les consulta a estas mujeres acerca de la existencia o ausencia de *instinto materno*, las posturas están divididas. Aunque todas consideran que la maternidad exige un aprendizaje, una leve mayoría tiende a pensar que además hay un hecho instintivo que las predispone mejor. Según Nari (1996), a pesar de que la biología constituyó el argumento fundamental para imponer la identificación entre mujer y madre, el discurso médico relativizó, sin quererlo, la fuerza del instinto al afirmar "*la*

necesidad de crear una conciencia de aprender la profesión de madre”¹⁶⁴. En este sentido, María identifica al instinto con la posibilidad biológica de dar a luz. Por el contrario, Karina y Andrea, identifican al instinto con la capacidad materna de “*buscar una solución*” o “*estar más atenta*”, lo que Andrea define directamente como “*observación y no adivinación*”. Las mujeres que niegan la presencia del instinto materno son una de cada grupo (Laura, Romina y Carolina). Otra característica a destacar es que, mientras Laura niega el instinto porque “*no tenía ni idea qué hacer con la beba*”, Cecilia atraviesa por la misma situación pero desde una visión radicalmente opuesta. Para Cecilia, ser madre significa *saber cuidar a los hijos* hasta el punto de afirmar que, como no sabía qué hacer con su hijo, “*era como si la madre fuera mi marido, porque él hacía todo*”.

Las teorías contemporáneas del sentir maternal o amor materno son el producto de un momento histórico que coincide con la transición demográfica y con el auge de la familia nuclear moderna burguesa, resultado de una estrategia reproductiva que promueve “*tener pocos hijos e invertir a fondo (emocional y materialmente) en cada uno de los que nacen*” (Scheper-Hughes, 1997¹⁶⁵). En este sentido, el amor materno no es un amor natural; representa más bien una matriz de imágenes, significados, prácticas y sentimientos que siempre son social y culturalmente producidos. Por eso se intentó, en el capítulo 2, desnaturalizar el concepto de maternidad, para abolir la supuesta existencia de una maternidad basada en el instinto, considerada como algo nato en la mujer. Por el contrario, la maternidad es cultural, se construye contextualmente, a lo largo de la historia, a través de luchas por la imposición de un sentido legítimo del ser madre. Y en esto es importante rescatar la advertencia de Marcús (2006) cuando llama a analizar “con sentido crítico las teorías que históricamente han postulado como generales o universales las normas de cómo debe ser una buena madre, diseñadas de acuerdo con los patrones de la familia occidental, moderna y de clase media”¹⁶⁶.

Por otra parte, al hablar de la importancia de la madre para el bebé, las posturas de las mujeres parecen variar según sus intereses y experiencias. De esta manera, por ejemplo, Romina no cree en el instinto materno pero igual considera que el bebé “*tiene que estar con la mamá*”. Por otro lado, muchas de ellas se refieren a la posibilidad de que la madre falte sin ocasionar grandes perjuicios para el niño y aun así, postulan que *lo importante es la madre*. Nuevamente, hay sólo tres mujeres, una de cada grupo (Laura, Mariela y Carolina) que consideran que no necesariamente la madre tiene que ocuparse del bebé. El caso más curioso sigue siendo el de Cecilia, que insiste en que lo importante es la madre, aún cuando reconoce que fue su marido el que se ocupó de su primer hijo.

Otra característica de estas mujeres es que las entrevistadas del grupo 1, tienden a identificar la dependencia madre-hijo con la primera etapa del bebé, como si sus obligaciones maternas estuvieran acotadas fundamentalmente a los primeros años. De todas maneras, dos de cada tres mujeres

¹⁶⁴ NARI, M. 1996. “Las prácticas anticonceptivas, la disminución de la natalidad y el debate médico, 1980-1940”, en Lobato, M., *Política, médicos y enfermedades. Lecturas de la historia de la salud en la Argentina*, Buenos Aires, Editorial Biblos.

¹⁶⁵ SCHEPER-HUGHES, N. 1997. *La muerte sin llanto. Violencia y vida cotidiana en Brasil*, Barcelona, Ediciones Ariel.

¹⁶⁶ MARCÚS, J. 2006. *Ser madre en los sectores populares: una aproximación al sentido que las mujeres le otorgan a la maternidad*. Revista Argentina de Sociología, noviembre-diciembre, año/vol. 4, número 007. Consejo de Profesionales en Sociología. Buenos Aires, Argentina. pp. 100-119.

(independientemente de su grupo de pertenencia) se sienten mucho más responsables, mucho más importantes, mucho más indispensables para sus hijos que sus pares hombres. Casi todas las posturas modernas que pudieron haber esbozado, perdieran fuerza frente a la posibilidad de contrarrestar sus roles con los paternos.

Licencias y reincorporaciones

Con respecto al periodo de la licencia por maternidad, María recuerda que:

“Yo no me había dado cuenta que no iba a ir a trabajar. Pensaba seguir yendo al estudio y trabajar otro poco desde acá. De hecho, yo tenía la computadora conectada y los asuntos los seguía atendiendo. Pero fue difícil. Me acuerdo una tarde de vacaciones en la costa que yo estaba caminando con el carro y me sentía que estaba de gusto, no admitía estar una tarde sin trabajar. La nena tenía dos meses cuando me puse a pensar que las cosas habían cambiado y que ahora las prioridades eran otras; que yo estaba haciendo algo útil que era cuidarla a ella, que estaba haciendo algo productivo y necesario”.

Esta idea de “necesitar hacer algo productivo” para sentirse útil, aparece también entre los sentimientos de Laura y tal vez en muchas otras mujeres. En estos relatos, se advierte un sentido de utilidad y productividad basado en una lógica laboral o de mercado, que no permite el reconocimiento de la persona y sus actividades más allá de estos objetivos. Tal vez es por ese mismo motivo que la figura del ama de casa ha ido perdiendo prestigio. A medida que el empleo femenino se fue expandiendo, el destino femenino vinculado al hogar, fue perdiendo atractivo, al tiempo que el empleo remunerado va asumiendo los atributos contrarios: la novedad y el desafío (Wainerman, 2005).

En consonancia con la idea planteada por Bauman (2009), esta “*sociedad líquida*”¹⁶⁷, donde se enaltecen valores superficiales, lo que nos hace sentir exitosos nunca tiene que ver con logros afectivos. Por esto María tiende a sentir que está perdiendo el tiempo mientras pasea a su beba por la playa, hasta que logra problematizarlo y llegar a la conclusión de que sí, de que lo que está haciendo tiene importancia. Pero lo curioso es justamente la necesidad de problematizarlo porque, a simple vista, la construcción y fortalecimiento de las relaciones afectivas (entre ellas la maternidad) no se vive naturalmente como significativa en algunos sectores, a diferencia de otros momentos donde la madre era prácticamente el pilar de los valores de la sociedad. Es como si, en su búsqueda de realización personal, las mujeres no lograran encontrar el equilibrio que las haga sentir conformes con ellas mismas en todos los ámbitos.

Con respecto a las actitudes del entorno en ese momento, María recuerda que: “*Mi marido trataba de quitarle importancia para tranquilizarme. Pero por ahí yo estaba dándole la teta o cambiándole el pañal y mi papá me llamaba desde el estudio para preguntarme cosas del trabajo... Eso me sacaba*”. En este sentido, María sintió mucha presión por parte de su jefe, que además era su padre:

“Es la forma que uno trabaja. Yo me acuerdo que a los quince días fui a una audiencia, no sabía qué ponerme porque todavía no me prendían los pantalones. No podía creer que me estuviera mandando a una audiencia (su padre), lo quería matar... Pero bueno, no le dije nada porque al cliente lo estaba llevando yo y no me quedaba otra que hacerme cargo. Cada cual tiene la responsabilidad de algo y no se puede delegar. Tal vez se puede, pero mi viejo estaba muy ocupado con otras cosas y yo no lo podía cargar”.

En este testimonio se muestra la contradicción sentida por María, quien por un lado se molestaba por la presión que su padre ejercía y, por el otro lado, lo justificaba haciéndose cargo de lo que ella había asumido como responsabilidades laborales. Con respecto a su reincorporación laboral María

¹⁶⁷ BAUMAN, Z. 2002. *Modernidad Líquida*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires.

cuenta que: *“Cuando Agustina tenía un mes, volví al estudio pero le daba la teta, entonces iba y venía. A partir de que nacieron los chicos yo nunca volví a trabajar todas las tardes. Mi situación es especial porque yo no tengo un jefe que me vaya a poner mala cara si me voy a amamantar. Si hubiera trabajado en relación de dependencia hubiera tenido la ventaja de tener tres meses de licencia y la desventaja que, terminaba la licencia y el chico se tenía que adaptar al horario que tuviera”*. Acá aparece por primera vez un tema que se va a ir profundizando con las demás entrevistas y que tiene que ver con las ventajas y desventajas que implican los trabajos formales por un lado y los informales por otro. Entre las entrevistas realizadas, hay trabajadoras independientes (como en el caso de María, abogada; o Mariela, peluquera), trabajadoras públicas (como en el caso de Romina, docente), trabajadoras privadas en relación de dependencia (como en el caso de Andrea, empleada administrativa), trabajos mixtos (como en el caso de Karina, odontóloga privada y estatal) y trabajadoras informales (como en el caso de las entrevistadas del grupo 3, todas empleadas domésticas sin relación de dependencia). En todos los ejemplos, se comprueba que el tipo de trabajo va a influir en el estilo de maternidad que estas mujeres profesen, porque la relación con los hijos va a estar mediada por la disponibilidad y la flexibilidad horaria y por la menor o mayor presión que ejerzan los jefes. Esta presión mucha veces no es directa sino que se relaciona con las expectativas que las mismas mujeres tienen de sí mismas para con el cumplimiento de su labor, como en el caso de María.

Refiriéndose al retorno de sus actividades, Karina comenta:

“Cuando nació Belén, yo estaba haciendo un curso en Buenos Aires. La nena tenía un mes cuando empezamos a viajar con mi mamá. Las dejaba en un hotel que estaba cerca de donde cursaba para poder escaparme a darle la teta. Fue una gran situación de estrés: viajar, llevar un montón de cosas, ir con un bebé. Yo no sé si está bien o mal lo que hice, pero siempre fui así con ellas. Nos cuesta estar mucho tiempo sin vernos, somos muy pegadas, muy compañeras. También creo que es la forma en que uno se conecta con ellas. Yo no soy mucho de dejarlas”.

El tema de los viajes por trabajo o estudio aparece en las tres entrevistas del grupo 1 y en ningún caso de los demás grupos. Frente a esta situación, las mujeres aplican diferentes estrategias, teniendo en cuenta sus opiniones y posibilidades, la predisposición de los demás allegados para colaborar y las necesidades que ellas mismas suponen de sus hijos. Mientras en María y en Laura se da el caso que no se animaron a dejar a los niños durante el primer tiempo (sobre todo por la dependencia que ejercía la lactancia) y cuando fueron mayores, optaron por viajar solas; Karina prefirió trasladarse con beba y niñera (en este caso la abuela) porque, reconoce, optó por tener *“esa relación”* con ellas: una relación cercana, de apego, y por momentos de dependencia mutua.

En cuanto a su licencia por maternidad, Laura dice: *“Antes pensaba que los recién nacidos se la pasaban durmiendo y no entendía qué hacían las madres con los tres meses de licencia. Pero después me di cuenta de que la beba dependía para todo de mí, que no podía descansar si ella no dormía, que no podía ni bañarme sin que alguien me ayudara. Así que se me pasaron los meses volando”*. Terminada la licencia, Laura organizó todo para volver al trabajo: *“Estaba muy entusiasmada. Extrañaba trabajar”*. Acá aparecen varias cuestiones a observar. Primero, la sensación de agobio que ocasionaba la dependencia de la nena. Segundo, la necesidad de volver al trabajo casi como un escape. Laura recuerda el momento en que se tuvo que reincorporar:

“Estaba todo organizado pero la nena no quiso la mamadera y tuve que revolucionar los horarios para poder seguir amamantando. Me daban una hora para que vaya y vuelva. Yo la dejaba en lo de mi suegra porque me quedaba más cerca, pero andaba a las corridas, incómoda y nerviosa. Me ponía mal que mis compañeros me tuvieran que cubrir, que la beba me tuviera que esperar, que mis suegros siempre estuvieran presentes en un momento de intimidad y estrés y que cada vez había menos espacio para la pareja”.

En este relato se evidencia nuevamente la presión que aparece desde el entorno laboral, sumada a la presión que muchas veces ejerce (consciente o inconscientemente) el resto de la familia extendida. En la mayoría de las entrevistas (de todos los grupos), existe una relación contradictoria, especialmente con las madres y/o suegras, a las que se le pide ayuda a la vez que se las intenta mantener al margen. Si bien en estas entrevistas no se encuentran conflictos insalvables, no se puede dejar de mencionar los innumerables casos de parejas o familias rotas por no poder manejar las relaciones con familiares u otros allegados. Por último, Laura menciona por primera vez, el tema de los cambios que supone para la pareja el nacimiento de un hijo. Si bien este punto va a ser considerado por las demás entrevistadas, en Laura se da una problematización temprana y profunda de este tema. Ella reconoce que era un cambio que le preocupaba desde el embarazo y que se esforzó conscientemente por mantener los espacios para la relación amorosa.

Con respecto a su trabajo, Andrea cuenta que: *“Estoy tranquila, los jefes están en Buenos Aires y no suele haber conflictos con el tema de las licencias. Yo me tomé los tres meses y me cubrieron sin problemas. Después de ese periodo me incorporé normalmente y estoy bien porque es un trabajo que me permite cierta libertad, es muy flexible”.* El tema del ambiente laboral, evidentemente cumple un rol fundamental en el estilo de maternidad que estas mujeres pueden desarrollar. En el caso de Andrea, está claro que el trabajo no presenta un inconveniente sino, por el contrario, le brinda esa posibilidad de equilibrio que muchas otras mujeres reclaman. En este sentido, cuando Andrea habla de su reincorporación laboral, dice que:

“Lo primero que te pasa cuando nace el bebé es que no te querés ir de al lado. Yo el primer mes estaba todo el tiempo con él a upa, el segundo mes más y al tercero dije: ‘¡No! Cuando me quiera despegar no voy a poder, me lo voy a tener que llevar upa al trabajo’, así que me separé a la fuerza. Al principio me dio cosita dejarlo, pero después de tomar la decisión, no me resultó algo psicológicamente traumático. Yo soy muy liberal así que sabía que mi tiempo lo iba a necesitar. Pero depende de cada una como se lo toma: muchas mujeres piensan que ir a trabajar es abandonar el hijo a su suerte. Yo no lo viví así, lo viví como un tiempo para mí, para no volverme loca y querer matarlo al año. Porque si vos estás en tu casa, la maternidad te absorbe. Me pasa hoy, que cuando estoy, el nene está arriba mío desde que me levanto hasta que me acuesto. Entonces el venir a trabajar lo tomaba más como un relax que como una complicación. Para mí eran esas cinco o seis horas que me desentendía de su cuidado y me quedaba tranquila porque lo dejaba con mi sobrina que lo cuidaba como si fuera de ella”.

Queda clara la primera sensación materna de simbiosis con el hijo (una sensación que es mencionada en varias entrevistas) y la posterior intención de la madre de luchar contra eso: racionalizar, concientizar el vínculo y el sentimiento para poder “desprenderse” del bebé y recuperar la independencia. En segundo término, se pone en evidencia la búsqueda constante de Andrea de resguardar “su libertad” y “sus tiempos”. Mientras otras mujeres tienen un alegato similar en algunos puntos (como Karina y su reclamo de igualdad de géneros), Andrea es la que mejor logra compatibilizar sus aspiraciones con su realidad, su discurso con su práctica. Por otra parte, ella misma reconoce la inconveniencia que supondría estar todo el día en su casa con el hijo, hasta el punto de decir que necesita sus tiempos “para no volverme loca y querer matarlo al año”. Una frase exagerada

pero que resume el temor de muchas mujeres de sentirse absorbidas por la maternidad. Sin embargo, Andrea es consciente de que no todas las madres lo viven de la misma manera y respeta la opinión de aquellas que *“piensan que ir a trabajar es abandonar el hijo a su suerte”*. Aunque ella no comparte este pensamiento, no lo menciona de manera despectiva sino reconociendo que es un sentimiento que abunda. Incluso tal vez intenta justificarse por no pensar así.

De todas maneras, la posibilidad que Andrea tiene de encontrar en su trabajo *“una fuente de relax”*, es una situación que no siempre se da. Según Andrea, ella tiene su propia oficina, maneja sus responsabilidades y tareas y, como si todo esto fuera poco, a partir del nacimiento de su hijo, pudo renegociar sus horarios para trabajar seis horas corridas. Este tipo de trabajo, evidentemente, repercute positivamente en sus experiencias y sensaciones maternas, desde el momento en que ella siente que sus diversas actividades se desarrollan de manera equilibrada. El famoso equilibrio al que todas las entrevistadas aspiran pero sólo Andrea parece alcanzar.

Por su parte, refiriéndose a su reincorporación laboral, Mariela recuerda que:

“Yo había trabajado hasta el momento del parto y después me mentalicé con que tenía que volver, pero ganas no tenía. Yo me quería quedar todo el tiempo con él. Sentía un amor inmenso, quería protegerlo, que no le falte nada... Pero lo económico también me impulsó para volver, porque había que pagar el alquiler todos los meses... Además me sentí presionada por mi mamá, que reclamaba mi presencia en la peluquería. Así que, cuando Blas tenía dos meses y medio, volví. Día por medio me lo llevaba a la peluquería y día por medio lo dejaba en la casa de mi suegra. Pero sentía un poco de culpa porque la mujer quiere ser independiente pero también quiere estar en casa con los chicos porque sabés que te necesitan. Y vos sabés que cuando trabajás, demandás la ayuda de otras personas porque el bebé solo no puede estar. Y también me dolía porque yo al principio no se lo quería dar a nadie, aunque me daba cuenta que le estaba haciendo un mal a la criatura porque no es mío solo”.

Por un lado, en este testimonio se puede destacar la dependencia irracional que Mariela alimentaba en el vínculo con su hijo y contra la que trataba de luchar racionalmente. Por otro lado, se evidencia la falta de interés en retornar al trabajo y la dificultad del *“despegue”* que experimentan muchas mujeres al tener al hijo. Si Mariela vuelve a la peluquería lo hace por necesidad económica y por presión de su madre/jefa. Esta presión, que se experimenta en la mayoría de los trabajos de las mujeres entrevistadas, parece ser especialmente conflictiva cuando existen relaciones laborales y familiares a la vez. Mariela, al igual que María, se siente presionada por su propia madre, lo que involucra responsabilidades, sentimientos y discusiones radicalmente diferentes a las que se puede tener con un jefe sin relaciones afectivas de por medio. Por último, se menciona la idea de que la mujer se siente *culpable* por querer dedicarse tanto al hijo como al trabajo. Este conflicto atraviesa casi todas las entrevistas y es el eje central de esta investigación. Sin embargo, las mujeres entrevistadas lo vivencian y lo denominan de diversas maneras: mientras para Karina es estrés, para Mariela y para Laura, se trata de una *sensación de culpa por abandonar a la familia para dedicarse al trabajo y por abandonar el trabajo para dedicarse a la familia*.

En tanto, Romina cuenta que:

“Cuando nació Valentina me tomé los 3 meses y las vacaciones. Al principio, me costó dejar a la nena y pasaba a cada rato por lo de las abuelas porque se quedaba un día con cada una. Pero no se me cruzó en ningún momento dejar de trabajar. A mí venir acá me encanta, disfruto mucho el trabajo que hago. Además, para mí el trabajo es independencia, no podría estar en mi casa, ni por mí ni por mi relación de pareja. Yo nunca dependí de él en lo económico y me parece que después te limitaría en otros aspectos. Por su parte, él entiende que yo necesite trabajar pero sigue teniendo la mentalidad de que el hombre tiene que ganar

más. Sería terrible para nosotros si yo ganara más que él”.

Acá aparece, por un lado, una postura muy escuchada en estas entrevistas: *“al principio me costó dejar a la nena pero no se me cruzó en ningún momento dejar de trabajar”*; sin embargo, las justificaciones se separan de los otros testimonios cuando Romina, además del gusto por el trabajo, menciona los inconvenientes que le ocasionaría con su cónyuge dejar de trabajar. Romina (al igual que Mariela) tiene una economía separada de su marido, por lo tanto, dejar de tener su entrada de dinero, equivaldría a perder su independencia y tener que negociar con el hombre cada gasto, con las subsiguientes discusiones que traería la nueva situación, según su propia visión. No obstante, Romina se apresura a aclarar que la situación contraria también sería conflictiva, ya que su cónyuge no aceptaría la posibilidad de que ella fuera la principal responsable de sostener económicamente a la familia. De hecho, se vislumbra que el hombre estaría más a gusto con una mujer que no realizara trabajos extra-domésticos. Si acepta que su mujer trabaje afuera es porque *“se da cuenta de que ella lo necesita”*.

Por su parte, al abordar el tema del trabajo, Estefanía recuerda que:

“Empecé a trabajar en algunas casas y después entré a una empresa de limpieza. Dejaba a los chicos con el padre o con mi mamá (sobre todo al más grande que es como si fuera de ella). Cuando trabajaba muchas horas me iba llorando y volvía llorando. Me daba mucha bronca que para darles un plato de comida tuviera que dejarlos tantas horas. Hasta que no di más y dejé. En un momento también cuidé chicos. Ahí no había problema porque podía ir con mis nenes también. Pero el último trabajo que tuve, en un geriátrico, lo perdí porque un día no tenía con quién dejarlos y de ahí no me llamaron más”.

En este testimonio aparecen simultáneamente los beneficios y los inconvenientes de un trabajo informal. Si bien por un lado ella puede acomodar sus horarios, o ir a trabajar con sus hijos, por otro lado no cuenta con licencias de ninguna clase por lo que puede ser despedida por ausentarse un día de necesidad. Aunque Estefanía no lo especifique, son variables sociales, históricas, económicas y políticas, las que conforman el sistema laboral actual al que ella responsabiliza de alguna manera. Este mismo sistema es el que va a mencionar más adelante Karina para referirse, justamente, a la imposibilidad de la mujer de poder compatibilizar maternidad y trabajo.

Además, en esta declaración se visualizan los sentimientos que involucra el *“tener que dejar los niños”*, casi como si se tratara de un *“abandono”*. Como explica Wainerman (2005), si la mujer se define a sí misma como madre, es lógico que su ausencia se asocie a descuido. Mientras que otras mujeres entrevistadas se refirieron al conflicto entre maternidad y trabajo como sentimientos de *“culpa”* o *“estrés”*, para Estefanía se trata de *“bronca”*. Bronca frente a un sistema que la obliga a *“abandonarlos”* para *“darles un plato de comida”*. Mientras hay mujeres que pueden experimentar cierta alegría al momento de dejar a los niños al cuidado de otros, en el caso concreto de Estefanía o de Carolina (del mismo grupo), este *“dejarlos”* se vive como abandono. No obstante, algo que relativiza esta sensación es la aclaración de: *“tantas horas”*. Estefanía, como la mayoría de las mujeres, no se sentiría igualmente contrariada si pudiera dejarlos sólo una parte del día. De hecho, la posibilidad de trabajar media jornada es el equilibrio que la totalidad de las entrevistas (de todos los grupos), reclama.

Acerca de su trayectoria laboral, Carolina cuenta que: *“Mi primer trabajo lo agarré a los 25 años*

porque mi marido en ese momento no tenía un puesto estable. Él nunca estuvo de acuerdo con que yo trabaje, pero no le quedaba otra. Después entró en una fábrica y estuve cinco años acá en casa, con los chicos. Y cuando empezó con las changas, yo volví a trabajar: me fueron ofreciendo y fui agarrando para limpiar casas, cuando el más chiquito tenía un año". Es claro que los vaivenes en la trayectoria laboral de Carolina no se relacionan con la edad de los hijos (como en otras entrevistas) sino con las necesidades económicas y la inseguridad de los ingresos ocasionados por los trabajos informales de su esposo. Esta situación coincide con otros estudios realizados en sectores de escasos recursos, que afirman que: *"Las trayectorias ocupacionales comienzan a ser signadas por la del cónyuge. Las mujeres comienzan a ingresar y salir del mercado de trabajo en función de la situación laboral. Por ejemplo, si el cónyuge posee empleos inestables, tratan de aumentar las horas de trabajo por lo que, en períodos en los que el compañero está desocupado, se producen reinserciones en el mercado de trabajo"* (Gallard y otros, 1992)¹⁶⁸. Por otro lado, desde la crisis de los '80, la entrada de las mujeres al campo laboral no tiene que ver sólo con la modernización de las costumbres, como en décadas anteriores, sino que es una respuesta frente a la crisis (Wainerman, 2005). En este sentido, la necesidad de trabajar y el gusto por hacerlo, comienzan a fusionarse en el impulso del trabajo femenino.

Otra característica a destacar es la concepción predominante de que el hombre debe ser el principal proveedor de la familia. Que la mujer pueda trabajar, es un hecho circunstancial dado por las necesidades. Sin embargo, la misma Carolina, encuentra que después aparecen otros factores, que ella misma no había considerado al inicio: *"Uno con el trabajo se despabila, salís un poco. Yo antes estaba todo el día acá. Así que creo que uno no trabaja sólo por necesidad sino también por gusto. Pero es mucho sacrificio con los chicos, veo que hay mamás que trabajan y se lo dejan a una chica o al padre y andan a las corridas"*. El tema del esfuerzo va a ser recurrente en los testimonios de todos los grupos de mujeres entrevistadas. La idea de que *"la mujer corre todo el día entre el trabajo y los chicos"*, va a ser mencionada reiteradas veces, aunque en el grupo 3 sea identificado como sacrificio y en el grupo 1 como estrés.

Por su parte, al hablar de su trabajo, Cecilia cuenta:

"Hace tres años empecé a trabajar. Un día vino mi cuñada (que tampoco nunca había trabajado pero quiso empezar para festejarle el cumpleaños de 15 a la hija), y me preguntó si quería ayudarla. Mi marido me decía: 'Qué vas a trabajar; vas a ir dos días y después vas a dejar'. Pero dijo que, si era para mi bien, que lo intentara. En ese momento yo no era una mujer desenvuelta. Me daba muchos nervios ir. Así que el primer día Beto me llevó y me esperó. Ahora voy allá y es como mi casa porque me tratan como de la familia. Si me trataran como una sirvienta, no iría más. Yo trabajo por gusto".

En primer lugar, en este testimonio aparecen diferentes motivos que las mujeres encuentran para comenzar su participación laboral. Mientras Cecilia lo hizo por una necesidad anímica, la cuñada lo hizo *"para festejarle el cumpleaños de quince a la hija"*. Así, muchas mujeres de sectores humildes buscan trabajo cada vez que necesitan ahorrar para algún gasto extra relacionado generalmente con los hijos. Este hecho se observa en las entrevistadas del grupo 3, que utilizan su salario más que nada para

¹⁶⁸ GALLARD/MORENO/ CERRUTTI/SUÁREZ. 1992. *Las trabajadoras de villas: familia, educación y trabajo*, Buenos Aires, CENEP.

satisfacer necesidades secundarias, la mayoría de las veces correspondientes a los hijos, sobre todo en épocas de bonanza económica, cuando ya tienen satisfechas sus necesidades básicas.

Por otro lado, aparece la postura del marido que, aunque sin mucho ánimo ni confianza en su decisión, le “*da permiso*” para intentarlo. Él no cree que sea la solución para su malestar porque siempre la escuchó repetir que la mujer debe estar en su casa, pero ante una situación que era inconveniente para todos, opta por decir que “*si era para su bien, que lo intentara*”. También se pone en evidencia la dependencia que Cecilia tenía de su marido e hijo frente a este tipo de situaciones que la enfrentaban con “el exterior”: “*yo no era una mujer desenvuelta. Me daba muchos nervios ir. Así que el primer día Beto me llevó*”. Y finalmente, la aclaración de Cecilia que afirma: “*Si me trataran como una sirvienta, no iría más. Yo trabajo por gusto*”. Varias veces durante la entrevista, ella siente la necesidad de destacar que no necesita económicamente el trabajo y que va a seguir haciéndolo siempre y cuando le permitan ciertas libertades y beneficios. De hecho, Cecilia se siente agradecida de las ventajas psicológicas que le dio la experiencia laboral, más que nada relacionadas con cierta independencia y soltura para tratar con la gente más allá de su familia: “*Cambié en todo desde que empecé a trabajar. Con mi marido y la plata nunca hubo problemas porque siempre manejé la plata yo. Pero me dio coraje para tratar a otra gente. Antes no me animaba a hacer trámites, me daba vergüenza porque me cuesta leer y escribir. Ahora me animo, aunque sea a pedir ayuda*”. Mientras otras mujeres destacan la independencia económica que el trabajo les da, Cecilia valora la posibilidad de relacionarse y sentirse útil fuera de su casa. Para ella, todos los cambios positivos que hubo en su personalidad fueron gracias a su experiencia laboral.

Los estudios de Wainerman (2005) encontraban que: “*La mayoría de las mujeres de clase baja no consideran que el modelo segregado de responsabilidades domésticas, la maternidad exclusiva o la autoridad masculina constituyan un tipo de organización familiar entre otras posibles. Se trata de la norma que marca la tradición y del principio de conducta legítimo que deben seguir*”¹⁶⁹. Sin embargo, aunque esa opinión pudiera ilustrar perfectamente la situación de Cecilia al comienzo de su relación, los comentarios y experiencias de estas mujeres evidencian un cambio, tanto en el discurso como en las prácticas, que las ubican cada vez más cerca de las concepciones sostenidas por las mujeres de clases medias. Si bien hay vestigios de modelos tradicionales (sobre todo en lo referente a los ingresos, expectativas personales y modelos de crianza), por otro lado se observa que las responsabilidades domésticas compartidas, la autoridad negociada y la búsqueda de trabajo remunerado con mayores fines que lo económico, son tendencias que parecen corresponderse más con la realidad actual de estas mujeres.

Organización familiar y cuidado infantil

Refiriéndose a la organización familiar, María cuenta que: “*Al año del segundo (hijo) me pasó que yo había agarrado más ritmo, ya me relajé, entonces a la mañana me iba a trabajar y le dejaba una mamadera y a la tarde los llevaba a lo de las abuelas. Mi mamá es médica, pero en ese momento se*

¹⁶⁹ WAINERMAN, C. 2005. *La vida cotidiana en las nuevas familias: ¿una revolución estancada?* Buenos Aires. Lumiere. Página 205.

había separado y trabajaba menos, entonces había dos tardes que me cuidaba a la mayor y las otras tardes iba a un maternal y el chiquito se quedó en casa porque ya tenía una señora". En este apartado se muestran las dificultades de organizarse y organizar el cuidado de los hijos para dedicarse al trabajo. Las abuelas primero y la niñera y el maternal después, van a combinarse en las estrategias para lidiar con el reloj: *"Ahora ya estoy cada vez más acostumbrada, de repente estoy en el consultorio del médico esperando que me atiendan y contestando los mails por el teléfono. Mi marido me dice que es una porquería pero a mí me sirve porque yo algunas cosas me las voy sacando de encima"*. De alguna manera, las nuevas tecnologías pueden llegar a significar hoy, lo que los electrodomésticos significaron a mediados del siglo pasado. María se mantiene trabajando *on line* durante la espera al pediatra, durante sus licencias por maternidad y durante las vacaciones. Como se puede deducir de este relato, la herramienta del trabajo a distancia supone una comodidad para algunas personas (como María), mientras que para otras (como su marido) pueden ser un estorbo o un condicionante.

Con respecto a las niñeras, María recuerda que: *"A nosotros nos ayudaba una chica pero después tuvo un hijo, no quiso trabajar más y tuve que contratar a otra. Un día la miro y pienso: 'Dios me ampare, te vas a trabajar y los dejás en manos de quién...' (haciendo gesto de resignación)*. Es curioso este comentario porque denota, por un lado, la desesperanza, la desconfianza en quien queda al cuidado y, por otro, la necesidad de delegar igualmente porque *"no queda otra"*. María continúa reflexionando:

"Cuando vos dependés de personas que te ayudan, tenés que estar dispuesta a los acontecimientos inesperados. A mí no me importa que me roben; mientras sean buenos con los chicos. Lo único que me dolió fue cuando me faltaron las perlas de mi abuela, que fue en un momento de caos, donde estaba probando a tres personas distintas. Y entonces decidí contratar una señora que conocía, que tiene una inteligencia limitada pero que es muy buena, de mucha confianza. Yo sé que los quiere (a los nenes). Algunas madres te dicen 'yo tengo una chica que es maestra jardinera', pero a mí no me interesa que los estimule, para eso tienen otro espacio. Yo quiero alguien que se siente a mirar dibujitos con ellos y que ellos se sientan contenidos".

La labor de la niñera va a ser fundamental para que la organización familiar funcione. Pero es difícil llegar a encontrar a "la persona", porque se trata de un ser que va a estar adentro de la casa (lo cual suele incomodar sobre todo a los hombres), ocupándose de los hijos, casi formando parte de la familia, por lo que tiene que compartir algunos valores. Por ejemplo, en el caso de María, a ella no le importa tanto que los chicos estén estimulados sino que se sientan contenidos. Pero además, en general la niñera también va a ser una mujer que, en muchos casos, va a priorizar sus propios hijos al trabajo (sobre todo esta clase de trabajos informales), como le pasó a María con su primera empleada o como se observa claramente en los testimonios del grupo 3. De esta manera, se da una cadena de cuidado en la que las mujeres de clase media contratan a mujeres de clase baja y estas, a su vez, tienen que subcontratar a otras (generalmente familiares) o dejar a sus hijos solos, los más chicos al cuidado de los mayores, como le sucede a Carolina. Durante las décadas de los años '80 y '90 varios análisis sociológicos sobre mujeres trabajadoras de clases medias, han insistido en que la carrera de las mujeres profesionales se beneficia de las desigualdades de clase que ponen a su disposición una

empleada doméstica y/o una niñera y de la red familiar (Puppin, 1998¹⁷⁰). Según Delfino (2005): *“Este tipo de configuraciones hace referencia, en gran parte, a la relación entre mujeres, las cuales están marcadas por profundas heterogeneidades e impregnadas de relaciones de poder (...) En este sentido, el trabajo doméstico es una cuestión que enfrenta a las mujeres con sus propias relaciones de dominación, porque si bien éste puede ser un trabajo dignamente remunerado, se puede constituir también en una relación cuasi servil”*¹⁷¹.

Por su parte, al referirse a la organización que implicó la vuelta al trabajo, Karina reflexiona que:

“Mi trabajo me permite cierta flexibilidad: en los primeros meses está la licencia por maternidad que, aunque es muy poco tiempo, por lo menos te permite el primer contacto y consolidar en ese tiempito la adaptación mutua entre el bebé y uno. Y después, con la primera nena, preferí organizarme con los familiares. Cuando trabajaba en el hospital, me la cuidaba mi suegra que vive acá enfrente y me la traía en los ratos libres. Cuando estaba en el consultorio, me la cuidaba mi mamá que vive por allá. Y cuando trabajaba en la clínica, a una cuadra de mi casa, una tía iba a cuidarla a domicilio”.

Con este testimonio se advierte una situación que afecta a muchas mujeres y que tiene que ver con el gran despliegue que las familias tienen que hacer para cubrir el cuidado de los hijos. Un intrincado cronograma de horarios, personas y recorridos que busca la comodidad pero que termina siendo un factor más de estrés al implicar el acuerdo de familiares, el preparado de bolsos, el tiempo consumido en idas y venidas, entre muchos otros factores. Estos fueron algunos de los motivos por el que Karina buscó otras alternativas: *“Cuando Belén empezó el jardín, yo reacomodé mis horarios y casi todos los días trabajo en el turno escolar. Y la chiquita se viene conmigo, a la guardería de acá. Los días más complicados son los lunes que trabajo hasta tarde: mi marido va a buscar a Belén al jardín y la lleva a lo de la tía porque tiene que seguir trabajando. Yo, cuando termino acá (en el hospital), llevo a la chiquita a lo de mi mamá y sigo trabajando en el consultorio. Cuando salgo, las paso a buscar y llegamos a casa cerca de las 22 horas”.* El jardín soluciona en parte las ideas y vueltas, pero el horario laboral sigue siendo mayor al de las instituciones destinadas al cuidado infantil, por lo que la ayuda de niñeras y familiares, sigue cumpliendo un papel fundamental en la organización de estas familias. Al analizar los complicados rompecabezas de horarios entre la escuela, el servicio doméstico y los parientes que arman las familias de nivel medio, Wainerman (2005) concluye que: *“El Estado no ha enfrentado de modo colectivo el diseño y ejecución de políticas sociales que hagan frente a las demandas que plantean las transformaciones de la familia desde que las mujeres han sumado el rol productivo al reproductivo”*¹⁷². Según Wainerman, el “doble turno” requiere la redefinición de la división de tareas y mientras esta revolución no se complete, mayores serán las tensiones y rupturas hacia el interior de la familia. Cuando el *doble rol* era una experiencia de algunas pocas mujeres, se aplicaban estrategias individuales como recurrir a servicios domésticos o colaboración de familiares. Ahora que el doble rol se ha generalizado e instalado en la sociedad como algo habitual, *“las estrategias para articular familia y trabajo plantean un desafío colectivo que requiere respuestas*

¹⁷⁰ PUPPIN, A. 1998. *“El lugar de las mujeres y las mujeres fuera de lugar. Un estudio de relaciones de género en una empresa petrolera”*. Río de Janeiro: IUPERJ. 198 p.

¹⁷¹ DELFINO, A. 2005. *Mujer y ejecutiva: trayectorias de género en Brasil*. Espacio Abierto, abril-junio, año/vol. 14, número 002. Asociación Venezolana de Sociología. Maracaibo, Venezuela. pp. 199-214

¹⁷² WAINERMAN, C. 2005. *La vida cotidiana en las nuevas familias: ¿una revolución estancada?* Buenos Aires. Lumiere. Página 145.

sociales, no ya individuales”¹⁷³.

Con respecto al comienzo en el jardín maternal, Karina comenta que fue una decisión muy difícil:

“A la más grande se la consentía demasiado, se le daba de comer en la boca, estaba todo el tiempo upa, no hablaba porque todo el mundo le daba lo que pedía mediante señas... Así que a los dos años decidí que tenía que empezar un maternal porque no podía seguir entre adultos. Tengo una amiga psicóloga que fue la que me dijo que a Belén le faltaba el contacto con otras criaturas y que me olvidara de los miedos y la mandara al maternal. Al principio me costaba dejarla en manos de otras personas, el qué le van a hacer, tenía miedo que le pasara algo y que no lo pudiera decir porque no hablaba. Y el entorno también cuestionó mucho la decisión. Pero a la nena no le costó para nada. A uno le parece que si no están con uno, no van a poder estar; pero no es así, les viene bien. Y después, cuando vimos los cambios en la nena, ya no hubo dudas. Y con la segunda ni siquiera se pensó la posibilidad de que no fuera a la guardería (...) Yo a veces cuando los veo jugando o festejando un cumpleaños todos alrededor de la torta cantando, digo: ‘Pero... estos chicos son felices. Entonces el problema es uno’.

Con esta experiencia, se ponen en evidencia varias cuestiones: primero, la dificultad de algunas mujeres de confiar a otros el cuidado de los niños. Karina cuenta que recurrió a los familiares porque *“no le quedaba otra”* (situación que también aparece en el testimonio de María), pero aun así les dejaba una serie de explicaciones e instrucciones por escrito, con teléfonos de emergencia y otros datos. Las mujeres tienden a sentir que nadie puede hacer las cosas como ellas y esto dificulta el despegue y la posibilidad de delegar, a la vez que las sujeta en una obligación y en un sentimiento de responsabilidad desmedido, muchas veces oprimiente. Esto se relaciona directamente con la concepción de maternidad *exclusiva* e *intensiva* que todavía sigue operando en las representaciones sociales. En segundo lugar, parece que Karina vivió en absoluta soledad la dificultad de tomar esta medida. Lo plantea como si hubiera sido una decisión individual, en la que el entorno se limitó a cuestionar. En contraposición, Karina contaba con las apreciaciones de su amiga psicóloga, quien le daba herramientas para cientifizar su maternidad y la animaba a dar el paso. Este consejo fue tenido mayormente en cuenta porque, en última instancia, coincidía con sus propias necesidades y opiniones. Con este ejemplo, se evidencia que Karina hace un intento por luchar contra las presiones familiares que toma como negativas. Al igual que en el caso de Laura, los comentarios del entorno juegan un papel muy importante, tanto en el accionar como en el sentir materno. Ambas mujeres suelen mencionar las diferencias generacionales para menospreciar los consejos de las personas de edades avanzadas. Estas indicaciones con frecuencia son tomadas casi como cuestionamientos a su capacidad o, incluso, amenazas a su autoridad de madres. Para contrarrestarlas, estas mujeres se valen fundamentalmente de las indicaciones de profesionales que respetan: la psicóloga para Karina, el pediatra para Laura. Por último, sobresale el reconocimiento de: *“el problema es uno”*, contrarrestando los sentimientos de omnipotencia maternos que se mencionaban en primer lugar.

Por su parte, al referirse a la organización familiar, Laura recuerda que: *“Mi marido salía de trabajar y pasaba a buscar a la beba por lo de mi suegra. la bañaba y hacía la comida. Pero cuando yo llegaba estábamos muy cansados, casi ni hablábamos durante la cena y cuando terminaba de amamantar, él ya se había dormido así que yo sentía que lo extrañaba”*. Aquí no sólo se muestra la sensación de que la pareja perdía espacio frente a la maternidad sino que también emerge claramente

¹⁷³ WAINERMAN, C. 2005. *La vida cotidiana en las nuevas familias: ¿una revolución estancada?* Buenos Aires. Lumiere. Página 157.

la disconformidad que esto generaba en Laura (contraria a la aceptación o resignación que testimoniaron otras mujeres). Laura cuenta que estuvo unos meses angustiada, hasta que “hicieron cuentas” y decidió dejar de trabajar:

“Mi marido siempre había dicho que no quería tener hijos para que se criaran con desconocidos. Habíamos acordado que uno de los dos iba a quedarse en casa los primeros años. Y como en ese momento él tenía un mejor trabajo, me tocaba renunciar a mí. Yo decía que lo hacía para dedicarme a la beba y no tener que pagar una niñera que mi sueldo no justificaba; pero también creo que fue porque quería recuperar tiempo para la pareja, estar más tranquila y no sentirme siempre en deuda con mis compañeros”.

Además de insistir en la presión que ejerce el entorno laboral, en este testimonio surgen otras cuestiones, como la negativa fundamentalmente masculina (como se verá también en otras entrevistas) a contar con servicio de niñera. Además, se vislumbra una disyuntiva que contrapone claramente la paternidad al trabajo: *se quedaría al cuidado de la criatura el que tuviera el peor trabajo*, lo cual evidencia un cierto “sacrificio”, aunque no tan grande como el que sería *renunciar a un buen trabajo*. Por otro lado, en esta pareja se da un primer intento de igualdad que, al menos en el discurso, pretende equiparar la necesidad del rol materno y paterno, ya que se encargaría del cuidado infantil “*el que tuviera el peor trabajo*”¹⁷⁴. Sin embargo, esta postura moderna se queda sólo en el discurso ya que, en la práctica, el modelo familiar es de lo más tradicional: la que se encarga del cuidado infantil es la madre y el que tiene el mejor trabajo es el padre. En los estudios sobre participación laboral femenina, Wainerman (2005) encontró que, cuando los hijos eran chicos, los efectores retractores producto de las circunstancias familiares se imponían sobre los efectos impulsores producto de la educación. Sin embargo, la presencia de una pareja impactaba más que el estado conyugal y los hijos, ya que las mujeres solas eran las que más trabajaban, aun con la misma edad e hijos. En el caso de Laura, está claro que su pareja jugó un papel fundamental en la decisión de renunciar a su trabajo. Para Wainerman, esto da cuenta de la diferencia en la definición cultural de sexos y roles¹⁷⁵.

Con respecto a su vida como ama de casa, Laura dice: *“Me sentía mejor pero tampoco estaba cómoda con ese papel. No quería alejarme de mi profesión así que empecé una capacitación como para sentir que estaba haciendo algo por mí. Además, de vez en cuando agarraba algún trabajo de diseño donde manejaba mis horarios. Mi idea era comenzar a trabajar ‘en serio’ cuando la más chiquita empezara el jardín”*. Aquí Laura hace eco de dos concepciones que están muy en boga entre las mujeres de clase media y que son, por un lado, el desprestigio que adquirió de un tiempo a esta parte, el rol de ama de casa y, por otro, la idea de que los niños necesitan de sus madres fundamentalmente durante los primeros años. En concordancia con este testimonio, Wainerman (2005) encuentra que las amas de casa de hogares de nivel medio, ven a los hijos y al hogar como un encasillamiento social y el trabajo sería una excusa que podría reemplazarse por un curso u otra actividad extra-doméstica:

“Ahora bien, del mismo modo que sus pares de clase baja, estas mujeres conciben a la maternidad como una razón de peso para disminuir el tiempo de trabajo o abandonar transitoriamente sus empleos. El cuidado de los hijos se les presenta como una tarea indelegable que presupone dedicación plena y para la

¹⁷⁴ A diferencia de otras mujeres (como Karina) que prefieren priorizar el cuidado materno porque consideran que “*la madre es más importante*”.

¹⁷⁵ WAINERMAN, C. 2005. *La vida cotidiana en las nuevas familias: ¿una revolución estancada?* Buenos Aires. Lumiere. PREFACIO.

cual las mujeres poseen un instinto o una inclinación particular. Sin embargo, estos argumentos se refieren única y principalmente a la etapa en que los hijos son pequeños (la lactancia o a lo sumo hasta el momento en que se incorporan al jardín de infantes). De este modo, la posibilidad de controlar o sincronizar el nacimiento de sus hijos permitirá encontrar un punto de equilibrio entre la maternidad y la participación económica. La 'vuelta a la profesión' se vivirá finalmente como el 'retorno a lo mío' y como la culminación de un largo esfuerzo”¹⁷⁶.

De hecho, los estudios de Wainerman (2005) muestran que el 86% de las mujeres de hogares de nivel medio que no trabajan, desean hacerlo. Y aunque no lo manifiesten abiertamente, será mal vista quien encuentre su realización personal en la entrega a la familia, ya que consideran que la persecución de su propio bienestar tendrá efectos positivos en la familia (como manifiesta Andrea): *“Así, al desafío práctico que enfrentan muchas de estas mujeres para compatibilizar demandas estéticas, conyugales, domésticas, parentales y profesionales ha de agregarse un reto aún más tiránico: el mandato cultural de sentirse realizadas y felices en cada uno de esos planos”*¹⁷⁷, concluye la autora. Asimismo afirma que, mientras las amas de casa tienden a idealizar el trabajo como un espacio de evasión frente a las responsabilidades domésticas y esperan el apoyo de sus cónyuges frente a alguna actividad extra-hogareña, las trabajadoras tienen una visión más compleja que incluye *“una redefinición de los lazos maritales donde es necesario discutir los criterios de organización y el modo en que han de armonizarse los imperativos laborales y personales con las necesidades de la pareja y la familia”*¹⁷⁸.

Al referirse a los horarios laborales, Andrea reconoce que es un factor que influye mucho en la relación madre-hijo: *“Yo antes hacía horario cortado y al nene lo veía solamente para comer y dormir. Ahí sí lo sufrimos un poco más, yo veía a las otras madres que iban al jardín y yo no podía. Y bueno, me impuse en el trabajo que quería horario corrido y lo aceptaron. Desde ahí la relación cambió. Ahora se pegó más”* (risas). Esta situación, que Andrea sufrió por un momento pero pronto pudo revertir, es una posibilidad que reclaman todas las entrevistadas. Elegir sus horarios, trabajar medio día, tener tiempo para compartir con sus hijos y ocuparse de ciertas tareas como *“ir al jardín”*, se convierte en una opción remota, que muchas ansían pero pocas tienen.

En cuanto a la organización en un día normal, Andrea cuenta que: *“Trabajo de 8 a 15 acá y después aprovecho para salir a caminar o mirar tele, antes de ir a buscarlo (a su hijo) al jardín. A veces invitamos un amiguito o nos vamos a la casa de mi hermana o de shopping al centro. Y cuando está mi marido salimos los tres. También me gusta ir al cine y reunirme con mis amigas una vez por semana”*. Otra característica de los horarios de Andrea es que le dan la posibilidad de descansar o hacer lo que necesite antes de reencontrarse con su hijo. Una situación que evita el estado de estrés (mencionado en otras entrevistas, como la de María) que supone llegar cansada del trabajo y tener que atender las diversas necesidades de los niños.

Con respecto a su organización familiar, Romina dice que:

“A la mayor la cuidaban las abuelas. Yo quería poner a alguien en casa pero mi marido opinaba que ‘mejor que con las abuelas, no iba a estar con nadie’. Yo, en cambio, no quería estar obligando a las

¹⁷⁶ WAINERMAN, C. 2005. *La vida cotidiana en las nuevas familias: ¿una revolución estancada?* Buenos Aires. Lumiere. Página 222.

¹⁷⁷ Ídem. Página 224.

¹⁷⁸ Ídem. Página 217.

abuelas a venir (...) Cuando tuve a las dos, al principio las llevaba, pero me sentía agotada porque era un lío de preparar bolsos y ropas y alimentos y cosas. Yo necesitaba llegar a mi casa y que estuvieran ahí y no el agotamiento de tener que salir a buscarlas, entretenerme charlando y no llegar nunca. Así que finalmente, pusimos a una mujer que las cuida en casa”.

Nuevamente aparece la dificultad de las mujeres para organizar los horarios, los chicos, las cosas que necesitan, la casa, el trabajo, los trayectos y las personas que los cuidan. Romina, al igual que Karina, experimentó el agotamiento causado por tener que preparar chicos y bolsos, ubicándolos en diferentes lugares según los horarios, las distancias y las personas postuladas al cuidado. Pero el cónyuge de Romina, al igual que muchos hombres (también lo menciona Laura), prefería evitar la presencia de una persona ajena a la familia. Otra coincidencia entre Romina y Laura, es que la última también menciona el hecho de no querer incomodar a las abuelas. A diferencia de Karina, estas mujeres prefieren ahorrarle la molestia a los familiares, tal vez por consideración o tal vez por orgullo o desagrado al tener que soportar ciertas quejas, como le sucede a Karina. No obstante, para bien o para mal, en todas las entrevistas se evidencia como fundamental la presencia de los familiares (especialmente las abuelas) en el cuidado de los niños. Seguramente distinta sería la trayectoria laboral de estas madres si vivieran alejadas de la contención familiar. Para que esta situación cobre relevancia, es importante la posibilidad de las distancias cortas que brinda una ciudad como Junín. Por otra parte, también es necesaria la buena relación entre la madre y las abuelas, relación que en la mayoría de los casos es más fácil con la madre que con la suegra, como muestran los testimonios de casi todas estas mujeres, sin distinción de grupo.

Al destacar el papel que las abuelas en los hogares como prácticas importantes de cuidado infantil, Batthyány (2007), se interroga acerca del futuro: *“el incremento de las tasas de actividad de las mujeres más jóvenes sugiere que en pocos años no existirá esa generación de abuelas que no trabajan y pueden cuidar a sus nietos. El déficit de cuidados será aún mayor y se convertirá en un problema social de primera línea”*¹⁷⁹.

Por su parte, Mariela cuenta que, desde que nació el menor, trabaja sólo a la tarde: *“Al principio, me llevaba el bebé a la peluquería y después tuve una niñera que lo cuidaba ahí mismo, mientras el mayor se quedaba con mi suegra”*. Estefanía, en tanto, al comentar sus actividades y la manera en que se organiza, comenta: *“Yo estoy terminando el secundario a la noche. Mi marido trabaja de 7 a 15 y después me cuida los nenes más grandes. Al más chiquito lo llevo a la escuela porque duerme todo el tiempo. Hay otras mujeres que van con chicos más grandes y se la pasan corriéndolos. A mí me pasó en algún momento con el otro”*. Acá aparece esta imagen de mujeres como Estefanía, con hijos de diferentes edades, con situaciones laborales y conyugales diversas pero con la misma necesidad: terminar el secundario. Por lo que cuenta Estefanía, uno las imagina haciendo malabares para lidiar con los chicos, la casa, el trabajo y los estudios, con el objetivo de tener mejores trabajos, de *no dejarles faltar nada a los hijos*, como ellas mismas expresan. También se advierte que sus trayectorias

¹⁷⁹ BATTHYÁNY, K. 2007. *Articulación entre vida laboral y vida familiar. Las prácticas de cuidado infantil de trabajadoras asalariadas de Montevideo*. En publicación: *Género, familias y trabajo: rupturas y continuidades. Desafíos para la investigación política*. Gutiérrez, María Alicia. CLACSO, Consejo Latinoamericano de Ciencias. Sociales, Buenos Aires. ISBN: 978-987-1183-72-2

académicas no son lineales sino, por el contrario, un vaivén de idas y vueltas, de retrocesos y avances, de atrasos y sacrificios determinados a veces por sus relaciones amorosas, a veces por sus necesidades económicas y tantas otras veces por sus hijos: la misma Estefanía abandonó y retomó reiteradamente la escuela a medida que iba quedando embarazada.

En cuanto a su organización familiar, Carolina comenta que: *“Durante mi primer trabajo, venía mi hermana a cuidar a los nenes que eran chiquitos. Pero ahora el menor se queda con los hermanos. Además yo trabajo a la mañana y a veces cuando vuelvo todavía están durmiendo. Si el chiquito se levanta primero, juega en la computadora hasta que yo llego”*. Acá vemos una característica que puede llegar a formar parte de los hábitos de grupo y que tiene que ver con las responsabilidades dadas a los hijos. Según Wainerman (2005), las mujeres de nivel bajo delegan mayormente a sus hijos las actividades más livianas, mientras que las de nivel medio delegan al servicio doméstico las actividades más pesadas, con lo que las primeras están más exigidas¹⁸⁰.

Por su parte, Cecilia cuenta que: *“A Isaías lo empecé a mandar a la guardería cuando empecé a trabajar, a los 7 meses. Ahora lo llevo al jardín, limpio la casa y me voy a trabajar. Le pago a una sobrina para que lo vaya a buscar y mi marido les da de comer porque él y Beto hacen horario cortado. Si no están, se queda mi sobrina. Antes trabajaba hasta las 16, pero hablé con mi patrona para salir antes porque quería estar más tiempo con mi hijo”*. Evidentemente, la posibilidad de trabajar afuera de su casa, Cecilia la vive como una actividad casi de esparcimiento. Sus responsabilidades primeras siguen siendo su hogar y su familia. Ella acomoda sus horarios de manera tal que le permita compartir tiempo con el nene además de mantener su propia casa ordenada. De todas maneras, para esta actividad que ella eligió realizar, cuenta con el apoyo de una niñera, además de su marido y su hijo mayor que se hacen cargo del pequeño mientras ella no está.

4.4. RECAPITULANDO

En este capítulo analizamos las experiencias y sensaciones que las mujeres tuvieron respecto a su maternidad y en relación a sus actividades extra-domésticas. Realizamos un recorrido por sus vivencias, desde la formación de la pareja hasta la organización actual de la familia, haciendo hincapié en los discursos y las prácticas en torno al embarazo y el nacimiento de los hijos, analizamos las representaciones sociales en torno a la lactancia y profundizamos en lo referente a la trayectoria laboral, las licencias y reincorporaciones con motivo de los partos y la responsabilidad actual por el cuidado infantil.

En el próximo capítulo se abordará lo referente a la situación actual y las expectativas futuras de las mujeres entrevistadas, profundizando en las características del vínculo con sus hijos y las influencias que reciben de sus madres y otros allegados; los roles de género en torno a la paternidad, las tareas domésticas y la propia relación de pareja y las opiniones sobre la relación maternidad y trabajo.

¹⁸⁰ WAINERMAN, C. 2005. *La vida cotidiana en las nuevas familias: ¿una revolución estancada?* Buenos Aires. Lumiere. Página 134.

5. OPINIONES, EXPERIENCIAS Y EXPECTATIVAS MATERNAS

5.1. VÍNCULOS DE MADRE

Características de la relación con los hijos

Para María, el ejercicio de su maternidad se encuentra condicionado por su trabajo y viceversa: “Yo acepto que tengo que trabajar un poco menos y estar con ellos que son chiquitos, porque después crecen y la vida es otra. Lo acepto porque creo que es lo mejor para ellos, lo más conveniente. Porque alguien tiene que estar. No los podés tener con otras personas mañana y tarde, todos los días solos y que te vean a vos entrar y salir”. Acá vuelve a aparecer la situación en la que María se ve a sí misma como obligada a cumplir esta función. Ella *lo acepta*, pero llegará el momento en que los hijos crecerán y la situación será diferente, casi como una expresión de deseo. Sin embargo, no es una queja, es una elección. María planeó cada embarazo y, aunque con el primero se sintió sorprendida, con los otros sabía cuáles eran las condiciones y renunciamentos que implicaban. María no reniega de su maternidad, incluso lo vive mucho más natural y tranquila que las otras mujeres del grupo, pero no pierde de vista el momento en que los hijos ya no dependan de ella. Tal vez por ese motivo, María no querría un cuarto hijo: “No me animo, principalmente por mi trabajo y, en segundo término, por mi paciencia. Porque si yo pudiera trabajar menos y ganar lo mismo, o tener un trabajo más gratificante (...) Porque yo vuelvo con la cabeza llena de problemas, cosas, discusiones... Hay que tener mucha paciencia y energía para llegar a tu casa después de trabajar y atenderlos a ellos”. Como se mencionó anteriormente, muchas veces la relación de estas mujeres con sus hijos se ve mediada por las obligaciones laborales. Con respecto al tiempo dedicado a los hijos, María opina que: “Yo no comparto mucho eso de que lo único que importa es la calidad. Tenés que estar, darles tiempo. Yo a la tarde no voy más a trabajar y por momentos termino loca pero bueno, yo creo que es una gran cosa estar con ellos”. Evidentemente, las alternativas calidad versus cantidad de tiempo, es una temática que forma parte de las frases y los debates que las mujeres actuales tienen y que sirve como ejemplo de las “*contradicciones culturales de la maternidad*” señaladas por Hays (1998) que se producen entre el desarrollo individual de las madres y sus obligaciones maternas. María ya ha estado reflexionando sobre esto o hablándolo con sus amigas (con las que dice conversar mucho sobre maternidad) y ella no concuerda con lo que ve como la opinión femenina dominante. María sostiene que “*hay que estar*”, aunque “*por momentos termine loca*”. Es decir, si bien opina que los hijos necesitan tiempo, por otro lado, parece suponer que el mayor tiempo significa más desgaste o malestar para la mujer.

Al abordar este tema con el total de entrevistadas, se advierte que, dos madres de cada grupo piensan que la calidad del tiempo pasado con los hijos importa más que la cantidad de horas y que una mujer que trabaja aprovecha más el tiempo que les puede dedicar o, dicho de otra manera, que si están todo el día en su casa, no valoran la relación (e incluso la sufren). Esto es una característica propia de la mujer contemporánea, como explicaba Wainerman (2005).

Entre los comentarios, las posturas más novedosas son: en el grupo 1 la de María que, como tiene la posibilidad de trabajar desde su casa mientras una niñera la ayuda, tiende a pensar que es importante

la presencia más allá de la atención que se les pueda dedicar y la de Laura, que por un lado parece supone que a los chicos les conviene la cantidad de tiempo (*“si estás, pueden tenerte siempre que te necesiten”*) pero a ella le conviene lo opuesto (*“si no estás, los valorás más”*). En el grupo 2, se distingue la posición de Andrea, que afirma que las mujeres necesitan sus tiempos y actividades para después disfrutar de los hijos. También se destaca el comentario de Romina, que es la única que afirma: *“no creo que por trabajar la calidad del tiempo sea mejor”*. Aunque ella misma siente que *“no podría estar todo el día en casa”*, también cree que esto depende sobre todo de la personalidad de la mujer. En el grupo 3, para Estefanía, mientras son chiquitos necesitan más presencia materna. Otra novedad de este testimonio es que se trata de la única entrevistada que afirma: *“ahora que estoy todo el día también lo valoro”*, mientras las otras mujeres tienden a desarrollar un discurso que habla de *“agotamiento”*, como Cecilia.

De todas maneras, cuando se les pregunta sobre la posibilidad de estar todo el día con sus hijos, casi todas las mujeres no dudan en exclamar que implica mayor irritabilidad para ellas. Con la excepción de María, que afirma que *el humor materno depende más del carácter de la mujer que del tiempo compartido con sus hijos*, el resto de las mujeres consideran que se enojan más fácilmente si pasan mucho tiempo con los niños. Andrea piensa que *“para no agobiarse”* es importante *“tener tiempo para una”*. Por el contrario, la falta de coherencia aparece en el caso de Estefanía que, mientras por un lado alegaba valorar la posibilidad de estar todo el día con ellos, por otro afirma categóricamente que se irrita mucho más.

En un estudio con mujeres porteñas de altos niveles educativos, se encontró que *“aún cuando algunas entrevistadas fantasearon, previamente a la maternidad, con dedicar mayor tiempo al cuidado del hogar, las experiencias durante las licencias por maternidad disiparon toda duda, hasta el punto de que algunas se refirieron a la pérdida de paciencia causada por el cuidado exclusivo de los hijos* (López y otros, 2009)¹⁸¹. También entre nuestras entrevistadas, es interesante la cantidad de veces que se repite la frase: *“No podría estar todo el día en mi casa”* cuando se les pregunta si las mujeres trabajan por necesidad o por gusto. Para la mayoría, es como si el trabajo fuera un escape o *“un descanso”* en palabras de Estefanía. Y en esto no parece haber mayores diferencias entre los grupos. Al contrario de lo que plantea Wainerman (2005) cuando afirma que las mujeres de sectores humildes trabajan más por necesidad, acá se observa que las razones se mezclan. En el grupo 1 es curioso el comentario de Laura, que menciona tener *“una necesidad psicológica de trabajar”*. Laura parece querer decir: *“Yo estoy todo el día en casa pero tengo otras necesidades”*. En conclusión, la mayoría de las mujeres entrevistadas trabaja más que nada por gusto, independientemente del grupo de pertenencia, aunque mencionan las necesidades del ingreso, también en todos los grupos. Tal vez los comentarios más novedosos sean los de Cecilia, que advierte que trabaja por gusto pero siempre y cuando pueda seguir poniendo a su familia en primer lugar (lo que también le gustaría hacer a Karina) y la distinción que hace Carolina entre las clases de trabajos: *“una cosa es trabajar de secretaria y*

¹⁸¹ LÓPEZ/ FINDLING/ LEHNER/ PONCE/ VENTURIELLO/ MARIO/ CHAMPALBERT. 2009. “Mujeres multifacéticas: conexiones entre maternidad, familia y trabajo”. Instituto de Investigaciones Gino Germani, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires. X Jornadas Argentinas de Estudios de Población.

otra de doméstica. Si trabajás de lo que estudiaste, es distinto”. En este sentido, Carolina parece justificar la importancia que otras mujeres le dan al trabajo, tal como explica Wainerman (2005) cuando afirma que las mujeres de hogares de nivel bajo no comprenden a aquellas que prefieran poner el trabajo por delante cuando no existe una necesidad económica que lo requiera, aunque justifican la importancia dada al trabajo y al ascenso cuando se ponen en la piel de una profesional. Sin embargo, esos estudios mostraban que la mayoría de las mujeres de hogares de nivel bajo preferían que sea el hombre quien trabaja porque el trabajo se asociaba sólo a las ideas de dinero y sacrificio¹⁸². Si bien hay algunos puntos en los que las entrevistas coinciden, como la asociación generalizada entre “hombre y trabajo” y el trabajo femenino siempre condicionado por el hogar, la familia y los hijos; por otro lado se observa una relativización de la visión del trabajo femenino sólo como una ayuda en caso de necesidad. Mientras antes el trabajo era una fuente de sacrificio para los sectores más humildes, hoy se le comienza a dar otra significación, más acorde a valores de clase media. Incluso, aunque se sienten orgullosas de sus cónyuges cuando el ingreso de ellos les permite dejar de trabajar, prefieren no hacerlo. Antes el trabajo consolidaba la entrega a los demás, en vez de ser una instancia de liberación y reafirmación personal. Hoy, los sentidos empiezan a entrelazarse.

Con respecto a los momentos en que se siente superada como madre, María dice:

“Son la mayoría (risas): cuando veo que se me desacomodan los horarios, cuando me olvido que uno tenía que llevar al jardín un pote vacío, que el otro tenía que ir a un cumpleaños... Ahí digo: ‘Bue... paren el mundo acá que me tengo que organizar’. Hay una época del año que es agotadora. O cuando están enfermos. Nunca tuvieron nada grave pero un año se enfermaron los tres juntos una semana antes de la feria judicial, fue un caos, los tres con un cuadro viral, con fiebre, de mal humor, un desastre”.

Este es un ejemplo claro de las tensiones maternidad-trabajo porque, ante todas las situaciones posibles, María opta por mencionar la crisis antes de la feria judicial, destacando que el problema no fue sólo la enfermedad sino también la suma de trabajo que tenía en ese momento. Otra vez se muestra claramente cómo María (al igual que la mayoría de las madres entrevistadas) toma la responsabilidad por cada acto, por cada situación, por cada necesidad que tenga que ver con los hijos. Y tomar la responsabilidad de tanto, conlleva lidiar con sensaciones de estrés, de culpabilidad, de incapacidad, de frustración; porque significa asumir cada olvido o cada error como propio.

Con respecto al momento en que llega de trabajar María comenta que “es un caos”:

“Es la peor hora de mi vida. A veces no logro ni dejar la cartera que están los tres como locos. Vos llegás agotado de trabajar (es curioso que María se masculiniza al hablar de trabajo), pensando que por fin vas a estar en tu casa descansando, pero es un error porque los chicos están enloquecidos por verte. En realidad, vos llegás a atenderlos a ellos, a darles la atención que no tuvieron en todo el día. Yo no puedo ni lavarme las manos, incluso trato de ir al baño antes de salir del estudio porque ya sé que cuando llego están todos con sus requerimientos. Por ahí están contentos, por ahí peleando, gritando, pidiendo cada uno algo distinto... Así que es un momento caótico”.

María parece contradecir la idea un poco romántica de que las madres ansían llegar a casa para estar con sus hijos. Si bien este sentimiento de necesitar más tiempo con ellos aparece en muchas entrevistas, es un deseo mediado por distintas variables, como el ritmo laboral, la presencia del padre o el horario de los mismos chicos. Más allá de las opiniones y sentimientos maternos, la realidad es que

¹⁸² Hay que considerar también el hecho de que el trabajo de Wainerman se basa en entrevistas realizadas entre 1994 y 2004, es decir, casi 10 años atrás.

el cansancio se siente tanto en hombres como en mujeres, con la diferencia que los padres se siguen permitiendo (en casi todos los casos analizados) un momento para reponerse mientras las madres se sumergen sin alternativas visibles en esto que María denomina “caos”.

Con respecto a los momentos en que se siente regocijada como madre, María dice: “*Son los pequeños momentos, cuando uno está acá con ellos y vos los ves que están sanitos y divertidos y relajados y cariñosos. Por ahí no son momentos especiales pero son los momentos en que uno saca como la foto de la situación y decís: ‘Ah, está bueno verlos crecer, son hermosos’*”. María, al igual que Laura, disfruta de los momentos en que los ve independientes, los momentos en que no la reclaman. A diferencia de otras mujeres, que afirman divertirse jugando con ellos o compartiendo otras actividades, María se contenta con tomar la fotografía, observando de afuera que ellos están bien.

Asimismo, Laura, al hablar de ella misma como madre, dice que: “*Trato de prestarles atención, las acompaño, les pongo límites, les hablo, estoy pendiente de sus necesidades, de sus cambios, de su humor... Pero me gusta que sean independientes y sueño con el momento en que hagan su propia vida. De hecho, yo no estoy de acuerdo con esos hijos que viven con los padres hasta grandes. Nosotros vamos a ayudarlas mientras veamos que se esfuerzan pero creo que si les das todo servido, después no se la saben arreglar solos*”. Esta idea es coincidente con la opinión de Andrea, del grupo 2 y con varias otras mujeres, sobre todo de sectores medios, que se concentran en dedicarse a los hijos durante los primeros años pero cuyo objetivo último es brindarles las herramientas para que se conviertan en personas fundamentalmente independientes. Con esto vuelve a aparecer la necesidad de que los hijos se independicen, casi como si los propios intereses fueran contrarios a los de la maternidad, algo así como: “*ahora les doy estos años pero después recupero mi vida*”, idea coincidente también con la de María cuando habla de la “*liberación*” que supuso el fin de la lactancia. Como explica Wainerman (2005), las mujeres de hogares de niveles bajos tienden a tener más cantidad de hijos, lo que tal vez explique por qué la edad de los hijos no es un argumento que justifique la dedicación exclusiva de la madre, como pasa con las mujeres de hogares de niveles medios, para las cuales, las demandas de la crianza están concentradas en un periodo más corto de tiempo. Esto evidencia que la concepción de la maternidad es diferente en ambos sectores: prolongada y permanente en las primeras, acotada y transitoria en las segundas. Esto no significa que los hijos sean una carga menor en los hogares de nivel medio. De hecho, en los hogares de nivel bajo los hijos mayores aparecen como asistentes de los padres (como se vio en el caso de Carolina), mientras en los de nivel medio, requieren una atención y un cuidado mayor al que proporcionan (Wainerman, 2005). En estos hogares, las energías de los hijos se reservan para el momento en que se independicen, ya que no se pretende que se arraiguen al hogar familiar, como suele suceder en los sectores bajos (como en el de Cecilia o Estefanía). “*El particular crecimiento de los hijos, más articulado a la familia en el caso de las clases bajas, más autónomo e individualizante en las clases medias, terminará de sellar en sus progenitoras definiciones diversas de maternidad*”, afirma Wainerman¹⁸³.

¹⁸³ WAINERMAN, C. 2005. *La vida cotidiana en las nuevas familias: ¿una revolución estancada?* Buenos Aires. Lumiere. Página 237.

Con respecto a los momentos en que se siente superada, Laura cuenta que son muchos:

“Desde que nacieron y no sabía cómo calmarles los cólicos, hasta cuando hacían un berrinche o, actualmente, cuando les tengo que decir las cosas mil veces y termino gritando porque no me dan bolilla. Por un lado me siento orgullosa como madre cuando alguien me dice que son chicas respetuosas y responsables o cuando las comparo con otros chicos que se la pasan pidiendo cosas para que les compren. Pero otras veces me siento pésima madre, cuando les grito, cuando ensucian o rompen algo en otra casa, cuando pelean con alguna amiguita o cuando me olvido de algún requerimiento escolar. Y en esos momentos me siento mal en todos los sentidos porque siento que ahora mi único trabajo es ser mamá y esposa y sería horrible si no lo hiciera bien”.

Evidentemente, más allá de la figura paterna, Laura se siente la única responsable por el comportamiento de sus hijas. Tanto cuando resalta una característica positiva, como cuando resalta alguna acción negativa de las niñas, Laura lo hace como si fuera obra de ella. Como si las niñas fueran lo que únicamente Laura hizo de ellas. Con la carga de satisfacciones, presiones y fracasos que este hecho conlleva necesariamente. Además, vuelve a mencionarse la idea de “*mala madre*”, muy presente en todo el relato de Laura, sumada a la responsabilidad de ser exitosa “*como madre y esposa*”, una imagen bien tradicional de la mujer, que Laura trata de llevar a cabo unida a expectativas modernas.

Con respecto a su maternidad, Andrea opina que:

“Es lindo tener hijos. Es lindo el sentimiento que despiertan. Y más los varones. Yo tengo una relación muy especial, muy diferente a la que tiene mi marido. Incluso a veces al padre le dan celos porque él quiere estar siempre conmigo. Yo no me considero una buena madre pero igual frente a mi hijo es un amor incondicional. Soy de las que por ahí lo llaman varias veces en el día para ver cómo está (...) Yo siempre escuchaba a las madres con ese discurso insoportable y ahora me doy cuenta de que es un sentimiento que no se puede describir. Es la desesperación porque no les pase nada, un miedo que no sentí nunca antes”.

Esta imagen de la madre llamando al hijo varias veces al día, “*desesperada porque no le pase nada*” y desplegando el “*discurso insoportable*” que antes criticaba, se contrapone bastante a la de la mujer libre que espera que su hijo “*sepa defenderse solo*”. Por otra parte, aquí aparece (al igual que en el caso de Karina o de Romina), el tema de que los hijos tienen una relación radicalmente diferente con ellas respecto a la que tienen con el padre. Con estas madres, se da el caso de una identificación inmediata con el hijo, una relación de simbiosis que excluye al padre hasta el punto de despertar en él sentimientos de celos. Y, por último, es de destacar el pensamiento de Andrea que se repite reiteradamente a lo largo de la entrevista: “*Yo no me considero buena madre*”. Como se mencionó tantas veces, la maternidad es un universo contradictorio, en el que se mezclan las experiencias y los sentimientos, las aspiraciones y temores, los ejemplos y deseos, las culpas y orgullos. En este sentido, Andrea no escapa a esta sucesión de momentos en el que a veces le parece que está haciendo bien las cosas y muchas otras se siente superada por una situación que no sabe cómo manejar. Al referirse a los momentos difíciles de la crianza, Andrea dice: “*Si tengo que pedir consejos acudo a mis hermanos. Ya me ha pasado que he ido con la inquietud de que no soy buena madre. Porque no es fácil ser madre. Hay momentos que te superan, como cuando no quieren comer o te piden jugar y no tenés ganas o no tenés tiempo, cuando ves que las otras madres le hicieron el traje y vos le compraste el disfraz hecho para no ponerte a coser, o cuando están enfermos. Esos son los momentos en que me digo ‘capaz que si le pasaba a otro lo resolvía en dos minutos’.*” Tanto insistió Andrea en sus dificultades para ser “*una buena madre*” que se indagó acerca de los significados encerrados en dicha expresión. Con respecto a

las características que tendría que tener *una buena madre*, Andrea sostiene:

“Para mí la madre tendría que ser perfecta: saber cocinar, bordar y abrir la puerta para ir a jugar, el prototipo de ‘Susanita’. A veces digo: ‘Mirá qué madre: cocina, le hace un tren con la zanahoria y la torta combinada con el vestido. ¡Y encima trabaja!’ Por un lado son las cosas que admiro pero por el otro me pregunto si con el tiempo le hará bien al hijo tener una madre tan ejemplar. Por un lado me genera un poco de culpa no poder hacer esas cosas pero por el otro le encuentro una fortaleza al hecho de estar criando a mi hijo independiente. Yo podría faltar y es importante que cuando llegue a adolescente tenga la posibilidad de saber tomar decisiones y distinguir lo que está bien de lo que está mal, aunque después los errores los vaya a cometer igual. A mí la madre que le hace todo a los hijos me da un poco de miedo a futuro. En el momento está todo bien, pero después esos padres van a tener que estar con el chico hasta los 82 años porque siguen necesitando los”.

Aquí, se evidencia una similitud con la idea ya planteada por Laura de la necesidad y la utilidad de educar a los hijos para que sean independientes. Pero además, hay frases muy curiosas en el testimonio de Andrea, como: *“¿Le hará bien al hijo tener una madre tan ejemplar?”*. Esta pregunta, encierra en sí misma la contradicción principal que atraviesa el discurso de Andrea. Por un lado, Andrea admira a esas mujeres prácticas (como su madre) y *ejemplares*, que parecen estar en todos lados y cumplir con todos al mismo tiempo, que no se olvidan de los detalles, que tienen algo de tradicionales (porque cosen, porque cocinan) y algo de modernas (porque trabajan) y que *“resuelven en dos minutos”* cuestiones que a ella le parecen imposibles de abordar con calma. Andrea no se preocupa por analizar las posibilidades reales de este modelo. Andrea sólo se siente *“mala madre”* por no poder alcanzar el ideal de *“mujer perfecta”* al que aspira. Y luego, le encuentra la vuelta en base a la justificación de que *“es mejor criar al hijo independiente”*. La conclusión de que esas madres *“le dan miedo a futuro”*, es el fundamento que Andrea encuentra para no verse obligada a cumplir con el modelo. Pero, como en ningún momento Andrea cuestiona la posibilidad real de ser como el ideal impuesto, esta idea de lo que es, lo que le gustaría ser y lo que puede ser efectivamente, se convierte muchas veces en una fuente de insatisfacción, culpas y reproches para su propio rol de madre.

Esta preocupación por “ser buena madre” que expresan la mayoría de las mujeres, es lo que Hays (1998) denomina *“ideología de la maternidad intensiva”*: una actitud que aspira a comportarse conforme el modelo ideal y pretende controlar todo lo que compete al cuidado de los hijos. Según este modelo, el proceso de crianza y educación requiere mucho esfuerzo, dedicación y trabajo con el fin de atender, escuchar, descifrar y dar respuesta a las necesidades y deseos de los hijos, anteponiendo su bienestar a la propia conveniencia (Hays, 1998). Según el análisis de Castilla (2009), la presencia de un imaginario respecto a lo que significa ser una “buena madre”¹⁸⁴, es un elemento de continuidad en las sociedades latinoamericanas que parece trascender tanto las generaciones como las diferencias sociales. Con pequeños matices, este ideal se encuentra presente en todas las mujeres entrevistadas.

De esta forma, Mariela afirma: *“Yo me considero buena madre porque a mí me gusta estar con ellos, compartir, conocerlos, jugar... Yo creo que los hijos pueden tener mil actividades pero al final, lo que más importa son las cosas que hacemos con ellos. Nosotros (con su hijo menor) jugamos al*

¹⁸⁴ Definida como amorosa, que cuida a sus hijos guiada por una esencia “natural” y que realiza una entrega total (en tiempo, dinero y esfuerzos). Una buena madre debe demostrar a los hijos su amor por ellos, no debe perder la paciencia cuando se ve superada en la cotidianeidad de la crianza, debe ser tolerante y llevar a cabo acciones tendientes a promover el bienestar de su bebé. No debe descuidar a sus hijos, ni dejar de estar pendiente de sus necesidades ni de satisfacerlas (cfr. Hays, 1998; García y De Oliveira, 1994; Wainerman, 2005).

carnaval, salimos a caminar por el barrio, charlamos mientras él anda en bicicleta...”. A diferencia de otras entrevistadas, Mariela no evidencia conflictos con este punto. Por el contrario, se muestra muy conforme con la relación que ha establecido con sus hijos. Ahora bien, profundizando acerca de los momentos que la superan, Mariela reconoce que:

“Con Blas siento que se me va de las manos en la escuela: nunca le gustó. Desde primer grado estuve encima de él y con León no pienso hacer lo mismo porque no es bueno. A veces me pregunto en qué fallamos como padres para que él no sea responsable con lo único que tiene que hacer. Pero creo que son problemas normales. En cambio, con León me genera impotencia no poder ponerle los límites. Me vive pidiendo cosas y no le puedo hacer entender que no está bien comprarle todo porque le estás haciendo un daño. Blas nunca pidió nada, ni me contestaba como me contesta León. Pero al chiquito me cuesta más porque yo soy más grande y porque tienen distinto carácter. Yo trato de no concederle todo pero a veces es más fácil darle algo para sacártelo de encima. Mi marido, me dice que no les pongo límites pero siempre es él el que levanta las penitencias. Y los chicos se dan cuenta”.

Por un lado, las dificultades del mayor en el colegio, desata la sensación de frustración que se resume con la frase *“me pregunto en qué fallamos como padres”*, tan común entre progenitores de hijos con fracaso escolar. Por otro lado, el comentario justificatorio de *“supongo que son problemas normales”*. En cambio, con el menor, los inconvenientes son otros, la situación es otra porque, como la misma Mariela analiza, *las personalidades de los chicos son diferentes y ella ya tiene otra edad* y con esto, menos paciencia y energía para poner los límites. Además, aquí aparece el conflicto entre las diferentes posturas que toman los padres y la actitud de los chicos que *“se dan cuenta”*. De todas maneras, esta diferencia de criterios entre madres y padres, aunque es una fuente de conflicto en muchas familias, no parece ser un elemento de mayor importancia en los casos analizados.

Por su parte, Romina, al referirse a sus actividades maternas cuenta que:

“Yo trabajo de 6 a 15. En verano, cuando salgo, vamos a una pileta con las nenas y, en época de clases, van al jardín. Las lleva mi marido (que tiene horario cortado) y yo las voy a buscar. Yo veo a otras madres que van al gimnasio o hacen otras actividades, pero yo no puedo porque me siento culpable. Siento que ya las dejo todo el tiempo del trabajo y entonces después tengo que estar con ellas. Y en vacaciones quiero hacer todo junto, y ellas también me reclaman más en ese momento. Disfrutamos mucho pero después entienden perfectamente cuando me vengo a trabajar porque para ellas siempre fue así”.

Es llamativa la manera frontal en la que Romina reconoce su *culpa* y sus ideas del *“deber ser”*. Es como si el tiempo con las nenas fuera más que nada una obligación, una presión efectuada por el sentimiento de responsabilidad. Pero, por otro lado, recurre a la justificación que la tranquiliza y la libera de lo que sería una gran carga: *las nenas entienden que tiene que volver a trabajar porque para ellas siempre fue así*.

En cuanto a ella como madre, Romina cuenta que:

“Me considero buena madre porque hago lo mejor posible y me parece que funciona porque las veo y me gusta cómo son y cómo son entre ellas. Pero también hay momentos en que siento que me superan las cosas, sobre todo a la noche. Yo me levanto a las 6, entonces no veo la hora de comer e irme a dormir y ellas empiezan: que quiero el plato rosa, que quiero esto, que quiero aquello, que la chiquita se queda dormida... Es difícil que haya una noche que no sea un caos. Yo grito. No tiene sentido, pero grito”.

Por un lado, se destaca la consideración que Romina hace de sí misma como *“buena madre”*, al igual que Mariela. Básicamente su presunción se basa en estar conforme con las características que observa en sus hijas. Este punto es similar a lo que mencionaba Laura, como si las virtudes de sus hijas fueran méritos suyos, con la contrapartida de que los defectos infantiles también se vivencian como responsabilidad propia. Por otro lado, hay una clara descripción de lo que Romina define como

su momento de caos. Como pasa con otras mujeres (María o Laura antes de dejar el trabajo), en los testimonios suele aparecer este momento de cansancio, después de un día de trabajo y corridas, como el más propenso a que surjan los conflictos

Con respecto a su maternidad, Estefanía suspira y reflexiona: *“A veces pienso que antes de ser madre hubiera estado bueno terminar la escuela, hacer alguna carrera, tener una casita para poder estar más tiempo con ellos... En cambio yo hice todo a las apuradas, entonces al más grande casi no lo veo: a la mañana viene al jardín, a la tarde duerme la siesta y cuando se levanta yo me voy a la escuela. Entonces no los disfruto más que un fin de semana”* Acá aparece cierto sentimiento de falta en el que ella se responsabiliza de una situación que, cree, *“podría haber sido diferente”* si ella no hubiera quedado embarazada o si hubiera terminado la escuela en su momento. Y el malestar radica siempre en lo mismo: la imposibilidad de *“disfrutarlos más, estar más tiempo con ellos”*. No obstante, Estefanía dice:

“Yo creo que soy buena madre. Hay momentos en que no me alcanzan las manos pero me siento orgullosa de poder hacer todo a la vez. Cuando me estaba separando, me levantaba, los llevaba al jardín, me iba a trabajar a la empresa de limpieza, salía, los iba a buscar, cocinaba, limpiaba, iba a la escuela y estaba cada vez que ellos necesitaban. Todo sola. Pero a veces veo que hay mujeres, como mi prima, que no trabajan y se la pasan pidiendo cosas a la madre para sus chicos. Me gustaría pasarle un poco de voluntad...”

Evidentemente, aunque Estefanía no lo exprese con esas palabras, la enorgullece ser una mujer que no depende de nadie para salir adelante. Prefiere tener un hombre a su lado, y tal vez le gustaría contar con la ayuda de algún familiar (como tiene su prima), pero en el fondo se siente orgullosa de considerarse a sí misma *todo lo que sus hijos necesitan*. Esta idea de que la madre es *“todo lo que los hijos necesitan”* se expresa de diversas maneras en casi todas las entrevistas de todos los grupos¹⁸⁵, incluso en los testimonios de las mujeres que se jactan de sus concepciones “modernas” y/o “igualitarias”. Para Wainerman, la creencia de las mujeres de hogares de nivel bajo de *“que las mujeres pueden desempeñarse en un conjunto variado de ocupaciones no expresa entonces una concepción igualitaria de los géneros sino más bien una fuerte reafirmación de la entereza y voluntad que puede alcanzar una mujer. Para ellas, la fortaleza femenina radica, justamente, en la maternidad y en la entrega a los suyos”*¹⁸⁶, como le sucede a Estefanía.

Con respecto a los momentos difíciles de la maternidad, Estefanía dice: *“Me siento mala madre cuando estoy cansada o nerviosa y vienen a pedirme ayuda con algo o que juegue con ellos y los saco a los gritos. En esos momentos, me gustaría tener más paciencia. Pero en general, soy más bien de las que se la pasan todo el día repitiendo lo mismo porque no le dan bolilla”*. Otra vez la impotencia de no saber cómo compatibilizar necesidades personales y familiares, tal vez por la misma inconveniencia de visualizarse a sí misma como *“todo lo que los hijos necesitan”*.

En cambio, la visión que Carolina tiene de sí misma como madre, es totalmente diferente. Ella reconoce que: *“Siento que la situación me supera casi siempre, pero trato de no darles bolilla porque sino termino tirada en la cama, derrotada (...) Supongo que debo ser buena madre, no sé, eso lo*

¹⁸⁵ Con la excepción de Carolina, del grupo 3.

¹⁸⁶ WAINERMAN, C. 2005. *La vida cotidiana en las nuevas familias: ¿una revolución estancada?* Buenos Aires. Lumiere. Página 248.

sabrán los chicos. Pero yo siempre me guío porque tienen un buen padre... Yo siempre digo que si no tuviera a Marcelo, no sé, harían lo que quisieran conmigo". Es curiosa la figura que toma el padre. En esta familia, el rol materno parece estar desdibujado a la vez que se sobre-dimensiona el paterno. A diferencia de las otras entrevistas, Carolina no se siente la responsable última de los hijos sino que le confiere ese papel al cónyuge. De hecho, parece que su mayor orgullo como madre fuera el *"haberles dado ese padre"*. Con respecto a las actividades compartidas con los hijos, Carolina comenta: *"Cuando mis hijos eran chiquitos y yo no trabajaba, se la pasaban jugando afuera y yo mirando todo el día novelas"*. Este comentario parece reforzar o confirmar la concepción predominante entre las mujeres de que *la calidad del tiempo dedicada a los hijos importa más que la cantidad y que, al trabajar, se valora y se aprovecha más el tiempo con ellos*.

Por su parte, al describirse como madre, Cecilia reconoce: *"Con Beto soy muy posesiva, lo llamo a cada rato por teléfono, me gusta que me diga lo que está haciendo. Eso es algo que me gustaría cambiar pero, mientras vivan conmigo, yo me haré responsable de ellos. Y... la verdad es que no quisiera que se fueran nunca"*. Acá, Cecilia evidencia un doble discurso en el que por un lado, reconoce una característica que dice querer cambiar, pero por otro, se siente habilitada para tener esas actitudes porque se considera la principal responsable de los hijos. Es curioso cómo, mientras la mayoría de las mujeres de sectores medio se proponen criar hijos independientes, con una temprana autonomía para lograr ellas mismas más espacios de individualismo (como María y Laura), Cecilia no cree que la dependencia sea el precio que ella tiene que pagar por haber tenido hijos sino que, por el contrario, la dependencia es el precio que sus hijos deben pagar por tenerla como madre. Para Marcús (2003), sentir a sus hijos como propios, es decir, como parte de sus pertenencias, reproduce y afirma aún más el lugar de madre como dadora de identidad: *"Los hijos se convierten en elementos clave a partir de los cuales se define esta identidad, ya que el rol maternal les brinda recompensas y gratificaciones que no encuentran en otros ámbitos de sus vidas"* (Marcús, 2003)¹⁸⁷.

El ejemplo de sus propias madres y otras personas influyentes

Al hablar de la relación con su madre, María afirma:

"Mi mamá es la persona a la que le pido consejos, fundamentalmente porque siempre trabajó y pudo manejarlo bastante bien. Como hija mayor tuve que colaborar, pero lo vivía naturalmente. En cambio mi hermano ha tenido cierta sensación como de 'abandono'. Yo cuando necesitaba atención, la pedía; pero el que no sabe demandar, capaz que sufre más. Entonces ahora, como mamá, trato de estar más atenta a mis hijos. No es solamente tener tiempo sino que también tenés que estar emocionalmente disponible y predispuesta".

En este relato aparece la figura y el ejemplo de la propia madre que había podido desarrollar su carrera teniendo hijos chicos. Ciertamente esta vivencia delineó las expectativas y las opiniones de María, quien en ningún momento pensó en postergar su profesión por los hijos. No obstante, la experiencia vivida como hija la lleva a tener en cuenta otras variables, como las diferentes necesidades de los niños, basadas en sus características personales.

Por su parte, Karina cuenta que la relación con su madre es muy distinta a la que ella trata de tener

¹⁸⁷ MARCÚS, J. 2003. *"'Por nuestras hijas', vínculos en las familias"*, en: MARGULIS, M., y otros, Juventud, cultura, sexualidad. La dimensión cultural en la afectividad y la sexualidad de los jóvenes de Buenos Aires, Buenos Aires, Editorial Biblos.

hoy con sus hijas: *“Jugamos a la mamá, preparamos comidita, hacemos manualidades, le festejamos el cumpleaños al perro... Pero me gustaría dedicarles más tiempo. Algo que tal vez yo sufrí y que querría evitar de mi mamá fue que ella trabajaba mucho y a mí me hubiese gustado compartir otras cosas. Además, no era tan cariñosa y yo eso decidí cambiarlo con mis hijas”*. Se advierte que Karina, a diferencia de otras mujeres, no comparte sólo las tareas que involucra responsabilizarse por la maternidad sino que también tiene con sus hijas un abanico amplio de actividades recreativas y lúdicas. El reclamo de tiempo es contante durante la entrevista, pero sólo en este apartado aparece la experiencia de su propia niñez como explicación de la necesidad de presencia materna.

A su vez, con respecto al ejemplo de la generación anterior, Laura comenta:

“Creo que mi mamá y mis suegras fueron buenas madres pero trato de no pedirles consejos para que no se metan. Sobre todo al principio, cuando más dudas tuve, trataba de consultar al médico porque no quería que me juzgaran. Ahora estoy más relajada y no tengo este inconveniente. Además, ellas me ayudan mucho en el cuidado de las nenas cuando estudio, cuando viajo, cuando quiero estar con mi marido... Lo que no volvería a hacer es dejárselas para trabajar en un horario fijo porque es imponerles una obligación que trae conflictos. Llegado el caso tendré que discutir con mi marido la posibilidad de una niñera”.

Aquí vuelve a aparecer su preocupación por la opinión del entorno y la altivez que le impidió contar con apoyo familiar en el momento que más lo necesitaba. En cambio, Laura (como Karina) prefiere recurrir a profesionales, lo que se relaciona nuevamente con la cientifización de la maternidad. La medicina se introduce en la crianza de las madres y, a la vez, las madres (o al menos estas) recurren a la ciencia para no sentirse juzgadas, sobre todo por otras madres, como las abuelas. Además, en el relato de Laura surge nuevamente su intención de volver a trabajar y los posibles conflictos que esta situación traería desde un comienzo.

Con respecto al ejemplo de su propia madre, Andrea se siente agradecida por la manera en que fue criada, sobre todo en lo referente a su independencia: *“A mí me pasó que mi mamá no estuvo más cuando tenía 17 años y yo supe hacer frente a un montón de situaciones. Ella fue muy sabia porque me iba diciendo lo que iba a tener que enfrentar más adelante sin decirme ‘te lo hago yo’. Mi vieja era muy práctica, aunque de cocina no supiera nada”*. Esta característica de la madre, esta independencia que le inculcó, es una de las cualidades que Andrea más conscientemente ha desarrollado y que busca desarrollar en su hijo. Al igual que otras entrevistadas (como María y Laura), estas mujeres tienen la creencia de que su rol de madre es fundamentalmente darle las herramientas a los hijos para que se defiendan solos, sin entorpecer la *“libertad”* (como dice Andrea) de ambos. Por el contrario, mujeres como Karina o Cecilia tienden a desarrollar un vínculo más dependiente con sus hijos pero, en estos casos, es una característica que se relaciona más con sus diferentes personalidades y experiencias que con sus grupos de pertenencia.

Por su parte, Mariela cuenta que la relación con su madre no siempre fue fácil:

“Ahora me llevo bien, pero fue difícil estar trabajando juntas, antes nos peleábamos mucho. Cuando era chica mi mamá me daba buenos consejos y me ponía los límites, yo trato de imitar eso. Pero trato de evitar otras cosas, como el hecho de que haya sido intermediaria entre mi papá y yo. Mi papá estaba pero yo no tenía comunicación con él, los permisos y esas cosas las arreglaba mi mamá. Y tampoco me gustaría sobreproteger a los chicos como lo hizo ella: mi mamá me infundió muchos miedos, incluso a mi papá”.

Este punto tal vez explique la conformidad de Mariela con la relación de su marido con los hijos, ya que ella trata de evitar la interferencia que le molestó de su madre. Por otro lado, sobresale la idea

de no sobreprotegerlos ni infundirles miedo. El tema de la independencia, dependencia, libertad y sobreprotección, aparece en todas las entrevistas. Este asunto es mencionado de diferentes maneras por todas las mujeres sin excepción, como si fuera una temática ineludible en la actualidad. De todas maneras, a pesar de lo característico de la cuestión, lo curioso es que las posturas y opiniones frente a esto, son muy diversas y sin relación con el grupo al que pertenecen las mujeres. Por ejemplo, en el grupo 1, Karina desarrolla una relación de dependencia mutua con sus hijas, totalmente diferente a la referida por María y Laura. En tanto, en el grupo 2, Mariela y Andrea abogan por la independencia de sus hijos frente a Romina que no lo hace. Finalmente, en el grupo 3 también se dan estas diferencias, aunque en distinta proporción. Mientras a Carolina le gustaría que sus hijos se independizaran, Estefanía y Cecilia desearían mantenerlos el mayor tiempo posible.

Con respecto al ejemplo de su propia madre, Romina afirma: *“Mis padres hacían muchas diferencias con los hijos, mi hermano era de mi mamá y yo de mi papá. Y eso fue algo que yo, como madre, siempre traté de evitar. Cuando quedé embarazada de la más chica, me costó entender que yo no iba a hacer diferencias y lo tuve que trabajar mucho con la psicóloga. Pero creo que funcionó porque ellas se llevan re bien. Igual tengo varias características de mi mamá. Las cosas que me gustaban, trato de imitarlas”*. El tema de las *“diferencias entre hermanos”*, parece haberla afectado hasta el punto de preocuparle el nacimiento de su segunda hija y tener que trabajarlo en terapia. Pero cuando observa lo bien que se llevan entre ellas, siente que hizo bien las cosas e incluso es un punto que destaca cuando justifica el sentirse *buena madre*.

Con respecto a los consejos sobre maternidad, Estefanía comenta:

“A las abuelas de los nenes trato de mantenerlas al margen porque no quieren que los rete y terminamos peleando. Cuando hay algún problema, lo hablamos con mi pareja o le pido consejo a mi abuela. De mi mamá no me gustaría imitar nada. Con mi abuela tengo mucha mejor relación. Ella me vivía diciendo: ‘Negra: andá a la escuela, pórtate bien, cuidado con lo que hacés’. Cuando vivía con ella me llevaba el mate a la cama y cuando iba a algún lado, me llamaba para ver si había llegado bien. En cambio mi mamá nos gritaba ‘¡Levantate!’”.

Aquí se vuelve a mencionar la mala relación con su madre, que de alguna manera influyó en su embarazo precoz y en el abandono de sus estudios secundarios. Frente a esta imagen, Estefanía superpone los consejos de su abuela. Aunque ella no le hizo caso en su momento, nunca dejó de reconocer su valor y ahora, como madre, es el ejemplo que trata de seguir.

Con respecto a las personas que le brindan consejos acerca de la maternidad, Cecilia dice que: *“Las cuestiones más sencillas, se las cuento a mi mamá. Cuando Beto me agarra la moto y me la deja sin nafta, la llamo a mi vieja y ella le encuentra la vuelta para que no me enoje con él. Beto siempre me envuelve, me convence y yo caigo. A veces mi sueldo entero se lo doy para que tenga buena ropa y pueda ahorrar para comprarse un auto. Mi marido dice que yo lo malcrío pero vos te das cuenta que él vive para ellos”*. Por un lado, Cecilia deja entrever que el hijo mayor aprovecha las ventajas de sus capacidades frente a una madre que se considera a sí misma intelectualmente inferior y que toda la vida se lo ha hecho saber (*“Beto me hacía los trámites, Beto me acompañaba porque yo no podía desenvolverme sola”*). Pero por otro lado, aparece la decisión consciente, estudiada e, incluso compartida con su cónyuge, de *“darle todo”*. Desde el momento en que pensaron en la paternidad, esta

pareja acordó “*no dejarles faltar nada* (a los hijos)”. Entonces, aunque Cecilia en algunos momentos se queje, rápidamente busca una aliada (su madre) que no la deje enojarse con el hijo. Y aunque el marido suele reprocharle que lo malcría, “*vos te das cuenta que él vive para ellos*”.

Al responder acerca de la educación de su propia madre, Cecilia dice que: “*Le agradezco que me enseñó a ser limpia y a tener códigos en la vida, a ser seria, leal. Me exigía mucho: yo ni salía a la vereda, ni decía malas palabras y me horrorizaba de las chicas que cambiaban de novio*”. A juzgar por sus opiniones y costumbres, Cecilia continúa dándole un valor extraordinario a la limpieza (su casa es una clara evidencia) y sigue teniendo valores tradicionales y conservadores, que colocan a la familia en primer lugar a la hora de tomar decisiones o repartir tiempos y energías. Sin embargo, en otras cosas, Cecilia da cuenta de una modificación de sus consideraciones, sobre todo en lo que refiere a los roles femeninos. Mientras en el pasado, Cecilia creía que la mujer debía permanecer en su hogar (como ella misma hizo desde chica y hasta hace pocos años), ahora valora la posibilidad de que las mujeres puedan estudiar, trabajar y desarrollarse profesionalmente. Los roles de género, que se aprenden fundamentalmente durante la infancia a través del proceso de socialización, se producen y reproducen en la vida cotidiana, en la interacción interpersonal, en el marco de un sistema que define lo que es apropiado y lo que no para ellos y para ellas (Thompson y Walker, 1995¹⁸⁸; Zvonkovic et al. 1996¹⁸⁹). Desde el siglo XIX, cuando se separaron los ámbitos públicos y privados, a los hombres se les asignó el primero y a las mujeres el segundo siguiendo un orden jerárquico, junto a determinadas representaciones de lo masculino y femenino. Estas asignaciones fueron reforzadas por la acción e instituciones como la familia, tal como le sucedió a Cecilia.

5.2. RELACIONES DE GÉNERO

Paternidad

Con respecto al vínculo padre-hijos, María cuenta que:

“Mi marido fue cambiando mucho. Al principio es como que el bebé está con la mamá, y ellos no saben qué hacer: siguen durmiendo de noche, durante el día hacen su trabajo, y todavía cuando llegan quieren cenar y vos estas reventada, no podés ni hablar. Me acuerdo una noche que yo estaba amamantando a la nena para hacerla dormir y él estaba cenando solo... me quedo eso grabado, me pareció un horror no poder bajar a comer con mi marido. Él no me hacía ningún planteo pero por ahí pretendía que estuviera de buen humor y yo no podía; estás mal, viste, mal dormida, agotada de levantarte cada tres horas... Pero mi venganza vino cuando dejaron la teta y yo me liberé: ¡el padre que se encargue de la mamadera! Ahora nos repartimos mucho más las tareas, por ejemplo: al médico va el que pueda según el horario”.

En este testimonio vuelve a mostrarse la imagen de una mujer que se siente prisionera de su teta. Primero se destaca la mezcla de aceptación/justificación y recelo que despierta la despreocupación masculina. Luego, el desencuentro con la pareja que supone la presencia de un tercero, tal como sentía Laura. Además, la incomprensión del marido, que espera que las cosas no cambien, frente a María que siente que nada es como solía ser. Y, por último, *la venganza y la liberación*. Es muy significativo que María utilice expresiones tan cargadas de sentimientos. Es como si hubiera sido una lucha hasta

¹⁸⁸ THOMPSON/ WALKER. 1995. “The place of feminism in family studies”, en *Journal of Marriage and the Family*, 57.

¹⁸⁹ ZVONKOVIC/ GREAVES/ SCHMIEGE/ HALL. 1996. “The marital construction of gender through work and family decisions: a qualitative analysis”, en *Journal of Marriage and the Family*, 58.

liberarse de la obligación de amamantar (es decir, del deber de no poder separarse del hijo) y lograr la *venganza* contra la figura masculina que no llevaba dicha obligación. María continúa diciendo:

“Aunque él ahora se ocupe más de los chicos, yo siento que soy la que organiza todo. En mi cabeza está todo, cosa que les cuesta a los demás reconocer (¿a quiénes, a su marido?), pero siento que tengo la responsabilidad... Por ejemplo, el miércoles pasado yo tuve una capacitación y le dije (a su marido): ‘Bueno, encárgate de la comida y de buscar a Agustina’, que había ido a la casa de una amiga. Pero cuando llegué, la comida no estaba, la nena no estaba y todavía le faltaba hacer las tareas... Entonces, bueno, ahí es donde explotás un poquito”.

Esta idea de la responsabilidad es característica de todas las entrevistas. Aunque las mujeres trabajen, estudien o hagan otras actividades, la responsabilidad de los hijos y de la organización doméstica sigue siendo tarea exclusiva de la madre. Tal como analiza Wainerman (2005), la agenda la llevan las mujeres.

Al respecto, en un estudio con parejas del mismo estatus profesional, Biernat y Wortman (1991) encontraron que las mujeres contribuyen en mayor grado que sus esposos tanto al cuidado de los hijos como con el resto de las actividades de la casa, lo que genera tensión en el rol familiar y de pareja¹⁹⁰. Lee-Blair y Johnson (1992) también señalan que, aunque la participación de la pareja es mayor cuando la madre trabaja fuera del hogar; la mujer tiene siempre más carga de actividades en el hogar que su pareja, específicamente en aquellas actividades relacionadas con la planificación de dichas tareas¹⁹¹, como le pasa a María.

Frente a esto, algunas madres se quejan más y otras menos, algunas dan más espacio al hombre y otras menos, algunas los justifican más y otras menos, pero la realidad muestra que (con excepción tal vez de Carolina, del grupo 3) la inmensa mayoría se siente más indicada, más capacitada, más preparada y dispuesta a desarrollar estas labores para las que no cuenta con el hombre, en parte porque no puede, en parte porque siente que no debe y en parte también porque no quiere. Este es el núcleo duro de la identidad femenina y constituye una continuidad en medio de los cambios en materia de participación del padre y de las responsabilidades laborales y de provisión del hogar. Es probable que los ámbitos domésticos, del que tanto tratan de diferenciarse por un lado, por el otro siga conteniendo aquellos elementos que son en última instancia importantes en su definición como mujeres. Es probable que ellas se sigan viendo a sí mismas como esencialmente más aptas y que en ello radique parte de sus sentimientos de conformidad consigo mismas, con sus cónyuges y con la división de roles actual. Kaufmann (1992) habla de capital negativo para referirse a esta situación en la que lo importante no sería tanto la actitud cómoda del marido sino la fuerza que lleva a la mujer a actuar más y mejor: las mujeres dispondrían tanto de conocimiento y destrezas sobre la reproducción doméstica como de estándares más altos de orden, limpieza y atención de los hijos que los varones¹⁹². Este capital refuerza la resignación ya que las mujeres sienten que los intentos de hacer colaborar al hombre son más irritantes que encargarse ellas mismas. Como María, que “*explota*” pero sólo “*un poquito*” y se queja, pero tal vez no porque busque una división diferente de tareas sino porque reclama ese

¹⁹⁰ BIERNAT/ WORTMAN. 1991. *Sharing of home responsibilities between professional employed women and their husbands*. J Pers Soc Psychol: 844-860.

¹⁹¹ LEE-BLAIR/JOHNSON. 1992. *Wive's perceptions of the fairness of the division of household labor: The intersection of housework and ideology*. J Marriage Fam: 570-581.

¹⁹² KAUFMANN. 1992. *La trame conjugale. Analyse du couplepar son linge*. París. Editions Nathan.

reconocimiento que no hacen a la importancia de su labor. Incluso es paradójica la dualidad del relato de María, que en otro momento sentía que no hacía nada útil y que no estaba siendo productiva al ocuparse de sus hijos.

Por su parte, Karina, al referirse a la relación de su marido con las nenas, reconoce:

“A él le cuesta adaptarse, se desespera por todo lo que les pasa y eso le complica la relación. Ellas siempre prefieren quedarse conmigo. Todo es con mamá: ‘A mí me lleva mi mamá’, ‘A mí me peina mi mamá’, ‘Porque así no lo hace’, ‘Porque vos no sabés’. La chiquita tiene otro carácter, lo sigue un poco más y lo está ayudando, entonces él se da cuenta que es más fácil si se relaja desde el principio. En cambio la más grande es de marcarle el paso. Y yo le digo que él es el adulto que tiene que demostrarle otra cosa. Por ejemplo, si hay una fiestita en el jardín, ‘andá un ratito para que te vea, porque por ahí para vos es una pavada que haga de mariposita, pero para ella es MUY importante’. Este año lo manejó mejor y la nena lo notó, pero tiene que darle tiempo para que se adapte porque por muchos años estuvo ausente. Yo intento darle lugar pero cada vez que se las tengo que dejar, a los cinco minutos me está llamando por teléfono porque no sabe qué hacer, porque llora una, porque la otra quiere tal cosa. Yo me doy cuenta que él lo intenta y le cuesta. Igualmente ha cambiado mucho. Charlamos este tema y lo entiendo, pero llega un momento que me canso porque me termino sobrecargando yo con demasiadas cosas”.

La situación vivida por esta familia, podría tomarse como un buen ejemplo de la teoría de Badinter (1993) sobre el triple salto que tienen que hacer los padres respecto de sus masculinidades al hacerse cargo de los hijos. Como explica la autora, no basta con cuestionar el modelo paterno para ser capaz de crear uno alternativo: *“Es necesario ignorar los problemas de la identidad para creer que una misma generación de hombres, educada bajo el antiguo modelo, puede realizar de golpe el peligroso triple salto: el cuestionamiento de una virilidad ancestral (la del modelo agresivo antiguo), la aceptación de una feminidad temida (en el sentido de que el varón tiene algo de femenino que no va en contra de su virilidad) y la invención de otra masculinidad compatible con ella (la virilidad del hombre reconciliado)”*¹⁹³.

Parece que Karina tiene una visión bastante contradictoria con respecto a la relación padre-hijas. Por un lado, justifica al cónyuge destacando la dificultad que supuso para él la paternidad y valorando sus intentos de acercamiento. Por otro lado, es posible que las nenas hagan eco de su propia actitud frente al tema: la misma Karina es la que piensa que nadie hace las cosas mejor que ella y ese es el discurso que las nenas repiten frente al padre. Por otro lado, aparece un intento de cambiar las cosas, sobre todo cuando Karina se ve sobrepasada por las mismas responsabilidades que ha ido acumulando. En estos momentos, se advierte el ensayo de ceder alguna parte de terreno al marido (siempre más por necesidad que por gusto) y el fracaso del padre, acostumbrado a no ser el que resuelve estas situaciones. Con esto, se observa nuevamente la contradicción de Karina: por un lado reclama presencia paterna activa para poder relajarse un poco y, por otro lado, se siente casi orgullosa de ser la que en definitiva tiene el rol principal en la novela de la crianza. Es decir, por un lado está la sobrecarga que siente por ser la principal responsable y, por el otro, se presenta el disfrute de cierto poder (otorgado por los niños al escoger a uno de los dos padres) que permite el monopolio de la toma de decisiones en torno a ellos. De hecho, autoras como Oliveira (1998) han sugerido la posibilidad de que las resistencias de las mujeres al cambio puedan deberse en alguna medida a su rechazo a la

¹⁹³ BADINTER, E. 1993. *XY La identidad masculina*. Alianza Editorial, Madrid. Página 223

pérdida del poder que se deriva del control sobre el trabajo doméstico y la crianza de los hijos¹⁹⁴. Pero en última instancia, por más justificaciones y denominaciones que ella le busque, el problema de relación entre padre e hijas se basa en la ausencia paterna, y el pedido de Karina de más participación, se explica por su necesidad de reducir el estrés.

Según Wainerman, las mujeres que están más comprometidas con una carrera profesional tienden a cuestionar el doble estándar de cuidado de los hijos (que asigna más importancia a la madre) y reclaman mayor compromiso paterno. De todas maneras, como advierten que la presencia del padre no compensa la ausencia materna, experimentan un importante sentimiento de culpa. De acuerdo con Kaufmann (1992), en el caso de la vida conyugal, las mujeres que aspiran a la justicia calculan sus contribuciones en términos de deuda. Computan, de este modo, sus esfuerzos suplementarios y buscan equilibrar las diferencias a través de la negociación y la definición de reglas conyugales, como están haciendo las entrevistadas.

A su vez, Laura, con respecto a la función paterna cuenta: *“Cuando la más grande nació, mi marido era el encargado de bañarla, de hacerla dormir... Después empezó a trabajar más y ya no tiene tiempo de acompañarnos al médico o ir a los actos. Ahora trata de estar para compartir las comidas, llevarlas al jardín y jugar los fines de semana. Igual ellas se acostumbraron bien y disfrutaban mucho su relación”*. Evidentemente, la responsabilidad del hombre frente a la paternidad fue perdiendo terreno al igual que con las tareas domésticas. Sin embargo, se advierte que los escasos tiempos compartidos con las hijas, son bien aprovechados y no hay reclamos de Laura en cuanto a esto. También es curioso el tipo de vínculo que el padre desarrolla con sus hijas. Mientras Laura tiene una relación fundada en las obligaciones (cumplir horarios, hacer los deberes, bañarse, comportarse), el padre es el que comparte con las niñas el espacio lúdico. Esto puede tener que ver con que los padres trabajan muchas horas y en los escasos momentos en que están, prefieren evitar los conflictos. Algo similar le sucede a Andrea, cuando cuenta que: *“El rol del padre es básicamente malcriarlo. Él por ahí trabaja cuatro días seguidos, pero el tiempo que está en casa le da todos los gustos. Con el padre van a los video juegos y salen a gastar. El resto de las cosas las hace con la niñera: van a la plaza, andan en bicicleta o juegan a los juegos que les compra el padre”*. Evidentemente, las actividades más recreativas, el nene las hace con la niñera o con el padre. Con respecto al estilo de crianza, Andrea afirma que: *“Él siempre está preocupado por darle a los hijos todo lo económico y yo le digo que algún día esos chicos van a tener que saber defenderse solos”*. Aunque no comparten esta visión, tampoco genera mayores conflictos e incluso se vislumbra cierto orgullo de esta característica del marido. Sin embargo, Andrea rememora lo que le pasó con su madre y se siente agradecida de haber podido saber hacer las cosas por sus propios medios.

Con respecto al vínculo de su marido con los hijos, Mariela cuenta: *“A veces los chicos están más con el padre que conmigo porque él sale de trabajar antes, los va a buscar a la escuela y se queda con ellos hasta que yo llego, a la noche. Es muy compañero, les habla mucho, incluso se interesa por la*

¹⁹⁴ OLIVEIRA, O. 1998. “Familia y relaciones de género en México”, en Schmuckler (coord.), *Familias y relaciones de género en transformación*, México, Population Council/Edamex, pp. 23-52.

vida de sus amigos, es algo que a mí no me nace, pero es importante saber con quién están tus hijos". Lo comenta con admiración, ni con celos ni con malestar por no compartir esas cosas con ellos. En este sentido, su discurso es diferente al de otras mujeres entrevistadas que intentan acaparar la atención de sus hijos, compitiendo incluso con los padres.

Por su parte, Romina dice: *"Mi marido con la primera estaba más complicado laboralmente y no compartió muchas cosas. Después cambió y con Isabella estuvo mucho más. Igual yo ahora le doy más lugar. Con Valentina trataba de estar todo el tiempo yo, volvía del trabajo y no la quería soltar"*. Esta situación se asemeja mucho a la narrada por Karina, aunque Karina no llega a reconocer su parte de responsabilidad en las dificultades de la relación padre-hijas, como sí lo hace Romina. Según Wainerman (2005), las mujeres intentan justificar la ausencia masculina y hasta se sienten culpables por no poder revertir la situación de desigualdad, mientras esperan pasivamente que el hombre advierta la injusticia y tome la iniciativa. Esta resignación se justifica por el desgaste y la frustración que se da cuando se pide y no se obtiene colaboración.

Al hablar de la cantidad ideal de hijos, Andrea dice que a ella le gustaría tener otro: *"Querría que Lautaro tuviera un hermano más acorde a su edad pero mi marido tiene 55 años y dice que ya está muy grande. Igual mi hijo tiene muchos primos, así que tampoco es algo que me desespere"*. De las entrevistas realizadas, este es el único caso en que el cónyuge tiene varios años más que la mujer, y viene de una relación anterior, de la que tiene hijos grandes. El tema de la diferencia de edad, no parece influir en la pareja más que en este punto, como tampoco se menciona como una situación conflictiva el hecho de que se trate de una familia ensamblada, a diferencia del caso de Estefanía, que sí afirma tener inconvenientes en las relaciones con sus ex parejas. En este sentido, Estefanía afirma que, al principio, el padre de su segundo hijo aceptaba bien al mayor: *"Nunca le dejó faltar ni comida, ni pañales, ni nada. Incluso lo cuidaba mientras yo trabajaba. Pero cuando nació el segundo, ahí fue que se hizo la diferencia. Un día le pegó por una pavada y yo dije 'basta' y me separé. Hoy tenemos muy mala relación porque se quedó sin trabajo y no me da ni para los pañales. Con el papá del más grande también hay problemas porque, cuando tuvo otro hijo, le empezó a sacar a este para darle al otro"*. Aunque reconoce que estaba muy enamorada, Estefanía prefirió separarse al advertir inconvenientes, lo que evidencia la importancia que ella le da a los niños por encima de sus parejas. También se nota la estrecha relación que ella establece entre "cariño y pañales": ser buen padre es "darle cosas al nene" y esas cosas son: primero pañales, después leche y después el resto. Además, sobresale la visión del hombre como principal proveedor del hogar. El hombre que quiera estar con ella, tendrá que sostener económicamente a la familia, incluidos (por supuesto) todos los hijos de Estefanía. Esta característica de aceptación de todos sus hijos, es lo que ella más valora de su pareja actual: *"Él los trata a los tres chicos por igual. Incluso ahora les da más tiempo a los grandes para que no se pongan celosos del bebé"*.

Con respecto a la relación de su marido con los hijos, Carolina comenta: *"Mi marido es muy aguantador. Si los chicos necesitan plata les da, si necesitan ayuda les da. El otro día Belén se peleó con una chica y vino con el ojo negro, entonces Marcelo voló para allá a discutir. Como padre es*

ejemplar. Como marido también". Acá se vuelve a reforzar el rol paterno y se mencionan dos funciones principales: el sostén económico y la protección. Además, se muestran los valores expresados por el ejemplo, que en este caso parece ser la confrontación en caso de conflicto.

Por su parte, al hablar de relación padre-hijos, Cecilia afirma que:

"Mi marido es muy buen padre. Aunque trabaja mucho, siempre está cuando lo necesitan. Jamás les pegó, pero Beto le tiene muchísimo respeto, ya con la mirada. Con Isaías somos más blandos. Cuando llega a casa, mira televisión mientras Isaías se le sube arriba. A veces se acuesta y el nene va también, o llega mi cuñado y se tiran los dos a molestarlo. A la noche Isaías se duerme en la cama grande con él y yo me tengo que ir a la habitación de Beto. Es un desastre esto" (risas).

Trabajo y presencia son dos elementos necesarios para una buena paternidad, según esta visión. La diferencia está entre los hijos: con el primero autoridad, con el segundo, permisiones, algo similar a lo que sucedía en el caso de Mariela. Por otro lado, se destaca en este testimonio, el lugar central que la pareja otorga al hijo menor hasta el punto de permitir que desplace a la madre de la cama matrimonial.

Hablando de los tipos de participación paterna, LaRossa (1989), distingue tres: el compromiso es el tiempo empleado en la interacción con el niño, la accesibilidad es el tiempo que los padres están haciendo otra actividad pero están disponibles para responder ante alguna necesidad infantil y la responsabilidad remite a la persona que actúa como encargado último. En este sentido, si bien los padres se muestran más comprometidos y accesibles, la responsabilidad sigue siendo de la madre¹⁹⁵. De todas maneras, Wainerman (2005) advierte que esta paternidad más activa, tiene lugar principalmente en familias funcionales, ya que se sigue dando en muchos casos que los padres desaparecen virtualmente tras las separaciones, como le sucedió a Estefanía con sus parejas anteriores. De todas maneras, aunque reclaman una paternidad más comprometida, la participación paterna sigue teniendo un carácter subsidiario: es necesario que la mujer esté ausente para que el padre se haga responsable. El doble estándar de paternidad sigue operando en el sentimiento de culpa: *"mientras el padre puede privilegiar su trabajo y considerar que cumple con las expectativas que se tienen de él, la mujer debe enfrentarse a las exigencias de jugar en dos tableros al mismo tiempo (...) Del mismo modo que las mujeres de clase baja, las de clase media experimentan también muchas dificultades para cumplir con todas sus actividades y sentir que asumen plenamente su responsabilidad como madres"*¹⁹⁶, como le pasa a la mayoría de las entrevistadas.

Para Furstenberg (1992), la figura del buen y el mal padre son dos caras del mismo proceso cultural: con la decadencia de la concepción de padre como proveedor y guía a distancia y el entronizamiento de roles parentales más flexibles, la paternidad se ha ido transformando en un rol voluntario que exige sacrificios personales y se justifica por el lazo íntimo establecido con los hijos y no por el cumplimiento de un deber asumido frente a él y frente a la comunidad¹⁹⁷.

Con respecto a la actitud del padre frente a los hijos al llegar del trabajo, Laura y las tres mujeres del grupo 3 parecen estar conformes con los maridos, que buscan estar con los hijos, a veces luego de

¹⁹⁵ LAROSSA. 1989. "Fatherhood and Social Change" en Kimmel y Messner, *Men's lives*. New York, Michigan Publishing Company.

¹⁹⁶ WAINERMAN, C. 2005. *La vida cotidiana en las nuevas familias: ¿una revolución estancada?* Buenos Aires. Lumiere. Página 231.

¹⁹⁷ FURSTENBERG. 1992. "Good dads - bad dads: two faces of fatherhood", en Skolnick, *Family in Transition*. New York. Harper Collins Publishers.

bañarse o descansar un momento. Laura coincide con María en destacar que las pretensiones de descanso paterno dependen del tipo de trabajo, al igual que opinaron sobre el descanso femenino. Ambas mujeres despliegan actitudes similares en las dos preguntas: para ellas parece no haber diferencias de género en este sentido. María, además, menciona la importancia del comportamiento infantil en las ganas o no de estar con ellos. Por su parte, Andrea, es la única que afirma directamente que su cónyuge “*no quiere despegarse del nene*”. En cambio, Romina, Mariela y Karina aseguran que sus maridos priorizan el descanso y parecen no estar satisfechas con esa actitud, aunque es probable que el disgusto tenga diferentes causas para estas mujeres. Romina, por ejemplo, pretende más acercamiento del padre con las hijas mientras Karina está más preocupada por su propia falta de descanso. En cambio, Mariela lo toma como una falta de madurez por parte de su marido, que parece, no obstante, estar revirtiendo la situación.

Al relacionar los estilos de crianza actuales con los de las generaciones anteriores, Wainerman (2005) afirma que hoy, la relación afectiva entre padres e hijos se caracteriza más por la horizontalidad que por la jerarquía. En la actualidad, cuando ambos padres trabajan y es similar el tiempo que pasan con sus hijos, la autoridad se asocia cada vez menos con el sexo y más con la personalidad, y la democratización involucra una participación creciente de los hijos en las decisiones: “*Los padres de hoy, llenos de ocupaciones y deseos de desentenderse cuando llegan al hogar, han desertado del papel que les cabía en el pasado*”¹⁹⁸, como reconocen Marisa o Cecilia, al afirmar que antes les costaba menos establecer la autoridad pero ahora, los más chicos “*hacen lo que quieren con ellos*”.

Tareas domésticas

Al referirse a las tareas domésticas, María afirma: “*Yo no hago mucho de las tareas del hogar, limpio un poco cuando hace mucha falta. Él (el marido) se encarga de sacar la basura y hacer los mandados. Estoy conforme porque, en el poco rato que está, es lo único que puede hacer*”. Acá aparece una justificación hacia la poca implicancia del cónyuge, primero en el hecho de que trabaja mucho y, segundo, en el hecho de que ella misma no se dedica demasiado a estas tareas, que en general realiza el servicio doméstico. Situación parecida se encuentra en el caso de Laura. De todas maneras, son familias en las que no hay mayor conflicto con este tema, al igual que para Karina: “*Como en la semana trabajamos mucho los dos, el fin de semana nos dividimos las tareas para hacer más rápido y después poder disfrutar. Él no tiene inconvenientes de lavar pisos, ropa, barrer, todo. En lo único que tengo ayuda de una chica es en el planchado*”.

Con respecto a las tareas del hogar, Laura dice:

“Mi marido no sabía lo que era lavar un plato pero conmigo se dispuso a colaborar. A veces discutíamos porque yo esperaba que él se diera cuenta de las cosas que hacían falta y él esperaba que yo le dijera lo que tenía que hacer. Pero mientras yo trabajaba, él se encargaba de la casa y de la beba. En cambio ahora él trabaja mucho más y yo soy la que se ocupa cien por ciento del resto: las chicas, la ropa, la comida, los trámites, el auto, los familiares... Y tengo a una mujer que me ayuda con la limpieza semanal. En realidad peleamos menos ahora. Yo no le hago reclamos porque prefiero que su tiempo libre lo dedique a estar conmigo”.

Es curioso cómo la pareja pasa de una división de roles tradicional (con un hombre que no sabe lo

¹⁹⁸ WAINERMAN, C. 2005. *La vida cotidiana en las nuevas familias: ¿una revolución estancada?* Buenos Aires. Lumiere. Página 283.

que son las tareas domésticas), a una organización equitativa en la época en que ambos trabajaban y se ocupaban del cuidado de la casa y de los hijos a, nuevamente, el viejo esquema del hombre proveedor y la mujer ama de casa. También es curioso cómo, aunque Laura admite que este esquema genera mayor acuerdo y conformidad de las partes, ella rechaza la idea de verse a sí misma como “ama de casa”. Es como si el modelo tradicional funcionara en la práctica pero no en la teoría porque ella necesitara sostener un discurso en concordancia con una imagen de mujer más moderna.

También es interesante, a partir de este relato, advertir cómo han ido cambiando ciertas tareas cotidianas que antes se atribuían a uno u otro género. Para Laura, ocuparse de la casa y los chicos no incluye planchar y lavar pisos (para eso tiene a una empleada) pero sí “*hacer trámites y ocuparse del auto*”, tareas que tradicionalmente solían ser consideradas masculinas. No obstante, si bien pareciera que las tareas domésticas es un ámbito donde los hombres han ganado protagonismo, Delfino (2005) advierte que:

*“En los sectores medios o con cierto nivel educativo el imaginario recoge mucho más la idea de compartir; pero son esos mismos sectores los que pueden pagar una empleada doméstica y que van a establecer un vínculo de trabajo caracterizado por la asimetría y la subordinación entre las mujeres (...) El rol femenino en la esfera doméstica no es redefinido, al contrario, es reforzado en sus aspectos más tradicionales, a medida que es transferido, sin cuestionamientos, a otras figuras femeninas como empleadas domésticas y madres”*¹⁹⁹.

Por su parte, Andrea afirma que las tareas domésticas las hace su cónyuge: “*Cuando él está en casa se la pasa limpiando. Es muy hinchada con la limpieza, yo en eso soy más relajada. En este sentido, me considero pésima esposa: no limpio, no cocino...*”. En estas entrevistas, es sorprendente el porcentaje de hombres que tienen un papel activo en las tareas domésticas. Prácticamente todos ellos se ocupan de la limpieza, en varios casos más que las mujeres (Andrea o Carolina), mientras en otros comparten en partes iguales (Karina o Estefanía). En los casos en que colaboran poco o nada (María o Laura), se trata de hombres que trabajan muchas horas afuera y/o que cuentan con servicio doméstico.

A su vez, Mariela sostiene: “*Yo en casa no tengo a nadie que me ayude y a veces siento que me supera el tiempo, sobre todo cuando piden cosas del jardín. A mis hijos les digo que todos en la familia tenemos que ser colaboradores, una ayudita tienen que dar. Mi marido hace los mandados y todas esas cosas porque yo no manejo. Además, se dedica mucho a los chicos*”. A diferencia de los hogares con todos niños chicos, en las familias donde los hijos mayores alcanzan cierta edad, también se los incorpora a las responsabilidades domésticas. Al hablar de las tareas hogareñas, las mujeres (como Carolina y Cecilia) mencionan tanto la actitud del marido como la de los hijos, tengan mayor o menor participación.

En cuanto a las labores en su hogar, Romina afirma que: “*No tenemos una división estricta: la niñera nos limpia, las cuentas las pago yo y, a mi marido, los domingos se le pone que tiene que ordenar. No tiene problemas en lavar, nada*”. Nuevamente, en la casa de Romina (como en el de la mayoría de las mujeres entrevistadas) se observa un rol activo del hombre, incluso en su único día libre.

¹⁹⁹ DELFINO, A. 2005. *Mujer y ejecutiva: trayectorias de género en Brasil*. Espacio Abierto, abril-junio, año/vol. 14, número 002. Asociación Venezolana de Sociología. Maracaibo, Venezuela. pp. 199-214

En la casa de Carolina, también hay una presencia activa del hombre. Ella cuenta que: *“Yo me encargo de los mandados y de la comida, el resto lo hace mi marido. Él me ayuda con el cuidado de los chicos y de la casa. Limpia más él que yo. El más grande también ayuda cuando no estoy yo. Pero Belén se rasca”*. Acá se observa un nuevo modelo de familia en el que el hombre, no sólo colabora con las tareas domésticas sino que asume igual o mayor responsabilidad que la mujer (y no sólo el marido más que la esposa sino también el hijo varón más que la hija mujer). Esta implicancia del hombre en el hogar, es algo que sorprende en casi todas las entrevistas sin distinción de grupo, ya que contradice estudios realizados anteriormente (Coltrane, 1995; Gerson, 1993, Marsiglio, 1993, entre otros)²⁰⁰. De hecho, la mayoría de las investigaciones²⁰¹ en diversos países han encontrado que las mujeres siguen dedicando en promedio muchas más horas que sus cónyuges al trabajo doméstico, aun entre las que participan del mercado laboral a tiempo completo. Hochschild (1989) ha caracterizado como una *“revolución estancada”* a este aumento de mujeres con *“doble jornada”* (laboral y doméstica) no acompañada por un aumento equivalente de la participación de los varones en la esfera doméstica²⁰².

Cecilia, por su parte, comenta que: *“Mi marido también limpia, si yo trabajo mucho, él se encarga. El mes pasado mi patrona se fue de viaje y yo me quedé cuidando a la abuelita con la condición de poder llevarme a Isaías. Entonces él (su marido) y Beto se encargaban de la casa. Siempre fue así, si hay alguna cosa que yo no puedo hacer, ellos me ayudan”*. Evidentemente, Cecilia (a diferencia de muchas otras mujeres) cuenta con la colaboración tanto de su marido como de su hijo mayor, pero esta ayuda, a pesar de ser común, no deja de tener carácter subsidiario desde el momento en que ella sigue siendo la responsable última del hogar. Según Wainerman (2005), la disponibilidad de tiempo es importante para explicar la inequidad ya que en los hogares donde ambos trabajan, los varones contribuyen más (tanto en sectores medios como en bajos), pero de todos modos no lo hace en igual medida que sus mujeres. De hecho, Wainerman afirma que el compromiso del hombre en la crianza se ha incrementado en las últimas décadas mucho más que su participación en las tareas domésticas:

*“El aporte de los varones al mantenimiento de la casa y al cuidado de los hijos no es alentador. Aquellos cuyas mujeres desempeñan el doble rol no han asumido un papel en la conyugalidad equiparable al de ellas en el mundo laboral. El manejo del día a día de la casa sigue siendo una empresa de mujeres, algo, y sólo algo, más compartida cuando trabajan. El cuidado cotidiano de los hijos, en cambio, es más una empresa de ambos, y más en los sectores medios que en los bajos, pero sin que haya mayores diferencias si las madres salen o no a trabajar”*²⁰³.

Sin embargo, los testimonios de las mujeres entrevistadas parecen confirmar otra tendencia: más participación en las actividades domésticas por parte de los hombres (independientemente de su grupos social) y una relación con los hijos condicionada por el horario laboral, mucho más en los hogares de nivel medio; además de una demanda directa por parte de las madres.

Este análisis, coincide con el estudio de Meil Landwerlin (1997) con familias españolas urbanas. Dicho autor encontró que, aunque la participación masculina está aumentando, *“...el ritmo de implicación del hombre en el cuidado de sus hijos ha sido, no obstante, bastante limitado; de hecho,*

²⁰⁰ Para mayor análisis ver: Coltrane (1995), Gerson (1993), Doherty, Kouneski y Erickson (1998), entre otros.

²⁰¹ Ver Coltrane (2000), Szinovacz (1984), Salles y Tuirán (1997), entre otros.

²⁰² HOCHSCHILD. 1989. *The Second Shift*, New York, Avon Books.

²⁰³ WAINERMAN, C. 2005. *La vida cotidiana en las nuevas familias: ¿una revolución estancada?* Buenos Aires. Lumiere. Página 155.

bastante menor que el que se ha producido en el ámbito de las tareas domésticas (...) En conjunto, sin embargo, puede afirmarse que entre estas familias se está registrando un proceso no muy rápido pero continuo de desdiferenciación de los roles conyugales y domésticos”²⁰⁴.

Pareja

Con respecto a los cambios en la relación de pareja a partir del nacimiento de los hijos, María opina que: *“Después de que pasa el agotamiento primero, tratás de ponerle onda porque sino se te desbanda, porque no encontrás el momento ni de conversación a veces. Igual nosotros tratamos conscientemente de buscar nuestros espacios. Este año se separaron unos amigos y, bueno, a uno le remueve un montón de cosas ¿no? porque nadie está exento”*. Evidentemente, María tiene en cuenta estas cosas, trata de concientizarlas y de hacerlo junto a su pareja. A diferencia de otros testimonios, María no se resigna a perder espacios de pareja. Incluso, en algunas ocasiones, realizan viajes solos, en los cuales ella dice no sentir ninguna culpa por dejar a los chicos. La misma situación aparece en el testimonio de Laura pero, a juzgar por el resto de las entrevistas, no son los casos más numerosos.

En el caso de Karina, ella opina que la relación con su marido se vio afectada por las hijas:

“Sobre todo porque generó muchos celos por parte de él. A veces me reprocha que le saco tiempo por las criaturas pero las nenas son chiquitas y necesitan sí o sí de nosotros. Tal vez yo podría llevarlas a la pieza, acostarlas, apagarles la luz y listo. Pero a mí no me gusta. Nosotras contamos cuentitos y yo prefiero tener esa relación con ellas. Entonces él siente que yo les presto más atención a ellas. A lo mejor porque antes yo hacía las mismas cosas por él y estaba acostumbrado a ser el centro: único hijo y nieto, nunca aprendió a compartir... Pero yo creo que nosotros somos adultos y los momentos los podemos buscar. Los sábados, a veces, dejamos a las nenas con familiares, salimos a caminar y aprovechamos para charlar”.

Evidentemente, Karina no está dispuesta a ceder espacio y tiempo con las nenas. Su profesión, sus horas laborales e incluso su relación de pareja tienen que acomodarse a las niñas. Y es evidente que este punto es un tema conflictivo para la pareja porque el cónyuge no comparte su visión y reclama espacios que Karina no piensa ceder. En cambio, en el caso de Laura, la situación de la pareja es bien diferente:

“Nosotros pensamos que no hay que descuidar la relación por los hijos porque no le hace bien ni a ellos ni a nosotros. Entonces tratamos de equilibrar, por ejemplo con las vacaciones: hacemos un viaje familiar y otro de pareja. Ellas se quedan con los abuelos desde que son chiquitas. En el primer viaje me sentí un poco culpable pero cuando las encontré contentas, me quedé tranquila (...) Mis padres también salían solos cuando éramos chicos y a nosotros nos encantaba”.

Es una postura coherente con ideas que Laura ya ha expresado anteriormente, como el objetivo de educar a las hijas para que sean independientes y de preocuparse mucho por su relación de pareja. Casi como si Laura no estuviera dispuesta a resignar demasiado por sus hijas pero sí por su marido, incluso la decisión de dejar de trabajar. Si bien no se aborda en profundidad, pareciera que el marido comparte el objetivo de mantener la solidez de la pareja. Sin embargo, luego de un primer momento en el que los dos trabajaron, él se dedicó mucho más a su desarrollo profesional. No obstante, estos factores no se mencionan como fuente de conflicto en la pareja. Por otro lado, en este relato se evidencia el antecedente familiar que Laura tuvo con sus padres y la manera positiva que influyó en ella, lo que contribuye a que conciba con absoluta normalidad la posibilidad de dejar a sus hijos desde pequeños,

²⁰⁴ MEIL LANDWERLIN, G. 1997. *La participación masculina en el cuidado de los hijos en la nueva familia urbana española*. Universidad Autónoma de Madrid. Madrid. España.

situación que no comparten todas las mujeres entrevistadas. Por ejemplo, Andrea, tiene una visión diferente. Ella reconoce que el nacimiento del nene cambió la pareja: *“Básicamente porque Lautaro duerme en el medio (risas). Así que hay que aprovechar la hora de la siesta o cuando va a la casa de algún amiguito. Y no tenés la misma libertad para decidir. Antes decíamos: ‘Nos vamos de viaje’ y no teníamos que pensar si había jardín o no, si el nene se iba a aburrir o no... Ahora el nene pasó a estar por encima de la pareja, tanto para mí como para el padre. Primero está él y después estamos nosotros”*. Esta situación que menciona Andrea, difiere de otras entrevistas en la que la pareja trata de salvaguardarse y también difiere de las entrevistas donde alguno de los dos está desconforme. En este sentido, se da una situación similar a las parejas del grupo 3, donde ambos padres acuerdan ubicar a los hijos por encima de la pareja.

En el caso de Mariela, ella piensa: *“Mi marido rezongaba pero cuando me enfermé, me acompañaba en todo. A mí me costó darme cuenta que él me contenía pero fueron muchos sacrificios que tuvimos que hacer y, aunque yo pensaba que él era frío, ahora me doy cuenta que siempre estuvo. Yo también me considero buena esposa. A veces peleamos por cosas menores, generalmente porque me molesta que él derroche su plata. En cambio yo me siento orgullosa de haber hecho todo con mucho sacrificio”*. Parece que Mariela no siempre estuvo conforme con las actitudes de su marido pero actualmente se siente agradecida, más allá de lo que menciona como *“inconvenientes menores”*. Por otra parte, aparece el tema del manejo del dinero, que en esta pareja se lleva de manera separada, ocasionando ciertos conflictos. Aunque la contabilidad dividida entre cónyuges suele ser una situación común en muchos hogares, entre las entrevistadas, predomina más la situación de una economía principalmente común, más algunas reservas extra que cada uno administra por su cuenta para gastos personales.

Con respecto a los cambios ocasionados en la pareja a partir de tener hijos, Romina afirma:

“Yo no me acuerdo mucho cómo era antes la pareja. No sé qué hacía antes de tener a las nenas. Ahora no me alcanza el tiempo y no puedo entender qué hacía antes todo el día. Pero la pareja tuvo muchas variaciones. Con Valentina nos la pasábamos de un lado para el otro, las abuelas se terminaban metiendo y eso generaba algunos conflictos, hasta que la situación cambió positivamente después de la llegada de Isabella. Yo creo que ayudó a consolidar la familia. También nos sentimos muy apoyados por las abuelas, que las cuidan sin problemas cuando queremos estar solos; pero como esposa, me gustaría que fuera más tiempo”.

Romina tiene una concepción similar a la de Laura y María, quienes se preocupan por buscar espacios para la intimidad, muchas veces recurriendo a los familiares para el cuidado de los hijos. Elección diferente a la que realizan Karina (grupo 1), Andrea (grupo 2) y las tres mujeres del grupo 3, quienes prefieren más momentos en familia aunque conlleve menos momentos en pareja. Por otro lado, en este testimonio aparece una idea ya destacada por otras entrevistadas: los conflictos generados en la pareja cuando se recurre a la ayuda de terceros. Fortoul Ollivier (2001), cuando analiza la vida cotidiana de mujeres que se rodean de familiares, encuentra que esta situación puede ayudar al crecimiento de las personas dado que posibilita muchas relaciones interpersonales, contactos y apoyo en casos de problemas económicos y psicológicos. Sin embargo, en caso de un manejo inadecuado de las relaciones, es una situación dañina donde hay poca privacidad tanto para la vida personal como para la pareja y los hijos, los espacios para la toma de decisiones y la independencia escasean y el

poder y la autoridad recaen en varias personas que no necesariamente están en la misma dirección (Fortoul Ollivier, 2001)²⁰⁵. Si bien ninguna de las entrevistadas está actualmente conviviendo con miembros de su familia extendida, sí se da el caso de dos que trabajan con sus padres y de dos que viven atrás de la casa de sus suegras, además de que todas han recurrido en algún momento a la ayuda de familiares, en diversas medidas y con diferentes resultados.

Por su parte, con respecto a su pareja Carolina afirma: *“Yo supongo que seré buena esposa, él dice que sin mí no podría vivir, que se vendría todo abajo si yo no estuviera. Pero yo creo que no es tan así. Una pareja se hace entre los dos pero uno puede vivir sin el otro, vamos a decir lo que es”*. Esta última frase la dice como restándole importancia a los dichos del marido, como si quisiera resaltar que no es ingenua y que la vida no depende de la pareja sino que, llegado el caso o la necesidad, cada cual puede estar por su lado. Es una idea muy acorde con los valores individualistas propios del postmodernismo, que se diferencia de los testimonios más tradicionalistas que aparecen en otras entrevistas. Seguidamente, Carolina se apresura a relativizar la opinión anterior, aclarando que no se imagina sin su marido: *“Igual es un acostumbramiento estar en la pareja porque nosotros nos criamos juntos. Nos criamos los tres, con el más grande”*. Acá vuelve a hacer referencia a su juventud al ser madre y se pone en evidencia que, para ella, significó un momento de inmadurez. Además, al referirse al orden de prioridades que ocupa la pareja, Carolina está convencida de que: *“Primero están los chicos, después nosotros y después el trabajo. Lo normal”*. La aclaración de *“lo normal”*, pone al descubierto que sus valores familiares se rigen por los hábitos que predominan en su entorno y/o por las percepciones de lo que está socialmente aceptado como correcto. Además, comenta: *“No somos de salir solos porque no me gusta mucho dejarlos. Yo siempre digo que a los chicos los cuido yo porque el día de mañana no quiero que me traigan a los nietos. Uno o dos días puede ser, pero más no, sobre todo por cómo soy yo: ‘Si yo no te dejé a vos tirado por ahí en ningún lado, vos no me dejes a los tuyos’. Igual espero que pasen muchos años antes de ser abuela”*. No queda claro si la frase: *“sobre todo por cómo soy yo”*, lo dice como una mujer a la que le cuesta desprenderse de sus hijos porque disfruta su crianza o, por el contrario, como una mujer que no quiere volver a pasar por la responsabilidad de cuidar más niños. Otra cuestión a destacar es la idea manifiesta de que *“dejarlos al cuidado de otros”* sería sinónimo de *“dejarlos tirado por ahí”*. Aunque Carolina no lo explicita, parece ser una idea compartida por su marido, quien se encarga del cuidado de los niños en caso de que ella no esté disponible. Según Wainerman (2005): *“Si la mujer se define básicamente como sinónimo de madre, es lógico que su ausencia esté asociada inmediatamente con el descuido de los hijos y la familia”*²⁰⁶, como le pasaba a Marisa al hablar de la *doble culpa* que sienten las mujeres al tener que organizar los tiempos entre los hijos y el trabajo. Por último, en Carolina se observa la negación ante la posibilidad de ser abuela, puede que en su caso se relacione con la experiencia de haber sido madre joven y con la idea de que recién con el último hijo (que ahora tiene apenas 4 años) alcanzó la

²⁰⁵ FORTOUL OLLIVIER, M.B. 2001. *La condición de la mujer en zonas marginadas: su vida cotidiana en el seno familiar*. Revista del Centro de Investigación. Universidad La Salle, enero-junio, año/vol. 04, número 016. Universidad La Salle. Distrito Federal, México. pp. 61-68

²⁰⁶ WAINERMAN, C. 2005. *La vida cotidiana en las nuevas familias: ¿una revolución estancada?* Buenos Aires. Lumiere. Página 227.

madurez correcta. Es decir, hoy Carolina se siente en su plenitud como madre y no se visualiza a sí misma como abuela, a la vez que no visualiza a sus hijos como padres por tener la edad que ella tenía en aquel entonces y de la que hoy reniega.

En el caso de Cecilia, ella cuenta que:

“Como esposa hago lo mejor posible: vivo para ellos, y mi marido está contento porque él también es así. Lo único que no me gusta de mi marido es mi suegra. Él la respeta mucho pero me entiende porque sabe que siempre me hizo desprecios (...) Nosotros pasamos una etapa mala con mi marido, cuando yo estaba depresiva. Durante la crisis no había peleas porque él no me respondía. Yo me había puesto muy gritona, de mal humor y él no me daba bolilla porque no quería discutir conmigo. Aun hoy, si un día llego trompuda, él me deja, se va a la pieza o se pone a mirar televisión hasta que se me pasa”.

En todos los comentarios de Cecilia, se evidencia una especie de agradecimiento hacia su cónyuge, como si ella se sintiera afortunada de tenerlo en su vida, sobre todo en los momentos en los que no se cree merecedora. Una palabra que sobresale es “*trompuda*”²⁰⁷, primero porque muestra que ella se considera la única responsable de su crisis y, segundo, porque evidencia una postura de inmadurez que Cecilia suele tener, en la que recurre a su marido. Sin embargo, al referirse a las decisiones familiares, Cecilia afirma que: *“Nosotros nos consultamos todo. Yo siempre digo: ‘Somos un equipo y tenemos que tirar para el mismo lado, llevar una casa adelante se hace entre todos’. Si hay un problema, nos sentamos y lo charlamos entre los tres. Tenemos buena relación con toda la familia pero preferimos no consultar con otros. Al único que le pedíamos opiniones era a mi suegro”.* A diferencia del comentario anterior, acá Cecilia se pone como protagonista, como persona adulta y responsable que decide e incluso impulsa la decisión de los demás. Es como si sus actitudes dependieran del momento y de las necesidades familiares.

Al hablar de su relación de pareja, Estefanía destaca el tema de los ingresos: *“Yo me acostumbré a tener mi plata para comprarle lo que quiera a ellos (sus hijos). En cambio ahora tengo que pedirle a mi marido y no me gusta. Él no quiere que le pida permiso, me dice ‘no tenés por qué decirme en qué gastaste’. Si fuera por él, preferiría tener doble trabajo para que yo me quedara con los nenes que son chiquitos”.* En el grupo 3 todavía es indiscutible la necesidad del hombre como principal proveedor. Si bien comienza a haber indicios claros de una búsqueda de inclusión laboral por parte de las mujeres, estas expectativas tienen siempre un carácter subsidiario. Las mujeres del grupo 3 pueden trabajar por gusto (como en el caso de Cecilia), por necesidad o por las dos cosas (como en el caso de Carolina y Estefanía), pero de todas maneras es el hombre el responsable de mantener económicamente a la familia. Y aunque ellas puedan estar comenzando a discutir dicha concepción, pareciera que los hombres están mucho más aferrados a sus responsabilidades tradicionales de sostén económico y siguen deseando tener mujeres amas de casa. En la experiencia de Estefanía, hay otro hecho que cobra importancia frente a los ingresos: como ya ha sufrido más de una separación, es consciente de la conveniencia de disponer de un ingreso que le de cierta independencia.

Los estudios realizados por López y otros (2009) con mujeres porteñas de alto nivel educativo, indican que, independientemente de quien administre y de quien gane más en la pareja, aparece en las mujeres cierta propensión a hacerse cargo de los gastos relacionados con los hijos, se trate de ropa,

²⁰⁷ Se suele utilizar dicha expresión para hacer referencia a los niños en situación de berrinche o capricho.

escuela o personal que los cuida: *“lo cual resulta algo curioso, porque en caso de divorcio son, justamente, los gastos de los hijos los que tiene derecho a reclamar del marido”*, concluyen (López y otros, 2009)²⁰⁸. Entre nuestras entrevistadas, el principal sostén económico de la familia está dado por el marido en la totalidad de los casos. Las mujeres del grupo 1, han tenido en algunos momentos ingresos similares y tienden a destacar que hoy trabajan menos (como María) o no trabajan (como Laura), por estar al cuidado de niños pequeños. Del resto, sólo ganaron más las mujeres en momentos de desempleo masculino u otras circunstancias similares. En las respuestas, primeramente sobresale la postura de María, que parece necesitar justificarse, aclarando que es circunstancial que hoy el marido gane más que ella y que se debe a que los chicos son chiquitos. En cambio, Karina destaca la necesidad de tener su dinero independientemente del hombre y que, aunque no tengan economías por separado, no saben cuánto gana el otro. Laura tiene una postura similar a la de Andrea, sosteniendo que los dos pueden contribuir de igual manera y, en el otro extremo, Romina y las tres mujeres del grupo 3 sostienen la posición contraria. El caso de Romina es diferente desde el momento en que para ella podrían ganar los dos igual pero el cónyuge necesita sentirse el principal proveedor y ella lo respeta para evitar conflictos. En cambio, las mujeres del grupo 3 tienen una clara visión tradicional de las responsabilidades económicas, donde ellas se ubican a sí mismas como colaboradoras, como ayuda de un abastecedor principal. Carolina advierte que las mujeres tienen que adaptarse a la necesidad masculina de ser el mayor proveedor para evitar problemas. Y es categórica la referencia de Cecilia cuando afirma que *“El hombre tiene que ganar más, es así, toda la vida fue así”*, como si con esta afirmación estuviera justificando una historia completa de roles establecidos, sin mayores cuestionamientos que las tradiciones, que las costumbres, que los hábitos. Sin embargo, luego vuelve a insistir en su cambio de visión: *“Pero la mujer puede trabajar también. Yo antes pensaba que se tenía que quedar en su casa pero hoy le aconsejaría que estudie primero y trabaje después de lo que estudió”*. En cambio, Estefanía coincide con Karina en el punto de que la mujer necesita tener su dinero. Para esta afirmación, se basa en su experiencia personal y destaca la necesidad de tener independencia económica en caso de tener que atravesar una separación. De hecho, según Geldstein (1994), la posibilidad de la mujer de ganar su propio dinero es un motor de cambios en la distribución del poder conyugal, en la toma de decisiones, en la educación de los hijos y, por supuesto, en la formación y disolución de las familias²⁰⁹. Wainerman (2005) afirma: *“Esta nueva mujer, que reclama el desarrollo de su personalidad y sus deseos, gana en libertad pero al mismo tiempo debe enfrentar un mundo signado por la inestabilidad de los vínculos afectivos. El empleo remunerado es por tanto una fuente de realización personal y, concomitantemente, un seguro para el caso del divorcio y del abandono”*²¹⁰.

²⁰⁸ LÓPEZ/ FINDLING/ LEHNER/ PONCE/ VENTURIELLO/ MARIO/ CHAMPALBERT. 2009. “Mujeres multifacéticas: conexiones entre maternidad, familia y trabajo”. Instituto de Investigaciones Gino Germani, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires. X Jornadas Argentinas de Estudios de Población.

²⁰⁹ GELDSTEIN. 1994. “Las nuevas familias en los sectores populares”, en Wainerman (comp), *Vivir en familia*, Buenos Aires. UNISEF-Losada.

²¹⁰ WAINERMAN, C. 2005. *La vida cotidiana en las nuevas familias: ¿una revolución estancada?* Buenos Aires. Lumiere. Página 260.

5.3. ACTIVIDADES Y EXPECTATIVAS FEMENINAS

Con respecto a sus actividades, María cuenta: *“Cuando estaba soltera trabajaba casi todo el día y después me iba a tomar unas cervezas con mis amigas y al gimnasio. Algo de deporte siempre hice porque necesito el desgaste de energía. Ahora, además de mis actividades laborales, domésticas y mis cursos de capacitación, sigo yendo al gimnasio y viendo a mi grupo de amigas una vez por semana”*. De todas las entrevistadas, María es la que tiene más cantidad de actividades. A pesar de que sus tiempos disminuyeron a partir de la maternidad, ella sigue buscando espacios para las cosas que le gustan. Reconoce que al principio tuvo que negociarlo con su marido y que la presencia de la niñera es de gran ayuda para lograr su organización de horarios. En cambio, Karina comenta que sus actividades extra-hogareñas, son escasas:

“Cuando tengo tiempo voy al gimnasio. Lo que pasa es que dejar los hijos con un familiar para tener un momento como mujer, parece un abuso. En más de una oportunidad te pasan factura, te lo dejan entrever: ‘Te la cuido porque estás trabajando, no para que andes por ahí’. Y con una no era nada, porque cuando estaba Belén sola yo hacía muchísimas más actividades. En cambio ahora, más de uno me ha dicho: ‘A las dos no me las dejés’. Y a mí me molesta. No tanto por no poder hacer las actividades sino porque me parece que se hacen diferencias entre las nenas”.

El tema de contar con familiares para el cuidado de los hijos es recurrente en todos los testimonios, pero las mujeres entrevistadas evidencian diferentes opiniones y posturas al respecto. Estas diferencias no parecen corresponderse con su grupo de referencia sino que se relacionan más que nada con las experiencias que han tenido. Para la mayoría de estas mujeres, los familiares son una gran ayuda, a pesar de la relación conflictiva que se suele establecer con ellos. En cambio, hay mujeres (como Carolina del grupo 3), que recurren a la familia como último recurso. Por otra parte, de las que cuentan con ayuda familiar, hay algunas que se sienten en deuda, muy agradecidas, y otras, como Karina, que lo ven casi como una obligación. De todas maneras, la mayoría de estas mujeres (independientemente del grupo) prefieren la ayuda de una niñera o una institución (jardín), a diferencia de sus cónyuges, a los que les cuesta más dejar a los niños al cuidado de personas “desconocidas”. Con las niñeras o el jardín, las madres continúan teniendo el control y el poder de decisión, situación que con los familiares puede implicar tensiones y conflictos dados por el vínculo, como se observa en el testimonio de estas mujeres.

Por su parte, Laura, con respecto a sus actividades, cuenta que va al gimnasio dos veces por semana y cena con sus amigas cada 15 días. Además, suele viajar para cursar: *“Al principio, me costó dejar a las nenas. La primera vez que me fui tres días, no sabía cómo plantearlo, pero ahora nos parece lo más normal del mundo y mi marido o las abuelas se encargan sin problemas de ellas mientras no estoy”*. El tema de los viajes de estudio o trabajo surgió en todas las entrevistas del grupo 3 y en ninguna de los otros grupos. Evidentemente, la situación de tener que ausentarse del hogar con niños chiquitos a cargo, supuso en todos los casos una suma grande de sentimientos. En el testimonio de Laura se advierte que la importancia mayor radicaba en el *“qué dirán, qué pensarán si las dejo”* porque ella no sabía cómo plantear a su familia la intensión de ausentarse por tres días. Sin embargo, luego de enfrentar sus miedos y comprobar que el resto seguía igual, ya no tuvo tantos reparos.

María, al referirse a las exigencias que siente, dice: *“Generalmente pienso ‘que sea lo que Dios quiera, yo hago lo que puedo’. Pero de todos modos trato de hacer, hice un post-grado, ahora estoy con otro curso. Todo para poder laburar bien y poder mantener el circo. Hubo un momento en que me sentí insegura porque me faltaba el tiempo para repasar los temas, entonces volví a estudiar”*. La actualización es un requerimiento casi continuo de los profesionales, y las mujeres no son ajenas a estas exigencias. Por el contrario, es una obligación más que buscan equilibrar entre sus múltiples responsabilidades. Esta necesidad de capacitarse aparece tanto en el testimonio de María como en el de Laura, pero desde lugares diferentes: Laura busca insertarse laboralmente, María busca seguir y progresar. En este sentido, María se siente satisfecha con ella misma como abogada pero trata de mejorar siempre: *“Yo soy re exigente, siempre pienso que podría estar un poco mejor; abarcar más cosas... Y la capacitación para mí tiene que ser permanente: siempre hay cosas para aprender”*.

Con respecto a sus exigencias, Karina reconoce que duerme menos de cinco horas por día y que se siente agotada: *“Yo haría menos consultorio para dedicarme más y mejor tiempo a ellas, para no estar todo el día a las corridas, porque llega un momento en que tenés una vida totalmente agotadora. Igual tengo la ventaja de que siempre trabajo con otras personas. Es decir, yo le busqué todas las vueltas, pero igual es feo estar atendiendo a alguien y estar pensando que en cualquier momento sale la nena del jardín y tiene que estar esperando sola, lo cual es absolutamente espantoso”*. Cuando Karina dice que *“le buscó todas las vueltas”* está diciendo justamente que cada decisión fue tomada teniendo en cuenta su comodidad y la de las nenas: desde la elección de la carrera, hasta los lugares y las personas que las cuidan y, en este caso, la ayuda de otra persona en el consultorio. De todas maneras, ella se siente *“a las corridas”*, otra expresión muy propia de las mujeres contemporáneas que aparece en varias de las entrevistas realizadas. Al referirse a la posibilidad de dejar el trabajo, Karina reconoce: *“Hoy por hoy no dejo por una cuestión económica pero yo disfrutaría más de mis hijas que del trabajo. Igualmente, si tuviera la oportunidad, no dejaría TODO el trabajo. Porque he estado todo el día con las nenas y es altamente estresante. Lo ideal sería un equilibrio”*. Esta afirmación del agotamiento que supone estar en la casa con los hijos, es algo que se repite en las otras entrevistas, al igual que la complacencia que supondría la posibilidad de trabajar medio turno. Sin embargo, el *“equilibrio”* pretendido por la mayoría de las entrevistadas, involucra un gran desafío. Al parecer, *trabajar medio turno*, implicaría en realidad trabajar dos turnos: uno en el trabajo y otro en la casa (como le sucede a Romina, por ejemplo), mientras *trabajar jornada completa* significaría para estas mujeres *dejar a los hijos* (como le sucede a Karina) y *no trabajar* conllevaría cierta postergación personal (como le pasa a Laura). Sin embargo, la totalidad de las mujeres entrevistadas optarían decididamente por la primera posibilidad, como si el hecho de cumplir media jornada con un trabajo fuera del hogar y tener el resto del día para dedicarlo a la familia, fuera la solución para compatibilizar sus deseos de desarrollo laboral y familiar. Y, en este sentido, hay dos conclusiones preliminares que se pueden extraer. La primera se relaciona con la doble presión y obligación que sienten las mujeres de desenvolverse adecuadamente en los dos ámbitos, cumpliendo con las exigencias y parámetros esperados de cada uno de ellos y soportando muchas veces consecuencias indeseables como el estrés o

la frustración. Y la segunda es la contraposición con que se presentan estas esferas, como si fueran antípodas en continua competencia. En este sentido, Wainerman (2005) explica que las mujeres de hogares de nivel medio, enfatizan el valor simbólico del trabajo sobre el económico y recurren a términos psicológicos para reivindicar su realización personal, como por ejemplo “*la frustración*” que supondría dejar el trabajo por los hijos, como plantearon Andrea y Laura. Aquí, el trabajo aparece como un espacio propio, distinto de una maternidad degradada y la insatisfacción del trabajo doméstico, lo cual evidencia una cierta oposición entre hijos y deseo²¹¹, como se muestra en más de un testimonio.

En cuanto a sus expectativas, Laura dice:

“La nenas van al jardín, ya no me consumen todo el día, no las puedo poner de excusa y sin embargo todavía no tengo el trabajo que quisiera. Hago algunas changuitas, sigo estudiando, pero todavía no sé qué decir cuando algún colega me pregunta: ‘¿y vos qué estás haciendo?’’. Es difícil insertarse después de tanto tiempo porque para algunas cosas me sobra capacitación y para otras me falta experiencia. Además tampoco quisiera pasar a trabajar todo el día como loca, quisiera un trabajo de pocas horas donde pueda sentirme útil y cuyo sueldo justifique el estrés que me va a ocasionar no poder encargarme de todas las cosas que hago ahora”.

Es curioso cómo Laura reconoce que las hijas, en cierta forma, fueron utilizadas como excusa para no trabajar. Y también es evidente que el momento de mayor disgusto consigo misma es cuando se encuentra con algún colega, alguien de su edad con más trayectoria que pudiera ver en ella algún indicio de fracaso. Por otro lado, al igual que en los demás testimonios, lo que sería ideal para los propósitos de Laura sería encontrar el equilibrio entre la familia y el trabajo. Y para ella, como para las otras entrevistadas, el equilibrio estaría dado por la posibilidad de un trabajo de medio tiempo. Sin embargo, en esta búsqueda, no se cuestionan los roles de género. Con respecto a esto, Wainerman (2005) denuncia:

“La ideología individualista se difunde conspirando contra toda posibilidad de identificación y eventualmente de reivindicación conjunta (...) Para algunas, el trabajo constituye exclusivamente una fuente de placer y realización y, en lugar de servir para equipararse al varón y exigir una distribución más igualitaria de la carga doméstica, oficia de compensación y escape de la monotonía del hogar. En la medida en que esta concepción predomina y el trabajo doméstico puede ser delegado en un tercero, la participación de la mujer en el mercado de trabajo no conlleva un reclamo de mayor justicia en la distribución de las responsabilidades conyugales”²¹².

Por su parte, Blanco y Feldman (200) también encuentran en sus estudios que muchas mujeres que comparten su tiempo de trabajo con sus responsabilidades en el hogar solucionan la tensión generada por ambos roles trabajando turnos parciales. Sin embargo, advierten: “*tomar esta opción les impide lograr un mayor desarrollo profesional. Estas consecuencias se han visto mediatizadas por una serie de condiciones asociadas como son la participación por parte del esposo en las tareas del hogar, el nivel de desarrollo profesional a que aspire la mujer, la edad y el número de hijos*”²¹³.

Con respecto a sus actividades, Estefanía comenta: “*Ahora estoy probando para darle mamadera al chiquito y buscar trabajo otra vez, porque no es lo mío estar encerrada todo el día. Me vuelvo loca*

²¹¹ WAINERMAN, C. 2005. *La vida cotidiana en las nuevas familias: ¿una revolución estancada?* Buenos Aires. Lumiere. Página 230.

²¹² Ídem. Página 249.

²¹³ BLANCO/FELDMAN. 2000. *Responsabilidades en el hogar y salud de la mujer trabajadora*. Salud Pública de México, mayo-junio, vol. 42, número 3. Instituto Nacional de Salud Pública. Cuernavaca, México. pp. 217-225

cuando estoy sentada esperando que me vengan las cosas. Mi cuñada está en la casa con los suyos, entonces yo le puedo dejar al chiquito y le doy algo por semana". Es decir, a pesar de los inconvenientes que acarrea coordinar horarios, organizar actividades y conseguir cuidadores, Estefanía, como la mayoría de las mujeres, ansía volver a trabajar. Si no existe contradicción con la imagen de ella misma llorando *por tener que dejar a sus hijos* es porque la diferencia radica justamente en la carga horaria fuera del hogar: lo que angustia a Estefanía no es *salir a trabajar* sino *dejarlos todo el día*. Con respecto a sus proyectos, Estefanía afirma que. *"Ahora me va bien en la escuela, estoy tratando de ponerme al día por el mes que perdí cuando tuve al chiquito. Después me gustaría ver si puedo seguir alguna carrera corta. Mi sueño es poder pagarles una carrera a ellos, mientras estudien no me importaría mantenerlos hasta los 30 años"* (risas). En este testimonio se observa el deseo de que sus hijos tengan las oportunidades que ella no tuvo. *"Pagarles una carrera"* es el mayor sueño, y para eso piensa estudiar y trabajar. El trabajo, la posibilidad de estudiar y el deseo de la *"casa propia"* también representan un medio de realización y de desarrollo de la personalidad (Marcús, 2006). Para Marcús, cuando la realización personal excede el hecho de tener hijos, *"refleja cierta incorporación de mandatos culturales propios de los sectores medios de la sociedad"*²¹⁴. Esta podría ser una explicación de por qué no hay grandes diferencias en las opiniones de estas mujeres.

Por su parte, Carolina dice que no quisiera tener más hijos: *"Para tener más tenés que estar en una buena posición. Nosotros ahora estamos esperando a cobrar un juicio (porque un viejito me llevó por delante con la bicicleta) para ampliar un poco la casa"*. La posibilidad de "juicio" aparece en dos de las tres entrevistas del grupo 3. Mientras en los sectores sociales acomodados, una familia podría obtener una ganancia extraordinaria proveniente, por ejemplo, de una herencia, y en los sectores medios las expectativas están puesta en un ascenso laboral o los ahorros bien invertidos; en los sectores populares, las esperanzas se depositan en ganar la lotería o cobrar un juicio. Carolina continúa: *"Si estuviera en otra situación, me gustaría tener otro varón porque me parece que las mujeres son más difíciles. Lo que pasa es que la gorda (su hija) es especial, tiene problemas de lenguaje y aprendizaje pero además es muy calentona y nerviosa. Espero que se le pase pronto la adolescencia y que consiga novio, porque ahora está todo el día histérica. Con los varones no tengo problema. Juan tiene 18, dejó la escuela y está averiguando para empezar a trabajar"*. En este testimonio se advierte la caracterización que se hace de las adolescentes, no sólo como *"difíciles"* sino también como *"histéricas"*, lo cual explicaría los conflictos en la relación madre-hija. A su vez, hay una justificación hacia los hijos varones, a los cuales parece no exigírseles gran cosa. Quedaría por profundizar si estas opiniones maternas son circunstanciales o han acompañado el desarrollo de los chicos desde siempre. Por otro lado, Carolina dice que le hubiera gustado hacer el secundario: *"Aunque soy re burra me hubiera gustado seguir estudiando, pero me cuesta mucho escribir. Lo que pasa que ahora ni trabajo te dan si no tenés el secundario. Y como sueño tengo comprarme mi propia casa para dejarles algo a los chicos. Pero para eso tendría que sacarme 'la grande'"*. Por un lado se evidencia que la opinión

²¹⁴ MARCÚS, J. 2006. *Ser madre en los sectores populares: una aproximación al sentido que las mujeres le otorgan a la maternidad*. Revista Argentina de Sociología, noviembre-diciembre, año/vol. 4, número 007. Consejo de Profesionales en Sociología. Buenos Aires, Argentina. pp. 100-119

de sí misma como intelectualmente incapaz, puede ser uno de los motivos que dificultó su trayectoria educativa. Por otro lado, se destaca el sentimiento de impotencia que despierta la imposibilidad de desarrollo laboral para los que no cuentan con estudios superiores. Este comentario, Carolina lo realizó al menos dos veces durante la entrevista y forma parte de las enseñanzas que intenta darles a sus hijos. Por lo visto, otra de las cosas que sueña con dejarles es un bien material. Es recurrente en los sectores más humildes, esta idea de que los padres hacen todo lo posible por brindarles a los hijos lo que ellos no tuvieron. “*Al más chico le damos todas las mañas; bah, en realidad tratamos de darle las mañas a los tres. Por lo menos ahora que se puede*”, destaca Carolina; poniendo en evidencia que “*las mañas*” son objetos materiales y que en este momento la familia no está pasando necesidades sino que se pueden dar los gustos; situación similar a la que está atravesando la familia de Cecilia.

Con respecto a sus actividades y proyectos, Cecilia afirma que:

“Además del trabajo y la casa, no tengo ninguna otra actividad. No tengo ni hobbies ni amigos. Somos muy familiares. No ambicionamos más de lo que podemos y ya no tenemos necesidades económicas, ahora andamos sueltitos (risa). Mi marido antes trabajaba con el hermano de camionero pero al final le dejó el camión y se fue porque no le pagaban y no quería tener problemas. Desde que dejó ese trabajo y entró al molino, pudimos progresar y arreglar la casa. Y después pudimos comprar otro camión que lo hacemos trabajar con el cereal. Así que, hoy por hoy, vivimos bien”.

Lo dice orgullosa, demostrando que fueron muchas cosas las que tuvieron que pasar para llegar a estar así: muchas decisiones (como la de tener o no un segundo hijo, como la de no reclamarle nada al hermano) y muchas crisis anímicas y económicas. Pero ahora Cecilia afirma que no necesita más que su trabajo y su familia para estar bien. Y esta puede ser una característica relacionada con las diferencias sociales, ya que ninguna de las madres del grupo 3 desarrolla actividades extra-hogareñas más allá del trabajo remunerado. Mientras en los otros grupos, las mujeres se preocupan por ir al gimnasio, estudiar idiomas o salir con amigas, en este sector, ninguna tiene “ni hobbies ni amigos”. Esto se corresponde con el análisis de Wainerman (2005), para quien la independencia en las mujeres de hogares de nivel medio, no se limita al ingreso sino también al círculo de amistades. Esta independencia se toma como sinónimo de salud, opuesto a la frustración y al reproche, como afirmaba Andrea. Mientras en los hogares de nivel bajo el trabajo femenino se relaciona con las necesidades colectivas y los vínculos familiares, en los hogares de nivel medio se articula con un creciente individualismo²¹⁵. Fortoul Ollivier (2001), en su análisis de la vida cotidiana de mujeres en zonas marginales, encontró que el ambiente en el que se desenvuelve es restringido y cerrado. En él participan regularmente los compañeros de trabajo, la familia directa y los familiares. Hay un pobre contacto con “el otro no conocido”, lo que va mermando poco a poco la autoestima porque se deteriora la capacidad para establecer nuevas relaciones, para dialogar y comunicarse, a medida que se cerrando también el horizonte que es conocido y en el cual la persona se desenvuelve con seguridad y confianza (Fortoul Ollivier, 2001). Esto es lo que le sucede a las mujeres del grupo 3 que sólo frecuentan lugares, actividades y personas relacionadas con su trabajo y con su familia directa. Sin embargo, para estas mujeres, el trabajo constituye cada vez más un espacio propio, donde pueden “despabilarse” y “tratar

²¹⁵ WAINERMAN, C. 2005. *La vida cotidiana en las nuevas familias: ¿una revolución estancada?* Buenos Aires. Lumiere. Página 219.

con otros”.

Ahora bien, cuando se les consulta si la maternidad implica renunciamentos o es mejor acudir al padre para compatibilizar actividades, no hay grandes distinciones entre las opiniones, ni se observa una diferenciación marcada en los roles de género de los sectores más humildes. Por el contrario, a simple vista pareciera que las mujeres del grupo 3 tuvieran menos conflictos que las del grupo 1 para compartir con sus parejas el cuidado de los hijos. Sin embargo, a juzgar por las entrevistas en profundidad, puede que estas diferencias radiquen en la naturaleza de las actividades que realiza cada grupo, ya que las ocupaciones extra-domésticas de las mujeres del grupo 3 se relacionan sólo con estudio o trabajo (incluso Estefanía lo resalta: “*otra cosa, no*”) mientras que las demás mujeres incluyen en su rutina, actividades recreativas o pasatiempos personales como caminar, ir al gimnasio, viajar y reunirse con amigas. María y Laura coinciden en afirmar que, al tener hijos, dejaron de lado algunas actividades pero que poco a poco, fueron negociando con sus parejas y lograron recuperar espacios. Ambas tuvieron que superar ciertos conflictos con los padres y con ellas mismas, hasta que lograron el despegue. Sin embargo, afirman que el hombre “*sigue teniendo más libertades*”, sobre todo cuando los hijos son más pequeños. El tema de la edad de los hijos es recurrente para establecer la importancia de las necesidades infantiles. Y en Laura, al igual que en Andrea, se repite la preocupación por el sentimiento de *frustración* femenina²¹⁶, destacando que los tiempos propios de la mujer, contribuyen a valorar más la familia. Según Wainerman (2005), desde los ‘80, los medios de comunicación contribuyen a los cambios porque toman como ideal a la mujer que busca su realización personal y al hombre que contribuye con las tareas domésticas. Este discurso aboga por superar ciertas expectativas y valores tradicionales para relativizar las angustias: la culpa en las trabajadoras con hijos chicos, la resistencia masculina a colaborar y las crecientes exigencias en las parejas²¹⁷. Para Wainerman, las mujeres de hogares de nivel medio, reemplazan el género como criterio clasificador por otras capacidades de naturaleza individual, entonces la liberación femenina no se hace contra el varón sino que es la conquista de un espacio propio, la posibilidad de eludir los límites de la autorrealización, una búsqueda íntima y personal que busca evadir los preceptos dados.

Sin embargo, al consultarles si sería aconsejable que una madre rechace un viaje de trabajo o estudio que la ausente de su casa, apareció una mayor diferenciación entre las opiniones de los distintos grupos. Del grupo 1, María y Karina dicen claramente que están en desacuerdo con rechazar un viaje, mientras Laura destaca que “*depende del apoyo familiar y de las edades de los hijos*”. En el grupo 2, Romina y Mariela están en desacuerdo y Andrea lo relativiza diciendo que “*depende del tiempo y de los que queden al cuidado*”. La problemática de cubrir la ausencia materna es una preocupación que también plantean Mariela y Carolina. Pero en el grupo 3, la proporción de acuerdos se invierte: Estefanía y Cecilia rechazarían un viaje que la ausente de sus casas porque no tienen duda en plantear que “*sus hijos están primero*” mientras que Carolina opta por lo contrario porque cuenta

²¹⁶ “*Lo ideal sería que la mujer pueda tener otras actividades para no sentirse frustrada y enojada con el resto de la familia*”.

²¹⁷ WAINERMAN, C. 2005. *La vida cotidiana en las nuevas familias: ¿una revolución estancada?* Buenos Aires. Lumiere. Introducción.

con un marido que “*podría responsabilizarse de los niños*”.

Los estudios realizados por Wainerman (2005), encontraron que, frente al conflicto maternidad y trabajo, las mujeres de hogares de nivel medio tienen una solución práctica y una teoría justificatoria: la primera hace hincapié en la organización, con estrategias que involucran cronogramas de actividades y necesita de personas que suplante a la madre en el cuidado. La segunda tiene que ver con la posibilidad de calmar las inquietudes del doble rol en base a dos afirmaciones: que la búsqueda del bienestar personal implicará el bienestar de la familia y que la calidad del tiempo compartido con los hijos importa más que la cantidad: “*Toda una nueva ideología que subordina, ahora también en el caso de la mujer, la familia al mercado*”²¹⁸. Delfino (2005) coincide en destacar que una característica de los nuevos arreglos conyugales está relacionada con la implementación de una organización del “mundo de vida”, sobre un modelo de gerenciamiento (management): “*La gestión del tiempo consagrado a la educación de los hijos y a las tareas domésticas es realizada sobre el modelo de la empresa, suponiendo una racionalización de las tareas a fin de poder ejercer un ajuste de funciones*”²¹⁹. En este sentido, Wainerman advierte sobre las consecuencias del sentimiento femenino que se corresponde con la lógica de mercado y que enaltece el tiempo laboral a la vez que desvaloriza en familiar: “*Ahora que muchas más igualaron y hasta superaron a sus maridos en educación y que dejaron de ser absolutamente dependientes en lo económico, hay peligro de que tenga lugar una ‘revolución estancada’ (...) La inequidad en el adentro tiende a pasar inadvertida mientras la ‘equidad’ en el afuera es celebrada como si la crecida oportunidad de integrarse a la fuerza de trabajo sólo les acarrearía beneficios*”²²⁰.

5.4. OPINIONES SOBRE LA RELACIÓN MATERNIDAD TRABAJO

Con respecto al mejor momento para ser madre, María afirma:

“Tenés que ser joven. No está bueno postergar la maternidad para despegar profesionalmente, ni postergar el despegue para ser madre. Por ahí podes despegar con ellos y cuando están un poquito grandes, vos terminás de afianzarte como profesional. A mí me pareció el momento adecuado porque yo tenía un par de años trabajando... Y después tuve a los tres chicos seguidos. Entonces, en unos añitos yo voy a poder dedicarme un poco más pero ya voy a tener una trayectoria ininterrumpida como abogada”.

Parece que María, superado el primer momento, no siente demasiado conflicto en la relación entre su maternidad y su profesión. Ha podido compatibilizar los ámbitos y lo ha hecho fundamentalmente aplicando una estrategia a largo plazo que utilizan también otras mujeres: organizar sus tiempos priorizando los hijos durante los primeros años con la esperanza de poder dedicarse de lleno al resto después. Las mujeres como María, que planificaron su maternidad de esta manera, con hijos sin demasiadas diferencias de edad, con el objetivo de concentrar los años de mayor demanda, se basan en una premisa novedosa que no es compartida por las mujeres de otros sectores: que los hijos necesitan a sus madres más que nada durante los primeros años y que después lograrán mayor independencia,

²¹⁸ WAINERMAN, C. 2005. *La vida cotidiana en las nuevas familias: ¿una revolución estancada?* Buenos Aires. Lumiere. Página 234.

²¹⁹ DELFINO, A. 2005. *Mujer y ejecutiva: trayectorias de género en Brasil*. Espacio Abierto, abril-junio, año/vol. 14, número 002. Asociación Venezolana de Sociología. Maracaibo, Venezuela. pp. 199-214

²²⁰ WAINERMAN, C. 2005. *La vida cotidiana en las nuevas familias: ¿una revolución estancada?* Buenos Aires. Lumiere. Página 156.

como muestra el análisis de Wainerman (2005).

Para Karina también el trabajo condiciona sus decisiones sobre maternidad. De hecho, con respecto a la cantidad de hijos, Karina dice que: *“Mi marido sufrió mucho por ser hijo único, entonces la iniciativa de tener dos hijos fue de él. Mi problema siempre fue no poder dedicarle el tiempo, yo no quería tener hijos para que estuvieran todo el día con otras personas porque la mamá es la mamá, y te necesitan (...) La única manera que me imaginaría teniendo un tercero, es si puedo dejar por lo menos una parte de mis trabajos”*. Con esto se reiteran algunas temáticas como el estrés y la necesidad de dejar parte de los trabajos para estar más con los hijos. Pero lo que más llama la atención es la afirmación que reza: *“la mamá es la mamá, y te necesitan”*, porque con esta idea, Karina reconoce un sentimiento y una opinión contra la que intenta luchar, pero que está arraigada en ella lo suficiente como para surgir tanto en el discurso como en la práctica. De hecho, al referirse a las profesionales que dejan su trabajo cuando son madres, Karina opina que: *“El problema es que el sistema es muy perverso. Después de haber estudiado durante años, tenés que aceptar trabajar varios años más ad honorem, en horarios ridículos... El hombre lo hace porque no le queda otra, pero la mujer se pone a hacer cuentas y por ahí no le conviene pagar a una niñera para que se encargue de los chicos por un horario o un salario inconveniente”*. Aquí, Karina parece estar describiendo la situación vivida por Laura, que puede ser un ejemplo de la realidad atravesada por muchas otras mujeres. Al analizar las *Decisiones de fecundidad y participación laboral de la mujer en España*, Álvarez Llorente (2002) concluye que:

“La decisión de participación de la mujer viene determinada fundamentalmente por su nivel de educación, si bien también depende del número de hijos que tiene así como de las circunstancias más o menos favorables del mercado de trabajo. También se ha encontrado evidencia de que la presencia de otros miembros en el hogar como puedan ser los abuelos, y la existencia de centros dedicados al cuidado de los niños, pueden afectar al comportamiento de la mujer a la hora de participar o no en el mercado laboral”²²¹.

La idea de que el mercado laboral y el contexto socioeconómico del país condicionan la relación maternidad-trabajo, aparece insinuada en otras entrevistas, pero da la sensación de que estas mujeres lo mencionan al pasar, como un factor entre otros más importantes. En este caso, Karina parece darle más preponderancia a los roles de género cuando desliza que *“el hombre lo acepta porque no le queda otra”*. Este tipo de frases sorprenden más en testimonios de mujeres como Karina, que aboga por la igualdad de género pero lucha contra sus propios prejuicios.

Por su parte, con respecto a las mujeres que renuncian a su trabajo al tener hijos, María opina que no han encontrado su verdadera vocación: *“Si vos no te capacitaste, está bien; pero si hiciste una carrera universitaria, no lo entiendo realmente. La única manera que lo entiendo es si considero que en definitiva, en el fondo no te interesaba”*. Es decir, para María, el trabajo pierde su importancia relativa sólo en el caso de que no otorgue satisfacciones. O, dicho al revés, la maternidad cobra mayor lugar en los casos donde las mujeres no han encontrado otro lugar que les brinde bienestar. Ella, por el contrario, no pensaría en dejar su profesión porque no duda en que es su vocación. Aun cuando en este

²²¹ ÁLVAREZ LLORENTE. 2002. *Decisiones de fecundidad y participación laboral de la mujer en España*. Investigaciones Económicas, enero, vol. 26, número 1. Fundación Empresa Pública. Madrid, España. pp. 187-218

momento haya tenido que reducir sus horarios, esto se debe a una necesidad circunstancial que pasará cuando los niños alcancen determinada edad. Como sostiene Wainerman (2005), cuando el trabajo femenino se convirtió en norma, ya no se consideró necesario ni deseable que la mujer abandonara su empleo al nacer los hijos. Las normas se flexibilizaron, el trabajo adquirió una visión positiva como lugar de desarrollo para la mujer (idea que dejó de lado el esfuerzo que conlleva), mientras el ámbito doméstico se redefinió por oposición como rutinario, cerrado y mediocre. De todas maneras, muchas mujeres reconocen que “*si antes el encierro y la entrega a los demás podían generar frustración, hoy, para la mayoría, el compromiso con el trabajo y la familia conllevan las exigencias del doble rol y una sensación permanente de culpa*”²²², como le pasa a Karina o a Laura.

Con respecto a su desarrollo profesional, Laura afirma: “*Me genera mucha frustración pensar que toda la gente de mi edad ya tiene trayectoria y yo todavía no me imagino qué podría hacer para sentirme orgullosa de mí sin descuidar a mi familia. Lo ideal sería un trabajo con horarios flexibles. O bien que sea lo suficientemente interesante como para que no me importe el sueldo o bien que tenga un sueldo como para poder tercerizar lo que no tenga tiempo de hacer yo misma*”. Nuevamente, se pone en relieve que a Laura le cuesta encontrar motivos para sentirse orgullosa de sí misma. Si bien durante algunos años depositó esas expectativas en la maternidad, a partir de que las hijas comenzaron su escolarización, ella sintió que su rol como madre perdió importancia relativa y emergieron otros deseos postergados. Esta impresión se encuentra en otros testimonios, como el de Cecilia, lo que lleva a preguntarnos nuevamente, cuánto hay de similitudes entre estas mujeres. Por otra parte, el hecho de que Laura necesite “*trabajar para sentirse orgullosa de ella misma*” se asemeja a la idea de María cuando decía necesitar sentirse “*útil*” y “*productiva*”. Nuevamente, en estos casos aparecen los ámbitos de maternidad y trabajo como contradictorios y excluyentes.

En concordancia con este testimonio, Wainerman (2005) encuentra que las amas de casa de hogares de nivel medio, ven a los hijos y al hogar como un encasillamiento social y, cuando piensan en un trabajo, lo imaginan con características flexibles poco reales, en cambio, quienes efectivamente trabajan, lo ven como un espacio con reglas propias, muchas veces contrapuestas con otros deseos. Por otro lado, la asociación entre hogar y frustración es una construcción reciente que nada tiene que ver con la imagen de antes, cuando la realización de la mujer no era contraria a las necesidades familiares (Wainerman, 2005). Poco a poco, la educación fue alentando nuevas aspiraciones y la posibilidad de tener un empleo, comenzó a adquirir valor. De esta forma, “*una función que era enaltecida y valorada socialmente se ha ido convirtiendo en un espacio signado por el aburrimiento, la degradación y el menosprecio*”²²³.

Por su parte, Castilla (2009) compara las percepciones de madres de los años '70 con madres del 2000 y encuentra que, en el 2000, aquellas mujeres de sectores medios que continúan con el proyecto de la compatibilización comienzan a sentir a la maternidad y al trabajo como mutuamente excluyentes

²²² WAINERMAN, C. 2005. *La vida cotidiana en las nuevas familias: ¿una revolución estancada?* Buenos Aires. Lumiere. Página 262.

²²³ WAINERMAN, C. 2005. *La vida cotidiana en las nuevas familias: ¿una revolución estancada?* Buenos Aires. Lumiere. Página 257.

al desear ser una buena madre y abarcar las demás actividades propias de la mujer de clase media (la vida social, el cuidado personal y la vida familiar): “*Se trata de una sociedad que permite a las mujeres ampliar sus oportunidades en el campo de la educación y el trabajo, pero sin deslindarse de sus responsabilidades domésticas*”²²⁴, afirma la autora. En la actualidad, socialmente hay una mayor problematización de la relación maternidad-trabajo y esto exige a la madre tomar decisiones y justificarlas incluso con cierto sentimiento de culpa. Esto último, pone de manifiesto la presencia de un dilema moral en torno a la maternidad y los deseos individuales (Beck y Beck-Gersheim, 2003)²²⁵.

Profundizando en lo referente a la situación de las mujeres, Karina sostiene:

“En la realidad, terminás siguiendo los parámetros de esta cultura machista. Cuando tenés un hijo enfermo, te lo descuentan de las vacaciones; las dos horas de lactancia que corresponden por ley, nadie se las toma. Pero recién vamos a aceptar que eso no es un abuso cuando nosotras (creo que el error es nuestro) les hagamos ver a los hombres que la responsabilidad es de los dos. Porque se carga mucho la mujer con esta idea de que los hijos ‘son de la madre’: ‘¿Te tomaste tres meses de licencia y ahora faltás porque se te enfermó el nene?’, entonces parece que la que estás abusando sos vos, cuando en realidad alguien se tiene que ocupar. En cambio si se tomara un día la madre y otro el día el padre, la cosa se equipararía y no generaría problemas laborales. Pero yo creo que todavía hay una presión cultural muy fuerte porque, hoy por hoy, a lo mejor al hombre le cuesta decir: ‘No vengo a trabajar porque tengo que cuidar a mi hijo’, ‘¿Y tu mujer qué está haciendo?’. Entonces yo creo que va a llevar mucho tiempo”.

Para Karina es una lucha constante. Por un lado está convencida de la importancia de equiparar las cosas, pero por otro lado, ella misma continúa pensando que es la máxima responsable por sus hijas y que el cónyuge no podrá igualarla. Como ella misma reconoce, una cosa son las aspiraciones que aparecen en el discurso y otra muy diferente es la realidad, porque “*todavía hay una presión muy fuerte*”. Y en este sentido, no se puede negar la relación de la maternidad con los marcos o los contextos políticos-económicos y laborales.

En este sentido, Karina parece coincidir con el análisis de Wainerman (2005) cuando afirma que: si bien los estudios ponen en evidencia las transformaciones que tuvieron lugar en los discursos, también son numerosas las investigaciones que detectaron la permanencia de comportamientos que subsisten en las prácticas cotidianas. Estos trabajos coinciden en que las actividades en el hogar continúan estando bajo la responsabilidad femenina, imponiendo un “*doble turno*” a las que trabajan fuera del hogar²²⁶. Para la autora, existe una contradicción entre la fragilización de los roles y la continuidad de los hábitos. Entonces, mientras las mujeres actualmente comparten la responsabilidad económica, siguen siendo las principales responsables del hogar y los hijos, posiblemente por el capital disímil que adquiere cada sexo durante la socialización y por las estructuras de gratitud que siguen predominando, tal como afirmaba Karina.

Por otra parte, varios autores (López y otros, 2011) destacan que, para facilitar la tan ansiada armonización familia-trabajo, se requieren cambios en las políticas sociales vigentes que permitan,

²²⁴ CASTILLA, M.V. 2009. *Individualización, dilemas de la maternidad y desarrollo laboral: continuidades y cambios*. En: Intersecciones en Antropología, vol. 10, núm. 2, 2009, pp. 343-358. Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires. Buenos Aires, Argentina.

²²⁵ BECK/BECK-GERNSHEIM. 2003. *Hacia una familia posfamiliar: de la comunidad de necesidades a las afinidades electivas*. En La individualización. El individualismo institucionalizado y sus consecuencias sociales y políticas, pp. 165-188, Paidós, Barcelona.

²²⁶ WAINERMAN, C. 2005. *La vida cotidiana en las nuevas familias: ¿una revolución estancada?* Buenos Aires. Lumiere. Página 289.

entre otras medidas, extender las licencias por maternidad y paternidad, regular adecuadamente la presencia de guarderías en los lugares de trabajo para madres y padres, ampliar la oferta de matrículas públicas y privadas de guarderías y jardines de infantes, repensar desde el mercado laboral horarios y modalidades más flexibles de trabajo para las mujeres madres y avanzar en la legislación para incrementar los permisos para el cuidado familiar durante la jornada laboral tanto para madres como para padres. Y además, advierten que, si bien la implementación de tales medidas resulta más viable para los trabajadores/as insertos en el mercado de trabajo formal, es fundamental considerar que, ante el aumento del trabajo informal, sobre todo femenino, se hace indispensable extender estos beneficios a todas las mujeres que trabajan²²⁷.

5.5. RECAPITULANDO

En este quinto capítulo se profundizó en lo referido a las opiniones, experiencias y expectativas de las mujeres entrevistadas en torno la relación con sus hijos, sus madres y otros influyentes; la pareja, el vínculo padre e hijos y los roles de género en el ámbito doméstico. Finalmente, se analizaron las actividades de las mujeres, sus opiniones sobre la conjunción maternidad/trabajo y sus expectativas y proyectos para el futuro.

En base a todo este material, podemos sacar algunas conclusiones sobre los sentidos que las mujeres del interior le dan a la maternidad, al trabajo y a la relación entre los dos ámbitos.

²²⁷ LÓPEZ/PONCE/FINDLING/LEHNER/VENTURIELLO/MARIO/CHAMPALBERT. 2011. “Mujeres en tensión: la difícil tarea de conciliar familia y trabajo”. Población de Buenos Aires, vol. 8, núm. 13, pp. 7-25. Dirección General de Estadística y Censos. Buenos Aires, Argentina

6. CONCLUSIONES

La conclusión principal que se extrae de esta investigación es que las diferencias sociales se visualizan fundamentalmente en las experiencias y posibilidades concretas de estas mujeres, pero no tanto en sus concepciones y representaciones. Mientras en el análisis cuantitativo se observaba una gran disparidad en lo referente a nivel educativo, ocupaciones y composición familiar, con las entrevistas en profundidad se comprueba que las desigualdades radican en las realidades y oportunidades educativas, laborales y familiares de las mujeres, pero no en los sentidos y opiniones al respecto. Por el contrario, en cuanto a las significaciones relativas al trabajo y a los hijos, no existen demasiadas discrepancias entre estas mujeres.

Las entrevistadas fueron seleccionadas teniendo en cuenta su ámbito de pertenencia: barrios e instituciones con grandes contrastes socioeconómicos. Sin embargo, si miramos el nivel de ingreso o la propiedad de la vivienda, veremos que hay al menos una participante del *grupo 1* que podría llegar a tener un nivel de ingresos medio/bajo, mientras hay una mujer del *grupo 3* que evidencia un nivel de ingresos medio/alto. Y en cuanto a la propiedad de la vivienda, hay mujeres que alquilan tanto en el *grupo 1* como en el 2 mientras, en el grupo 3, hay mujeres que (aunque con ayuda) han construido su propio lugar.

El indicador que más diferencia a estas mujeres es el nivel de estudios, seguido por las ocupaciones. Aquí, las entrevistadas ejemplifican claramente las estadísticas del *CAPÍTULO 3*: las mujeres del *grupo 1* cuentan todas con estudios superiores, la mayoría trabaja como profesionales durante largas jornadas pero algunas deciden frenar su carrera para dedicarse unos años a los hijos; las mujeres del *grupo 2* tienen estudios secundarios y se desempeñan como empleadas formales, con una importante estabilidad; y las mujeres del *grupo 3* cuentan con estudios primarios y trabajan pocas horas semanales en periodos discontinuos, todas como empleadas domésticas.

La segunda diferenciación importante tiene que ver con el momento de conformación familiar, donde la disparidad se da sólo con el *grupo 3*. Mientras las mujeres de sectores medios tuvieron varios años de noviazgo, estudiaron y trabajaron antes de proyectar sus maternidades; todas las mujeres del *grupo 3* tuvieron embarazos no planificados durante la adolescencia.

No obstante, hay valores que atraviesan a todas las clases y otros que se encuentran en medidas dispares. En cuanto a los criterios, la diferencia más notoria es que en el *grupo 3* predomina el ideal del hombre como proveedor. Las mujeres de menores recursos trabajan por gusto, por necesidad o por las dos cosas, pero de todas maneras ven en el hombre al responsable de mantener económicamente a la familia. Y aunque ellas puedan estar comenzando a discutir dicha concepción, pareciera que los hombres están mucho más aferrados a sus responsabilidades tradicionales de sostén económico y siguen deseando tener mujeres amas de casa. No obstante, como el ingreso masculino es mayoritario en todos los grupos, puede suponerse que en la práctica, las disparidades entre estas mujeres es menor que en el discurso.

En general, si nos adentramos en las significaciones y representaciones, lo que se comprueba es que las mujeres de los *grupos 1 y 2*, defienden ideas igualitarias sobre los roles de género y se sienten comprometidas con un ideal de mujer “moderno” que las hace justificarse cada vez que adoptan alguna postura correspondiente al modelo “antiguo” o “tradicional”. Sin embargo, pese a sus pretensiones y alegatos, eligen seguir siendo las principales responsables de los hijos. No obstante, a diferencia de las mujeres de generaciones anteriores, no quieren asumir la doble jornada laboral sin al menos haber buscado opciones alternativas, porque sienten que la posibilidad del trabajo remunerado no es un logro, sino un derecho adquirido (Castilla, 2009).

En cambio, las mujeres del *grupo 3* todavía consideran el espacio doméstico como naturalmente propio, sin necesidad de mayores explicaciones que el “siempre fue así”. Pese a esto, están incorporando los valores de sectores medios urbanos y comienzan a problematizar ciertas cuestiones, a la vez que hacen eco de posturas más individualistas que abogan por un desarrollo personal muchas veces fuera del hogar.

En resumen, los comentarios y experiencias de las mujeres de sectores humildes evidencian un cambio, tanto en el discurso como en las prácticas, que las ubican cada vez más cerca de las concepciones sostenidas por las mujeres de clases medias. Si bien hay vestigios de modelos tradicionales (sobre todo en lo referente a los ingresos, expectativas personales y modelos de crianza), por otro lado se observa que las responsabilidades domésticas compartidas, la autoridad negociada y la búsqueda de trabajo remunerado con mayores fines que lo económico, son tendencias que parecen corresponderse más con la realidad actual de estas mujeres.

El trabajo

El tipo de trabajo extra-doméstico va a influir en el estilo de maternidad que estas mujeres profesen, porque la relación con los hijos va a estar mediada por la disponibilidad y la flexibilidad horaria y por las menores o mayores limitaciones que ejerza el entorno laboral. Esta presión muchas veces no es directa sino que se relaciona con las expectativas que las mismas mujeres tienen de sí mismas para con el cumplimiento de su tarea. De todas maneras, las coerciones ejercidas por los empleadores aparecen, en distintas medidas, en todas las entrevistas de los sectores medios, condicionando las sensaciones, las opiniones y las experiencias de la maternidad, lo que podrían ser consideradas pautas normativas que castigan a quienes intentan mantener vínculos tradicionales. En el *grupo 3*, en cambio, como se trata de trabajos domésticos e independientes, las mujeres organizan sus horarios de manera más flexible, con la contrapartida de que aumenta la inestabilidad de la relación laboral. Si bien en este grupo, las mujeres no están atravesando actualmente necesidades económicas, queda por evaluar de qué manera cambiaría sus posibilidades ocupacionales y el ejercicio de su maternidad en momentos de crisis.

Por otra parte, mientras en los hogares de nivel bajo el trabajo femenino todavía se relaciona más con las necesidades colectivas y los vínculos familiares, en los hogares de nivel medio se articula con un creciente individualismo. La independencia en estas mujeres, no se limita al ingreso sino también al

círculo de amistades y al desarrollo de actividades recreativas personales. Esta independencia, que en los sectores más humildes no existe en la práctica pero comienza a advertirse en los relatos, se toma como sinónimo de salud, opuesto a la frustración y al reproche. Aun así, las mujeres del *grupo 3* ya no trabajan sólo por necesidad sino que comienzan a mencionar las ventajas para su desarrollo personal, la necesidad de no estar todo el día en la casa con los hijos, la independencia económica que les otorga un ingreso propio y la conveniencia de tratar con otras personas. Si no le brindan mayor cantidad de tiempo y energía al trabajo no es sólo por la familia, es porque consideran que la clase de trabajo al que pueden aspirar (doméstico e informal) no lo justifica. Pero imaginan que su trayectoria laboral e incluso familiar, hubiera sido diferente si hubieran contado con una profesión. Y es lo que anhelan para sus hijos.

Los hijos

Todos los relatos estudiados evidencian que las entrevistadas sienten que la maternidad sigue siendo *cosa de mujeres*. Los hombres pueden participar en mayor o en menor medida, igual que las abuelas, las niñeras o el jardín. Pero para estas mujeres, los hijos siguen siendo una responsabilidad fundamentalmente suya, donde cada logro o cada fracaso de ellos es visto como mérito o culpa propia. Incluso las pocas que sostienen que los hijos no dependen de las madres, no logran interiorizarlo y terminan por sentirse cien por ciento responsables de ellos, igual que las demás.

El tema de la independencia/dependencia de los hijos, libertad y sobreprotección, aparece en todas las entrevistas pero las posturas y opiniones frente a esta temática son muy diversas y sin relación con el grupo al que pertenecen las mujeres. Así, el desarrollo de relaciones de dependencia mutua con los niños está presente en algunas mujeres de todos los grupos, como también aparecen los discursos que abogan por la autonomía de los hijos, independientemente del sector social.

En cuanto al cuidado infantil, para la mayoría de las mujeres los familiares son una gran ayuda, a pesar de la relación conflictiva que se suele establecer con ellos. De todas maneras, casi todas (independientemente del grupo) preferirían la ayuda de una niñera o una institución, a diferencia de sus maridos, que optarían por dejar a sus hijos con personas conocidas. La elección de las mujeres se puede explicar porque, con las niñeras o el jardín, las madres continúan teniendo el control y el poder de decisión, situación que con los familiares puede implicar tensiones y conflictos.

En resumen, aunque las mujeres trabajen, estudien o hagan otras actividades, la responsabilidad de los hijos y de la organización doméstica sigue siendo tarea exclusiva de la madre en todos los grupos. Frente a esto, algunas mujeres se quejan más y otras menos, algunas dan más espacio al padre y otras menos, algunas justifican más su ausencia y otras menos, pero la realidad muestra que la inmensa mayoría se siente más indicada, más capacitada, más preparada y dispuesta a desarrollar estas labores para las que no cuenta con el hombre, en parte porque no puede, en parte porque siente que no debe y en parte porque tampoco quiere. Es decir que probablemente ellas se sigan considerando como esencialmente más aptas y que en ello radique parte de sus sentimientos de conformidad consigo mismas, con sus cónyuges y con la división de roles actual. Y en este sentido, es posible que los

ámbitos domésticos, del que tratan de diferenciarse por un lado, por el otro sigan conteniendo elementos que son en última instancia importantes en su definición como mujeres.

Relación maternidad/trabajo

En una sociedad donde se enaltecen valores de mercado, los logros afectivos se relacionan poco con las ideas de éxito. Por eso las mujeres necesitan justificarse ante los demás y ante sí mismas cada vez que eligen quedarse con sus hijos. Necesitan problematizar la función de cuidado para convencerse de que es importante porque, a simple vista, la construcción y fortalecimiento de las relaciones afectivas (entre ellas la maternidad) no se vive naturalmente como significativa, sobre todo en los sectores que se consideran “modernos”. Sin embargo, el hecho de que continúen asumiendo el trabajo doméstico sin exigir ni las mismas posibilidades laborales de los hombres ni la correspondiente implicación del cónyuge y las instituciones en el cuidado infantil, evidencia que la actividad realizada en el hogar sigue teniendo un valor intrínseco para ellas, aunque velado por los mandatos sociales que han internalizado.

De hecho, si bien algunos autores afirman que la inequidad entre hombre y mujer podía ser un motivo de ruptura conyugal, en estas entrevistas se muestra bastante entendimiento al respecto. Tal vez hubo un momento de desfasaje o conflicto pero ahora, la mayoría ha llegado a un acuerdo en el que las partes se encuentran más o menos conformes. Las tensiones mayores aparecen en aquellos casos de mujeres que intentan desarrollar una imagen tradicional de madres, unida a expectativas modernas. Cuando las entrevistadas han interiorizado un deber ser con la familia que incluye las pautas más exigentes de *cuidado intensivo*, cuando aspiran a una figura de madre idealizada, que se encarga de todo y de todos; pero aun así se sienten comprometidas con las exigencias del “desarrollo laboral y personal”, es cuando presentan los mayores síntomas de malestar. Y si bien esta situación aparece fundamentalmente relacionada con aspiraciones de niveles medios, son valores que se han difundido y comienzan a interiorizarse también en los sectores más bajos.

Para lograr el tan ansiado equilibrio, la totalidad de las mujeres entrevistadas (sin diferenciación de grupo) optarían por trabajar medio día fuera de su casa, como si el hecho de tener el resto del tiempo para dedicarlo a la familia, fuera la solución para compatibilizar sus deseos de desarrollo laboral y familiar. Y, en este sentido, hay tres cuestiones a resaltar:

a) La primera se relaciona con la doble presión y obligación que sienten las mujeres de desenvolverse adecuadamente en los dos ámbitos, cumpliendo con las exigencias y parámetros esperados de cada uno de ellos y soportando muchas veces consecuencias y indeseables como el estrés, la culpa o la frustración.

b) La segunda es la contraposición con que se presentan estas esferas, como si fueran antípodas en continua competencia, lo cual demuestra una inadecuación de sentido entre los mandatos culturales y las expectativas individuales y la carencia de estrategias de conciliación que vayan más allá de lo individual, de lo privado.

c) Y la tercera se relaciona con el doble rol: si las mujeres prefieren trabajar menos horas afuera de

la casa es porque, cuando llegan, tienen que ocuparse del hogar y los hijos, lo que ocasiona un momento de estrés o *caos* más difícil de sobrellevar que si pudieran hacerlo distendidamente o si pudieran contar con mayor implicancia del cónyuge. Sin embargo esta última opción, aunque a veces se reclama, no se concibe con el mismo peso que la posibilidad de trabajar medio turno y ocuparse ellas mismas. La ayuda del padre se sigue pensando como complementaria y subsidiaria de lo que entienden como su propio derecho: un ámbito lleno de responsabilidades pero donde ellas conservan cierto poder que no están dispuestas a ceder. Un ámbito donde, en medio de tantos cambios, pueden seguir encontrando las principales raíces donde afianzar su identidad.

Líneas a profundizar en futuros estudios

Como en toda investigación, llegamos a este punto con más preguntas que respuestas. Así, hay muchas temáticas que se relacionan directa y indirectamente con este análisis pero que lamentablemente exceden las capacidades y los objetivos del mismo. Entre las cuestiones a profundizar, estarían:

- Una comparación de estos datos con la situación de las mujeres en el resto del país, sobre todo en sectores con diferencias socioeconómicas de mayores contrastes.
- La realización de un análisis histórico /diacrónico más completo en lo referente a la relación maternidad/trabajo, un recorrido a través del tiempo de los cambios que ha sufrido la participación de la mujer en el mercado laboral y la repercusión de esta situación al interior de la familia.
- El abordaje de la situación, visión y experiencia paterna: la trayectoria y las transformaciones que ha tenido el rol del hombre, tanto en sus prácticas concretas como en sus significaciones.
- Un examen más detallado de lo referente a la conciliación maternidad/trabajo, no sólo en lo que respecta a las estrategias individuales sino también en lo que atañe a las políticas.
- Un repaso histórico y una proyección de necesidades futuras de normativas y servicios públicos referentes a la familia, al cuidado infantil y su impacto en la relación maternidad/trabajo.
- Finalmente, un seguimiento de los cambios que siguen dándose en estas familias, tanto en sus realidades como en sus representaciones.

BIBLIOGRAFÍA

- ALFEI, B. 1992. “Las carreras profesionales: hombres y mujeres en el mercado de trabajo”, en Propuesta Educativa. Flacso, año 4, N° 7, Octubre 1992.
- ÁLVAREZ LLORENTE. 2002. *Decisiones de fecundidad y participación laboral de la mujer en España*. Investigaciones Económicas, enero, vol. 26, número 1. Fundación Empresa Pública. Madrid, España. pp. 187-218
- ARAMBURÚ / ARIAS QUINCOT. 2001. Dimensiones culturales del embarazo en la adolescencia. Pontificia Universidad Católica de Perú.
- ÁVILA GONZÁLEZ. 2005. *Mujeres frente a los espejos de la maternidad: las que eligen no ser madres*. Desacatos, enero-abril, número 017. Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social. Distrito Federal, México. pp. 107-126
- BADINTER, E. 1980. ¿Existe el amor maternal?, Paidós Pomaire, Barcelona.
- BADINTER, E. 1993. *XY La identidad masculina*. Alianza Editorial, Madrid. Página 223
- BATTHYÁNY, K. 2007. Articulación entre vida laboral y vida familiar. Las prácticas de cuidado infantil de trabajadoras asalariadas de Montevideo. En publicación: Género, familias y trabajo: rupturas y continuidades. Desafíos para la investigación política. Gutiérrez, María Alicia. CLACSO, Consejo Latinoamericano de Ciencias. Sociales, Buenos Aires. 2007. ISBN: 978-987-1183-72-2
- BAUMAN, Z. 2002. *Modernidad Líquida*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires.
- BECK/BECK-GERNSHEIM. 2003. Hacia una familia posfamiliar: de la comunidad de necesidades a las afinidades electivas. En La individualización. El individualismo institucionalizado y sus consecuencias sociales y políticas, pp. 165-188, Paidós, Barcelona.
- BERGER /LUCKMANN. 1986. *La construcción social de la realidad*. Buenos Aires: Amorrortu.
- BIERNAT/WORTMAN. 1991. *Sharing of home responsibilities between professional employed women and their husbands*. J Pers Soc Psychol: 844-860.
- BLANCO / FELDMAN. 2000. *Responsabilidades en el hogar y salud de la mujer trabajadora*. Salud Pública de México, mayo-junio, vol. 42, número 3. Instituto Nacional de Salud Pública. Cuernavaca, México. pp.217-225
- BOURDIEU, P. 1990. “La dominación masculina”. Actes de la Recherche en Sciences Sociales. Núm. 84, París.

- BOURDIEU, P. 1996. “La dominación masculina”, en *La Ventana*. Nº 3. Universidad de Guadalajara, México.
- BOZON, M. 1995. “Amor, Sexualidade e Relações Sociais de Sexo na França Contemporânea”. *Estudios Feministas*, año 3, n. 1. IFCS/UFRJ.
- BURIN, M. 1996. "Una hipótesis de género: el techo de cristal en la carrera laboral". *Género, psicoanálisis y subjetividad*. Paidós. ISBN 950-12-4192-0.
- BURIN, M. y MELER, I. 1998: *Género y Familia. Poder, amor y sexualidad en la construcción de la subjetividad*. Buenos Aires, Paidós.
- CALDAS COULTHARD/ ROJO, L. 1997. “Las revistas femeninas y la construcción de la feminidad”. *Revista Iberoamericana Discurso y Sociedad*: volumen 1 Número 1, volumen 3: pp.3-9. Gedisa Editorial, Barcelona.
- CAMILLERI. 1999. “*Estrategias identitarias*”, Paris, Puf, (3ª edición).
- CASTILLA M.V. 2009. *Mujeres madres: continuidades y cambios en los sentidos y experiencias de la maternidad en Argentina*. Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social. México.
- CASTILLA, M.V. 2009. “Individualización, dilemas de la maternidad y desarrollo laboral: continuidades y cambios”. En: *Intersecciones en Antropología*, vol. 10, núm. 2, 2009, pp. 343-358. Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires. Buenos Aires, Argentina.
- CEPAL (Comisión Económica para América Latina y el Caribe). 2009. *Panorama Social de América Latina (LC/G.2423-P)*, Santiago de Chile, noviembre.
- CHUBAROVSKY/DIEZ DE ULZURRUN/RODRÍGUEZ. 2002. *Nivel educativo alcanzado y modo de inserción diferencial de mujeres y varones en el mercado laboral*. *Revista Científica de UCES*. Vol. VI Nº 1 Páginas 28 a 48.
- CONSEJO NACIONAL DE LA MUJER (2002-2003). *Informe: Mujer, trabajo y empleo*.
- COONTZ, S. 2006. *Historia del matrimonio. Cómo el amor conquistó el matrimonio*. “Capítulo 15. Vientos de cambio: el matrimonio en las décadas de 1960 y 1970”. Editorial Gedisa. Barcelona.
- COSSE, I. 2007. “Los nuevos prototipos femeninos en los años 60 y 70: de la mujer doméstica a la joven ‘liberada’”, en *Historia, Género y Política en los 70*, en Andujar, D’Antonio, Grammático, Gil Lozano, Rosa y Pita. Buenos Aires, Editorial Luxemburg.

- COSSE, I. 2008. *Familia, pareja y sexualidad en Buenos Aires (1950–1975). Patrones, convenciones y modelos en una época de cambio cultural*, Tesis de doctorado, Universidad de San Andrés, Buenos Aires, inédito.
- DARINKA WITTO GRBIC. 2006. *Embarazo adolescente y deserción escolar*. Servicio Nacional de la Mujer. Chile. Publicado en: <http://mujerymaternidad.cl/sitio/?p=3588>
- DE LA CRUZ, S. 2006. Análisis de la relación: la mujer en la educación y el trabajo. Fundamentos en Humanidades, año/vol. VII, número 014. Universidad Nacional de San Luis. San Luis, Argentina. pp. 271-292.
- DE LOS REYES, M. C. 2002. *Identidad y exclusión de la vejez en la sociedad globalizada*, Universidad Nacional de Mar del Plata. Documento de biblioteca. <http://www.redadultosmayores.com.ar/buscador/files/EXCLU003.pdf>
- DELFINO, A. 2005. *Mujer y ejecutiva: trayectorias de género en Brasil*. Espacio Abierto, abril-junio, año/vol. 14, número 002. Asociación Venezolana de Sociología. Maracaibo, Venezuela. pp. 199-214
- Diario Clarín: “CULTURA: Thomas Luckmann, un sociólogo central para las ideas del siglo XX, habló en Buenos Aires”. INFORME: Igal Kejsefman.
- DOROLA, E. 1989, “*La naturalización de los roles y la violencia invisible*”, en: FERNÁNDEZ /GIBERTI (comps.), *La mujer y la violencia invisible*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana.
- EHRENBERG, A. 2000. *La fatiga de ser uno mismo. Depresión y sociedad*. Buenos Aires, Nueva Visión.
- ERIKSON, E. 1968. “*Identidad, juventud y crisis*”. Buenos Aires: Editorial Piados.
- FAUR/GHERARDI. 2005. “El derecho al trabajo y la ocupación de las mujeres”, en Equipo Latinoamericano de Justicia y Género, Informe sobre Género y Derechos Humanos. Vigencia y respeto de los derechos de las mujeres en Argentina, Buenos Aires, Biblos.
- FEIJOÓ/ NARI. 1996. “*Women in Argentina during the 1960s*”, in Latin American Perspectives, vol. 23, num. 1, Winter, pp. 7-27.
- FLAX, J. 1997. *Forgotten forms of close combat, mothers and daughters revisited*. En M. Gergen & S. Davis (Eds.), *Toward a new psychology of gender* (pp. 311-324). New York: Routledge.
- FORTOUL OLLIVIER, M.B. 2001. La condición de la mujer en zonas marginadas: su vida cotidiana en el seno familiar. Revista del Centro de Investigación. Universidad La Salle, enero-junio,

año/vol. 04, número 016. Universidad La Salle. Distrito Federal, México. pp. 61-68

- FULLER, N. 1993 *Dilemas de la Femenidad, Mujeres de clase media en el Perú*, Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, Lima
- FULLER/VIVEROS. 2001 *Paternidades en América Latina, un estudio comparativo entre Lima y Bogotá*, Informe de Investigación Programa de Derechos Reproductivos Fundación Carlos Chagas, PRODIR
- FURSTENBERG. 1992. "Good dads - bad dads: two faces of fatherhood", en Skolnick, *Family in Transition*. New York. Hasper Collins Publishers.
- GALLARD/MORENO/ CERRUTTI/SUÁREZ. 1992. *Las trabajadoras de villas: familia, educación y trabajo*, Buenos Aires, CENEP.
- GARCÍA/ DE OLIVEIRA. 1994. Trabajo Femenino y Vida Familiar en México. México, DF: El Colegio de México.
- GELDSTEIN. 1994. "Las nuevas familias en los sectores populares", en Wainerman (comp), *Vivir en familia*, Buenos Aires. UNISEF-Losada.
- GERGEN, K. 2001. *El YO saturado, los dilemas de la identidad en la vida contemporánea*. Nueva York: Basic Books. 1991, 2 °. Ed. 2001.
- GIMÉNEZ, G. 1996. "La identidad social o el retorno del sujeto en sociología". Identidad III. Coloquio Paul Kirchhoff. México: UNAM, 11-24.
- GIMÉNEZ. *Materiales para una teoría de las identidades sociales*. Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM.
- GRISELLI /LOREA. 1997. Reestructuración Económica y Empleo Femenino de Dos Poblaciones Pobres: Maciel (Avellaneda) y Barrio San Fermín (Luján). Instituto Gino Germani. Universidad de Buenos Aires. "Prepared for delivery at the 1997 meeting of the Latin American Studies Association, Continental Plaza Hotel, Guadalajara, México, April 17-19, 1997".
- HAYS, Sh. 1998. Las contradicciones culturales de la maternidad. Barcelona: Paidós.
- HOCHSCHILD. 1989. *The Second Shift*, New York, Avon Books.
- INDEC. 2011. Gacetilla de prensa: *El Indec difunde nuevos datos definitivos del Censo de Población, Hogares y Viviendas 2010*. <http://www.indec.com.ar/indec.gov.ar.htm>
- Informe sobre Paridad en el Trabajo. 2002. Contrainforme "Situación de los derechos humanos de

las mujeres argentinas: asignaturas pendientes del estado" elaborado por ADEUEM, CELS, CLADEM, FEIM, Fe-ministas en Acción, ISPM y Mujeres en Acción. Instituto Social y Político de la Mujer. http://www.ispm.org.ar/brecha_laboral.html

- KAA, V. 1987. "Europe's Second Transition". Population Bulletin 42 (1). New York: United Nations.
- KAUFMANN (1992). *La trame conjugale. Analyse du couple par son linge*. París. Editions Nathan.
- KNIEBEHLER, I. 2000. *Historia de las madres y de la maternidad en occidente*. Claves dominio. Buenos Aires.
- LAMAS, M. 1996. "La perspectiva de género". En revista *La Tarea*. Nº 8. Documento digital. [Hhttp://www.latarea.com.mx/articu/articu8/lamas8.htm](http://www.latarea.com.mx/articu/articu8/lamas8.htm)
- LAROSSA. 1989. "Fatherhood and Social Change" en Kimmel y Messner, *Men's lives*. New York, Michigan Publishing Company.
- LARRAÍN, J. 2001. *Identidad Chilena*. Ed. Lom. Santiago de Chile.
- LEAL / FACHEL M.G. 1998. *Aborto, tensión y negociación entre lo femenino y lo masculino*, En: Lerner, Susana (editora) *Varones Sexualidad y Reproducción*, el Colegio de México, Sociedad Mexicana de Demografía, México D.F
- LEE-BLAIR/JOHNSON. 1992. *Wive's perceptions of the fairness of the division of household labor: The intersection of housework and ideology*. J Marriage Fam: 570-581.
- LEFAUCHEUR, N. 1996. "Maternidad, familia, Estado", en: *Historia de las mujeres en occidente*. George Duby - Madrid.
- LEVANDOWSKI/PICCININI/ LOPES. 2009. *Individualidad y conjugalidad en la relación de parejas adolescentes*. Psicol. estud. [online]. Vol.14, n.4, pp. 679-687. ISSN 1413-7372. <http://dx.doi.org/10.1590/S1413-73722009000400008>.
- LOBATO, M. 2007. *Historia de las trabajadoras en la Argentina (1869-1960)*, Buenos Aires, Edhasa, página 349.
- LÓPEZ /MARGULIS. 1995. "Aproximación sociocultural al estudio de la salud reproductiva: mujeres y servicios de salud". Informe final de investigación. Facultad de Ciencias Sociales. Universidad de Buenos Aires. Inédito.
- LÓPEZ, E. 2006. "La fecundidad adolescente en la Argentina: desigualdades y desafíos", en UBA

Encrucijadas, Revista de la Universidad de Buenos Aires 39, pág. 24-31.

- LÓPEZ/ FINDLING/ LEHNER/ PONCE/ VENTURIELLO/ MARIO/ CHAMPALBERT. 2009. “Mujeres multifacéticas: conexiones entre maternidad, familia y trabajo”. Instituto de Investigaciones Gino Germani, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires. X Jornadas Argentinas de Estudios de Población.
- LÓPEZ/PONCE/FINDLING/LEHNER/VENTURIELLO/MARIO/CHAMPALBERT. “Mujeres en tensión: la difícil tarea de conciliar familia y trabajo”. Población de Buenos Aires, vol. 8, núm. 13, abril, 2011, pp. 7-25. Dirección General de Estadística y Censos. Buenos Aires, Argentina
- MARCÚS J. 2006. Ser madre en los sectores populares: una aproximación al sentido que las mujeres le otorgan a la maternidad. Revista Argentina de Sociología, noviembre-diciembre, año/vol. 4, número 007. Consejo de Profesionales en Sociología. Buenos Aires, Argentina. pp. 100-119
- MARCÚS, J. 2003. “*‘Por nuestras hijas’, vínculos en las familias*”, en: MARGULIS, M., y otros, Juventud, cultura, sexualidad. La dimensión cultural en la afectividad y la sexualidad de los jóvenes de Buenos Aires, Buenos Aires, Editorial Biblos.
- MARGULIS, M. 2001. “*Juventud: una aproximación conceptual*”, en Solum Donas Burak (comp.). Adolescencia y juventud en América Latina, Cartago, Libro Universitario Regional, págs. 41-56.
- MARGULIS. 1999. “*La dimensión cultural en la afectividad y la sexualidad de los jóvenes de sectores medios*”. Citado por MARCÚS (2006). *Ser madre en los sectores populares: una aproximación al sentido que las mujeres le otorgan a la maternidad*.
- MARTÍNEZ FRANZONI/ CAMACHO. 2007. “Equilibristas o malabaristas... pero ¿con red? La actual infraestructura de cuidados en América Latina”, en M. A. Carbonero y S. Levín, Trabajo, familia y Estado: las transformaciones en las relaciones de género, Buenos Aires, Homo Sapiens Ediciones.
- MARTÍNEZ, A. 2006. en *Reflexiones en torno al concepto de clase social. Pierre Bourdieu y el espacio social pluridimensional*. Astrolobio. Universidad Nacional de Córdoba.
- MARTÍNEZ, A.T. 2007. *Pierre Bourdieu, razones y lecciones de una práctica sociológica*. Buenos Aires. Manantial.
- MEAD, G.H. 1999. “*Espíritu, persona y sociedad: desde el punto de vista del conductivismo social*”. Barcelona, Paidós Ibérica.
- MEIL LANDWERLIN, G. 1997. *La participación masculina en el cuidado de los hijos en la nueva familia urbana española*. Universidad Autónoma de Madrid. Madrid. España.

- MOLINA M.E. 2006. *Transformaciones Histórico Culturales del Concepto de Maternidad y sus Repercusiones en la Identidad de la Mujer*. Pontificia Universidad Católica de Chile. Psykhe, Vol.15, N° 2, 93-103
- MOZEJKO/COSTA. 2002. *Lugares del decir. Competencia social y estrategias discursivas*. Rosario: Homo Sapiens.
- NARI, M. 1996. “Las prácticas anticonceptivas, la disminución de la natalidad y el debate médico, 1980-1940”, en Lobato, M., *Política, médicos y enfermedades. Lecturas de la historia de la salud en la Argentina*, Buenos Aires, Editorial Biblos.
- OLIVEIRA, O. 1998. “Familia y relaciones de género en México”, en Schmuckler (coord.), *Familias y relaciones de género en transformación*, México, Population Council/Edamex, pp. 23-52.
- PAUTASSI/ RICO. 2011. “Licencias para el cuidado infantil. Derecho de hijos, padres y madres”. *Desafíos*, boletín de la infancia y adolescencia sobre el avance de los Objetivos de Desarrollo del Milenio. CEPAL-UNISEF. Número 12. ISSN 1816-7535
- PAUTASSI/ ZIBECCHI. 2010. “La provisión de cuidado y la superación de la pobreza infantil. Programas de Transferencias Condicionadas en Argentina y el papel de las organizaciones sociales y comunitarias, serie Políticas sociales, N° 159 (LC/L.3198-P), Santiago de Chile, Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), febrero. Publicación de las Naciones Unidas, N° de venta: S.10.II.G.10.
- PIZZINATO/CALESSO-MOREIRA. 2007. *Identidad, maternidad y feminidad: retos de la contemporaneidad*. Universidad Autónoma de Barcelona (UAB) Revista Psico. v. 38, n. 3, pp. 224-232, set./dez
- PUPPIN, A. 1998. “*El lugar de las mujeres y las mujeres fuera de lugar. Un estudio de relaciones de género en una empresa petrolera*”. Rio de Janeiro: IUPERJ. 198 p.
- RAGGIO, A. 2010. *Hermenéutica de la medicina. Socioantropología de la salud*. Ediciones de las Tres Lagunas.
- SANDOVAL ÁVILA, A. 2002. *Impacto en la socialización de los hijos de la incorporación de la mujer al trabajo remunerado*. Espiral, enero-abril, vol. 8, número 23. Universidad de Guadalajara. Guadalajara, México, pp. 179-207
- SCHEPER-HUGHES, N. 1997. *La muerte sin llanto. Violencia y vida cotidiana en Brasil*, Barcelona, Ediciones Ariel.
- THOMPSON /WALKER. 1995. “The place of feminism in family studies”, en *Journal of Marriage*

and the Family, 57.

- TORRADO, S. 1993. *Procreación en la Argentina: hechos e ideas*. Buenos Aires, Centro de Estudios de la Mujer.
- TORRADO, S. 2003. *Historia de la familia en la Argentina moderna (1870-2000)*, Buenos Aires, Ediciones de la Flor.
- TRINDADE/MENANDRO, M.C.S. 2002. *Padres adolescentes: vivencias y significaciones*. Estudios en Psicología, 7, 1, 15-23.
- VALDÉS/ GYSLING /BENAVENTE. 1998 «*Las relaciones entre los géneros en la sexualidad y la reproducción: una mirada desde las mujeres. Informe final*». FLACSO-Chile. Santiago de Chile
- WAINERMAN / GELDSTEIN. 1994. “Viviendo en familia: ayer y hoy”, en Wainerman (comp.), *Vivir en familia*. Buenos Aires. UNICEF-Losada.
- WAINERMAN, C. 1979. “Educación, familia y participación femenina en la Argentina” en Desarrollo Económico XVIII, Bs. As. IDES.
- WAINERMAN, C. 2005. *La vida cotidiana en las nuevas familias: ¿una revolución estancada?* Buenos Aires. Lumiere. Página 257.
- WAINERMAN, C. 2007. Conyugalidad y paternidad ¿Una revolución estancada? En publicación: Género, familias y trabajo: rupturas y continuidades. Desafíos para la investigación política. Gutiérrez, María Alicia. CLACSO, Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales, Buenos Aires.
- WELTI/ RODRÍGUEZ. 1999. “La investigación en México sobre la participación de la mujer en la actividad económica en áreas urbanas y los efectos en su condición social”, en Las mujeres en la pobreza. Grupo Interdisciplinario sobre Mujer, Trabajo y Pobreza. México: El Colegio de México (segunda reimpresión).
- WILLIAM, J. 1947. *Compendio de psicología*. Emecé Editores.
- WOLTON, D. 2007. en *Pensar la Comunicación*, Prometeo Libros Editorial.
- ZVONKOVIC /GREAVES /SCHMIEGE /HALL. 1996. “The marital construction of gender through work and family decisions: a qualitative analysis”, en *Journal of Marriage and the Family*, 58.